

Selección RNR

EBERTH SOLANO

*Deseos
prohibidos*



Romance Actual

Deseos prohibidos

Eberth Solano



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Eberth Solano

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa
del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699164

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias
destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el
ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita
de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento
informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo
públicos.

Para mi hermana Gabriela, totalmente.

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

Cuando las caricias se vuelven pecados y los pecados se convierten en tu propio oxígeno, solo queda una cosa: una infinita condena.

Chloe, una de las mejores amigas de Elena, la miraba con la emoción grabada en su rostro, estaba en estado de *shock*. Sus mejillas se habían ruborizado un poco por la efusividad. Mientras tanto, Elena la miraba expectante.

—¿Qué es? ¡Vamos, Chloe, dilo ya! —reprochó Elena con un gemido de frustración. Chloe negó con la cabeza sonriendo.

—No lo vas a poder creer, es Candice —habló Chloe llevándose una mano al corazón. Elena alzó las cejas, odiaba que no le dijeran las cosas al instante.

—¡Ella se ha casado en secreto! Me acaba de llamar y me dijo que justo ayer se ha casado con el hombre del que nos había contado hacía meses —chilló Chloe todavía con una pizca de incredulidad en la voz.

Elena abrió la boca con sorpresa. ¿Su amiga ya se había casado? ¿Por qué lo había hecho de esa manera? ¿Sin decirle a nadie?

—¿En verdad? Pero... ¿cómo fue, sus padres lo saben? —preguntó Elena intentado imaginar a su amiga con un vestido blanco. Y le sorprendía porque Candice odiaba los matrimonios, siempre había dicho que jamás se casaría y que nunca se iba a enamorar. Ese viaje a Virginia, sí que le había cambiado la forma de pensar.

—Dijo que sus padres se enterarían justo después de nosotras y que esperaba que reaccionaran bien; yo creo que sí, ya sabes. Pero me extraña que haya querido hacerlo en secreto, sin decirle a nadie —reflexionó Chloe, la simpática rubia de ojos azules.

—Cierto, a veces, olvido que Candice es tres años mayor que nosotras, pero aún es muy joven y tendrá sus razones para casarse así —dijo Elena mientras se recostaba en uno de los sillones de su pequeño departamento, que compartía con Chloe—. Quién lo iba a decir; de pequeña, Candice no me agradaba para nada, pero ahora se ha vuelto una de mis mejores amigas, como tú.

Chloe sonrió pasándose la mano por el cabello rubio y dos hoyuelos se marcaron en sus mejillas. Ella era muy guapa. Elena siempre había pensado que, de las tres, Chloe era la que más belleza poseía. Sus ojos eran muy azules, tan azules que parecía que estaban reflejando el mismo cielo.

Elena, en cambio, tenía el cabello castaño oscuro y ojos café; su tez era muy pálida, casi translúcida; siempre había querido aumentar un poco el color en su piel.

—Esto queda como secreto: ya sabes que de las dos, tú eres mi mejor amiga —admitió la rubia guiñando el ojo.

Chloe tenía más preferencia por Elena que por Candice, en cierta forma.

Las tres se habían convertido en mejores amigas durante la secundaria, se hicieron inseparables y hasta la fecha su amistad seguía al pie del cañón. Candice, que había estudiado diseño, se había marchado hacía un año a Virginia por cuestiones personales, pues quería ser más independiente. Y había ganado bastante, hasta con esposo regresaría.

—Sí, lo sé —contestó Elena—. Pero las dos saben que por igual son mis favoritas.

El departamento consistía en una cocina, dos recámaras, un baño y la pequeña sala de estar donde se encontraban. Las dos amigas se habían mudado de sus hogares un poco después de que Candice se hubiera marchado a Virginia. Chloe y Elena decidieron que necesitaban ser más independientes y se marcharon de sus casas, por esa razón. Aunque les fue difícil, ya que los padres de ambas vivían casi a dos horas de la ciudad de Detroit.

Chloe se levantó de un salto. Al hacerlo casi se tropezó con la mesita de madera que estaba en el centro de su pequeña sala.

—¿Quieres pizza? —preguntó Chloe en cuanto recuperó el equilibrio. Elena asintió con un movimiento de la cabeza.

En ese instante el celular de Chloe comenzó a sonar. La rubia corrió a la mesa de la cocina para tomarlo y dio un grito antes de contestar. La castaña hizo señas de que era Candice. Elena caminó hacia su amiga que mantenía el celular junto a su oreja.

—¿Candice?

Chloe esperó unos segundos en completo silencio, con expresión ansiosa antes de volver a contestar. Mientras tanto, Elena se mordía las uñas de la intriga.

—¿Qué? ¿De verdad? —se quejó Chloe con expresión perpleja. Elena moría por saber lo que le estaba diciendo Candice a su amiga en ese momento y, como si Chloe hubiera escuchado sus pensamientos, la rubia puso el altavoz en su celular.

La voz de Candice se escuchaba decepcionada.

—Tengo que terminar un vestido de boda de una chica y no puedo cancelarlo, ya que es una muy buena suma de dinero. Mi esposo se adelantará para arreglar la casa que compramos y esas cosas; yo llegaré en un mes. En verdad, lo siento, chicas.

—No te preocupes, amiga, pero entonces dinos tu dirección para que visitemos a tu querido —sugirió Elena mirando a Chloe que asentía juntando las manos. Las dos querían conocer a su supuesto marido.

—No me parece buena idea, él es un poco... Bueno, quiero que sea sorpresa. Nosotros llegaremos a su departamento y listo, ¿vale? —dijo Candice.

Chloe y Elena suspiraron. A leguas se notaban los celos de Candice.

—Está bien, pero... ¿ni siquiera podemos saber la dirección de tu nueva casa? —preguntó Chloe con anticipada derrota.

Elena negó con la cabeza acompañando la negación de Candice.

—Ya les dije que quiero que sea sorpresa, yo misma les quiero presentar a mi esposo —contestó Candice orgullosa.

Por el tono de voz que utilizaba cuando hablaba de él, se podría decir que se había encontrado a un buen partido.

—Está bien, lo aceptamos. Entonces, en un mes nos vemos, Candice; te cuidas mucho —se rindió Elena.

—Adiós, Candice; me llamas cuando estés por llegar —ordenó Chloe despidiéndose un poco malhumorada.

—Adiós, chicas, las quiero —dijo Candice y cortó la llamada.

Chloe cruzó los brazos y miró a Elena con desánimo.

—Quería conocer a su jodido esposo, ya que estará aquí desde esta semana, al menos...

—Yo también quería, pero no podemos presionarla —admitió Elena con un bufido.

Chloe puso los ojos en blanco y se levantó dispuesta a pedir la pizza.

Mientras tanto, Elena volvió a recostarse sobre el sofá para tomar una siesta y, otra vez, intentó imaginar a su amiga con el vestido blanco y a su esposo sin rostro.

Capítulo 1

¿Secuestrada?

La cabeza le daba terribles punzadas a la muchacha. Elena abrió los ojos de golpe y se dio cuenta de que por la ventana ya se estaba asomando el sol en la ciudad de Detroit, Míchigan. Se removió entre las sábanas y se levantó con rapidez. Pero claro, al hacerlo su pie quedó atrapado entre las colchas y se fue directo al suelo. Un dolor agudo comenzó a nacer en los nudillos de su mano derecha, mas ignorando el dolor, se levantó del suelo. El mundo de Elena se vino abajo cuando se dio cuenta de la hora que era. Estaba retrasada y ese día tenía examen en la segunda clase.

Elena hizo un récord en salir de casa, por lo que solo le dio tiempo para leer la nota que le había dejado Chloe en la que le informaba que ya se había adelantado:

Maldición, Elena, intenté despertarte por todos los medios, pero no me hubieras escuchado aunque volteara la cama. Hoy tengo examen en la primera clase y no pude esperarte. Espero que no me odies mucho cuando veas esto. Por cierto, los chicos se fueron conmigo. Pd: sabes que tengo la mejor excusa, no vamos a la misma universidad.

La castaña soltó un gemido de frustración. Ni siquiera su hermano Jordan y el hermano de la rubia, Jason, se habían molestado en esperarla. Aunque eso no era lo que más les reprochaba, ninguno de los dos la había despertado. Su amiga lo pagaría caro.

Sin nada en el estómago, tomó la chaqueta azul que estaba en el perchero y las llaves de su motoneta roja. Siempre había sido amante de las corridas de motocicletas, al igual que Jordan, aunque él se empeñara por que Elena nunca condujera una de carreras. Por lo tanto, le había prestado la que consideraba

aceptable y según él, no tan peligrosa. Elena se puso el casco y salió como una furia del edificio. El viento gélido cortaba su rostro, mas aun así, aumentaba la velocidad sin ningún temor, cada vez más.

Apenas Elena era consciente de la calle en la que transitaba cuando, sin percatarse, una de las llantas derrapó contra una enorme piedra puesta en medio del asfalto, lo que provocó que la chica perdiera el control del volante y finalmente cayera junto con el vehículo.

Elena experimentó una presión en alguna parte de la cabeza casi de inmediato y perdió los cinco sentidos.

Tal vez pasaron minutos u horas para Elena, no lo sabía. Sentía los párpados pesados y percibía que estaba recostada sobre una superficie suave. Cuando pudo abrir bien los ojos se alarmó de inmediato al ver que se encontraba en el interior de una casa, muy grande. ¿Qué le había pasado? ¿Dónde se hallaba? Apenas notaba lo adolorido que estaba su cuerpo, el miedo se había apoderado de ella. Como un remolino se levantó del sofá, pero perdió el equilibrio y casi se encuentra con el suelo, de nuevo.

No obstante, unos brazos desconocidos la sostuvieron. Con el corazón martillando dentro de su pecho a una velocidad impresionante, levantó la vista y se quedó petrificada. Se encontró con unos ojos azules —con tonalidad oscura—, que podrían ser los más hermosos que había visto, pero en ese instante no quería distraerse. El que la sostenía era un muchacho de gran atractivo con expresión un poco preocupada.

Elena soltó un grito y se zafó de su agarre. ¿Ese hombre la había secuestrado? —Hey... ¿Estás bien? —la voz aterciopelada del desconocido la desconcertó.

Sin molestarse en contestar, ella rebuscó con la mirada la puerta de salida con desesperación, pero esta estaba detrás del muchacho.

—¿Por qué me tienes aquí? ¡Déjame salir! —exigió Elena con la voz temblorosa. El hombre no se acercaba y mantenía las manos al frente.

—Tranquila, niña, no te estoy secuestrando —informó él con una sonrisa burlona.

Elena contuvo el aliento al contemplarlo. ¿Por qué demonios tenía que ser tan guapo? ¿Era para distraer?

—¿Qué hago aquí?

Él cruzó los brazos con las comisuras de los labios un poco curvadas; claramente se estaba divirtiendo. Elena seguía sintiendo el miedo dentro de sus venas, pero ya había logrado tranquilizarse un poco. Por lo que el dolor de su cuerpo se empezó a hacer más notorio, cada vez más. Aunque solo eran pequeñas molestias —que más tarde serían algunos moretones—, podía soportarlas.

—No te estoy secuestrando, ni robando, ni nada por el estilo. Sufriste un pequeño accidente en tu moto; iba saliendo de mi casa justo en el momento... Yo solo pude traerte aquí, te desmayaste.

La respuesta del extraño la tomó por sorpresa, apretó los ojos recordando lo que había sucedido y, entonces, las imágenes nebulosas volaron a su cerebro: recordaba sentir el viento gélido, pero... ¿cuánto tiempo había permanecido inconsciente en la casa de un desconocido? La chica se puso en estado de alerta.

—¿Qué hora es? ¿Por qué no llamaste a una ambulancia? —cuestionó Elena con precaución a la espera del ataque. Mientras tanto, con la mirada seguía buscando un escape. Pero ninguna ventana era lo suficientemente grande y la única salida más cercana estaba detrás de él.

—Tal vez porque no fue algo muy alarmante. En realidad solo has estado unos minutos así, no te inquietes —dijo el hombre con voz amable. Su voz aterciopelada le daba una confianza indescriptible a Elena, aun cuando todo indicaba que él era el malo del cuento.

—Bien, te agradezco la ayuda, pero déjame salir ahora —exigió Elena tratando de sonar firme. Todavía no estaba del todo segura de quién se trataba, no podía confiar en él.

El rostro hermoso del desconocido levantó las cejas con diversión, pero haciendo caso de su orden, caminó hasta la entrada principal y la abrió. La muchacha caminó con cuidado y pudo ver el exterior; comprobó que no estaba muy lejos de la universidad, al menos.

Sin esperar más, Elena cruzó la puerta al mismo tiempo que él. Los ojos se le salieron de las órbitas cuando vio su moto en un rincón del jardín, con varios rasguños visibles. Y entonces todo llegó a su cabeza de golpe. ¡El examen!

—Tengo que irme Elena volteó a mirarlo—. Gracias.

Pero él no estaba dispuesto a dejarla ir, con sutileza la tomó del brazo negando con la cabeza.

—No puedo dejar que te marches así, muchacha; al menos deja que te lleve a donde quiera que vayas.

Elena apretó los labios. ¿Era necesario? No. ¿Ella quería mirarlo por un rato más? Tal vez...

Elena vio de reojo al desconocido que la miraba de una forma extraña, pero a la vez excitante. Él le tendía su mochila, ella la tomó mientras lo pensaba.

Si quería llegar temprano a la universidad, tendría que ir a toda velocidad y, después de lo que acababa de sucederle, no era una opción muy viable. Miró el reloj que traía puesto en la muñeca. Tenía cinco minutos para llegar. Además, después podría regresar por la moto.

Y si llegaba tarde, no solo perdería el examen, pondría en riesgo el semestre. Estaba por graduarse.

—Creo que sí... ¿Podrías llevarme a mi universidad? —preguntó Elena a ese desconocido con voz segura. Lo que nunca imaginó que iba a hacer.

—Por supuesto.

El hombre de ojos azules —de color de un atardecer de mar—, y cabello negro como el azabache esbozó una sonrisa antes de invitarla a subirse en su camioneta. Elena lo siguió, él le abrió la puerta del copiloto y la chica sonrió con timidez.

A la castaña se le formó un nudo en el estómago al subirse al vehículo, pero ya era demasiado tarde; la camioneta —una Chevrolet negra— se puso en marcha. Elena le dijo la dirección con el pecho apretado de la adrenalina que sentía. La emoción y el miedo se mezclaban en su interior. Sin duda, ella recordaría siempre ese momento, tan fuera de lo común en su vida diaria.

Él estaba concentrado en la carretera, mas cuando creía que la muchacha no se daba cuenta, la miraba por el rabillo del ojo. Por alguna razón esa linda chiquilla le provocaba un exquisito misterio.

Elena, por su parte, intentaba todo el camino no mirarlo con la boca abierta. El hombre era de gran atractivo. Su complexión era dura, un poco tosca, pero al

mismo tiempo desgarrado; su mandíbula cuadrada llamaba a sus dedos a acariciarla y qué decir de su pecho que se adhería muy bien a su camisa negra, y sus hombros...

Ella cerró los ojos con fuerza esperando borrar sus pensamientos pocos decentes. Pero era inevitable. Todo él destilaba fiereza, misterio y peligro. Y a ella le encantaba eso.

El conductor se aclaró la garganta.

—Y bien... —titubeó él haciendo una pequeña pausa antes de proseguir—. No me has dicho tu nombre —cuestionó. La castaña se lamió los labios antes de contestar.

—Elena —contestó.

Él asintió levemente.

—Lindo nombre, Elena —declaró con una leve sonrisa.

El corazón de la chica tartamudeó dentro de su pecho. ¿Pero qué diablos? ¿Por qué del miedo había pasado al nerviosismo?

—¿Cuántos años tienes? —siguió interrogando el desconocido mientras se iban acercando cada vez más a la universidad. Elena tardó unos segundos en contestar. ¿Era seguro decirle la verdad? No, pero lo estaba haciendo. Parecía que las palabras salían de su boca antes de pensarlas.

—Veintitrés —contestó encogiéndose de hombros.

Él frunció los labios y una sonrisa apareció en las comisuras de su boca. Eso sí, digna para ser capturada por fotógrafos.

—Interesante —admitió él suspirando.

El hombre tan solo le llevaba cinco años de diferencia. No comprendió por qué se sintió aliviado, de repente, ante su respuesta. Un momento antes había pensado que esa chiquilla era apenas una adolescente. Su rostro y su cuerpo eran sensuales e inocentes al mismo tiempo.

La camioneta aparcó en el estacionamiento, cerca de la entrada. Elena tomó su mochila y comenzó a abrir la puerta dispuesta a salir de ahí —bastante acalorada—, pero de pronto el muchacho atrapó una de sus manos. Una corriente eléctrica recorrió los cuerpos de ambos por la fracción de segundo que duró ese contacto; ella retiró su mano sobresaltada.

—Lo siento —él se disculpó.

Elena asintió mirándolo con detenimiento. Podía jurar que él también había sentido ese fuego al tocarse. Sus ojos azules llenaban toda su vista al hablar.

—Siento haberte hecho pasar un mal momento; no pretendía asustarte, solo quería ayudarte... —confesó él con sinceridad—. ¿Estás segura de que te sientes bien? —añadió mirándola preocupado.

Por un momento su voz la llenó de confianza. Sus ojos reflejaban que él no era malo, ni mucho menos.

Por fin Elena pudo sacar una sonrisa. Si el joven en verdad había querido ayudarla, debía agradecerle; no estaba de más.

—Estoy perfecta. No te preocupes, muchas gracias —dijo Elena con un hilo de voz.

Ella misma se sentía fuera de lugar, debía bajar ya, pero inconscientemente quería permanecer dentro de la camioneta más tiempo. Con un suspiro se resignó.

Estaba por abrir la puerta cuando él volvió a hablar.

—Por cierto, tu moto se quedó en mi casa, ¿quieres que yo...?

—Demonios, lo olvidaba... ¿Qué te parece si hoy en la tarde voy a recogerla? —lo interrumpió.

Él sacudió la cabeza y esbozó una mueca. Buscaba una excusa para volverla a ver, esa era la verdad.

—No, mejor dame tu número de teléfono y tu dirección, y yo voy a dejártela ¿te parece? —sugirió el joven con una sonrisa arrebatadora.

Sin razón alguna, Elena sintió la sangre subir por sus mejillas. Era una auténtica locura darle su teléfono y dirección a ese desconocido, pero en realidad la impresión controlaba sus emociones. Y para qué autoengañarse, quería verlo de nuevo.

—Está bien, supongo —aceptó Elena encantada.

Le dio la información sin titubear. Él asintió sin quitar su hermosa sonrisa y le dio un apretón de manos, que de nuevo hizo que se estremecieran de pies a cabeza. La muchacha salió de su estado de trance y bajó con torpeza de la

camioneta. Y sin más, comenzó a alejarse.

Mientras Elena caminaba hacia el campus fue consciente de una sonrisa tonta en los labios que no quería desaparecer. No podía quitarse de la cabeza aquellos ojos azules y esa mirada tan penetrante.

No podía quejarse, después de todo.

Capítulo 2

Desconocido

Elena subió apresurada las escaleras pensando en lo que había sucedido. Sí que tenía muy mala suerte, pero eso ya no la sorprendía. Sin embargo, ese chico, que podría tener unos veintiocho años o menos, no estaba nada mal; nadie la había maravillado tan rápido. Estaba perdiendo el juicio por un desconocido. ¿Qué diablos le estaba pasando?

Sacudió la cabeza tratando de alejar todos aquellos absurdos pensamientos. Para su alivio no se encontró ni con Jordan ni con Jason, todavía estaba bastante enojada. Ellos estudiaban arquitectura y Elena, medicina, por lo que estaban en edificios diferentes, aunque en la misma universidad. Chloe, que estudiaba periodismo, era la única que no cursaba ahí, como ellos.

Unas chicas pasaron a su lado hablando bastante fuerte.

—¿Ya viste lo bueno que esta Jordan Fuster?

—Yo sí le doy —chilló una morena agitando su melena.

Elena esbozó una sonrisa burlona. Su hermano era bastante popular entre las chicas de la universidad por ser tan guapo y sexy, según las percepciones del sexo femenino. En cambio, en ella, su mayor ventaja estaba en los estudios — uno de los mejores promedios de la facultad— y, gracias a ello, sobresalía entre los demás.

Por suerte, llegó al aula pocos minutos antes de que entrara el profesor. Ian Villalba, su mejor amigo desde que había entrado a la universidad, le había apartado un lugar al lado de él como siempre. Lo saludó con un beso en la mejilla. Ian era guapo, tenía la piel morena, cabello castaño y ojos verdes. Pero tenía un defecto, al menos para las chicas heterosexuales: era gay. Aunque dejando de lado ese aspecto, Ian se había convertido en su mejor amigo con bastante mérito.

Tomó asiento un poco acalorada. Ian alzó las cejas sin quitar la sonrisa que siempre marcaba su rostro juvenil.

—¿Te pasaste tan siquiera el cepillo? —preguntó Ian pasando un brazo por los hombros de ella. Elena negó con la cabeza divertida.

—No te vayas a alarmar, pero me pasó algo ridículo —bufó ella.

Ian la miró más serio.

—¿Se puede saber?

—Tuve un pequeño accidente con la moto.

—¡¿Qué dices?! —interrumpió su amigo con los ojos como platos.

—Sí, como escuchas. No te preocupes, no me pasó nada, mira —dijo Elena alzando las palmas—. Estoy sana y salva.

Su amigo arqueó las cejas.

—¿Eso no es lo más interesante, verdad? —preguntó leyendo la mirada de su amiga. Ella negó con la cabeza escondiendo una sonrisa.

—Después de eso desperté en una casa ajena y lo primero que vi fue a un hombre. ¡Te juro que pensé que me habían secuestrado! Pero después me di cuenta de que no era así... Esa persona me ayudó porque vio el accidente justo cuando iba saliendo de su casa... y además él mismo me trajo a la universidad...

—Lo bueno es que no te pasó nada grave. Pero, uff. ¿Todo eso te paso a ti? —se carcajeó Ian.

Elena le dio un golpe amistoso en el hombro.

—No seas cruel.

—No es mi culpa que tengas tan mala suerte —contradijo él encogiéndose de hombros.

—Cierra el pico, Ian —replicó ella dedicándole un gesto obsceno.

Esa era la verdadera Elena, impulsiva, atrevida y adicta a la adrenalina y al peligro, aunque a veces podía ser demasiado noble y sentimental. Mas en sus estudios, era de lo más responsable.

—Tus deseos son ordenes para mí —farfulló Ian guiñándole un ojo.

Elena negó divertida.

Cuando el profesor entró al aula, todos los murmullos se apaciguaron para

establecer un silencio casi absoluto. La chica había estudiado mucho, no debería resultarle difícil, para nada. Ian le dedicó una sonrisa de buena suerte y se concentró en su examen, al igual que todos.

Como ella había predicho, el examen le resultó muy sencillo, nada que no supiera. Por otro lado, Ian tampoco había tenido problemas. Elena tenía que admitir que su amigo era bastante inteligente.

—¿Fácil, verdad? —Ian caminaba al lado de ella mientras se dirigían a la cafetería. Era un poco extraño que Elena no tuviera una amiga dentro de la universidad, sin embargo, siempre había sido así. Ian y ella siempre estaban juntos.

—Así es —afirmó con orgullo la muchacha. La cafetería estaba atiborrada de jóvenes cuando se sentaron en la mesa donde se encontraban Jordan y Jason. Este último miró a Ian con fastidio. Desde hacía un tiempo se notaba su comportamiento extraño hacia el castaño.

—Lo siento enana, pero te veías como un angelito durmiendo —se disculpó Jordan con cara de perrito. Elena le lanzó una mirada fulminante.

—Por tu culpa casi abandono este mundo, estúpido —reclamó la chica cruzando los brazos. Ian y Elena habían tomado la costumbre de reunirse con ellos en la hora del desayuno, por lo que esas situaciones entre hermanos ya era normal para los demás. Mientras tanto, Jason e Ian parecían estar compitiendo en un intenso juego de actitudes antipáticas.

—¿A qué te refieres? —cuestionó Jordan un poco preocupado.

“Ahora es el momento de ser un hermano sobreprotector”, pensó Elena con sarcasmo. Aunque claro, él nunca lo era; solo en situaciones extremas.

—Olvidalo, pero tendrás que pagar los daños de mi moto; de una vez te lo advierto, hermanito —replicó ella con una sonrisa. La mirada de Jordan era de confusión y, después, de auténtico terror.

—¿Qué le pasó a mi moto? Te recuerdo que solo te la di como un préstamo y eso incluye cuidar de ella tanto como tu vida —advirtió Jordan con voz envenenada.

A ella le gustaba hacerlo enojar, parecía un ratón enjaulado.

—Pues lamento decirte que tendrás que comprarle pintura nueva. Deberías

preocuparte más por tu hermana que por la jodida moto —reprochó Elena pasando un mechón de su cabello castaño por detrás de su oreja. Los ojos café de su hermano estaban desorbitados.

—¿Esto no es una broma, verdad? —preguntó él todavía esperanzado. Elena sonrió de oreja a oreja.

—No —confirmó ella apretando los labios.

—¿Oíste eso Jason? —preguntó Jordan a su amigo con un gruñido.

Jason la miró entre divertido y preocupado.

—¿Y cómo fue eso?

—Tuve un pequeño accidente —informó Elena con un hilo de voz.

Los ojos de Jason por un momento se volvieron aterrorizados. Y después, miró con desaprobación a su mejor amigo.

—¿Y ya le preguntaste cómo se encuentra? Idiota, es tu hermana —recalcó Jason negando con la cabeza.

Él era muy parecido a Chloe, solo que Jason era menos blanco que su amiga. Si Elena no los conociera tan bien, pensaría que eran gemelos.

—No le he preguntado nada porque mírala, ella está aquí y mi moto quién sabe dónde —contestó Jordan todavía sumergido en su estado de *schok*.

Ian no había hablado en ninguna ocasión, eso era raro en él. Elena lo miró de reojo —sin que fuera tan notorio— y pudo apreciar su ligero fastidio.

—Pero aun así deberías ser un poco más atento —replicó Jason lanzándole una servilleta a la cabeza de Jordan. Este la esquivó con facilidad.

—Por cierto, Elena, ¿dónde quedó la moto? —preguntó Jordan pasando por alto el comentario de Jason.

Recuerdos del dios griego invadieron su mente en un instante. Elena no quería dar demasiados detalles —todo resultaría bochornoso—, por lo que se salió por la tangente.

—Un amigo que vive por ahí se encargó de llevar mi moto a la casa; no te preocupes —mintió ella en la primera parte. El hombre con el que se había topado era un auténtico desconocido, pero sexy.

Elena gruñó para sus adentros. No le gustaba pensar demasiado en un

hombre, pero diablos, ¿quién no pensaría de esa forma por un hombre como él?

—Más te vale, enana —dijo Jordan ganándose un bufido de parte de Elena.

El resto del día pasó rápido, la muchacha había estado intentado interrogar a Ian sobre su extraño comportamiento en el desayuno, mas hasta ahora no había querido hablar sobre ello. Aunque Elena lo pasó por alto, en algún momento, Ian le hablaría sobre eso. Elena siempre regresaba en su moto, pero como ahora no la tenía, Ian la pasaría a dejar a su departamento. Jordan y Jason, por su parte, se iban en sus respectivas motocicletas. La única que tenía auto era Chloe.

Elena caminaba hacia el estacionamiento donde la esperaba Ian cuando, de pronto, su celular comenzó a vibrar: le había llegado un mensaje. Su corazón se aceleró en su pecho al tiempo que leía el texto.

Pasaré a dejar tu moto por la tarde, no habrá problema..., ¿verdad? Después sabrás mi nombre.

Elena soltó un jadeo mientras sonreía como una idiota. Ahora era cuando la buena suerte comenzaba a estar de su lado. Y esperaba que así fuera desde ese instante en adelante.

Capítulo 3

Nuevo instructor

Derek estaba confundido. Esa niña se había quedado flotando en su mente, sin poder borrar sus ojos café y su sonrisa inocente.

Él sacudió la cabeza tratando de concentrarse en las palabras de su amigo de la infancia, Mike Jones. Su colega lo había invitado a un restaurante lujoso para conversar. Mike era un empresario, al igual que Derek, si aceptara la empresa de productos lácteos que le dejó su padre ya fallecido. Al menos, por ahora, la administraba su hermana Caroline.

—¿Dejaste a Caroline con la empresa en Virginia? —preguntó incrédulo el rubio de ojos miel.

Derek no se sentía cómodo con que su amigo se hubiera transformado en un señor de negocios.

—No me interesa la empresa, Mike. Lo que me gusta es la medicina, lo sabes —replicó él, fastidiado.

Todo el mundo siempre se asombraba al saber que el muchacho había preferido trabajar en un hospital que tomar un imperio heredado.

—Entiendo que ames la medicina... Pero, la empresa era el negocio de tu padre y ahora el tuyo y el de tu familia. Quieras o no, sabes que Caroline no manejará la empresa tan bien como si estuvieran los dos juntos.

Derek hizo un mohín. No le gustaba estar en un traje todos los días. Él optaba por la ligereza. Ser libre, sin presiones. Sin que la empresa absorbiera su juventud. Prefería dedicar su tiempo en lo que más le gustaba hacer.

—No tiene caso hablar sobre esto.

—Como sea... ¿sigues en las carreras? —preguntó de pronto Mike, recordando la adolescencia de ellos.

Los dos eran originarios de Virginia, aunque Mike se encontraba en la Ciudad de Detroit por sus negocios de tiendas de ropa. Y Derek se radicaba ahí ahora porque quería comenzar de nuevo junto a Candice. Estar lejos de la constante presión de su familia sobre él.

—No me he subido a una desde que conocí a Candice. Ella odia eso, el peligro. A veces peleamos por ello, pero creo que puedo soportarlo —admitió Derek. Mike tomó un trago de agua.

—Me asombra. Tú amas ese pasatiempo Derek —recalcó su amigo rubio.

El pelinegro se encogió de hombros. A Candice le debía mucho. Ella lo ayudó cuando su padre falleció hacía un año. Los dos —casados— ya se habían recibido de la universidad. Aunque Candice se había quedado en Virginia por algunos pendientes viviendo con su suegra y su cuñada. Y Derek había venido a Detroit a comenzar una nueva vida con ella. No sabía cómo pagarle todo lo que había hecho por él.

—No todo lo que se quiere, se puede hacer... —farfulló Derek. Mike soltó una carcajada.

—Como quieras. Pero... No entiendo porque te casaste tan rápido. Apenas llevas un año con ella —Mike sacudió la cabeza.

—Ella quería eso. ¿Cómo podría negarme? Le debo bastante, Mike —respondió Derek. Aunque si era sincero, él hubiera preferido esperar un poco más de tiempo.

—Solo tienes veintiocho años, Derek, y apenas comienzas tu carrera como doctor. Aunque bueno, debes amarla mucho ¿No es así?

—Creo que no será tan malo. Candice es... comprensiva —dijo Derek haciendo girar una tapa de refresco con sus dedos largos.

—¿Y qué? ¿También planeas tener hijos ya?

Derek bajó la mirada.

—Eso todavía no está en nuestro plan. Primero quiero hacerla feliz. Es lo menos que puedo darle...

Mike negó con la cabeza.

—Derek, perdón que te diga esto..., pero pienso que te sientes en deuda con ella y por eso has tomado una decisión tan precipitada, cuando ni siquiera estás

seguro de...

Y con eso Derek se encendió. Él era su amigo, pero nadie para decirle qué hacer y qué no. Empezaba a sonar como su madre.

—No empieces, Mike —bramó Derek antes de levantarse del asiento.

Mike suspiró negando con la cabeza. El rubio estaba convencido de que su amigo no estaba enamorado. No se le notaba la ilusión, aunque no le diría nada. Derek debía darse cuenta por sí mismo. Mientras tanto, no tocaría más ese tema. Derek era demasiado gruñón, por desgracia. Mike solo quería lo mejor para su colega y sabía que pronto lo vería inseguro respecto a su relación con Candice.

Derek subió a su Chevrolet, el último regalo de su padre —recordó con dolor—; le gustaba más esa camioneta que el propio Mercedes, el otro automóvil con el que contaba. Fue a su casa por la moto y la llevó a un taller cercano, donde le arreglaron todos los daños, que no eran muchos. Ya en frente del edificio de Elena, se llevó las manos a la nuca y apretó los ojos.

No entendía por qué sus pensamientos se empeñaba en repetir una y otra vez la escena de la mañana. Cuando contemplaba a la chica recostada en su sofá, recordó lo calmado y lo reconfortante que se sintió al ver dormir a esa auténtica desconocida.

Él salía de su casa, dispuesto a ir por unos pendientes del trabajo, cuando vio una moto tirada y una chica desmayada en el asfalto. Corrió hacia donde estaba y la levantó en brazos. No había nadie más en la calle por lo que la metió de inmediato en su casa. La recostó en el sofá y supo que solo se trataba de un desmayo. También levantó la moto y la metió en su patio delantero.

Tras unos escasos minutos, la chica despertó levantándose con demasiada rapidez y ahí fue cuando él la sostuvo entre sus brazos, impidiendo que se cayera.

Después de ese toque algo había cambiado en su interior y, cuando alzó la mirada y lo taladró con los ojos café más hermosos que había visto, supo que ya nada sería lo mismo. Sacudió la cabeza tratando de alejar aquellos pensamientos. No tenía que pensar en esa niña, no era nada para él. Apenas la conocía. Además tenía una mujer que pronto llegaría para comenzar una familia junto a él. Aunque muy a su pesar —sin motivo aparente— de repente el futuro le pareció

bastante desalentador.

Entonces, sacándolo de sus cavilaciones, apareció la chica joven frente a él mirándolo con el nerviosismo marcado en el ovalado rostro. Derek sonrió sin poder evitarlo y salió de la camioneta.

Esa chiquilla tenía algo que lo hacía ponerse agitado conforme se iba acercando a ella. Estaba incómodo consigo mismo, estaba actuando como un jodido crío. Elena tenía unos pantalones ajustados y una blusa azul marino, que contrastaba con su piel pálida. No pudo evitar pensar que era hermosa.

—Hola, desconocido —saludó ella tendiéndole su mano, que estaba entre cálida y fría.

La misma corriente que había sentido antes por la mañana volvió a estremecerle el cuerpo. Trató de parecer sereno al retirar la mano.

—Hola, Elena —saludó él acariciando su nombre con la lengua.

Pudo darse cuenta del brillo en los ojos de la chica al estudiarlo; ella también estaba sintiendo lo mismo que él. “Detente”, pensó Derek en su fuero interno.

—¿Me vas a decir tu nombre? ¿O te gusta tu nuevo apodo? —preguntó ella con una sonrisa deslumbrante.

Como tonto, su mente se quedó en blanco por un segundo.

—Creo que mi nuevo apodo —él reaccionó con una sonrisa torcida.

Elena hizo una mueca.

—Dímelo ya —se quejó—. Es raro decirte “extraño”, o “desconocido” —añadió.

—Bien, soy Derek. Derek Crowell —confesó él mientras ella se recargaba contra la puerta del piloto de la camioneta.

De vez en cuando, Elena miraba de reojo al edificio, como si estuviera escondiéndose de alguien; su acompañante pudo darse cuenta.

—Lindo nombre —afirmó ella repitiendo las mismas palabras que había dicho él por la mañana.

Derek se pasó la mano por su cabello negro despeinado, le gustaba ese estilo, lo hacía sentir más joven, aunque apenas tenía veintiocho años.

—Ven, aquí está tu moto —comentó él caminando hacia la cajuela de la

camioneta, y Elena lo siguió por detrás.

La chica abrió los ojos como platos al ver su motoneta como nueva; su rostro demostraba sorpresa y agradecimiento, pero también molestia.

—No era necesario, pero gracias. ¿Cuánto te debo por eso? —preguntó ella señalando la moto justo cuando él estaba bajándola de la camioneta y depositándola en el estacionamiento del edificio. Por el ejercicio que hacía con regularidad, a Derek no le molestó el peso de la moto, incluso lo hizo con cierta facilidad. Elena se quedó mirando con cierto agrado como la camiseta se le adhería al pecho más de la cuenta.

Derek regresó a donde ella estaba.

—No es nada, Elena —admitió él con una sonrisa burlona.

Ella lo fulminó —con un poco de trabajo— con la mirada. Siempre se sentía incómoda cuando le hacían favores sin pedirlos; no podía evitarlo.

A Derek le sorprendía la naturalidad con la que hablaba con ella, cuando apenas la conocía. Ella parecía también tenerle confianza, lo que le hacía sentir más cómoda aún la conversación.

—¿Estás loco? No me gusta que me hagan favores —aclaró la muchacha cruzando los brazos.

El viento que azotaba la ciudad de Detroit despeinó el cabello castaño de Elena que ondeaba por el viento.

Se veía graciosa, enojada, admitió Derek en su interior.

—Tómalo como favor de un amigo —protestó él tomándole la mano con bastante disimulo. Eso sorprendió a Elena, pero reaccionó apartándose con brusquedad. La castaña odiaba sentir esa sensación con prácticamente un desconocido para ella. Ahora estaba acorralada, sus mejillas se habían ruborizado.

—Está bien, bufón, pero solo por esta vez —advirtió ella.

Él sonrió con ganas.

—¿Consideras que habrá más veces? —preguntó Derek ocasionando avergonzarla más.

Podía sentir el calor que irradiaba del cuerpo de Elena.

—Bueno, supongo que tengo que entrar... —vaciló Elena dando un paso atrás, tratando de terminar la conversación.

—Espera, ¿te gustan mucho las motocicletas? —preguntó él esforzándose por buscar excusas para estar ahí más tiempo. El rostro de ella se iluminó.

—Me encantan. Siempre he querido correr en alguna moto de carreras y, claro, participar en alguna corrida —contestó la chica.

Entonces Derek se sintió aliviado y emocionado.

—Yo soy un experto en correr con esas motos —dijo él.

Elena entrecerró los ojos.

—¿De verdad?

—No podría mentir con algo así —sonrió Derek.

Los ojos café de la castaña brillaron de emoción.

—Bueno, en unas cuantas semanas habrá una carrera con muy buen premio. He querido entrar, pero mi hermano no ayuda para nada.

—¿Sabes conducir las? —preguntó él interesado. Ella frunció los labios avergonzada. Sabía hacerlo, aunque montar una moto de carreras era un reto para ella.

—No tanto —dijo recordando el accidente de la mañana—. Aunque tengo la pasión por las motos de carrera, mi hermano jamás me ha dejado usar una. Estas son las únicas que me deja utilizar —indicó señalando su motoneta roja.

Derek sonrió de lado.

—Yo puedo ayudarte, si quieres.

A Elena la tomó por sorpresa. Parecía estar diciéndolo en serio.

—¿Tienes alguna moto de carrera?

—Sí —mintió él.

Todas sus motos las había vendido por petición de Candice, pero ahora tenía una excusa para verla de nuevo. Solo tendría que comprarlas, el dinero no era problema para él.

—Eso es...

—¿Genial? ¿Entonces, qué? ¿Aceptas que te ayude con eso? —preguntó Derek tratando de convencerla.

—Pero apenas te conozco. ¿Cómo sé que estoy segura contigo? —Elena ladeó la cabeza. Una parte de ella se moría por aceptar, ya que significaba pasar tiempo con él. Aunque la otra, la de la Elena sensata, lo rechazaba.

—No soy ningún secuestrador, no te preocupes por eso —dijo él, burlón—. A propósito, así podemos conocernos más.

—Antes dime qué haces o dónde trabajas —interrogó ella insegura, aunque con un dejo de diversión en los ojos.

—Soy médico anestesiólogo —respondió él con orgullo.

Elena entreabrió los labios. Hubiera esperado cualquier cosa, menos eso.

—¿De verdad? Yo estoy estudiando medicina —comentó Elena perpleja y maravillada.

Compartían de algunos gustos, como la medicina y las carreras de motocicletas.

—De nuevo, no podría mentirte. Si quieres puedes ir a verme al hospital donde trabajo, para sacarte de dudas.

Ella asintió maquinando todo en su cabeza. Si decía la verdad, no había riesgo de nada. Y una parte de ella se moría por involucrarse con él, si no quería engañarse.

—Si es así...

—¿Aceptas? —pregunto él esperanzado. Sus ojos azules chispeantes la descompusieron y, entonces, Elena le tendió la mano sonriéndole con complicidad.

—Quiero participar en una carrera en un mes, así que sí podrías ayudarme —dijo Elena al tiempo que se daban la mano.

Como si hubieran tocado fuego —otra vez—, los dos la retiraron de inmediato.

Ella estaba emocionada, por fin alguien le enseñaría a conducir una motocicleta de carrera sin rogarle a su hermano y además su instinto la hacia querer acercarse a él. Por otro lado, Derek se sentía confundido y excitado. Sabía que había comenzado con algo que podría lamentar después. Aunque ahora no le importaba nada de eso.

Derek aprovechó la oportunidad para invitarla a comer. No sentía que estaba haciendo algo malo, ella podría ser su amiga. Sí, eso sería. Porque de alguna manera, quería que esa chiquilla estuviera entrelazada a él de alguna forma, debía admitirlo.

Durante el trayecto, cuando tenía la oportunidad, Derek aprovechaba para mirarla de reojo, no podía dejar de maravillarse. Era consciente de que esa muchacha estaba despertando algo extraño en él, aunque luchaba por ignorarlo.

Eligieron un restaurante de comida rápida y se decidieron por unas hamburguesas. Él no podía dejar de admirar sus ojos café. Eran los más hermosas que había visto nunca.

—Siento que me estás acosando, ¿puedes dejar de mirarme de esa forma? — se quejó Elena con vergüenza desviando la mirada.

En verdad él la ponía nerviosa. Derek sonrió y fijó la vista en su comida.

—Intento descifrarte —admitió Derek dándole una mordida a su hamburguesa. Ella volvió la mirada hacia él, de donde ya no la apartó más.

—¿Descifrarme? —preguntó ella con una sonrisa en sus labios llenos y rojos —. Sorpréndeme entonces.

Él esbozo una sonrisa torcida.

—Tengo una suposición —dijo él.

Ella alzó las cejas con diversión

—Pareces alguien difícil de predecir porque cambias de emociones drásticamente, primero te comportas tímida y después tienes atrevimiento para llamarme “bufón”.

Ella sonrió mientras se mordía un labio. Ese movimiento hizo que Derek mantuviera su atención sobre ellos. Elena liberó su labio inferior, ahora un poco enrojecido. De pronto él se imaginó besándola. Alarmado por el rumbo que empezaban a tomar sus pensamientos, apartó la vista de ella.

—No estás tan lejos de la realidad, aunque tampoco cerca. Ahora déjame a mí hablar —dispuso Elena pasando un mechón de su cabello rebelde por detrás de su oreja.

Él entrecerró los ojos con curiosidad.

—Adelante —sonrió Derek.

—Pareces un hombre amable, carismático, aunque atrevido. Estoy pensando que eres mucho más de lo que aparentas —apuntó Elena perforándolo con la mirada.

—Me gusta demostrar mis habilidades, por eso voy a ayudarte. Y sí, supongo que soy algo atrevido —dijo él jugando con la tapa de la botella, su costumbre para concentrarse.

—A propósito. ¿Cuánto debo pagarte por tus servicios? Digo, no creo que quieras tirar tu tiempo por nada. —Elena se encogió de hombros.

Él dejó de jugar con la tapa y levantó la mirada.

—No es nada. Creo que gano suficiente en el hospital.

Siguieron conversando mientras terminaban su comida. Derek le contó que apenas se había mudado y algunos de sus otros pasatiempos, como era el paracaidismo. Ninguno de los dos formuló preguntas más personales. A Elena no le pareció prudente, él solo la ayudaría a prepararse para la próxima carrera. Nada más.

Derek seguía absorto mirando de reojo a esa chiquilla cuando ella se despistaba durante el trayecto de regreso. Un nombre apareció en sus pensamientos: Candice. Tembló de miedo y enojo. Ni siquiera le había dedicado espacio en sus pensamientos a su reciente esposa.

Y lo peor era que ahora se estaba preguntando si había hecho lo correcto al casarse tan rápido. Candice era una mujer maravillosa, ella lo había ayudado a superar la muerte de su padre y salir adelante, lo había sacado del pozo negro donde estaba sumergido. Se sentía tan unido a ella que, cuando la pelirroja le pidió matrimonio, temió que si se negaba, ella se fuera y lo abandonara hundido en la oscuridad de nuevo.

Ella le importaba. ¿Por qué ahora reconsideraba lo suyo? Llegaron a la casa de los padres de Elena y no a su departamento, ya que al parecer la chica había recibido una llamada urgente de su madre. Por lo mismo el viaje duró mucho más tiempo, aunque al muchacho no le importó aquello.

—Gracias, Derek. ¿Entonces, mañana por la tarde? —se aseguró Elena

mientras se quitaba el cinturón.

La atención de él volvió a estar sobre ella. Una parte de Derek se moría por tocarla —aunque fuera solo un roce— ahí mismo, tal era el magnetismo que le hacia sentir escalofríos.

—Ahí estaré —prometió él.

De pronto el aire se volvió denso para el joven, su pecho ardía. Parecía que había olvidado cómo respirar al sumergirse en los ojos café de Elena.

—Bien —dijo ella sacándolo de su pequeño trance.

Él —para lucir normal— le dedicó una sonrisa que la dejó un poco deslumbrada.

—Hasta pronto, Elena.

—Hasta pronto, Derek —se despidió ella y salió de la camioneta mientras él la seguía con la mirada sintiendo de todo, menos tranquilidad.

Por alguna razón, Derek no usaba su anillo de compromiso como debería y ahora las dudas sobre su matrimonio comenzaban a asaltarlo de nuevo. Y con más fuerza en ese momento, que se había tropezado con esa chiquilla que todavía era una desconocida para él.

Capítulo 4

Dulce noche

Los padres de Elena la habían citado de imprevisto, ya que querían hablar con ella sobre el accidente que había sufrido en la moto. Jordan ya les había informado, aunque Elena le había advertido que no lo hiciera. Aun así, lo había hecho y sus padres, tan preocupados que eran, querían asegurarse de que su pequeña hija estuviera bien.

Después de decirles casi mil veces que se encontraba bien, por fin estaba en su cama con los audífonos puestos, aunque no escuchaba música a alto volumen. Lo hacía por si los chicos se atrevían a molestarla. Por su imaginación solo flotaban un par de ojos azules hipnóticos. Era en verdad extraño en ella, nadie estaba en su mente por mucho tiempo, no con facilidad. Pero tenía que admitir que el tal Derek le gustaba, y mucho. El solo hecho de estar cerca de él provocaba un desorden dentro de ella. Pensó que era una auténtica locura sentirse así por alguien a quien apenas conocía.

De pronto sintió que alguien le aventó una almohada a la cabeza. Giró con brusquedad, ya que estaba boca abajo sobre la cama.

—Hey, amiga, ¿en qué tanto piensas? —preguntó Chloe recostándose junto a ella. La rubia llevaba su usual pijama de ositos. Elena la asesinó con la mirada por unos segundos.

—En que tengo una amiga que deja mucho que desear —acusó regresándole el golpe con la almohada. Chloe lo esquivó con rapidez e hizo un puchero, con el cual siempre conseguía el perdón de todos.

—¿Estás enojada? Vamos, solo quiero hacerte más responsable —indicó la rubia con una sonrisa burlona sentándose en el borde de la cama. Elena entornó los ojos.

—Soy más responsable que tú, Chloe —contraatacó mientras se acomodaba una almohada abajo de su nuca para estar más cómoda y cruzó los tobillos. Su amiga soltó una risita.

—Yo no soy la que se levanta diez minutos antes para ir a la universidad —se defendió la rubia levantándose de la cama. Fue hasta el espejo grande con bordes de madera, que estaba sujetado a la pared. Tomó un cepillo y comenzó a peinarse su maraña de cabellos rubios.

—Pero solo lo he hecho una vez, tú al contrario ya has perdido la cuenta —rezongó Elena. Chloe terminó de cepillar su melena y se dio la vuelta con una expresión que Elena no supo interpretar.

—No sé si contártelo, pero... —comenzó a decir pasando por alto el anterior comentario de la castaña. Empezó a caminar con lentitud hacia Elena con una sonrisa ligera en sus labios.

—¿Qué pasa?

Chloe tomó asiento en el borde de la cama.

—Creo que le gustas a Jason —confesó la rubia con una sonrisa tentadora.

Elena abrió los ojos como platos, mientras la incredulidad llegaba a ella. Jason y ella siempre habían sido amigos y eso nunca había cambiado.

—No puedes hablar en serio, a tu hermano jamás le he gustado —acusó Elena incorporándose y tomando asiento al lado de su amiga.

Chloe se encogió de hombros.

—Bueno, él me ha estado preguntando por ti en las últimas semanas... —confesó—. Conozco muy bien a mi hermano Elena, y sé lo que te digo.

—Pero... No, creo que estás delirando —indicó Elena sonriendo con burla. Chloe negó con la cabeza.

—¡Sé lo que te digo, Elena! Incluso le encontré en su celular varias fotos tuyas —juró con una sonrisa burlona.

Elena entrecerró los ojos.

—¿Es verdad?

Chloe entornó los ojos y suspiró.

—Por supuesto, no tengo por qué mentirte.

—Bueno, eso es raro, tal vez, no sé... —balbuceó Elena tomándose el mentón con un dedo en forma pensativa.

—No te hagas la ingenua, Elena, ¿acaso no has notado nada raro en su comportamiento contigo? —interrogó Chloe cruzando los brazos.

Ahora que Elena lo pensaba un poco, sí que había notado un grado más de atención hacia ella, pero lo consideraba normal. Después de todo, eran buenos amigos.

—Creo que lo he pasado por alto —admitió la chica con un bufido.

—Dejando de lado esa parte... ¿Él te gusta?

—No, él siempre ha sido un amigo para mí —contestó Elena mientras unos ojos azules llegaban a su pensamiento.

En definitiva, Jason no le gustaba para nada. Chloe no pareció ofendida, ella sabía de su escasez de atracción hacia los hombres. Pero había sido porque le habían roto el corazón hacía tiempo.

—Pero alguien te tiene que gustar, Elena, no puede ser que nadie te llame la atención. Ándale, dime quién está ahí paseándose por tu cabeza.

Las comisuras de los labios de la joven se elevaron al tiempo que desviaba la vista hacia la ventana. Sería ridículo si le dijera que le gustaba un hombre que apenas conocía.

—Nadie, aunque bueno... —dijo ella suspirando.

Chloe era su mejor amiga, tenía derecho a saber sobre Derek.

Chloe le lanzó una mirada invitándola a proseguir. Inhaló y exhaló con pesadez.

—Supongo que Jordan y Jason ya te han dicho sobre mi accidente...

La rubia asintió con la cabeza un poco confundida.

—Bueno, después de sufrir el pequeño accidente, abrí los ojos en un lugar desconocido, me levanté de donde estaba acostada y me encontré con un hombre muy atractivo, pero estaba tan asustada que no me detuve a contemplarlo y bueno... —hizo una pausa para tomar aire—. Pensé que me había secuestrado o, algo así; después me di cuenta de que solo era un muchacho que había intentado ayudarme...

—Y entonces ese chico te gustó... —insinuó Chloe.

Elena alzó la mano en son de que aún no terminaba de contarle.

—Después de todo el susto que me lleve, él me fue a dejar a la universidad, ya que yo no estaba en condiciones y al final me pidió mi número... —admitió después de una pausa—. Más tarde vino a dejarme la moto...; después yo lo acompañé a comer, mientras tú estabas todavía en la universidad.

—¿Y ya? ¿Ni un beso o...

—¡Chloe! Apenas lo conozco... —acusó Elena sumergida en sus recuerdos.

Era imposible no hacerlo cuando pensaba en él, tenía tal magnetismo que la hacía temblar. Aunque no le iba a contar toda la verdad. Chloe no podía enterarse de que ella trataba de entrar al torneo de carreras de motocicletas dentro de un mes. Ya que al igual que Jordan, era sobreprotectora con exageración.

Su mejor amiga la miraba con la boca abierta.

—Pues cierto que debe de gustarte, jamás te había visto esa mirada en los ojos —dijo la rubia apretando los labios. Elena reaccionó parpadeando varias veces. Frunció las cejas.

—Tampoco es que me esté muriendo por él, pero nunca he sentido esto por nadie; es nuevo para mí, Chloe...

—¿Nunca lo has sentido? ¿Y dónde queda Thomas? —preguntó la rubia cortándola. Elena se quedó callada. Entonces se dio cuenta. Cuando Chloe había mencionado a Thomas, no había sentido nada, ni incomodidad, ni, mucho menos, dolor.

—¿Acabo de decir eso? —preguntó Elena perpleja, tanto como Chloe.

—Creo que te has olvidado de Thomas con ese chico —indicó la rubia emocionada. Chloe esbozó una sonrisa llena de felicidad, ella nunca había entendido que Elena sufriera tanto por un hombre como Thomas.

—A decir verdad, creo que lo superé —admitió la castaña, con la mirada perdida. Chloe se acercó y le dio un abrazo cariñoso al que Elena correspondió.

—Me alegro, Elena, espero que encuentres a alguien digno de ti.

Elena asintió contra su hombro y la abrazó con más fuerza.

—Gracias por ser mi amiga, Elena.

Chloe se separó de ella.

—Lo mismo digo, pero sabes que no soy buena para las demostraciones de afecto... —puntualizó Elena ruborizándose. Chloe asintió.

—Vamos, los chicos han preparado la cena... —anunció la rubia levantándose.

Elena se pasó un mechón de cabello rebelde por detrás de las orejas.

—Vale, solo déjame arreglarme un poco este cabello —dijo tratando de pasar los dedos por este.

Chloe asintió y salió de su cuarto. Jordan y Jason que vivían en el departamento de al lado, siempre las visitaban para la cena y la comida.

Elena estiró los brazos bostezando, pero el sonido de su celular la distrajo. Caminó con pereza hasta el buró para revisarlo. Lo encendió y la pantalla anunciaba que le había llegado un mensaje de... Derek.

Su corazón retumbó en su pecho cuando leyó el mensaje. Su respiración casi se había vuelto irregular. Ese hombre estaba haciendo demasiadas cosas con ella en solo un jodido día, no quería imaginarse que pasaría si seguía a ese ritmo.

Dulce noche, Elena.

Las paredes de su habitación parecían estar girando a su alrededor. La emoción y la ilusión estaban haciendo efecto en ella, aunque de inmediato borró su sonrisa. Derek solo le apoyaría en su aprendizaje con las motos de carreras, no le había propuesto algo más. Además, no sabía si tenía pareja. Él no le había contado casi nada de su vida privada. Aunque en ese momento prometió que lo descubriría. Si tenía la oportunidad, no había nada de malo el intentarlo.

Se veía feliz y halagada con ese mensaje, aunque en el fondo sentía desconfianza. Sacudió la cabeza. Derek solo sería su amigo o ni siquiera eso. Cerró los ojos con fuerza, tratando de borrar su mirada azul. Su concentración debía estar puesta en el próximo torneo. Ella debía ganar y con el apoyo de Derek, lo lograría. Además, el premio no era para menos. Ese dinero le serviría muy bien para sus gastos.

Derek salió de la ducha esperando que eso menguara sus fieros pensamientos sobre esa chiquilla. Había sido un error mandarle ese mensaje de buenas noches, mas no pudo controlar ese impulso. Se convenció de que no debería ser algo malo, ella podría ser su amiga.

Derek se recostó en su cama apagando la lámpara del buró. Generalmente, a esas altas horas de la madrugada se la pasaba hablando con su esposa, pero ella no lo había llamado. Y una parte de él lo deseaba con fervor, pero no para escuchar su voz; solo deseaba estar distraído y no dejar que sus pensamientos divagaran por rumbos desagradables.

Quería que esos ojos café se esfumaran de sus pensamientos, aunque parecía que su memoria se empeñaba en molestarlo. Y, sin poder hacer nada para remediarlo, entró al sueño con la mirada inocente de Elena, que lo acosaba.

Capítulo 5

No dejaré que te hagas daño

Elena correteaba por los pasillos del edificio de la universidad, ya que se le hacía tarde para la clase. Además su mochila era un incómodo peso con el que tenía que lidiar. Siguió caminando a paso rápido hasta que vio el aula. Diablos, la puerta estaba cerrada, lo que significaba que ya había comenzado la clase.

Con un suspiro resignado avanzó y tocó la puerta con los nudillos de su mano derecha. Esperó con paciencia a que abrieran. Su profesor la evaluó con una mirada desaprobadora.

—Llega tarde de nuevo, señorita; tome asiento por favor —indicó el señor señalando una banca vacía. Elena avanzó hasta su lugar con las miradas de todos puestas sobre ella. Ian le dedicó una sonrisa mientras tomaba asiento, ella le correspondió.

—Bueno, prosigamos donde nos habíamos quedado antes de que la señorita Fuster interrumpiera. Como les he dicho, las prácticas serán en el hospital... —comenzó a decir el profesor.

Elena se sentía cansada. Por la noche recién había podido conciliar el sueño cuando la lluvia al fin había dejado de picotear en el techo. Y, además, los culpables de su insomnio eran unos ojos azules.

Sintió que alguien tocó su hombro. Volteó hacia Ian que la escrutaba con la mirada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su amigo en un susurro.

Esas ojeras no eran normales en su mejor amiga. Ella asintió con la cabeza tratando de pasar la saliva. Él ladeó la cabeza confundido.

—No sabes mentir, Elena ¿te quedaste dormida hasta tarde, verdad? —acusó acercándose a su oído. La joven lo miró tratando de parecer normal y relajada.

—Algo así —dijo pensando en decirle sobre su nuevo instructor de motos de carrera.

A él no había problema en contarle, ya que gustaban de los mismos pasatiempos. Ian amaba la adrenalina, aunque su manera favorita de sentirla eran los juegos extremos mecánicos.

La clase siguió su curso y por fin una parte de su cabeza logró concentrarse en las palabras del profesor. Las comisuras de sus labios se curvaron al escuchar que pronto comenzarían las prácticas en un hospital de Detroit. Moría por que llegara ese día. Pronto se graduaría, por lo que las necesitaba.

Cuando terminó la clase, se levantó a la par de su mejor amigo.

—Para la próxima no llegue tan tarde, señorita Fuster —reprendió el profesor haciendo que ella detuviera su paso.

Elena esbozó una mueca desganada a la vez que asentía. Cuando al fin estuvieron fuera del salón, Ian la miraba con las cejas levantadas y los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que escondes? —preguntó él con un hilo de voz.

Elena suspiró dejando caer todo su peso sobre su pierna derecha.

—Ya es un hecho que entraré a una carrera de la ciudad —confesó ella con una gran sonrisa. Ian abrió los ojos.

—¿De verdad? Pero tú no tienes tanta experiencia y...

—Alguien va a enseñarme —admitió Elena ocultando una sonrisa con la mano.

—¿Se puede saber quién?

—El mismo chico que me ayudó cuando tuve el accidente; por coincidencia, él corre en motos y pensé que podría ayudarme bastante... ¿No crees?

Ian entornó los ojos. A su amiga se le daba bien confiar en personas desconocidas.

—¿Lo conoces bien?

—Todavía no, pero es médico anestesiólogo, según me dijo.

—Entonces, tengo que conocerlo; yo protejo a mi mejor amiga, ¿recuerdas?

Elena suspiró con pesadez. No entendía por qué todos se preocupaban por

ella, aunque en parte lo agradecía. Mas a veces le molestaba.

—Sí, sí, Ian...

Cortó la conversación y siguieron su rumbo hacia la cafetería. El día pasó rápido y sin ninguna intervención, a excepción del reporte que consiguió su hermano Jordan por pelear dentro de la universidad. “Mi hermano mayor nunca madurará”, pensó Elena.

Una parte de ella estaba nerviosa y emocionada por que llegara la tarde y pudiera ver de nuevo al hombre que no había dejado de rondar su cabeza. Sabía muy bien el sentimiento que estaba experimentando: la ilusión.

Derek caminaba con prisa por los pasillos del hospital. Había tenido una urgencia y se le estaba haciendo tarde para ir con aquella chiquilla. En realidad no sabía si lo que estaba haciendo era lo correcto, pero no se resistía a verla. Sus ojos café no habían podido salir de su cabeza por más que lo había intentado.

—Deja de pensar estupideces. Solo la ayudarás —susurró saliendo del hospital. Una parte de él aconsejaba romper ese trato que habían hecho. Pero en cuanto pensaba en la posibilidad, la desechaba. A él le gustaba ayudar a las personas, sí.

Una voz en su cabeza le susurró algo incómodo pero decidió no escucharlo. Subió a su camioneta donde dos motocicletas de carrera espectaculares reposaban en la parte de atrás. Las había comprado en la mañana, se enamoró de ellas desde que las había visto.

Durante el trayecto pensó en Candice. Trató de sonreír al pensar en cómo era la pelirroja. Las pecas en sus mejillas la hacían adorable y su voz angelical lo calmaba. Pensó y pensó en todas las maravillas que tenía y en cómo lo hacía sentir seguro y le devolvía la paz. Pero en ningún momento sintió esa ilusión recorrerle el cuerpo. Creyó que sus sentimientos le estaban jugando una mala pasada por culpa de la distancia. Cuando estuviera su esposa de nuevo con él, dejaría de estar confundido. Sí, eso sucedía.

Elena tenía el cabello alborotado esparcido en todo su rostro. Sus ojos estaban

más luminosos que nunca, debido a la emoción.

—Eso fue increíble Derek, lo haces espectacular —exclamó ella recuperando el aliento.

Él sonrió con orgullo. Lo había disfrutado mucho más de lo que esperaba, hacía mucho tiempo que no corría en una motocicleta de esas. Y sintiendo los brazos de ella alrededor de su torso, había sido magnífico. Aunque no lo admitiera.

—Gracias, pero ahora vamos contigo —dijo él señalándola, indicándole que se montara en la motocicleta.

El rostro de Elena pasó al vértigo en cuanto la contempló.

“Puedes hacerlo”, pensó ella.

—Vale, pero iras conmigo, ¿no?

Derek asintió sonriendo.

—Por el momento, sí. No debes ir a altas velocidades, puedes comenzar de a poco.

Ella tragó saliva. Nunca había manejado una motocicleta que sobrepasará el tamaño de su motoneta. Por su mente pasaron las imágenes de su primo fallecido. Gabriel había muerto en una carrera y ella había presenciado todo. Después de aquello, quedó prohibido subirse a una de estas.

—Vale, lo haré —se animó.

Derek podía darse cuenta del miedo en su mirada y comenzó a dudar.

—¿Estás segura, Elena? Podría ser otro día, si no estás preparada...

—Lo estoy —interrumpió ella mirándole a los ojos.

Un grave error. Una sensación desconocida le recorrió la espalda. Sus ojos del color del mar, le parecían hermosos en verdad, de esos que quitan el aliento.

—Está bien. Pero quiero que sepas algo —expresó él acercándose a ella, que al mismo tiempo provocó que Elena se sintiera nerviosa—: pase lo que pase, no dejaré que te hagas daño, ¿de acuerdo?

Elena sintió de pronto que las piernas no podían sostenerla. No podía despegar su mirada de sus ojos, aunque se obligó a retirarla. No quería sentirse de esa manera. Quería ser dueña de sus propios sentimientos.

—De acuerdo.

Y así transcurrió esa primera semana. No hubo un día que no entrenarían en la carretera con las motos. Era despertarse, ir a la universidad, correr con Derek y hacer sus deberes. Elena aún no decía nada a Chloe, por lo mismo que a su hermano Jordan. Y estaba dando resultados, Elena ya era capaz de controlar la moto aunque aún no se atrevía a retar a Derek.

Por otra parte, aunque no quisiera admitirlo, tratar de ignorar la sensación que le provocaba estar junto a él se volvía cada vez más complicado. Lo que la desconcertaba y desanimaba era que, aunque ya habían pasado una semana viéndose todos los días, su relación entre ellos no había mejorado como ella quería. Cada vez que intentaba preguntarle sobre su vida o si tenía pareja, algo más personal, Derek siempre le cambiaba el tema. Se sentía ilusionada con unas palabras que llenaban su corazón para después destruirlas con lo cortante que a veces era con ella.

Derek ya se lo había dicho hacía algunos días: su trato era que él la ayudaría a ganar ese torneo. Nada más. Y eso Elena lo interpretó como una negación si es que ella intentaba algo más con él.

Estaba abatida. Porque sabía que un sentimiento demasiado incómodo estaba brotando desde lo más profundo de su ser. Y trataba de luchar contra eso. Estaba más que claro que Derek no dejaría entever su vida y mucho menos intentar algo con ella. Había pensado en dejar de practicar, pero ya había avanzado lo suficiente y no quería parar. Necesitaba ganar el torneo y, sobre todo, el dinero que entregarían. No había una oportunidad mejor para ayudar a pagar la enfermedad de su padre que sufría de diabetes, y los medicamentos eran demasiados caros; además, ella y Jordan en la universidad no tenían tiempo para trabajar y ayudar a su madre. Cerró los ojos tratando de conciliar el sueño. Solo faltaban tres semanas, esperaba que lo que comenzaba a sentir se disipara y solo fuera una confusión. Con anhelo esperaba eso.

En otra parte de la ciudad, Derek no podía pegar un ojo. Estaba desesperado porque esos pozos café no se alejaban un segundo de su pensamiento. Cerró los ojos con fuerza.

—Por Dios, donde diablos te estás metiendo —susurró sentándose en el borde

de su cama. Él no era tonto, se percataba de la mirada esperanzada de Elena. Sabía la atracción que él ejercía sobre ella y eso hacía más difícil tratar de ignorar lo que lo comenzaba a asustar y no quería admitir. Su celular sonó en ese instante. Fue un alivio para sus pensamientos.

—¿Derek?

—Candice, qué bien que me llamas... —susurró olvidando todo lo demás.

—Llegaré en tres semanas, amor; ya no me necesitarán todo el mes completo. Te extraño mucho.

—Eso es perfecto —dijo sin saber si se sentía feliz o preocupado.

—¿Te pasa algo?

—No, nada. ¿Por qué?

—Te escucho un poco extraño —dijo esa voz cantarina al otro lado de la línea.

—No es nada. Estoy arreglando todo el mobiliario de la casa. Te va a encantar, es perfecta —la distrajo cambiando de tema.

—Estoy ansiosa por verte. Pero tengo que colgar, amor. Mañana tengo junta a primera hora.

—También ansío verte, de verdad...

—Te amo.

—Yo igual, lo sabes —susurró él.

Su rostro se descompuso de repente, como si se sintiera culpable de decir aquello. No entendía qué sucedía con él, estaba perdiendo los estribos. Eso lo asustaba.

Y colgó la llamada.

Hablar con Candice no había ordenado sus pensamientos como pensaba. Se sentía abrumado por el mar de sensaciones que estaba experimentando. Esos ojos café seguían ahí, arremolinando su pensamiento. Sacudió con ferocidad la cabeza.

—Lo que necesito es relajarme, definitivamente —meditó antes de tomar las llaves y salir de su casa. Tal vez estaba confundiéndose demasiado por lo que no podía pensar con claridad. Él solo seguiría ayudando a Elena. No había de qué

preocuparse.

Ya dentro del coche le marcó a Mike, para invitarlo a tomar unas copas, que este aceptó en seguida. Sí, eso era lo que necesitaba.

Capítulo 6

Quería saber más de él

Los párpados de Derek pesaban cuando trató de abrir sus ojos. Sentía un fuerte dolor de cabeza en el centro de su cerebro, cerró los ojos con fuerza y después trató de levantarse. Al hacerlo, sintió vértigo y volvió a caer sobre las sábanas. Diablos, estaba crudo.

Entonces recordó lo que había pasado por la noche con su amigo Mike y no podía creer que la culpable de todo fuera una chiquilla. Ese pensamiento lo molestó, mas sabía que era verdad. Pensó que su amigo había sido bueno al haberlo llevado a casa.

Se levantó de la cama y se dio cuenta de que aún seguía con la ropa de ayer. Su camisa estaba impregnada en alcohol y sus pantalones, un poco sucios. Con malestar por el dolor de cabeza, se desnudó y entró rápidamente a la ducha. Salió con una toalla enredada a su cadera y buscó algo que ponerse. Eligió una playera negra y unos vaqueros con sus típicos tenis. Lucía un estilo juvenil, que a él le encantaba.

Cuando miró la hora en su celular abrió los ojos como platos. Maldición, eran las tres de la tarde. Y tenía que practicar con Elena a las cinco. Tenía dos horas para estabilizarse. Además se había perdido de ir a trabajar al hospital, como siempre lo hacía por las mañanas. Llamó a la oficina excusando su ausencia y después bajó las escaleras para buscar algo en el refrigerador.

Frunció los labios. Solo había jamón, unos restos de queso, leche y cereales. Buscó en uno de los cajones y descubrió tortas y pan que podían quitarle el hambre. Negó con la cabeza, si seguía así moriría de hambre. Definitivamente no era bueno para mantener una cocina llena, aunque sí para elaborar buenos platillos, gracias a su hermana Caroline. Se preparó con rapidez unas tortas y se las comió luchando contra el dolor punzante de su cabeza.

Su mente, que no estaba ocupada, se empeñaba en imaginar esos ojos que, en los últimos días, le estaban quitando el sueño y, además, eran la causa de su crudeza. No quería pensar en eso, por lo que prefirió comenzar a leer el periódico. Pero no encontró nada interesante.

Pasó las siguientes páginas con lentitud y, de pronto, encontró algo que llamó su atención. La nota trataba de su propia empresa de productos lácteos, que ahora administraba su hermana Caroline. Bufó exasperado, la estúpida nota contaba que el heredero del empresario James Crowell había preferido trabajar en un hospital que hacerse cargo de ese imperio, como había dictado su padre. Cerró el periódico de golpe. No le interesaba para nada eso.

De pronto sonó su celular. Lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón. Era su hermana, Caroline.

—¡Derek! —gritó su hermana en su oído. Él lo alejó incómodo.

—Hey, Carol. Ten calma...

—¿Ya viste lo que está pasando?

—¿Qué sucede?

—La empresa de los Neville se está aprovechando de nuestra debilidad para hundirnos; saben del desequilibrio de la familia y, por más que lo niegue, ya no es lo mismo sin papá. Sé administrar la empresa, Derek, pero si...

—Mira, Caroline. Creía que ya lo habíamos hablado bien —gruñó él llevándose la mano al cabello enredado.

—Pero esto es importante. Papá quería que siguieras trabajando en la empresa. Ese fue su último deseo, ¿por qué haces esto? Sé que tomaste una decisión, pero...

—Papá no me entendía, Caroline. No salgas con esto, ¿de acuerdo? —objetó él con la garganta ardiendo. Odiaba que le recordarían a su padre por las horribles imágenes que pasaban por su cabeza.

—Creo que cometiste un error al irte de Virginia, Derek. Espero que al menos consideres esto.

Y colgó.

Derek apretó con fuerza el teléfono y trató de calmarse. La sangre corría rápido por sus venas. Ni Caroline ni su madre entendían que él quería otra vida.

Su pasión era la medicina y no la dejaría por ello. Aunque una parte de él se sentía mal al dejarle todo el peso a su hermana, un año más grande que él. Aun así, confiaba en Caroline; ella sacaría adelante la empresa, no requería mucho de su ayuda en realidad.

Olvidando eso, volvió a mirar el reloj. Recordó que ese día Elena salía rondando esa hora y decidió recogerla de la universidad para que fueran directo a practicar con las motos. Cuando aparcó en el estacionamiento se dio cuenta de que había llegado unos minutos más tarde. Sacó su celular y le mandó un mensaje indicándole que la esperaba. Soltó un suspiro debatiéndose por dentro entre si estaba o no haciendo lo correcto. Mas tenía un compromiso con ella y no lo podía romper.

Al fin la vio cuando ella comenzó a caminar hacia su camioneta. Sus ojos no pudieron evitar deleitarse con la vista. Elena llevaba una blusa de color azul oscuro, que contrastaba con su pálida piel y, como siempre, vestía esos vaqueros con sus tenis. Ella abrió la puerta del copiloto y entró con una expresión de sorpresa.

—Qué milagro.

Él le sonrió encogiéndose de hombros. Miró cómo el cabello de la chica caía en ondas esparcido en su pecho y en su espalda. Desvió la vista a propósito, o no podría concentrarse.

—Creo que hoy no será un día muy largo —dijo Derek mirando el cielo gris—. Por lo que no tenemos mucho tiempo.

Elena asintió, de pronto, desilusionada: así que había venido por eso, porque el tiempo no se veía bien y tenían que practicar antes de que lloviera.

—Está bien, gracias —aceptó Elena elevando una de las comisuras de su boca.

Pronto llegaron a la carretera de siempre, donde el tráfico era ligero y podían correr sin peligro con las motos. Después de aparcar la camioneta al lado de la carretera los dos bajaron. Derek fue por las dos motos de la parte de atrás, mientras Elena lo miraba de reojo.

—¿Ya has comido? —preguntó él jalando la palanca de la moto para ponerla en pie. Elena hizo lo mismo con la otra.

—Sí, hace como una hora ¿A qué viene eso? —contestó ella un poco extrañada.

Derek asintió mirándola más de la cuenta. La verdad es que se veía tan delgada, que comenzaba a preocuparle su alimentación.

—Solo preguntaba —dijo sin importancia.

—Bueno... ¿Ahora podemos hacer una carrera? —preguntó ella esperanzada.

Derek negó con la cabeza al mismo tiempo que ella bufaba.

—No, aún tienes que controlar bien la moto, Elena. Aunque ya estás cerca —le guiñó un ojo.

Después de eso, no insistió más, ya que no lograría otra respuesta. Como todos los días, hicieron la rutina de siempre. Elena disfrutaba eso más que nada. Adoraba como el viento cortaba su rostro y la adrenalina que sentía. Ahora a ella le tocaba conducir y Derek iba detrás por si en algo fallaba. No buscó ir más rápido, ya que aún se sentía un poco insegura si aumentaba demasiado la velocidad.

Cuando terminaron la práctica unas gotas de lluvia comenzaban a caer.

—Eso estuvo mucho mejor —la elogió Derek bajando de atrás de la moto. Elena sonrió y bajó también. Pasó las manos por su cabello tratando de alinearlos, siempre terminaba con una melena parecida a la de un león.

—Creo que estoy perdiendo el miedo —dijo Elena con orgullo. Pronto la lluvia comenzó a ser más incesante, lo que provocó que se mojaran. Elena solo llevaba esa blusa sin ninguna chaqueta con la que cubrirse, por lo que Derek se quitó la suya y se la tendió.

—Póntela, y entra a la camioneta mientras yo subo las motos.

Ella asintió cubriéndose de la lluvia, entrando a la camioneta aunque ya se había mojado una parte de la espalda y su cabello estaba húmedo. También había bajado la temperatura. Esperaba no coger un resfriado.

Elena esperó hasta que Derek entró en el lado del piloto. Ella temblaba de frío, cruzándose de brazos. Él miró con envidia la chaqueta y puso la calefacción. “Maldita chaqueta suertuda”, pensó.

—No te vayas a enfermar —comentó, tratando de ser él, el que le diera calor. Borró ese pensamiento de su cabeza. Elena sintió placer cuando le dijo eso, le

pareció tierno. Al menos estaban perdiendo las formalidades, para alivio de ella.

—No soy tan delicada —contestó la chica ya entrando en calor gracias a la calefacción. Derek la miró con diversión. Esa niña apenas le llegaba a la altura de los hombros y su cuerpo era pequeño y frágil. Y decir que no era delicada, ¡bah!

Derek rio entre dientes y Elena lo miró confundida.

—¿De qué te ríes?

—De nada —carraspeó él.

Después se hizo un silencio que a ninguno incomodó. Disfrutaban tanto del espacio sin palabras que era como si estuvieran hablando. Sin embargo, ella quería conocerlo un poco más. Sentía que Derek comenzaba a conocerla a ella y Elena aún no sabía ni la mitad de la vida de él. No le parecía justo.

—¿Tienes hermanos? —preguntó ella rompiendo el silencio. Derek asintió recordando el incidente que tuvo con Caroline.

—Sí, una hermana mayor por un año, se llama Caroline —confesó él con cuidado. No planeaba contarle toda su vida, y tampoco decirle que estaba casado. Podía ver en la mirada de Elena una pequeña esperanza y, además, algo no le dejaba hacerlo. Mas no sabía qué era.

Volvió a reinar el silencio entre ellos. Derek estaba esperando a que cesara un poco el agua, ya que aún los recuerdos del accidente lo herían y no planeaba manejar en esa tormenta. En cambio, a Elena le gustaba contemplar la lluvia.

—¿No crees que deberíamos irnos? —preguntó Elena extrañada de que no hubiera arrancado.

Entonces Derek se sintió en la necesidad de contarle algo íntimo. No podía evadirlo, tan solo para aliviarlo un poco. Además, necesitaba sacar esas palabras que le quemaban el alma. Y que no había podido decírselas a nadie. Sin embargo, él había elegido decírselo a ella por alguna razón. Suspiró antes de abrir la boca.

—No me gusta manejar en la lluvia —respondió él mirando la carretera que se extendía delante de ellos.

Elena se dio cuenta de su mirada ausente. Tenía curiosidad por la forma en que lo había dicho. Sonaba... triste.

—¿Por qué no? —preguntó con cuidado la muchacha.

Elena sabía que Derek estaba por contarle algo personal y una parte de ella se sentía emocionada. Quería saber más de él en realidad, cualquier cosa.

—No te he contado que mi padre falleció... —susurro él mirándola con esos ojos azules hipnóticos, que se habían oscurecido un poco al comenzar a recordar lo sucedido—. Bueno, fue un accidente... Ocurrió hace un año —prosiguió ahora más seguro.

Elena esperó sin interrumpirlo.

—Solo veníamos mi padre y yo; él manejaba mientras yo venía haciéndolo enojar, discutiendo por estupideces... Estábamos en medio de una tormenta y él no estaba concentrado en la carretera por mi culpa... Entonces, todo pasó muy rápido. Recuerdo que me lanzó una mirada de enojo antes de que chocáramos con un camión. Todavía fui consciente cuando gritó tratando de salvarme y después nada. Solo bastaron unos segundos para que acabara su vida y, en cambio, yo sigo vivo...

Elena mantenía la boca cerrada sin saber qué decir. Un “lo siento” le parecía patético. Derek, al ver que no decía nada, pensó que la había incomodado. Aunque estaba sorprendido, le costaba bastante trabajo hablar sobre ello con los demás, incluso con Mike y con Candice. Sin embargo... con ella había sido diferente. Sentía que podía decirle todo sin miedo de nada.

—Yo..., gracias por decírmelo —fue todo lo que pudo decir Elena.

Derek sonrió y le tomó la mano por instinto. La corriente eléctrica avanzó entre ellos haciéndolos parpadear. Ella no pensó más: quería besarlo, deseaba besarlo. Sin darse cuenta se acercó a su rostro y ahora estaban a unos escasos centímetros. Derek se perdió en sus ojos y por un momento olvidó que estaba casado; olvidó todo, tan solo quería sentirla. Cuando sus labios estaban a punto de rozarse, él reaccionó y se alejó repentinamente desviando la vista hacia la carretera donde ya no era tan tupida la lluvia.

—Ponte el cinturón —ordenó él con un hilo de voz.

Apretó los dientes. Había estado demasiado cerca de hacer algo de lo que se hubiera arrepentido. Muy cerca de cometer una tontería.

Elena agachó la cabeza en su asiento, tratando de controlar su alocado

corazón. ¿En qué rayos estaba pensando? Aunque sentía ese molesto sentimiento en el pecho, porque Derek se había acercado y después la había mirado con frialdad. Se sentía confundida. Presentía que ella lo atraía, pero al mismo tiempo ya no estaba tan segura de eso.

Capítulo 7

Accidente

Elena trataba de concentrarse en las palabras del profesor, mas solo miraba como movía los labios sin entender prácticamente nada. Aunque no le importaba demasiado, ya había estudiado ese tema por sí misma y lo había entendido, por lo que prefería estar divagando en sus pensamientos.

Suspiró recordando el día de ayer que había pasado con Derek. Ese momento tan cercano e íntimo cuando creyó que estaban a punto de besarse. Recordó cómo sus ojos azules la contemplaron, la veía como... si ella fuera todo lo que quería, o eso quería pensar Elena. No lo entendía a ciencia cierta.

Le parecía que no era tan indiferente para él; en su mirada y en sus impulsos podía notarlo, sin embargo, a veces se comportaba de repente cortante y ella no entendía el porqué. Aunque sí estaba segura de una cosa: Derek le atraía, muchísimo. Tal vez más de lo que se imaginaba. Y ahora estaba preocupada por la posibilidad de que ella en realidad no provocara el mismo efecto sobre él.

De pronto sintió todas las miradas sobre ella. Pestañeó y miró al profesor que mantenía el rostro sereno.

—Tercera vez que le hablo, señorita Fuster, y usted sigue en la luna — reclamó el profesor volviendo a escribir en el pizarrón. Sus mejillas se encendieron.

—Lo... siento —logró decir, despejando sus pensamientos. El resto de la clase, por milagro, no volvió a distraerse y se enteró de que en pocas semanas iniciarían la práctica en un hospital. Recogiendo todas sus cosas salió con un humor poco agradable, ya que el profesor Newton había dejado demasiados proyectos. Después se encontró con su hermano, con Jason y con Ian durante el almuerzo.

—Quita esa cara, Melón —le dijo Jason que estaba formado detrás de ella en

la fila de la cafetería.

Ella refunfuñó. Su amigo rubio la llamaba así desde que en una ocasión Elena se había disfrazado de esa fruta en un baile de niños.

—Me dejaron muchísimo trabajo —se quejó.

Aunque en realidad siempre solía ser así, solo que se molestaba porque eso significaba que no podría estar mucho tiempo con Derek.

—Pero tú eres muy buena, no te preocupes —la animó el rubio de ojos azules mirándola con un brillo en los ojos.

Elena se dio cuenta de que algo era diferente en su amigo, entonces, comenzó a sospechar sobre lo que le había dicho Chloe sobre el enamoramiento de su hermano.

—Supongo... ¿Y ustedes? ¿Cómo van sus calificaciones? —preguntó Elena refiriéndose a él y a Jordan.

Jason esbozó una gran sonrisa.

—Lo seguimos intentando —contestó con pena.

Los dos pidieron sus respectivos platillos y se sentaron en una mesa del centro con los demás. Al parecer, Ian estaba concentrado mirando a un chico pelirrojo; ella pudo darse cuenta y sonrió por lo bajo.

—Por cierto, Jordan, ya no necesito tu moto —comentó Elena mirando a su hermano mientras se sentaba. El aludido alzó las cejas un poco sorprendido, aunque después sonrió mostrando sus dientes blancos y fuertes.

—¿De verdad? Genial —dijo él al tiempo que le daba una mordida a su torta.

Elena se encogió de hombros. El dinero que ganaría en el torneo —estaba segura de que al menos quedaría en uno de los dos primeros lugares— le serían suficiente para comprarse una moto nueva y aumentar sus ahorros. Ya que su padre estaba enfermo, el dinero que le proporcionaba había disminuido un poco y, por ello, era una buena oportunidad. Elena sacó las llaves de su bolso y se las lanzó a Jordan, quien las tomó con facilidad.

—De nada.

Durante todo el almuerzo, el tema de conversación fue sobre el campamento que estaban planeando hacer Jordan y Jason con todos sus amigos, incluidas las

chicas y, como invitada especial, Candice, que regresaría por esas fechas.

—¿Cuándo regresa Candice?

—Creo que en dos semanas —contestó Jason a la pregunta formulada por Ian, que había regresado su atención hacia ellos.

La castaña sonrió con emoción. Extrañaba mucho a su amiga, la pelirroja. Elena se alegró de que regresara ya en dos semanas, justo para su torneo.

—Pero ya se casó, ¿cierto? —preguntó Jordan.

Candice siempre le había llamado la atención a Jordan, aunque Elena sabía muy bien que solo le atraía su físico. Ella sospechaba de que su hermano estaba en realidad enamorado de su amiga Chloe, aunque este —como el idiota que era— no lo dejaba ver.

—Sí, de hecho me dijo que su esposo ya está aquí. Solo que ella misma quiere presentármelo, por lo que aún no lo conozco —informó Elena sin importancia.

Elena imaginó que si seguía teniendo comunicación con Derek después del torneo y él aceptara ser al menos su amigo, podría invitarlo al campamento con todos los chicos. Sonrió cuando unas imágenes de ellos juntos vinieron a su mente.

Todos habían regresado a sus aulas respectivas, solo que Elena y Ian se dirigían a la misma. Ian miraba a su mejor amiga, confundido; Elena parecía estar en otro mundo.

—¿Y tú qué tanto imaginas? —preguntó con burla Ian. Elena reaccionó y se relamió los labios.

—¿Qué dices? —preguntó sorprendida.

—¿Estás pensando en alguien? —insinuó Ian.

—Bueno, ya sabes que estoy practicando con...

—El chico que te ayudó la otra vez —completó Ian.

Elena suspiró. Ella misma ya lo sabía, pero resultaba complicado convertir sus pensamientos en palabras.

—Bueno, creo que él me gusta de una forma... —no supo cómo concluir lo que empezaba a nacer dentro de ella.

Derek le atraía, pero no de una manera como muchos hombres la habían atraído. Era diferente, su corazón siempre saltaba como loco cada vez que estaba cerca y no olvidaba que...

—¿Te estás enamorando de un tío? —preguntó Ian alzando las cejas.

Conocía bien a su mejor amiga, los ojos solo le brillaban de esa forma cuando se trataba de algo muy especial. Y de hecho, no sucedía a menudo. Excepto cuando ella había estado con Thomas, un novio que había tenido hacía tiempo.

Elena negó con la cabeza mientras sentía las mejillas arder. No, eso no podía suceder tan rápido. Había prometido jamás volver a caer en el amor de esa forma, después de lo sucedido con su exnovio.

—¡No! —exclamó más fuerte de lo que pretendía—. Solo me gusta, sí. Y el problema es que creo que no es correspondido —admitió con una mueca, a la vez que recordaba la mirada fría de Derek cuando habían estado a punto de besarse.

—¿Tiene pareja? —preguntó su mejor amigo.

Elena negó con la cabeza. Ahora se daba cuenta de que él evadía preguntas más personales.

—En realidad no lo sé, ya le preguntaré... Y, de verdad, espero que no tenga... —balbuceó—. Aunque si tiene, qué más da. —Se encogió de hombros intentado no dejar entrever lo mucho que él le interesaba.

Ian sonrió por lo bajo. Elena no sabía ocultar sus sentimientos y a él no iba a engañarlo. Aun así, debía conocer al hombre ese. Ian quería mucho a Elena como para dejar que alguien la lastimase.

El día transcurrió rápido sin ningún incidente. Elena ya estaba en la cocina buscando los jitomates para el platillo que iban a elaborar aquel día. Jason estaba sentado en una de las sillas del comedor, haciéndole compañía. El rubio de ojos azules no podía evitar contemplarla maravillado. Si tan solo Elena se fijara en él...

Elena se dio la vuelta y pudo darse cuenta de que Jason la miraba. Este la desvió avergonzado.

—Tengo que ir a comprar algunos ingredientes —anunció Elena tomando del dinero exclusivo para comidas. Los cuatro cooperaban para las rentas y lo

necesario para sobrevivir.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Jason dispuesto. Elena negó señalando el agua hirviendo sobre la estufa.

—Será mejor que cuides eso —aconsejó ella tomando su chaqueta del perchero, ya que el mal tiempo seguía y en cualquier momento podía llover.

—Está bien y, por cierto, Jordan y mi hermana están abajo como ya te imaginarás —dijo Jason antes de que Elena cerrara la puerta tras de ella.

Entornó los ojos cuando vio a Jordan y a Chloe en una discusión. Se notaba a leguas que los dos se querían y ellos eran los únicos incapaces de ver eso. Sin embargo, los ignoró cuando salió del edificio.

Solo tuvo que caminar unas pocas cuadras para llegar al mercado, aunque no logró impedir que su cabello se humedeciera un poco por culpa de la lluvia, mas era bastante escasa.

La gente entraba y salía de la tienda. Se adentró y encontró con facilidad los jitomates. Aprovechó también para comprar el pan; era adicta a las donas y, por supuesto, no se olvidó de su helado favorito de chocolate. Tomó una charola y unas pinzas para coger las donas. Se dirigió hacia el estante de los panes y tomó unas cuentas.

Entonces vio el último pan que tenía crema por dentro, el que más le gustaba. Se acercó y, justo cuando estaba por tomarlo, unas pinzas aparecieron en el mismo pan que quería agarrar. Irritada volteó a ver quién estaba tratando de ganarle su bocadillo.

No supo cómo reaccionar, lo había imaginado muchas veces en su cabeza. Desde romper a llorar hasta hablarle con furia contenida, pero ninguna de esas pasó; simplemente, no sintió... nada. El hombre que le había roto el corazón hacía tiempo ya no causaba ningún efecto sobre ella.

Thomas la miraba entre asombrado y perturbado. No esperaba ver a Elena de aquella forma, tan diferente a como la recordaba. En realidad se veía hermosa.

Elena desvió la mirada y aprovechó su aturdimiento para coger la dona y alejarse de ahí. Sin embargo, sintió una presión en su brazo.

—Elena, espera...

Se volteó con una mueca.

—¿Puedes soltarme por favor? —preguntó cansada. Miró los ojos café de ese hombre y no logró comprender cómo es que se había enamorado de él. O tal vez, nunca lo amó. Porque no encontraba nada en Thomas que pudiera despertar algo en ella. Elena misma se dio asco por alguna vez haber llorado por ese chico.

—Elena, yo no esperaba verte aquí y...

—Yo tampoco. Pero me tengo que ir —volvió a intentar zafarse. Thomas la miraba suplicante.

—Sé que me odias y que tal vez ya no quieras...

—No, Thomas, no te odio. Solo ya no siento nada. Eres como cualquier persona para mí —dijo Elena confesando lo que su corazón sentía. Y vio en sus ojos café que lo había herido al decir esas palabras.

—Eso no es cierto, Elena...

Ella entornó los ojos fastidiada. ¿Cómo había podido desperdiciar su tiempo con ese hombre?

—Te equivocas. Ahora con tu permiso, adiós —soltó Elena antes de zafarse de su agarre y salir del supermercado.

Para su alivio, Thomas no se había atrevido a seguirla. Suspiró cuando las gotas de lluvia comenzaron a ser más fuertes.

Cuando llegó al departamento se parecía más a un perro mojado que a un ser humano. En la comida, los chicos siguieron hablando emocionados sobre el campamento que cada vez se acercaba más, justo cuando regresaba Candice. Solo faltaban dos semanas. Y también, dos semanas para el torneo.

Elena se dio cuenta de que Jordan y Chloe en ningún momento se dirigieron la palabra. Y de vez en cuando se lanzaban miradas fulminantes aunque cargadas de deseo, que ellos nunca notaban. Solo Jason y Elena.

—Por cierto, Jason, ¿qué te parece si invitamos a las gemelas al campamento? Esa Michelle está como quiere... —dijo Jordan con falso deseo.

Chloe al escucharlo se levantó de golpe de la mesa y recogió sus platos. Elena sacudió la cabeza y también se escabulló del comedor. Jordan y Jason seguían adentrados en su charla sobre las gemelas famosas por ser las “facilitas” de la universidad. Elena se acercó a Chloe que estaba en el fregadero. Los chicos ahora no podían escucharlas.

—Oye, Chloe, mi hermano es un estúpido —dijo Elena recargándose en la barra.

Su amiga negó con la cabeza mientras lavaba los platos.

—Eso ya lo sé, pero... ¿a qué viene eso ahora? —preguntó la rubia, indiferente.

Elena se cruzó de brazos con una sonrisa en los labios. Ni su mejor amiga ni su hermano jamás demostraban lo que en verdad sentían. En su cabeza comenzó a idear un plan para que de una vez por todas se confesaran su amor.

—No finjas que Jordan no te atrae en lo más mínimo —se burló Elena.

Chloe dejó de lavar los platos y volteó hacia su amiga mirándola con extrañeza.

—¿De qué hablas, Elena? El idiota de tu hermano nunca me ha gustado —dijo Chloe arrugando la nariz.

Elena se encogió de hombros ocultando una sonrisa. Los dos ya se darían cuenta.

—Lo que tú digas amiga —Elena rió por lo bajo al salir de la cocina.

Como todas las tardes, Derek había pasado por Elena para ir a correr con las motos. Ella no había podido dejar de mirarlo; demonios, se veía terriblemente atractivo. Sus pantalones negros le caían de una forma envidiable por la cadera y traía puesta una playera del color favorito de ella: el azul, que hacía juego con sus ojos.

Derek bajó con facilidad las dos motos de la cajuela.

—¿Adivina qué pasará hoy? —preguntó Derek con una sonrisa.

Elena abrió la boca emocionada.

—¿Tendremos una carrera? —preguntó ella. Él asintió pasando una mano por su cabello negro.

—Sí, creo que ya es momento —decidió Derek dándole un casco y una chaqueta. A propósito, él evitó tocar la piel de sus manos como también mirarla a los ojos. No quería hacer más difícil apartarla de sus sueños que, contra su voluntad, había invadido.

—Genial, tendré que ganarte.

Derek esbozó una sonrisa ladeada.

—No creo que pase eso. La meta es hasta el puente de la carretera; quien llegue primero, que seguramente seré yo, será el ganador —sonrió Derek antes de ponerse el casco oscuro.

Elena entornó los ojos.

—Eso lo veremos.

—¿Entonces estás lista? —preguntó Derek con las comisuras de sus labios curvadas.

Elena asintió con seriedad. Derek no pudo evitar recorrerla con la mirada, se veía tan adorable y —qué más daba si lo pensaba— también, sexy.

Elena se puso el casco emocionada y subió a la moto. Él le volvió a explicar antes de subirse a la suya. Por alguna razón, se sentía nervioso al mirarla, tan frágil montada en esa gigantesca moto. Los dos se colocaron en sus posiciones listos para comenzar a correr. Derek miró a Elena y tragó saliva. Al verla tan diminuta comenzó a arrepentirse de haber decidido hacer la carrera.

—Ten cuidado —le dijo él mirándola sin ningún atisbo de gracia.

Elena sonrió lista para correr. Aunque sintió algo cálido en su vientre al saberlo preocupado por ella. Y así es como alimentaba sus esperanzas.

—Será mejor que lo tengas tú —contestó ella con una sonrisa.

Aunque en realidad se sentía nerviosa. Ya había corrido, pero siempre con Derek detrás de ella proporcionándole confianza y ahora debería hacerlo sola. Ignoró el nudo que se había incrustado en su estómago, para poder concentrarse.

—Contaré hasta tres y entonces correrás lo más rápido que puedas, ¿de acuerdo?

Elena apretó más fuerte las manos sobre los manubrios. Derek contó los números y, cuando llegó al *tres*, Elena salió disparada sin mirar atrás. La adrenalina era asombrosa; con Derek siempre había ido a una velocidad regular, pero ahora sentía que volaba. Con una sonrisa comprobó que Derek no la había rebasado, pero al ver la curva de la carretera aumentó la aceleración al sentirse presionada por Derek, que se acercaba a una rapidez vertiginosa por el retrovisor. Entonces escuchó un grito que se perdió con el viento.

—¡Baja la velocidad!

De pronto, Elena se dio cuenta de su error, pero ya la curva se presentaba frente a sus ojos, amenazante. Trató de reducir la velocidad y lo logró; sin embargo, en el movimiento perdió el control de la moto y después se sintió volando por los aires, similar a su primer accidente.

Y al igual que el anterior, la oscuridad la embargó.

Capítulo 8

Convertirse en su todo

Elena sintió que poco a poco iba emergiendo de las aguas oscuras donde cayó repentinamente. Abrió los ojos con esfuerzo y lo primero que vio fueron unos pozos azules que la miraban entre preocupados y ansiosos. Se sintió desorbitada por un momento y no recordaba qué había sucedido.

Entonces notó un dolor molesto en la pierna derecha, ardor en los brazos y en diversas partes del cuerpo. De pronto, recordó la adrenalina que había experimentado en la moto y cómo terminó volando por los aires antes de acabar en la nada.

—¿Cómo te sientes? —dijo una voz suave y aterciopelada.

Había olvidado que no se encontraba sola. Por fin aclaró su mente y vio a Derek parado junto a la camilla donde estaba ahora recostada.

—Me duele —se quejó llevando una mano a su pierna. Sintió una presión en torno a su muslo y cuando lo vio se dio cuenta de que tenía una venda enrollada. Volvió a mirar esos ojos azules que la analizaban nerviosos.

—¿Qué pasó? ¿Cómo llegué aquí? —preguntó recorriendo con la mirada las paredes blancas de la habitación.

Había un escritorio de madera justo enfrente de la camilla y en un estante había objetos que reconoció como utensilios para emergencias. Ella lo analizó todo ignorando el dolor punzante de su pierna.

—Perdiste el control de la moto y terminaste en el sendero de al lado de la carretera. Lo bueno es que la moto no te cayó encima y el casco fue de mucha ayuda, aunque tu pierna no tuvo tanta suerte. No sabes el susto que me diste, Elena; por un momento pensé que iba a perderte —tembló Derek al tiempo que sus ojos azules se oscurecían al recordar el accidente. Elena sintió una extraña calidez en su estómago al escuchar sus palabras. Comprendió que le importaba

más de lo que ella se imaginaba. Sonrió.

—Pero no fue así... Yo... Lo siento mucho —declaró avergonzada.

Derek sacudió la cabeza juntando las cejas.

—¿Por qué debes sentirlo? Fue mi culpa, Elena; debí esperar más tiempo — se quejó él con un matiz de acusación.

Elena negó con la cabeza y trató de relajar el ambiente.

—No tienes que acusarte por mi torpeza y...

—Elena —él la interrumpió tomando su mano con delicadeza—, se supone que no debo dejar que te pase nada. Si... te hubiera sucedido algo... no me lo perdonaría —farfulló con miedo en la voz—. Yo soy el que debe disculparse.

Ella era más consciente de su toque quemando su piel, que de las palabras que salían de sus labios. Por un momento deseó saber si él sentiría lo mismo con ese roce.

—Esto no vamos a discutirlo —rezongó Elena tratando de no hacer muecas de dolor para no hacerle sentir más culpable, aunque no era su responsabilidad—. Por cierto, ¿dónde estamos? —preguntó mirando alrededor sin reconocer nada.

—En mi casa. Aquí tengo todo lo necesario, por lo que no te llevé al hospital, además de que quedaba mucho más cerca —admitió él ligeramente nervioso. Se dio cuenta de una cosa: era la primera mujer que pisaba su casa; ni siquiera Candice lo había hecho, y Elena ya había estado incluso dos veces. Derek sacudió la cabeza y le volvió a sonreír a la muchacha, despejando aquel incómodo pensamiento.

Después de unas horas, cuando ella logró sentirse mejor, los dos se encontraban en una pequeña pelea por cuál película elegir. Elena había podido levantarse sin demasiadas dificultades, solo su pierna era la que se había llevado el golpe —aminoró el dolor con pastillas— y varios moretones en los brazos, aunque estos no dolían tanto. Por ello, Derek no la había dejado irse a su casa una vez en pie.

—¿No te gusta el terror? Pero si es lo mejor que existe —protestó Derek sacudiendo la cabeza.

—No me gustaría no poder pegar el ojo durante la noche, ¿sabes? —se

defendió ella con una mueca de horror.

De pronto se acordó de que debían estar esperándola; ya habían pasado varias horas.

—Por cierto. No creo poder quedarme a ver la película, tengo que regresar a mi departamento.

La sonrisa de Derek desapareció y sus labios se volvieron una fina línea. Se dio cuenta de que Elena a duras penas podía apoyar su pierna.

—Mmm ¿Y no puedes quedarte? —preguntó al tiempo que una parte de él no comprendía lo que estaba haciendo. Pero no podía detenerse.

Ella lo miró perpleja con un brillo en los ojos.

—Bueno, estaría más tranquilo si pudiera estar pendiente de tu pierna — corrigió él nervioso.

Era ridículo. El dolor era algo persistente, sin embargo, sabía que Elena podría administrarse sola y que no necesitaba una supervisión. Esperaba que ella no notara su patética excusa, aunque seguramente lo haría porque sabía del tema.

Elena asintió con una media sonrisa. Una pequeña esperanza se había despertado en ella con esas palabras, si no quería mentirse. Debía admitir que su corazón estaba latiendo como un loco contra su pecho. Y en ese momento supo que haría cualquier cosa por esos ojos azules oscuros, del color del mar.

—Sí... Supongo que no hay problema —dijo Elena sacando su celular.

Aunque ahora que lo pensaba, no tenía que darle explicaciones a su hermano mayor ni a nadie. Era independiente y podía hacer lo que se le viniera en gana. Tenía veintitrés años, ya no era una niña. Derek se disculpó para ir por unas palomitas, aunque en realidad quería despejar sus pensamientos.

No entendía lo que acababa de hacer: había invitado a Elena a pasar la noche en la casa de él y su esposa. Por más que pensara que se había vuelto loco, no podía mentir: una parte de él no se arrepentía. Y no solo eso.

Asustado por el rumbo que comenzaban a tomar sus pensamientos, salió de la cocina con el plato de palomitas listo y se quedó por un segundo maravillado de lo hermosa que se veía Elena tratando de decidir por una película. Sus mejillas estaban sonrojadas, tenía una ligera arruga en la frente y los labios entreabiertos. De pronto la imaginó en su cama riendo mientras él le hacía cosquillas y otras

cosas poco decentes. En ese momento en verdad se enfureció consigo mismo.

Qué demonios me pasa. No puedo estar pensando eso con esta niña. Es porque falta Candice, sí, es eso. Apretó los dientes.

Después de una hora ya había oscurecido y los dos se encontraban mirando la película de romance que había elegido Elena, recostados en el cómodo sofá. Derek estaba librando una gran batalla con su mente sin prestarle la más mínima atención a la película, al contrario que Elena, que luchaba contra sus lágrimas. Él se imaginaba acercándose más a ella y atrayéndola hacia su pecho. Cerró los ojos con fuerza.

Maldita sea, Derek, deja de pensar eso. Estás casado con una mujer que amas. Sí, que amas. Su subconsciente lo recriminó ya fastidiado.

Entonces supo que había cometido un error. El que ella se quedara ahí, en su casa, solo había despertado sus pensamientos más guardados de su interior que ahora luchaban por salir.

Elena mantenía su pierna herida sobre la pequeña mesita como apoyo mientras Derek le había tendido una manta por si tenía frío, aunque en su fuero interno, ella hubiera preferido que él le quitara el frío con sus brazos. Elena suspiró y volvió a mirar con atención la película. Lloró cuando la protagonista perdió la memoria olvidando a su gran amor.

Derek no podía dejar de verla, se veía tan adorable lagrimeando por esa película. La verdad, es que él odiaba las películas empalagosas y románticas, como esa dichosa película, pero con Elena como público todo cambiaba.

—¿Te duele? —preguntó Derek mirando su pierna.

Ella negó con la cabeza ocultando una mueca. Él no tenía por qué sentirse culpable de su estupidez.

—No, ya casi no —mintió Elena volviendo su atención a la película. Derek sonrió. A leguas ella no sabía mentir. Se estiró hasta alcanzar el plato de palomitas que había sobre la mesa, tomó un puñado y se las pasó a Elena, que las rechazó.

—¿No te gustan? —preguntó incrédulo Derek. Elena frunció los labios. En realidad le encantaban, pero si las comía, tendría problemas con su estómago. Y eso era algo que le daba vergüenza confesar.

—Me hacen daño —volvió a negar.

Derek alzó las cejas.

—Un puñado no te matará —la animó. Ella bufó y tomó unas cuentas que se comió de un solo bocado. Derek ocultó una sonrisa por lo bajo.

La película estaba por terminar y ahora una sonrisa sustituía las lágrimas anteriores de la chica. Derek revoleó los ojos. Ella lo fulminó con la mirada.

—¿No te gustó? —Elena abrió la boca con incredulidad—. Es la mejor película que he visto.

—La chica pierde la memoria y olvida al amor de su vida. El chico se propone volver a enamorarla. La chica vuelve a enamorarse. Terminan juntos, fin —se burló él con una sonrisa.

Elena no sabía qué hacer, si ahorcarlo o lanzarse a besarlo. Y es que al estudiarlo, no concebía que una mujer pudiera resistirse. Por un momento lo odió por ser tan atractivo y lograr ese efecto en ella. Cuando tal vez, él no diría lo mismo sobre ella su persona.

Derek se levantó, tomó el control y apagó la gran pantalla. Le dedicó una sonrisa a su acompañante.

—¿Quieres que te prepararé algo para cenar?

—¿Sabes cocinar? —preguntó ella alegre.

Elena era una auténtica basca en la cocina y el que él supiera cocinar la excitaba y emocionaba. Derek le guiñó el ojo.

—¿Con quién crees que hablas? Sé hacer casi todo —respondió un poco creído.

Elena pasó por alto su comentario y lo acompañó con ayuda de él, a la barra de la cocina.

Después de unos veinte minutos, sobre la mesa estaba la comida más apetitosa que hubiera visto. Aunque una gran parte tenía que ver con que Derek fuera el chef, que sabía cocinar gracias a su hermana. Los dos se deleitaron con la cena que él había preparado sin hablar mientras comían. Una cosa que tenían en común, a ninguno le incomodaba el silencio.

Elena, en lugar de hacerse de la boca chica, comió dos platillos enteros, algo

que a Derek le sorprendió y divirtió, aunque no era su culpa, estaba delicioso. Después de dejar la cocina impecable, Elena quiso acompañar a Derek a ver su programa favorito que se transmitía por las noches. La castaña se recostó en el sofá ocultando un bostezo con su mano y se puso a contemplar a Derek que estaba absorto mirando la pantalla.

Se sentía cansada y poco a poco sentía cómo su cuerpo se iba adormeciendo. Sonrió al ver como él se pasaba la mano por el cabello oscuro y entonces estuvo segura de algo: sería la más feliz del mundo si pudiera disfrutar de eso todos los días junto con él. Y esa pequeña ilusión, que se había implantado ya en su corazón, comenzaba a hacer efecto en ella.

—¿Viste eso? ¡No puedo creer que... —comenzó a decir Derek al voltear hacia la chica. Pero esta ya tenía los ojos cerrados y durmiendo acompasadamente.

Se quedó encandilado mirándola. Se veía demasiado apetecible y tierna. Le encantaba ese aire de inocencia que destilaba y, también, la sensualidad que provocaban sus labios.

Saliendo de su pequeño trance apagó la televisión, le importaba un carajo perderse ese capítulo. Verla dormir era mucho mejor. Sabía que cuando despertara mañana, se reprocharía y enfurecería por todo lo que estaba admitiendo en ese momento, mas no le importó. Era como si pudiera olvidarse de todo, estando ella ahí.

La tomó en brazos sin despertarla y subió las escaleras. Llegó hasta su habitación y decidió que dormiría ahí. Él se iría al cuarto de visitantes. La depositó sobre la gran cama blanca y la cubrió con una manta. Ella se removió un poco y volvió a quedarse quieta. Derek era consciente de que estaba durmiendo en la cama de su matrimonio y, aun así, aunque nunca lo admitiera, no sentía suficiente culpa como para moverla de ahí. Y eso lo comenzaba a asustar.

Se arrodilló junto a la cama donde podía contemplar el rostro relajado y hermoso de Elena. Entonces, en ese momento lo supo. Por un instante deseó que ella fuera la que ocupará el lugar en su casa y en su cama para siempre. Cerró los ojos reprimiendo una lágrima que luchaba por salir. Él no era así, él creía amar a

su esposa. Pero ahora no estaba tan seguro. No valía la pena tratar de mentirse a sí mismo.

Esa chiquilla no era indiferente para él. Esa chiquilla podría convertirse en su todo, y ya estaba en camino a serlo. Por eso prometió algo mientras la veía dormir. Después del torneo, se alejaría lo más posible de ella, por el bien de los dos. Antes de que se colara por completo en su corazón, porque en su mente, ya no había manera de apartarla.

Capítulo 9

Enamorada

Elena le sonrió a la chica de cabello castaño claro y ojos miel. Parecía una chica simpática a simple vista, con esos rasgos suaves y confiables.

—Así que haremos el trabajo juntas —indicó su compañera.

Elena tomó asiento al lado de ella. El profesor había pedido proyectos en parejas y a ellas les había tocado juntas.

—Al parecer sí, ¿cuál es tu nombre? —preguntó Elena con voz animada mientras guardaba libros en su mochila.

—Soy Manón —dijo ella dedicándole una sonrisa.

Elena entrecerró los ojos.

—¿Eres extranjera?

—Sí, soy de providencia francesa —respondió su compañera pasándose una mano por el cabello—. Mi madre es norteamericana y mi padre francés —dijo con un chistoso acento.

—Genial, me encanta Francia. ¿Acabas de mudarte? Nunca te había visto —expresó Elena al tiempo que las dos comenzaban a salir del aula. Se dirigían hacia la cafetería que ya estaba atiborrada de gente.

—Naturalmente, ahora estoy viviendo con mi tío —comentó la extranjera metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Elena asintió.

—Bueno, espero que estés a gusto en Detroit —puntualizó Elena con una gran sonrisa.

Manón le correspondió de igual manera.

—No me quejo, es más de lo que esperaba, en realidad —finalizó.

Tomaron una mesa en donde se sentaron a comer su desayuno. Ian, al parecer,

estaba bastante ocupado —charlando con un chico en la esquina de la cafetería —, Elena lo vio de reojo y sonrió. Tom parecía un buen partido.

Ese mismo día, también se enteró de que su hermano Jordan se había metido en una buena pelea donde estaba involucrado Jason, y los dos habían sido suspendidos de clases por ese día. Dejó de pensar en ello y se concentró en la charla con su nueva amiga extranjera.

—Genial, a mí también me gustan las motos. Aunque mi madre siempre ha renegado —contestó Manón a una pregunta de Elena, que con facilidad le había tomado confianza.

—Sí, de hecho estoy por competir en una carrera, es el domingo —confesó Elena antes de darle una mordida a su torta.

La extranjera alzó las cejas interesada.

—Eso es magnífico, debes ser buena —la elogió Manón al tiempo que saludaba a un chico que le había guiñado el ojo. Al parecer, la chica nueva no pasaría desapercibida en la universidad.

Elena asintió, aunque no se mostró muy convencida.

—Supongo, aunque estoy preparándome con ayuda de alguien —admitió Elena.

Entonces recordó la noche que durmió en esa gigante cama mientras Derek la veía dormir. Sí, estaba despierta, aunque fingía dormir con mucho esfuerzo. Y es que ese día en ella había despertado algo muy fuerte. De pronto visualizó una mano en frente de su cara.

—Te has quedado en el limbo —Manón rio entre dientes.

Elena sacudió la cabeza y esbozó una tímida sonrisa. Sentía las mejillas arder. Demonios, cada vez le sorprendía más el efecto que ejercía sobre ella cuando pensaba en él.

—Lo siento, ¿qué es lo que habías dicho? —preguntó Elena intentando retomar la conversación.

Manón la miraba con una sonrisa burlona en los labios.

—Imagino que estás loca por quien te ayuda —especuló Manón al tiempo que Elena desviaba la mirada.

Sí, eso era cierto. Elena lo sabía, pero una parte de ella le decía que no solo era eso. Ni mucho menos.

—Bueno... —Elena juntó las manos sobre la mesa—. No niego que me gusta. ¿Cómo te diste cuenta?

Manón negó con la cabeza con una ligera sonrisa.

—Se nota en tu mirada, de pronto te quedaste en tu mundo de unicornios. Esa mirada solo puede ponerla una persona enamorada.

Elena sintió su corazón retumbar en su pecho.

Enamorada.

—Mmm... Ya debió comenzar la clase. Vamos —dijo Elena sin ganas de seguir la conversación porque los demonios de su estómago se habían despertado. No podía ser tan obvio lo que sentía por Derek.

Manón rio por lo bajo pero de igual manera se levantó y fueron a su siguiente clase. La chica extranjera era la clase de persona que le gustaba a Elena; ella se convertiría en una buena amiga. “Eso espero”, pensó con optimismo.

Elena suspiró sumergida en sus cavilaciones después de que Derek le llamara para pasar la tarde con ella. Aún le dolía la pierna, por lo que había decidido descansar aquel día. Ahora estaba indecisa sobre qué ponerse. De pronto, se dio cuenta de la situación y negó con la cabeza.

No es ninguna cita, maldición Elena.

Pensándolo de ese modo, provocaba monstruos en su vientre. Al final optó por algo casual, aunque no pudo evitar mirarse más de una vez en el espejo. No le gustaba para nada la actitud que estaba tomando. Parecía una cría de quince años emocionada por algún chico guapo.

Ella era consciente de la atracción que le provocaba él y de los sentimientos que habían nacido en su interior. Pero no podía confiarse, no sabía lo que él sentía por ella. No le sorprendería que si se lo confesara, Derek pensara que estaba loca.

Chloe la miró escudriñando con detenimiento.

—¿Saldrás con alguien? —preguntó la rubia desde el sofá mirando la

televisión junto a Jordan.

“Esos dos sí que hacen una buena pareja”, pensó para sus adentros. Jordan la miró inquisitivamente. ¡Oh, no!, ahora no era el momento para que su hermano sacara su modo controlador.

—¿Con quién? —intervino su hermano.

—Daré una vuelta con una amiga —anunció Elena sonriéndole a Chloe y una seña con los labios que significaba que se lo contaría más tarde. Aunque era obvio que no lo haría, Chloe no podía saber que estaba por participar en aquella carrera. Chloe odiaba las motos desde que Gabriel había muerto en ese accidente y no dudaría en acusarla con su hermano Jordan y sus padres.

Cerró la puerta a sus espaldas, sin esperar a que formularan más preguntas. Sobre todo su hermano. Elena alisó su falda con nerviosismo mientras esperaba que el elevador abriera sus puertas. Cuando lo hizo, Jason apareció con muchas bolsas en la mano. Suponía que era de la comida. Su amigo la miró sorprendido.

—¿No te quedaras a la comida? —preguntó desanimado de repente y con un tono de voz diferente al que solía escucharle.

—Hoy no —dijo Elena entrando al elevador. Jason la contempló entrecerrando sus ojos azules claros.

—Espero que no sea todos los días —y las puertas del elevador se cerraron.

Elena soltó un suspiro. ¿Qué había sido eso? Sin darle importancia, sus pensamientos se dirigieron a las sensaciones que había experimentado antes de quedarse dormida en aquella gran cama blanca.

Una ilusión ya se había incrustado dentro de su corazón; cerró los ojos. Derek se había quedado arrodillado al lado de la cama por eternos minutos y, antes de irse, le había acariciado la mejilla con sutileza. Su razón le decía que él sentía algo por ella. No habría hecho algo similar si le fuera indiferente. Y eso era suficiente para Elena. Ya se había involucrado demasiado, ahora solo rogaba porque en el fondo hubiera una red y no cayera en el abismo por completo.

Contuvo el aliento cuando lo miró recargado en su Mercedes. Estaba vestido con unos vaqueros desgastados y con una playera negra de manga larga, jovial y

casual; su cabello despeinado, como a ella le comenzaba a gustar.

—Y bien. Tú decides —comentó Derek poniendo en marcha el coche, mirándola de reojo. ¿Por qué sentía que la temperatura había aumentado de repente?

—A algún lugar donde no tenga que caminar mucho, aún siento cierta molestia —farfulló Elena con el corazón hecho un nudo. Ya comenzaba a acostumbrarse a cómo se sentía cuando estaba tan cerca de él, como en esa ocasión, los dos dentro de su auto.

Derek esbozó una sonrisa arrebatadora y encaminó el coche a la carretera. El lugar era precioso, natural y tranquilizante; todo eso se quedaba corto comparándolo. Derek había aparcado el coche al lado de la carretera y solo habían caminado cien metros siguiendo un sendero. El lugar estaba rodeado de árboles y grandes rocas alrededor de una pequeña laguna donde brotaba agua tan transparente como el cristal. Los dos se habían sentado sobre una gran roca y Elena se había quitado los zapatos para mojar los dedos de sus pies.

—Esto es hermoso, ¿cuándo lo descubriste? —preguntó ella todavía maravillada del lugar. Aunque sin duda, con Derek a su lado, parecía mucho mejor. El mejor sitio del mundo para Elena.

—El primer día me perdí de regreso a casa, y encontré esto por casualidad cuando me detuve para revisar las llantas. Algo me dijo que siguiera por este pequeño sendero, es mi lugar favorito, desde ahora —explicó Derek con su voz angelical, para los oídos de ella—. Y bueno... Eres la primera persona con quien comparto esto.

Elena sintió una calidez que brotó desde lo más profundo de su interior. Su corazón parecía querer salir de su pecho agitado. ¿Él se daría cuenta? ¿Se daría cuenta del efecto que provocaba en ella?

—Gracias... por compartir esto —susurró Elena mirando su reflejo en el agua. A través de este, como un espejo natural, vio a Derek sonriéndole. Si tan solo él sintiera al menos una pequeña parte de lo que ella sentía...

—Elena —dijo Derek olvidando que lo que estaba haciendo solo fortalecería los lazos entre ellos—. ¿Alguna vez te has enamorado?

Ella lo miró entre sorprendida y tímida. Había tenido tres novios antes de

conocerlo, aunque sus recuerdos no registraban los mismos sentimientos que ahora comenzaba a sentir por él. Así que apenas estaba conociendo al amor verdadero.

—Bueno, supongo que lo normal, ¿no?

Derek arqueó las cejas.

—No sé qué significa “lo normal”, pero tengo que decir que fueron unos afortunados —respondió él con una media sonrisa, de repente, celoso de hombres sin rostro. Elena sentía que la opresión en su pecho no la dejaba respirar. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso él trataba de decirle algo?

—¿Lucharías por amor? —soltó Derek después de unos minutos en silencio.

A ella le sorprendió esa pregunta. Parecía que tenía un significado detrás de esas palabras, mas no lograba descifrarlo.

—Sí, si fuera lo correcto —respondió ella mirándolo a través de su espejo natural. La sonrisa de Derek se borró de inmediato cuando terminó de pronunciar la última palabra. De repente, él se levantó, dio algunos pasos atrás y dejó de reflejarse en el agua. Elena ya no podía verlo, así que también se puso de pie y giró hacia él. Su rostro lucía diferente, duro y contrariado.

—¿No tienes hambre? Creo que ya es tarde —vaciló Derek antes de darse la vuelta y comenzar a caminar metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

Elena lo siguió por detrás completamente en silencio mientras pensaba sobre su repentino cambio de humor. No lo entendía, no lograba hallar el motivo por su aparente enojo. Razonó lo último que había dicho, por lo que Derek había borrado su sonrisa, pero aun así no comprendía el porqué.

Después de una hora los dos se encontraban frente a frente en un restaurante. Para alivio de Elena ya había pasado su aparente mal humor, para el cual no le exigió una explicación. Y ahora él platicaba con su habitual sonrisa.

—Por cierto ¿hay alguna razón por la que tu familia no te quiere ver en una moto de carreras? —preguntó Derek con curiosidad.

Ella desvió los ojos de su penetrante mirada, así era más fácil concentrarse y no comenzar a delirar.

—Tenía un primo que era fanático de las corridas, al igual que mi padre, Jordan y yo. Un fatal día tuvo un accidente en una carrera y no pudo salvarse por

más que intentaron los doctores —explicó al tiempo que en su mente se registraba justo el momento del accidente.

Ella lo había visto con sus propios ojos, precisándolo todo.

—Lo siento —dijo Derek.

Elena negó con la cabeza.

—Desde ese día está prohibido para nosotros subirnos a una motocicleta y mucho menos competir en alguna corrida —se encogió, Elena, de hombros.

—¿Seguirás en las carreras después del torneo? —preguntó él de repente ansioso. No era que le preocupara si seguía con aquello o no, sucedía que no le agradaba imaginarla envuelta en ese mundo sola. Hombres de mala vida siempre estaban presentes en aquellos lugares y Elena se veía tan frágil, tan inocente.

—No lo sé, pero... Si logro ganar, supongo que sí —confesó tomando un trago de agua. La camarera llegó para retirar sus platos, y Elena se dio cuenta de la mirada insinuante que ella le dedicó a Derek. Sin poder evitarlo, Elena la fulminó con la mirada, lo que provocó que la camarera se fuera trastabillando. No sabía que podía asustar a alguien de esa forma, hasta ese momento.

Derek luchaba contra los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Elena ya había bajado del coche y entró a su edificio. El aroma que había dejado en el interior del auto, todavía no se había disipado. Ella le había preguntado si volverían a ir a ese lugar mágico donde la había llevado. Una pregunta a lo que Derek no había tenido una respuesta clara. Después de todo, no quedaba mucho tiempo. Tenía que cumplir su autopromesa: dejar de ver a Elena después de la carrera, por el bien de él y el de Candice.

Cinco días para que su esposa volviera. Y cuatro días para que todo terminara con Elena. Esperaba que cuando su mujer llegara todo volviera a ser como antes. Y sobre todo, que volviera a ser el hombre que estaba enamorado de la pelirroja. Y que esa chiquilla, dejara de entrometerse en sus pensamientos cada cinco minutos.

Definitivamente, esperaba eso. Porque ahora mismo no se reconocía. En un mes, le parecía que había cambiado totalmente por culpa de aquella niña y de esa mirada que era capaz de desarmarlo por completo.

Hasta hacerle olvidar todo. Incluso a su propia esposa.

Capítulo 10

Como una cita

Elena le sonreía con deseo al chico de ojos verdes, a la vez que se sentía estúpida y quería morir de la risa por tener que hacer algo como eso. El pobre chico castaño sudaba hasta por los codos, a causa de que no sabía cómo reaccionar ante esa muchacha demasiado insinuante.

—¿Entonces? ¿Qué dices? —preguntó Elena mordiéndose el labio inferior—. Quedaremos el viernes o...

Tom trastabilló caminando hacia atrás.

—No me parece... —balbuceó interrumpiéndola—. Quiero decir, no me gustan las mujeres...

Elena abrió la boca fingiendo estar sorprendida.

—¿De verdad? ¡Cuánto lo siento! —se llevó la mano al corazón con dramatismo—. Pero supongo que te podría presentar a mi amigo Ian, es bastante atractivo —señaló Elena desviando la mirada hacia su colega que estaba al otro lado de la cafetería, atento a la escena. El pobre chico, al ver a quién se refería, le subieron los colores al rostro.

—Sí... Supongo —Tom se encogió de hombros y tomó con más fuerza su mochila—. Bueno, nos vemos luego —soltó y se fue por uno de los angostos pasillos.

Elena soltó una carcajada y se acercó a Ian, que mantenía una expresión alucinante.

—Todo lo que tengo que hacer por ti. Casi le da un infarto por intentarle coquetear —dijo Elena partiéndose de risa. Ian le dio unas palmadas en la espalda—. Creo que efectivamente es gay. Puedes ir por tu presa.

—Cierto, aunque admito que me estaba poniendo celoso cuando te acercaste

más a él —comentó Ian en broma.

Elena puso los ojos en blanco mientras tomaban asiento en una de las mesas que ya estaba ocupada por Manón, que los estaba esperando y a la vez contemplaba la escena.

—El chico casi se muere del susto. Se nota que es bastante tímido. ¿Podrás liar con eso? —preguntó Elena sentándose.

Ian esbozó una sonrisa.

—Déjame a mí.

—Pobre chico, por cómo se veía, al parecer, nunca ha tenido ninguna relación —comentó Manón uniéndose a las risas de Elena.

Ian le dio una gran mordida a la manzana que tenía entre las manos. Manón le había caído tan bien a Ian, que incluso ya sabía su secreto. Aun así, al muchacho ya no le importaba mucho lo que pensara la gente. Total, era su vida.

—¿Creen que lo asuste si me acerco demasiado? —preguntó Ian de pronto pensativo.

Elena lo contempló con una sonrisa. Conocía a Ian y presentía que Tom sería especial para él, por la forma en que se dilataban sus pupilas cada vez que veía al chico castaño.

—No lo creo, eres bastante guapo. Caerá rendido a tus pies —afirmó Manón lanzándole una mirada completa a Ian.

En su fuero interno, la extranjera hubiera preferido que Ian no hubiese sido gay, ya que desde que lo había visto, le llamó la atención. Pero claro, era imposible.

El día pasó como cualquier otro en la universidad para Elena, a excepción de la buena noticia que recibió por parte de Manón. Al parecer, su nueva amiga tenía un tío que era doctor y trabajaba en un hospital, donde ellas podrían comenzar a practicar y adquirir experiencia antes de que se graduaran. Tal vez comenzarían la próxima semana.

Como ya estaba acostumbrada, incluyendo la ilusión y el nerviosismo que experimentaba cuando él la recogía en su camioneta, pasó el entrenamiento con

Derek. Ya no tenía dolencias en su pierna y esa vez pudo manejar la moto con facilidad. Incluso le fue de maravilla, ya que pudo empatar a Derek en una carrera, y no era para nada sencillo lograrlo.

—En la próxima, te ganaré —sentenció Elena sonriendo a la vez que bajaba de la motocicleta.

Derek subió las motocicletas a la cajuela a la vez que se reía de la situación. En realidad Elena había mejorado bastante y había posibilidades de que le ganase, pero quería hacerle creer lo contrario. Para que ella se esforzara aún más. Consideraba que era una buena estrategia.

—Admito que te di un poco de ventaja, pero has mejorado mucho —dijo Derek cerrando la puerta trasera a la vez que Elena se cruzaba de brazos y alzaba una ceja, desafiante. Derek se acercó y posó las manos en sus caderas con una sonrisa burlona. Una parte de él la deseaba en ese momento como nunca lograría admitir.

—Eso dices ahora, pero cuando gane ese torneo, seré la mejor corredora y entonces... —Elena se relamió los labios, y provocó los pensamientos fugitivos de él— tampoco tú tendrás oportunidad de ganarme.

—Lo que tú digas, chiquilla —suspiró Derek pasando a su lado mirándola de arriba abajo y precipitándose hacia la puerta del copiloto.

Maldición, no podía ser que en ese momento “su amigo” se estuviera despertando. Eso era en parte culpa de Elena con los shorts que llevaba y él por no poder controlar sus jodidos pensamientos indecentes.

Elena subió al asiento del copiloto a la vez que ahogaba un grito en su garganta cuando se dio cuenta de la chamarra que había entre las piernas de Derek, ocultando su hombría. De alguna forma, se sintió halagada y deseada. Y no pudo evitarlo, una sensación caliente le comenzaba a cubrir su estómago y un dolor prominente de su entrepierna le informaba que sus pensamientos se estaban desviando demasiado de la realidad. La emocionaba con locura la idea de lo que podía provocar en él.

Los dos sabían en sus pensamientos lo que pasaba y ninguno de ambos dijo una palabra durante el trayecto de regreso. Aunque eso sí, en sus adentros ya casi se estaban desvistiendo por igual. Derek con un suspiro de alivio detuvo el coche

frente al edificio de Elena. Deseaba que ella bajara del coche para que él pudiese echarse agua fría y calmarse un poco. Pero al ver que Elena se entretenía con una llamada que había entrado a su celular, infló los cachetes a la vez que intentaba imaginar algo desagradable y desconcentrarse:

“Las axilas de mi tía que nunca se rasura. Las axilas de mi tía que nunca se rasura”. Su cabeza se llenó de esas imágenes que lo habían atormentado en su adolescencia y por fin logró relajarse sintiendo como su masculinidad se rendía. Recuperado, quitó la estorbosa chamarra de sus piernas y la aventó a los asientos traseros. Elena terminó la llamada y se volvió hacia él nerviosa.

Nunca le había pedido algo así y esperaba que no se ofendiese. Pensó que no tenía objeción, después de todo, él al menos la consideraba su amiga, ¿cierto? Aunque en el fondo ella sabía de sus sentimientos hacia él y que, sin embargo, no sentía correspondidos.

—¿Te apetecería ir al cine? —preguntó Elena soltando el aire cargado en sus pulmones; no era como si le fuera a pedir una cita—. Mi mejor amigo y yo habíamos quedado, pero tuvo un inconveniente y no me gustaría perderme la película.

Para su sorpresa, Derek asintió con una sonrisa de lado, totalmente irresistible. Le había contado una pequeña mentira, pero no era de mucha importancia. El celoso de su amigo se había enterado de que Tom iría al cine con una chica y le había pedido a Elena que los espicara, ya que no quería levantar sospechas en él. Y que más, que recurrir a Elena.

—¿Cuál vamos a ver? —preguntó Derek sintiéndose más joven de repente. Y los nervios con los que manejaba el volante, no ayudaban. Se sentía como un crío de quince años llevando a su novia por primera vez al cine. Sacudió la cabeza notablemente contrariado con aquellos pensamientos. Al menos, Elena no lo notó.

—Es una película de acción y misterio —contestó Elena sin dar demasiados detalles, ya que no estaba segura de si esa película seguía en cartelera; la había visto hacía algunas semanas en anuncios.

Con los nervios a flor de piel y caminando a una considerable distancia, llegaron hasta la venta de boletos.

—Dos boletos para *El túnel*, por favor —pidió Elena sintiendo la mirada apremiante de Derek sobre ella.

El muchacho que atendía le entregó los boletos con una amabilidad que estaba de más. Con eso, Derek frunció el ceño cuando vio el brillo en la mirada del joven ese que la miraba embobado.

Elena buscaba el dinero en su bolso, cuando Derek ya le había ganado y había pagado. Elena intentó protestar pero sus palabras se esfumaron cuando vio la dura mirada que Derek le dirigió al chico del recibidor.

—Cuida esos ojos —le aconsejó Derek y tomó del brazo a Elena posesivamente al tiempo que ella se sentía excitada y confundida por la escena.

El corazón de Elena martillaba a toda velocidad dentro de su pecho.

—¿Qué paso ahí? —preguntó ella cuando al fin Derek soltó su agarre.

Derek intentó esbozar una sonrisa burlona que disimulara lo confundido que se sentía también. Había actuado por puro instinto y apenas estaba comprendiendo lo que podía significar su patética escena para ella.

—No es nada, solo no me gusta que miren de más a una mujer —se excusó.

Maldita sea, qué patética y poco creíble excusa.

Elena sonrió para sus adentros sintiendo de nuevo la calidez en su estómago. Apostaría cualquier cosa por que él de verdad se hubiese puesto celoso. Suspiró mirándolo de reojo.

Derek se había metido las manos en los bolsillos y, aunque él no se diera cuenta, llamaba la atención de más de una mirada femenina. De pronto, Elena se sintió orgullosa de estar a su lado y recibir las miradas de envidia de algunas mujeres que pasaban a su diestra.

“Pero tal vez ni siquiera me considere su amiga”. Ese pensamiento le borró la sonrisa. En cierto modo, estaba arriesgando mucho al pensar que él tan siquiera la considerara su amiga. Tal vez ni siquiera él la calificaba con ese nombre.

Entonces pensó en esos momentos que habían compartido y algo en su interior le decía que ella provocaba algo en Derek, aunque él, a veces, actuaba con indiferencia. Lo podía ver en su mirada cálida y transformada cuando lo sorprendía mirándola, antes de que volviera esa inescrutable máscara fría. Ella quería conocerlo más, pero sentía que él no le daba la oportunidad. Entonces

comprendió que eran todavía unos completos extraños a pesar de haber estado viéndose a diario durante casi un mes. Ella en realidad no sabía nada sobre Derek. Sobre su vida y sobre quién era en realidad.

Con ese pensamiento amargado que le dolía más de lo que pudiese imaginar, entraron a la sala y se sentaron en los asientos de la parte central. Los comerciales no lograron que ella dejara de divagar en sus pensamientos y cada vez se sintiera más insegura y arrepentida de haberlo invitado. Estar sentados juntos en una sala de cine a oscuras, donde cualquiera pensaría que eran novios, solo provocaba que ella se ilusionara aún más y aunque con toda probabilidad era cierto que él no la consideraba nada más que una conocida, le dolía mucho pensarlo. Elena lo miró de reojo y se relajó al ver que su rostro mostraba algo similar al de ella: confusión y desesperación. La muchacha moriría por saber lo que pensaba en ese instante.

Pronto la sala quedó a oscuras y la película comenzó. La mente de Derek estaba mucho más ocupada en otras cosas que jodidamente tenían que ver con Elena. Pronto los minutos comenzaron a ser un suplicio para los dos. Tanto, que Elena se había olvidado del porqué había venido al cine.

Ahí en la oscuridad, donde nadie les prestaba atención y estar así de juntos, solo provocaba escalofríos en sus cuerpos ante la inminente atracción entre ellos. Elena tragó saliva cuando sintió la mirada azul de Derek con fuerza sobre ella. Apretó más las manos entrelazadas y trató de respirar con normalidad y prestarle atención a la película.

Él no comprendía qué demonios le sucedía, lo único que sabía es que estaba deseando a esa chiquilla como nunca había deseado a alguien, ni siquiera a Candice. Y se odió por ello. Eso estaba mal, no debería haber ido.

Solo bastaba que Elena se atreviera a mirarlo para que su fuerza de voluntad se quebrantara y se lanzará a besarla como un demente. Se enterró las uñas en la carne de las costillas, pero el dolor no podía apagar el fuego que lo estaba consumiendo, como un chocolate derritiéndose a puto fuego lento.

Entonces se percató de que ella lo miraba de reojo y cuando supo que esta estaba dispuesta a mirarlo por completo, él aparto la vista. No podía, simplemente, no podía tocarla. Mancharía su relación y engañaría a Candice,

aunque por dentro supo que ya la había traicionado de una forma más grande y cruel. Cuando esa chiquilla se coló en su cabeza desde el primer momento en que la vio.

Derek decidió cerrar los ojos y pensar con claridad, a pesar de saber a Elena a escasos centímetros, donde solo bastaría acariciar su cabello y provocar lo inevitable. No deseaba engañarse a sí mismo. ¿Cuándo había sentido eso con Candice? ¿Tan siquiera cuando se unían en cuerpo? Entonces lo comprendió. Nunca, ni siquiera cuando los dos se acostaban juntos había experimentado algo como lo que ahora lo estaba matando. Y eso que todavía no había probado absolutamente nada de Elena. Comenzaba a preguntarse ansioso: ¿era solo una simple atracción en realidad lo que pasaba con ella? ¿O algo más? Algo que nunca se le hubiese pasado por la mente.

La película terminó para alivio de los dos. Elena había tenido la vana esperanza de que Derek le tomara la mano o una de esas cosas que hacían los enamorados. Sonrió con amargura. ¡Pero qué estupidez estaba imaginando!

Los dos se sumieron en un extraño silencio, aún atolondrados por las sensaciones que habían experimentado y que cada uno luchaba por ocultar. Pero la pregunta era: ¿hasta cuándo podrían resistirse? Al menos era viernes, Derek cerró los ojos pensando que el domingo sería el torneo y podría librarse de esa chiquilla. Una parte de él lo ansiaba, ya que necesitaba comprobar que solo había sido la ausencia de Candice lo que había provocado eso en él aunque, por otro lado, tenía miedo de lo que podría descubrir. ¿Y si cuando volviera a tocar a Candice, no sintiera lo mismo que...

Sacudió la cabeza. Sus pensamientos más profundos, que no quería oír, se lo susurraban al oído. Nunca se había sentido tan vivo como ahora. Con ese fuego que solo experimentaba con Elena y con nadie más.

De pronto detuvieron su paso, ya que enfrente de ellos se encontraba Mike, junto con su esposa Rosy. Ella era una rubia extravagante casi sacada de una pasarela. Mike abrió sus ojos sorprendido por encontrarse con Derek y, además, acompañado.

—Hey, qué sorpresa —saludó Mike sin poder quitar su mirada de la chica. No entendía quién podría ser.

Derek esbozó una sonrisa un poco ansioso; en sus planes no tenía contemplado encontrarse con Mike, precisamente con Elena acompañándolo. Solo esperaba que no confundiera las cosas.

—Qué casualidad, Mike —dijo Derek un tanto dubitativo.

Su amigo miró a la castaña con la pregunta en sus ojos. Elena no comprendía por qué ese extraño, al parecer, amigo de Derek, la miraba así.

—Hey, Mike... —expuso Derek ladeando la cabeza hacia Elena—, te presento a una amiga. Y, Elena, él es mi mejor amigo.

Mike la miró un poco más aliviado. Por un momento había imaginado que Derek estaba haciendo algo indebido. Se regañó para sus adentros; por Dios, era Derek, él jamás haría algo así.

—Mucho gusto, Elena —saludó Mike. Ella le devolvió una sonrisa de lado un tanto consternada.

Mike volteó hacia su mujer y la presentó orgulloso.

—Derek, por fin te presento a mi reciente esposa, Rosy —anunció con un brillo en los ojos.

La rubia sonrió cortésmente a Derek y un ligero asentimiento hacia su acompañante. A Elena no le agradó demasiado aquella rubia extravagante que la miraba con superioridad. Estaba vestida con un pequeño vestido rojo y zapatillas negras que realzaban su figura.

—Se ven muy bien juntos, felicidades a los dos —elogió Derek.

Mike tomó de la cintura a su esposa.

—Bueno, ha sido genial que por fin hayas conocido a Rosy... —le dedicó una mirada a su esposa—. Por cierto, nosotros tenemos una película que nos espera —el rubio de ojos verdes le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—Claro, vayan y diviértanse —los animó Derek.

—Entonces, hasta pronto; ha sido un gusto conocerte, Elena —se despidió Mike al tiempo que Rosy le dedicaba una sonrisa que apestaba a falso encanto.

Derek suspiró de alivio cuando por fin terminó el incómodo momento. Sabía que en su próxima visita a su amigo, él le haría un sinnúmero de preguntas sobre Elena. Y a Mike no podía ocultarle la verdad, lo conocía demasiado bien. Y le

preocupaba lo que Mike pudiera descubrir en él.

—¿Qué te pareció la película? —preguntó Derek desesperado por distraerse de sus propias cavilaciones, cuando salieron del centro comercial.

Elena frunció los labios encogiéndose de hombros.

—Estuvo bien —susurró, aunque en su mente se formaban un montón de palabras que quería decirle.

Sentía que Derek había experimentado algo similar a lo de ella en la sala del cine, aunque ahora, al ver cómo era en realidad su relación, pensaba que había sido una ilusión.

“Al menos me presentó como su amiga”, pensó.

En ese momento la lluvia comenzó a desatarse en el cielo. Los dos corrieron hasta el coche, aunque no pudieron evitar llegar casi empapados. Elena tiritaba de frío, por lo que Derek puso la calefacción. El recorrido había permanecido en silencio, cosa que le incomodó. Sabía que lo que había pasado en el cine tenía mucho que ver con su comportamiento de él ahora mismo.

Pronto estuvieron frente al edificio de ella. Elena suspiró y cuando casi abría la puerta resignada, Derek carraspeó tocando su hombro. Con ese simple toque logró encender una llama en las venas de la chica.

—Espera un momento —imploró él. Elena sorprendida volvió a sentarse y lo estudió curiosa. Derek miraba fijamente la lluvia con la mandíbula tensa. Entonces Elena comprendió lo que pasaba. Él había dicho que odiaba conducir en una tormenta.

—¿No te molesta? —preguntó él mirándola al fin.

—¿Qué? —Elena se rio para sus adentros. Su corazón casi se salía de su pecho y él le preguntaba que si le molestaba—. No, para nada.

Derek sonrió, pero esta vez le dedicó algo más que una simple sonrisa. Elena lo podía ver en sus ojos azules que brillaban en la oscuridad del coche. En su mente ella ya se veía acariciando su rostro, algo con lo que había soñado desde la primera vez que lo vio.

—Gracias, la pase muy bien contigo —confesó Derek con un hilo de voz.

Elena no pudo evitar sonreír.

—Gracias a ti por aceptar acompañarme —contestó y sus miradas se encontraron. En ese momento cada uno supo que lo ocurrido en el cine y ahí mismo no era una simple ilusión del otro. De verdad, se deseaban mutuamente y, tal vez, mucho más que eso. Solo que ninguno se atrevía a decirlo. Al paso de los segundos sin darse cuenta, se habían acercado y sus labios solo estaban a escasos centímetros. La muchacha casi podía respirar su embriagador aliento.

Elena pensaba con rapidez. Quería besarlo y de una vez decirle lo que sentía por él y sacarse de dudas y de falsas ilusiones. Pero tenía miedo de lo que pudiera contestar. Así que se conformó con la última mirada que él le dedicó antes de que se alejara repentinamente de ella. El corazón de la muchacha se encogió, la había mirado con deseo y, si no deliraba, con locura y amor... Y después, se había apartado. La lluvia comenzaba a menguar a través de las ventanas.

Derek reprimió todos sus pensamientos y volvió la vista al volante molesto consigo mismo por dejarse llevar de esa forma tan fácil. Solo tenía que aguantar dos días más para que todo volviese a la normalidad en su vida junto con Candice, se obligó a pensar.

—Tengo que arreglar unos asuntos del hospital ahora mismo.

—Está bien, gracias por traerme —dijo la muchacha con voz seca.

Elena suspiró y se obligó a sonreír antes de bajar del auto. Juraría que un segundo antes Derek quería besarla tan desesperadamente como ella quería besarlo a él. Pero siempre había algo que enfriaba sus ojos azules y Elena tenía que descubrir el motivo.

Solo esperaba que no fuera tan malo.

Capítulo 11

Nunca ha comenzado nada

Solo faltaba un día para la carrera. Elena se colocaba un traje de baño mientras no podía evitar pensar en Derek. Ya no valía la pena ocultárselo a sí misma, engañarse. Ya no había marcha atrás desde que comenzó a sentir más que una atracción por él. Ayer, por la noche lo supo.

Cuando se despertó de una horrible pesadilla sudando, lo primero que su mente registró para volver a la calma fue pensar en esos hermosos ojos azules. No podía resistirse a sus sentimientos. Se había enamorado por completo de Derek, como nunca antes lo había hecho. Si pensaba que había querido demasiado a Thomas, entonces, lo que sentía ahora era tan fuerte que no podía imaginarse una vida sin él, al menos, sin que doliera. No podía creer cómo se había metido en su corazón tan profundamente en tan poco tiempo, era impensable. Pero ahora comprobaba que había ciertas excepciones.

Derek se había metido en su piel y ahora no había forma de sacárselo, solo esperaba que él no convirtiera en pedacitos su corazón si le dijera que solo la veía como una amiga. Sin embargo, trató de convencerse de que él también sentía lo mismo.

Sentía cómo la miraba cuando él creía que estaba distraída. También la forma de sonreírle y cómo el brillo llegaba a sus ojos cuando ella se acercaba. Y también... cómo la había contemplado dormir y el dolor en su rostro cuando ella estuvo recostada en esa camilla después de su accidente. Ahí se dio cuenta de lo que Derek sentía. No podía equivocarse.

Con el corazón hecho un nudo salió del baño envuelta en una toalla. Había ido a la casa de Manón, donde su amiga vivía con sus tíos. Ella la había invitado, ya que Elena quería relajarse para la carrera que cada minuto se acercaba más. Su casa era hermosa; al parecer, Manón tenía una familia reconocida y adinerada

en París.

Bajó las escaleras en forma de caracol y atravesó la planta baja sintiendo el piso frío de mármol bajo sus pies descalzos. Ya en el patio trasero de la casa vio a Ian y a Manón riendo junto a la alberca. A Elena no le gustaba nadar, por más extraño que pareciese. Desde que había estado a punto de ahogarse hacía dos años le tenía fobia a las profundidades. Pero Manón y Ian habían insistido en que nadara con ellos. Y que ellos la ayudarían a superarlo.

Llegó hasta su amiga, aunque con precaución de no acercarse a Ian; él sería capaz de lanzarla al agua sin importar lo que Elena sintiera.

—Qué bonito cuerpo tienes, Elena —la elogió Manón con una sonrisa.

Elena frunció los labios. No sabía si reír o ponerse a llorar. Lo decía Manón, que era demasiado hermosa.

—Tú estás mucho mejor —contestó Elena admirándola.

El traje de baño que llevaba la rubia era de un exquisito color naranja. En cambio, Elena llevaba uno de color azul marino. Elena sentía que tenía un cuerpo normal, aunque tenía que admitir que era afortunada. Era delgada sin exagerar y tenía unas curvas de las que pensaba que era lo único de las que podía presumir. Sus pechos nunca habían sido tan grandes. Pero se sentía bien consigo misma.

Y qué decir de Manón, tenía el cuerpo perfecto.

—¡Chicas! Vamos a nadar ya —reprochó Ian ya listo para echarse un clavado.

Manón y Elena saltaron —con alaridos— cuando el agua las salpicó. Ian comenzó a nadar sin prestarles más atención.

Manón extrajo un protector solar de su bolsa y cuando terminó de aplicárselo se lo pasó a Elena.

—Tú primero —dijo Manón indicándole a Elena que se tirara al agua.

La chica tragó saliva, sus piernas casi comenzaban a temblar. Negó con la cabeza.

—Mejor después de ti —señaló. Manón se cruzó de brazos.

—Mejor las dos juntas. Vamos, Elena ¿Si no, para qué te cambiaste?

Elena soltó un suspiro y asintió con inseguridad. Era una ridiculez, pero no

podía evitarlo. Sin embargo, a ella, antes de casi ahogarse, le encantaba nadar y quería volver a sentirse libre dentro del agua, por lo que se armó de valor.

La francesa aplaudió y las dos se acercaron al borde de la alberca. Manón le dijo que sería mejor si se echara un clavado ya que, por el contrario, nunca se animaría. Elena, testaruda, decidió sentarse en el borde mientras Manón ya estaba en el agua.

Ian le envió una mirada traviesa a Elena.

—Vamos, pequeño monstruo —le dijo como le decía en broma—. ¿No quieres que vaya por ti, verdad? —preguntó amenazándola.

Entonces Ian, al ver que su amiga no tenía la más mínima intención, comenzó a nadar hacia fuera de la alberca.

Elena al ver sus intenciones se levantó y comenzó a alejarse, aunque no fue lo suficientemente rápida, ya que sintió unos brazos rodeándole la cintura y de pronto estaba en el aire. Elena soltó un grito al tiempo que se sumergía en el agua. Su corazón se disparó y su cerebro comenzó a reproducir la misma sensación que sintió cuando le faltaba el aire.

—¡Manón! —gritó desesperada. Entonces escuchó una risita detrás de su oído y sintió unas manos sosteniéndola de los brazos, que la ayudaban a flotar. Cerró los ojos y comprendió que no se estaba ahogando.

—Tienes que enfrentarlo, así nunca vencerás tus miedos —increpó Ian cuando ella abrió los ojos.

Manón estaba en frente de Elena —flotando— con una sonrisa.

—Lo hiciste. ¿Viste? No fue tan difícil —apuntó la rubia.

Elena asintió y entonces se sintió en calma. Miró de reojo a Ian que seguía sosteniéndola como a una bebé.

—Ian, ya puedes soltarme —pidió.

Elena dejó de sentir su tacto y se dio cuenta de que aún podía flotar. Entonces se atrevió a comenzar a nadar, como siempre lo había hecho de niña. Al ver que podía hacerlo sin miedo, sonrió con alegría.

Se pasaron la tarde entre risas y juegos, hasta que los tres amigos terminaron extenuados. Elena seguía sorprendiéndose de la confianza que le tenía Ian a Manón cuando no podía decir lo mismo sobre Chloe. Chloe y Ian no se llevaban

especialmente bien. Y Elena había sabido lidiar con eso, mas ahora con Manón junto con ellos, era mucho más divertido.

Después de un rato, las chicas se envolvieron con sus toallas y comenzaron a caminar hacia el interior de la casa. Ian había subido a darse una ducha y cambiarse, ya que Tom lo había llamado para verlo. Sí, Ian era todo un enamorado.

—¿Quieres jugo de naranja? —preguntó Manón sirviendo en los dos vasos de vidrio. Elena asintió y le dio un sorbo. Después su estómago gruñó de hambre. Las dos se rieron al escuchar el sonido.

—¿Y si preparamos algo? —preguntó Elena.

Manón esbozó una mueca.

—No soy buena en la cocina. Mi tío Alaric es el que se encarga de las comidas — confesó Manón con vergüenza.

Elena soltó una carcajada.

—Yo tampoco soy muy buena, no te preocupes. Mira, intentemos hacer algo comestible al menos.

Las dos se dispusieron a hacer unos bocadillos y el resultado final, para la sorpresa de ambas, sabía delicioso. Ian ya no pudo disfrutar de la comida, ya que había salido por su cita.

Después de haber terminado de comer, las chicas decidieron mirar una película. Aunque para decepción de las dos, se había vuelto tremendamente aburrida. Entonces Derek volvió a los pensamientos de Elena y supo que quería contárselo a alguien; y esa era Manón. Ian no se encontraba y a Chloe no podía decírselo. Porque sería contarle desde el principio y eso incluiría que había vuelto a subirse en motos de carreras, y encima, inscribirse en una carrera de ellas.

—¿Me podrías dar un consejo? —preguntó Elena acurrucándose en el sofá.

Manón, al otro lado la miró con intriga y asintió centrando su atención en Elena. La película apestaba.

—¿Qué pasa?

Al ver la mirada de Elena, Manón sabía a qué se refería.

—¿Es sobre él?

Elena asintió tragando saliva.

—Bueno... —comenzó a murmurar Elena—. Tenías razón cuando mencionaste que estaba enamorada.

Manón abrió los ojos como platos esbozando una sonrisa. La rubia nunca se equivocaba.

—No quería ver que Derek es mucho más que un simple amigo e instructor para mí. Mira, nunca he sentido esto por nadie. Bueno, sí, pero no de la misma forma. Con él es...

—Como tu alma gemela —declaró Manón completando la frase.

Elena esbozó una mueca y asintió con un suspiro.

—Puede ser, pero el que yo esté enamorada no es el problema. El problema es que no sé si él siente lo mismo y, peor, si solo me ve como una amiga.

Manón se llevó un dedo a la barbilla.

—Fácil, la única manera de sacarte de dudas es decirle lo que sientes.

—Eso es lo que quiero hacer, pero no sé si pueda soportar que él me rechace —manifestó Elena de pronto con miedo.

Manón se acercó a ella y le tomó la mano reconfortándola.

—Hazlo, Elena, muchas veces es mejor confesar lo que llevamos dentro. Tal vez él también sienta algo por ti y todavía no se atreve a decírtelo...

Esas palabras bastaron para que Elena se decidiera, aunque tal vez solo la motivaron. Se despidió de su amiga Manón, a la que ya le estaba comenzando a tomar mucho cariño, y llegó a su departamento por la noche. Al parecer Chloe no había llegado todavía; revisó su celular y abrió el mensaje que le había llegado una hora antes.

¡Elena! Tu hermano me invitó a cenar y es probable que no llegue hasta media noche, no me esperes.

Elena sacudió la cabeza. Ojalá ya los dos se pusieran de acuerdo con lo que sentían por el otro. A ella le gustaría verlos juntos, hacían muy bonita pareja. Eran tal para cual. Con un bostezo, Elena se desvistió y se metió bajo las

sábanas. Esperaba el día con ansias para el torneo y también sentía un miedo que no podía ignorar. Le confesaría a Derek su amor por él. Se había lanzado al precipicio, no había marcha atrás.

Derek pasó a recogerla como habían acordado. Elena se mordía las uñas de los nervios que llevaba encima. Tenía que quedar en primer lugar fuera como fuera. Derek la miró de reojo y esbozó una sonrisa. Él adoraba cómo se veía Elena cuando lucía preocupada.

Derek detuvo sus pensamientos y desvió la vista, no podía encariñarse ahora con ella porque... ese día se acabaría todo. Y al siguiente día regresaría Candice.

—Tranquila, Elena, relájate —dijo Derek a la vez que encendía la música. La música de Queen comenzó a llenar el automóvil.

—¿Crees que de verdad pueda hacerlo? —preguntó Elena mirando su perfil. No podía apartar la mirada de él, lo deseaba tanto...

—Puedes hacer lo que quieras —susurró Derek aparcando la camioneta en el estacionamiento. Apagó el motor y se volvió hacia ella. Elena se dio cuenta de la forma melancólica con la que la miraba, aunque no se preocupó por ello, tal vez eran los nervios que la hacían pensar demasiado.

—El día en que tuviste ese accidente, en realidad me ganaste. Lo que te dije, sobre que te había dado ventaja, era mentira. Entonces, si me puedes ganar a mí, puedes ganar esta carrera, seguro —confesó él.

Elena lo miraba embobada con los labios entreabiertos y el ambiente se había vuelto denso.

Qué bueno que todavía Derek no se había quitado el cinturón, porque de otra forma, él ya se hubiera lanzado sobre Elena; era como una droga que cada vez le costaba más abstenerse.

—Bien, puedo hacerlo —admitió Elena sacándolos de su pequeño trance. Bajaron de la camioneta y Derek bajó la gran moto de la cajuela. Llegaron hasta donde estaban los demás participantes. En total solo eran ocho. Y ella era la única mujer. Algunos la miraban con diversión y otros, con desdén.

—Solo faltan unos minutos para que empiece —le avisó Derek pasándole el casco.

Elena lo tomó y antes de ocultar su rostro les lanzó una sonrisa de suficiencia a los chicos que la miraban riéndose y después una mirada rápida a Derek. Él, aunque nunca lo admitiría, estaba muerto de miedo por ella. Las imágenes del accidente de la chica no se habían borrado de su cabeza todavía. Y no quería que Elena volviera a pasar por lo mismo. Elena bajó el plástico que le cubría el rostro y pudo respirar el aire fresco.

Los chicos que estaban al lado de ella, la señalaron y volvieron a reírse a carcajadas.

—Se reirán más cuando yo gane esta carrera —gruñó con la mirada envenenada.

—Déjalos, ya se acostumbraran a que una mujer les patee el trasero —dijo Derek divertido.

Elena sonrió con más ganas, los nervios se habían ido por completo. Ahora solo quería ganar ya esa carrera.

Una muchacha anunció que todos los participantes tomaran su lugar, ya que la carrera estaba por comenzar. Cuando Elena estuvo montada en la moto, Derek se acercó a ella una vez más aprovechando el último minuto que todavía quedaba.

—Puedes hacerlo, Elena, no mires hacia atrás, recuérdalo. Y por favor, ten mucho cuidado. —Se inquietó Derek. Esos chicos serían capaces de hacer trampa y derribarla. Pero si eso llegara a suceder... No, no podía siquiera imaginarlo.

Elena con una sensación de calidez en su pecho, le dedicó su sonrisa más sincera.

—Gracias, Derek, no te defraudaré —dijo ella.

El muchacho asintió y se alejó con la mandíbula apretada.

—Buena suerte —le deseó antes de que el pitido oficial hiciera que todos los participantes pusieran en marcha sus motores.

Derek vio a lo lejos que Elena había tomado buena ventaja junto a otro que

estaba igualándola.

El aire cortaba su rostro con furia. No se concentró en nada más, no dejó que nada la distrajera. No miraba hacia atrás y en cada metro que avanzaba se imaginaba la meta. Escuchó un motor cerca de ella y fue cuando se decidió a aumentar la velocidad. Sentía una adrenalina arrebatadora. Supo controlar la moto en las curvas que le siguieron y cuando ya podía ver la meta, aumentó la velocidad hasta el tope. No escuchaba otro motor lo suficientemente cerca de ella. Los había dejado atrás.

Cuando fue la primera en traspasar la línea amarilla sobre la carretera, supo que había ganado. Bajó la velocidad unos metros más adelante y detuvo la motocicleta. Se quitó el casco con una gran sonrisa y lo primero que vio fue el rostro de Derek, que estaba entre orgulloso y sorprendido.

—Woow, eso fue, ¿cómo decirlo?, impresionante. No pudiste haberlos dejado más atrás —la elogió.

Ella saltó de la moto y se abalanzó sobre Derek, que se había puesto rígido al sentirla, mas ahora la envolvía entre sus brazos. Elena le estaba dando un abrazo y comprendió que eso era lo más cerca que habían estado nunca.

Antes de que Elena se separara, él no pudo evitar inhalar su aroma.

—Gané, Derek, no puedo creerlo.

—Pues créelo, porque aquí solo hay una ganadora y esa eres tú.

Se quedaron unos minutos más para la premiación y para recoger el trofeo, que era una buena suma de dinero. El cielo tronó sobre sus cabezas y pronto la lluvia comenzó a caer sobre la ciudad. Derek tomó la mano de Elena y corrieron hacia la camioneta, ella se subió al asiento del copiloto después de que él subiera la moto en la parte de atrás. Ya dentro del calor de la camioneta se rieron como dos buenos amigos.

Derek se sentía feliz por ella, pero entonces un pensamiento ensombreció su felicidad. No podía seguir viendo a Elena después de mañana, lo había prometido. Encendió el motor y salió del estacionamiento. La muchacha lo miraba con cautela, de pronto él se había puesto serio. Sus cambios de humor la confundían.

Pero entonces ella se dio cuenta de algo más importante. Estaba lloviendo y

su instructor estaba conduciendo con demasiada calma. Derek sintió la mirada de ella sobre él.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Estás manejando en la lluvia —observó Elena sorprendida.

Los ojos del hombre chispearon y miró perplejo a través de los cristales. Tenía razón, y ni siquiera él se había dado cuenta. Después de unos cortos minutos logró estacionar la camioneta frente al departamento de la chica.

Esbozó una sonrisa.

—Creo que ya lo he superado —susurró Derek todavía sin poder asimilarlo. Cuando él estaba manejando en lo único que podía pensar era en Elena, tanto, que se había olvidado de sus propios miedos. Entonces se dio cuenta de que ella —indirectamente— lo había ayudado.

—Eso es... —comenzó Elena sin encontrar las palabras correctas—. Lo hiciste muy fácil. Es más, creo que si no te lo hubiera dicho, no te hubieras dado cuenta.

—Gracias Elena. Tú haces que pueda sentir una calma que no consigo con nadie —dijo Derek sin pensar. Pero al ver el brillo en los ojos de Elena, comprendió el significado de sus palabras. Era inevitable, cuando estaba junto a ella no pensaba con claridad.

Los colores subieron a las mejillas de la castaña, que se había quedado muda. Entonces recordó las palabras de Manón y lo que había decidido hacer. Confesarle lo que sentía, pero ahora la cobardía se había apoderado de ella. Soltó el aire de sus pulmones.

—Gracias por esto, Derek, sin ti no lo hubiera logrado —reconoció ella deseando bajar del auto. No podía soportar estar tan cerca de él sin poder decirle lo que sentía. Los ojos azules del muchacho se oscurecieron al contemplarla. Ese era el final. Después desaparecería de la vida de Elena así, tan de repente, como había entrado en ella.

—Gracias a ti, Elena —admitió él—, “por hacerme sentir más vivo”, completó en su fuero interno.

Elena sin arriesgarse a decir lo que sentía, bajó del auto sin mirar atrás. Pero

al cerrar la puerta y al comenzar a caminar encontró una piedra en su camino que hizo que resbalara y cayera sobre la acera. Soltó un alarido antes de que unos brazos la estuvieran ayudando a levantarse. Derek la sujetaba con sus brazos.

—Ten más cuidado —susurró él con la voz ronca.

Entonces a ella no le importó que estuvieran bajo la lluvia, tampoco le importó qué pudiera pensar Derek. Y tampoco si él no sentía lo mismo.

Sin pensarlo más, Elena pasó las manos detrás del cuello de él y sus bocas se unieron. Una corriente eléctrica sacudió su cuerpo en cuanto se tocaron. Los labios de Derek que al principio estaban tan rígidos como una piedra por la sorpresa, le devolvieron el beso a Elena con fervor. Sus besos se sentían calientes y suaves y su aliento embriagador la hacía ver luces. Sus labios quemaban; su sangre hervía, rápido y frenéticamente. Todo eso sintió Elena en solo unos segundos.

Cuando ella quiso profundizar el beso, sintió las manos fuertes de Derek detenerla de los hombros. Él la alejó con gentileza pero con firmeza. Elena sintió su rechazo —pesado y amargo— sobre ella. Se había arriesgado y eso era lo que conseguía.

Elena miraba hacia abajo y no se atrevía a levantar la mirada —la lluvia seguía empapándolos—. No pudo evitar que sus ojos se crisparan; ella había esperado otra cosa, algo diferente. Esperaba que él se dejara llevar y que le confesara que también sentía lo mismo por ella. Ahora sentía decepción. Era una estúpida.

—Lo siento... —susurró Elena.

Bajo sus pestañas vio cómo Derek apretaba los puños con fuerza. Pero ahora no importaba. Tenía que decirle lo que sentía, tenía que darle una explicación por la forma en que lo había besado.

—Derek, yo... —levantó la mirada con los ojos llorosos; la expresión de Derek era desesperada y angustiada, como si estuviera librando una lucha dentro de él—. Me enamoré de ti... ¡Y perdóname! Sé que no puedo obligarte a sentir lo mismo por mí, pero lo que yo siento no puedo cambiarlo.

Derek negó con la cabeza con el corazón encogido. Elena se había enamorado de él, y él... Cuando sintió sus labios se había sentido el hombre más feliz del

mundo.

—Elena, no es eso...

Ella lo miró con una pequeña esperanza. ¿Estaba diciendo que también sentía algo por ella?

—¿Entonces, qué? No tienes que mentir, solo dime lo que sientes. Solo dime que no estás enamorado de mí —la voz de ella se quebró. Derek la miró conteniendo las ganas que tenía de poseerla.

—Elena, no sabes lo que provocas en mí y te puedo decir algo: nadie, maldita sea, me ha hecho sentir lo que tú has logrado... Pero...

Un nudo se formó en la garganta de Derek. Elena se mantenía esperando su respuesta abrazándose con sus propios brazos.

—Elena, estoy casado.

Y esas palabras bastaron para destruirla. Era peor que si le hubiera dicho que no sentía nada por ella o que la odiaba. Pero no, la había golpeado cruelmente, sin piedad. Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas. Sus ilusiones con él ahora mismo no valían nada. Pero eso no respondía a su pregunta. Ella aún quería pensar que él la quería, de alguna forma. Al menos ese sería su único consuelo.

—Perdóname, por favor, no debí habértelo ocultado; ahora sé que me odiarás. Pero... no podemos seguir viéndonos. Mi esposa llegará y yo no puedo seguir viéndote más —sentenció él con la voz seca, vacía.

—¿Entonces, por qué? ¿Por qué dejaste que me ilusionara contigo? —preguntó ella con la voz rota. Elena se abrazó con más fuerza, porque sentía que las piernas le comenzaban a fallar.

—No sé qué me has hecho, Elena, pero no te lo dije porque... También te quiero —respondió él confirmando las sospechas de la chica.

—No puedes decirme que estás casado y al mismo tiempo que sientes algo por mí, eso es muy cruel, Derek, no lo hagas —rogó Elena con los ojos cristalizados.

Él se odia en ese momento por hacerla llorar, por haberla ilusionado; él se había esforzado en ser frío con ella, pero había fallado y ese era el resultado. Y lo peor era que él también había caído. Porque quería a esa chiquilla, era ridículo engañarse a sí mismo. Lo mejor para los dos era que nunca volvieran a verse. Lo

mejor para él y para ella. Para que Derek no cometiera una estupidez y lastimara a la persona que estaba por llegar. Y Elena, para no lastimarse aún más.

—No podemos seguir viéndonos... —farfulló él sin emoción.

Elena cerró los ojos. Comprendió que nunca se había sentido tan deshecha como ahora lo estaba. Era cierto. Lo suyo jamás podría lograrse. Era prohibido. Y ella tenía que aceptar eso, aunque aún su corazón se esforzara por hallar un pretexto para no alejarse de él. Comprendió que quizás Derek la quería, pero jamás, como seguro amaba a su esposa. Y ella no quería sufrir.

—Entonces, aquí termina todo —susurró Elena con la voz rota. Una risa resonó en su subconsciente: "nunca ha comenzado nada".

—Perdóname, Elena... —volvió a repetir él con dolor.

¿Pero qué pasaba? ¿Por qué le provocaba tanto dolor no volver a verla? Entonces, supo que de verdad la quería, que esa chiquilla había logrado colarse en su corazón. Y también comprendió que debía olvidarla.

—Si es así, hasta nunca, Derek —soltó ella y se dio la vuelta para correr hacia su departamento sintiendo las lágrimas amontonarse en sus ojos y deslizarse desesperadas por sus mejillas.

Él había lastimado sin piedad a su corazón y todavía más al saber que él sentía algo por ella. Pero no lo suficiente para preferirla más que a su esposa. ¿Por qué se había tenido que enamorar de él? Pero no era su culpa, ella no sabía que era un amor prohibido. Se había enamorado a ciegas y ahora pagaba las consecuencias.

Derek sintió que sus ojos escocían queriendo soltar todo lo que experimentaba en su interior. No había tenido otra elección. Eso era lo mejor. Para no lastimar a Elena, ni tampoco a Candice. Se sentía inmensamente culpable; pero el que ella se hubiera enamorado de él, eso no lo había decidido. Y que él lograra quererla, tampoco.

Él había hecho lo mejor para no abrir más heridas. Pero...

¿Por qué sentía ganas de llorar?

Capítulo 12

¿Corazón roto?

Ese día Elena no se sentía bien, no quería salir de su departamento. No quería ver a nadie. Incluso aunque ese día llegara Candice, a la cual no había visto desde hacía un año. Era lunes, mas no quería siquiera ir a la universidad. Tanto, que presentaría una receta clínica falsa para justificar su falta.

Chloe le había dejado un té en el buró, pensando que solo se sentía mal por alguna infección. En cambio, Elena a ella la veía radiante y feliz. Su amiga había comenzado algo con su hermano Jordan, y al parecer iba en serio. Chloe se despidió diciéndole que descansara y que la llamara por cualquier cosa. Elena asintió con una sonrisa triste.

¿Cómo se le llamaría a su enfermedad? ¿Corazón roto?

“Qué patético”, pensó. No comprendía por qué se sentía tan mal; sabía que se había enamorado de Derek, pero no con esa fuerza. Ahora se daba cuenta cuánto significaba él para ella. Una lágrima volvió a rodar por su mejilla al recordar sus palabras:

“Estoy casado, Elena”.

Y una mierda.

Cerró los ojos. Ya no quería soltar más lágrimas. No tenía sentido llorar por un hombre que estaba casado y, probablemente, muy enamorado de su esposa. Mas entonces pasaron por su mente todos esos momentos en los cuales hubiera jurado que él comenzaba a sentir algo por ella. Pero... tal vez solo estaba siendo amable y ella había confundido las cosas. No era culpa completa de Derek. Era también de ella por no poder controlar sus sentimientos, por enamorarse de un hombre que apenas conocía. En solo un mes le había robado el corazón. Ahora entendía que el tiempo no media la intensidad de los sentimientos.

Y ahora Elena tenía que ver cómo saldría de aquello. Sabía que dolería y que

tal vez nunca lo olvidaría. Después de todo, Derek había llegado a su vida como un torbellino. A su rara y aburrida vida. Él le había dado color, él le había regresado las ilusiones del amor. Él la había hecho vivir en un mes mucho más de lo que hubiera vivido ella sola en un año.

Pero la castaña tenía que dejar atrás ese amor. Por un lado se sentía aliviada, ya no lo vería más, él se lo había confirmado. Derek lo había prometido, eso era lo mejor y sí que lo sería. Dicen que el tiempo cura las heridas y, entonces, Elena se aferraría al tiempo.

Aunque eso sí, ella no volvería a amar tan pronto. No volvería a caer en el mismo error. Sin embargo, dudaba que pudiera encontrar a alguien como Derek y amarlo como a él. Sonaba absurdo, pero algo en su corazón le decía que él era el amor de su vida y ningún otro.

Cuando veía sus ojos azules, se sentía en casa y la mujer más feliz del mundo; cuando estaba a su lado olvidaba todo lo demás, ya no importaba nada. Recordó aquella noche que durmió en su cama y cómo había deseado despertar todos los días junto a él. Otra lágrima se desbordó de sus ojos, que quitó con violencia.

Elena tragó saliva. Intentara lo que intentara, sintiera lo que sintiera, no podía amarlo; no podía amar a alguien prohibido. Lo que debía hacer era olvidarlo. Y lo intentaría, aunque en lo más profundo de su alma supo que jamás lo lograría por completo.

Porque nunca había amado tanto a alguien en su vida.

Su celular que estaba descansando en el buró vibró. La muchacha lo tomó para revisar el mensaje que acababa de llegar. Era Ian.

¿Elena? ¿Por qué no viniste a la universidad? Joder, qué tienes. En cinco minutos que acabe la clase, te marco.

Leer esas palabras de su amigo la hicieron sonreír, tenía a alguien que se preocupaba por ella como un padre. Y que fuera su mejor amigo, la alegró. Elena se dio cuenta de que, aunque no tenía suerte en el amor, tenía buenos amigos que se preocupaban por ella. Y eso lo agradecía mucho.

Ella no contestó el mensaje, porque de cualquier manera Ian en breve le llamaría. Reafirmando sus pensamientos, su celular comenzó a sonar. Descolgó rápidamente.

—Elena, dame una explicación del porqué no te has presentado, hoy teníamos una prueba importante —dijo su amigo preocupado. Ella apretó los labios.

—Ian... No me siento bien. Mira, ahora no te lo puedo explicar, pero no te preocupes. Estoy bien.

—No se por qué no le creo a tu “estoy bien”. Voy para allá.

—¡Estás loco! Por favor, no quiero ser la culpable de tus faltas —reaccionó Elena sintiéndose mal, pero su amigo ya había cortado la llamada.

Bufó exasperada. Además no quería que la viera tan deshecha, se veía patética llorando por un hombre que ni siquiera la correspondía. Y peor, que no la quería volver a ver. Casado.

Elena apretó los dientes y decidida se levantó de la cama. Basta de llorar. No podía quebrarse de esa forma, no por un hombre casado. No quería volver a verlo, no quería volver a saber nada de él. Se levantó y se dirigió al espejo. No le gustó su reflejo.

Tenía los ojos rojos e hinchados y las ojeras marcadas por no dormir. Además lucía más pálida de lo normal. Tomó un cepillo y se lo pasó por el pelo, tratando de alinear su maraña de cabellos castaños. Se aplicó maquillaje para quitar ese horrible aspecto de su rostro, aunque su mirada seguía estando triste y denotaba su dolor.

Una expresión de sufrimiento surcó su rostro cuando recordó el beso que le había dado. Y también cuando Derek no negó que también la quería. Sabía que él sentía algo por ella, pero hubiera preferido no saberlo, solo la lastimaba más. Nunca la amaría como amaba a su esposa sin rostro. Estaba furiosa consigo misma. ¿Por qué siempre era ella la que lloraba más? ¿Por qué siempre era la que terminaba más enamorada? ¿Por qué?

Había sufrido una decepción con Thomas y también se había sentido triste. Incluso estuvo en un estado de depresión durante algunos pocos días. Y de repente tuvo miedo al recordar cómo había sufrido con Thomas; y en aquel entonces ni siquiera se sentía la mitad de herida de lo que estaba ahora. Comprendió que le sería mucho más difícil en esta ocasión porque lo había amado mucho más que a su antiguo novio. No había punto de comparación.

Escuchó el timbre retumbar en todo el departamento. Abrió la puerta y se

encontró con Ian.

—¿Puedes decirme qué rayos pasa? —preguntó Ian tomándola de la mano. Los dos se sentaron en el pequeño sofá de la sala. Ian se percató de la mirada de su amiga, le había recordado cómo había estado hacía dos meses, pero ahora era diferente. No solo estaba herida, se veía terriblemente vacía. Como si le hubieran arrebatado todos sus sueños e ilusiones.

—Ian yo... —murmuró Elena mirándolo a través de sus espesas pestañas—. Otra vez volvieron a romperme el corazón y ahora sí estoy de acuerdo con que el amor es una estupidez —susurró luchando contra el agua de sus ojos.

Ian abrió los labios sin saber qué decir, pero una furia le recorrió el cuerpo. Odiaba ver a Elena así por culpa de un hombre que la hizo sufrir.

Ian tomó a su amiga de los hombros y la atrajo contra él. Ella tenía que desahogarse, lo necesitaba. Después ya hablaría de ello. Elena soltó todo lo que sentía abrazando a su mejor amigo. Le sorprendió cuánto había mojado la camisa de Ian al reincorporarse. ¿Tanto le había dolido esa pequeña ruptura?

“Entre más amas, más sufres. Por eso nunca te enamores”, recordó las palabras de su tía Betty, hermana de su madre. Y a la cual no veía desde hacía un año, cuando se mudó a México.

“Ojalá le hubiera hecho caso”, pensó Elena.

La muchacha alzó la mirada y se encontró con los ojos verdes de Ian.

—Ya sabes por quién fue... Al final no solo fue mi entrenador —admitió recordando todos esos días que parecían tan lejanos y a la vez tan cercanos—. ¿Recuerdas que me dijiste que le preguntara si estaba con alguien? Pues... No lo hice, creo que tenía miedo de que no estuviera soltero.

—Y terminó peor —afirmó Elena.

Su amigo le tomó la mano.

—Elena, él no merece tus lágrimas. Ningún hombre merece tus lágrimas; sé que es difícil, yo he pasado por esto y lo sabes. Pero aun así siempre busco seguir adelante porque, al final, todas las personas siempre se van.

Elena asintió con esperanza. Tenía razón, no tenía que sentirse tan perdida por perder a alguien. Aunque ese era siempre el problema de apegarse demasiado a una persona. Cuando se va, te sientes perdido.

—Lo haré, no me hundiré esta vez —dijo ella con determinación.

Ian le dedicó una sonrisa. Elena era fuerte, sabía que podía superarlo.

—Eso es, pequeño monstruo —la animó su amigo. Elena se levantó con una sonrisa inmensamente difícil de esbozar, pero tenía que intentarlo.

—Hoy llega Candice, ¿sabes? —comentó Elena cambiando de tema.

Se acercó al perchero y tomó su bolso y una chaqueta. De ninguna manera se iba a quedar encerrada, tenía que ir a la universidad. Para, al menos, no perder todo el día.

—Genial, quiero ver qué tan cambiada está. ¿Crees que al casarse la haya afectado de alguna forma? —preguntó Ian al mismo tiempo que Elena cerraba el departamento con seguro.

Caminaron hacia los elevadores.

—No creo, sigue siendo la loca hiperactiva pelirroja. Aunque aún me sorprende que esté casada; ella siempre decía que esas cosas no eran importantes y que la economía era mucho más transcendental ... y bla, bla, bla —la muchacha rio entre dientes.

—Bueno, ella se preocupa mucho por su futuro. Su esposo debe ser alguien importante —aventuró el muchacho cuando las puertas del elevador se abrieron.

Caminaron hasta el coche de Ian. La chica frunció los labios.

—Para que siga usando objetos caros, yo creo que sí —se rio Elena.

Ian encendió el auto y miró a Elena.

—¿Quieres ir a la universidad? Si quieres podemos ir a otra parte, un lugar más...

Elena negó con la cabeza.

—No, es demasiado perder un día completo.

Haciéndole caso, Ian condujo hasta la universidad. Para alivio de Elena el día resultó no ser tan apabullante, incluso tuvo una buena noticia. Caminaba con Manón a su lado mientras se dirigían a la otra clase, la última del día.

—Ya hablé con mi tío y al parecer dice que podemos empezar a practicar en el hospital donde trabaja. Habló con el director y dijo que podemos encargarnos en las horas libres que tenga mi tío. ¿Fantástico, no?

—Sí, de hecho, ¿cuándo comenzamos?

—Dice que puede ser desde mañana; será por las tardes, después de la universidad. Y lo mejor es que nos van a pagar, no es la gran cosa, pero es algo.

Elena esbozó una sonrisa. El dinero que había ganado en la carrera la había ayudado y con un dinero extra, sería mucho mejor. Además, también comenzaba a pensar en comprarse un coche.

Después de terminar el día en la universidad, Elena invitó a Manón para que conociera a Candice. Los chicos habían quedado en verse en un reconocido restaurante, como la pelirroja lo había querido. Luego de ser presentadas en el departamento, Manón y Chloe congeniaron muy bien.

Elena suspiró y comenzó a maquillarse frente al espejo. Los chicos y sus amigas estaban en la sala esperándola solo a ella. De pronto, alguien entró a su habitación, era Chloe. La rubia se acercó a ella con una mueca en los labios.

—Elena, ¿me puedes decir qué te pasa? Creo que un simple malestar no es lo que te sucede —le reprochó Chloe resentida.

La castaña era su mejor amiga y no entendía por qué no le contaba lo que le pasaba. Chloe la conocía demasiado, podía darse cuenta en su mirada que no estaba bien. Al menos, internamente.

Elena tragó saliva. No podía decirle que estuvo practicando con las motos y mucho menos que había entrado a una carrera, pero sí podía decirle que alguien le había roto el corazón otra vez; al menos, no había problema. Chloe nunca lo conocería.

—Chloe..., me siento mal por no habértelo dicho antes, pero en realidad no lo hacía porque en mis planes no estaba enamorarme. El muchacho que me auxilió en el accidente... Poco a poco empecé a conocerlo —comenzó a decir Elena omitiendo la parte donde entraban las motos—. Cuando llegaba tarde aquí, era porque salía con él.

Chloe se cruzó de brazos.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? Sabía que estabas ilusionada con alguien, te conozco, Elena. Pero solo estaba esperando a que tú misma me lo dijeras.

Elena desvió la mirada. Le dolía mentirle a Chloe, pero ella misma le había

prometido jamás volver a subirse en una moto de carrera, después del accidente de Gabriel.

—Lo siento, yo... —Elena bajó la mirada—. Solo quería conocerlo, quería que fuera mi amigo. Y estuve planeando presentártelo, pero nunca se dio la oportunidad. En realidad no quería adentrarlo tan pronto en mi vida, y que conociera a mi hermano y a mis amigos. Tenía miedo de volver a salir lastimada.

Hizo una pausa mirando a los ojos azules de Chloe. Su amiga rubia lucía más comprensiva y tenía una sonrisa triste enmarcada en los labios.

—Pero... De pronto comencé a sentir por él más que una simple amistad. Quise arriesgarme y le dije lo que sentía, pero... —se mordió el labio inferior—. No siento lo mismo que yo. Y es por eso que estoy así, otra vez —finalizó Elena con una sonrisa amarga.

Chloe dejó escapar un suspiro.

—Está bien, Elena, te perdono. Pero, por favor, no tengas miedo de decirme nada. Sabes que siempre te apoyaré, eres mi mejor amiga.

La chica se acercó a abrazar a su amiga.

—Lo siento, y también por estar así. Creo que lo quise mucho...

—Amas demasiado, Elena y, a veces, eso nos destruye —dijo la rubia.

Elena desvió la mirada sopesándolo.

—¿Tú estás muy enamorada de mi hermano? —le preguntó Elena.

Los ojos de Chloe inmediatamente brillaron al mencionar a Jordan.

—Con todo el corazón. Jordan prometió ya no hablarle a otras chicas y bueno. Yo confío en él, aunque a veces tengo miedo de que deje de quererme.

Elena sacudió la cabeza.

—Sé que mi hermano es un mujeriego, así siempre ha sido. Pero él de verdad te quiere, Chloe, solo que es muy estúpido para darse cuenta de que no sería nada sin ti.

—Bueno, basta de hablar de amor. Ya vayámonos, que Candice y su esposo, que muero por conocer, nos esperan.

Elena esbozó una sonrisa y salió de su habitación junto con ella.

Todos llegaron al restaurante donde habían acordado.

Jordan estaba demasiado ocupado haciéndole mimos a Chloe. Jason y Manón habían entablado conversación rápidamente y Elena había llamado a Ian para invitarlo, pero él se había negado por una comida que tenía con sus padres y no podía faltar.

—Dicen que están a unos cinco minutos del restaurante —anunció Chloe a todos. Por alguna razón, Elena sentía una opresión en el pecho que no la dejaba en paz. Decidió ir a tomar un poco de aire.

—Ahora vengo —le dijo la joven a Manón, antes de levantarse de la mesa. Elena entró al baño del restaurante y se quedó frente al espejo. Miró su reflejo y suspiró varias veces. No entendía qué le sucedía. Comprobó que su maquillaje estuviera bien y alisó el vestido casual que se había puesto. Este combinaba con sus ojos café y su piel pálida.

Después de lavarse las manos y secarlas con una toalla salió del baño. A lo lejos vislumbró que todos estaban de pie saludándose unos a otros. La cabellera rojiza de Candice sobresalía, aunque ella le daba la espalda. Elena esbozó una sonrisa. Un hombre más alto que su amiga le rodeaba la cintura y, al igual que la pelirroja, le daba la espalda, por lo que aún no veía su rostro.

Elena caminó hasta llegar a ellos y tocó el hombro de Candice, su amiga. Ella se volvió y sorprendida ahogó un grito y abrazó a Elena. La muchacha cerró los ojos, estaba feliz por verla de nuevo, al fin.

—¡Te extrañé demasiado, Elena! No tienes idea —exclamó Candice a la vez que su esposo se daba la vuelta hacia ellas—. Mira, te presento a mi esposo. Derek, ella es Elena, la amiga de la que tanto te he hablado.

Elena no podía respirar. Sus piernas comenzaron a temblar. Los ojos azules de Derek la taladraban con la mirada, con la misma sorpresa y confusión que ella.

Derek era el esposo de Candice, comprendió.

Capítulo 13

La verdad

Elena no sabía qué hacer. Si ponerse a reír, a llorar, o salir corriendo de ese lugar. Aunque probablemente cualquier cosa sería una mierda.

La mirada de Derek no dejaba de perforarla. Sentía una presión en el estómago, como si le hubieran dado una patada. El peso de la realidad la estaba engullendo. Se sintió patética y miserable. Estaba enamorada del jodido esposo de su amiga.

—Hola, mucho gusto —dijo Derek con la voz tensa.

Él le tendió la mano, a la cual Elena correspondió sonriéndole como si no estuviera rompiéndose por dentro, como si nunca la hubiera lastimado. ¿Sabía él que la estaba matando en ese instante?

Candice cogió a Derek de la mano y tomaron asiento enfrente de Elena. La cabeza le daba vueltas, sentía ganas de vomitar. Todavía no lograba comprender la realidad de las cosas, se sentía miserable por amar a ese hombre con tanta locura. Por amar al esposo de su amiga. No podía creer que el destino le jugase algo así. ¿Por qué tuvo que tener aquel accidente? ¿Por qué tuvo que conocerlo? ¿Por qué se metió tan profundo en su corazón?

Elena se sentía como un ratón enjaulado entre todos los que charlaban con entusiasmo. Chloe y Manón platicaban con Derek, maravilladas de que él fuera el esposo de Candice. Apenas si prestaba atención a sus voces. Llegó la comida y no había probado bocado. Elena miraba fijamente la comida, sumergida en sus pensamientos.

Sintió que alguien le tocó el brazo.

—¿Qué pasa, Elena? —susurró Manón—. Te has puesto pálida.

Elena tomó un sorbo de agua para intentar relajarse. Solo quería salir de ahí lo más pronto posible. Nunca se había sentido tan patética. Cómo desearía borrar

sus sentimientos y comenzar de nuevo. Pero era imposible, porque su corazón no tenía razón.

No, debo salir de aquí para salvar mi pellejo.

Elena se levantó de golpe, todos la miraron. Sentía la fuerza de la mirada azul de Derek, mas trato de no desviar los ojos hacia él, eso la desarmaría en público. En cambio, concentró su atención en Candice.

—Candice, discúlpame, pero tengo que retirarme. Ha surgido un problema —explicó tomando su bolsa un poco temblorosa—. Con permiso, te hablaré más tarde.

No le interesaba si estaba siendo idiota, se sentía más estúpida si seguía en ese lugar.

—Elena...

Escuchó la voz de Candice, pero Elena ya se alejaba de la mesa y de su tormento con rapidez. Cuando salió del restaurante y sintió la frescura del aire; la primera lágrima resbaló por su mejilla. No podía soportar la realidad. No podía soportarlo.

—Dios... ¿Por qué a mí?... —se preguntó a sí misma.

Caminó unos minutos hasta encontrar una banca en la acera, donde se sentó con la mirada perdida. Hacía apenas tres meses, estaba radiante y orgullosa de haber superado por completo a Thomas. Y ahora se encontraba ahí. Con el corazón hecho trizas y abrazándose a sí misma para protegerse. Por el marido de su amiga. Por el jodido esposo de Candice. Cerró los ojos reprimiendo todas las lágrimas que querían ser liberadas. Pero el nudo de su garganta no se desvanecía.

No voy a llorar, esta vez no.

Derek no prestaba atención a lo que Candice le comentaba. Elena se había levantado y se había ido, lo cual sorprendió a todos. Aún no lo podía comprender, aún no podía creer que ella fuera la amiga de su esposa. En el momento en que la vio su corazón había saltado de felicidad, algo que no pasó cuando vio a la pelirroja en el aeropuerto. Elena era la única que le provocaba eso, comprendió. Y saber que ella era la amiga de Candice lo había roto por

completo. Porque de alguna manera... había logrado quererla. Sentía por la castaña una atracción tan fuerte que lo desconcertaba.

Y ahora, quería ir a buscarla. Pero no podía. Sabía que la había lastimado y que con toda probabilidad lo odiara. Lo entendía, aunque no se explicaba por qué se sentía tan desolado y triste con la simple idea.

—Iré a verla —anunció Jason con preocupación. El chico rubio cruzó la puerta del restaurante con rapidez. Derek se sintió molesto y apretó los dientes. Se había percatado de cómo ese muchacho miraba a Elena, era demasiado obvio. Pero, ¿quién era él para molestarse por eso?

Mientras tanto, Jordan fruncía el entrecejo y cuchicheaba con Chloe.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Candice preocupada.

—No sé qué le paso, estaba bien —dijo Manón respondiendo a la pregunta de la pelirroja.

—Bueno, después hablaré con ella. Parecía un poco mal —señaló Candice.

Derek quiso darse una bofetada en ese momento. Si ella supiera el porqué se había puesto mal su amiga... No, Candice nunca lo sabría. Se había metido en un hoyo negro sin final. Y ahora no sabía cómo salir.

—Bueno y cuéntenos sobre tu familia. Candice dijo que eran importantes —intervino Chloe con interés.

Derek trató de alejar a Elena y los confusos sentimientos de su mente. Aunque por más que lo intentaba, la ansiedad de no saber a dónde había ido la chica no lo dejaba en paz.

—Mi familia posee una empresa prestigiosa de productos lácteos en Virginia —dijo concentrándose.

Las miradas de todos se abrieron como platos. Reprimió un suspiro de fastidio. Sí, era rico, tal vez más que eso. Aunque no lo aparentaba demasiado. Ni siquiera Elena lo sabía. En realidad, a él no le importaba demasiado el dinero. No era una persona ambiciosa.

La empresa se convirtió de pronto en el tema principal, y miles de preguntas de cómo manejaba esto y aquello. Se dio cuenta de la sonrisa orgullosa de Candice. Eso era lo único que no le gustaba de la pelirroja. Desde que la había conocido había mostrado un gran interés por las cosas caras y extravagantes. Y

como no; ella también lo fastidiaba con el tema de la empresa, con que tendría que dejar el hospital y tomar el negocio familiar.

Candice le tocó el hombro con cariño. Su ser entero esperó sentir esa sensación de cosquilleo en el cuerpo, pero no sucedió. No como cuando tocaba a Elena, comprendió.

Deja de comparar, Derek. Tú quieres a Candice. Le reprochó su fuero interno.

—Es impresionante. Si yo estuviera en tu lugar, tomaría esa empresa amigo —intervino Jordan fascinado con la idea.

Derek tuvo que contestar un sinfín de preguntas más. Después, Candice comenzó a presumir sobre las cosas que él poseía, algo que le comenzó a disgustar. No quería que lo vieran de esa forma solo porque era dueño de una fortuna; para él eso no significaba nada. Y con el rostro de dolor de Elena rondando en su mente, sentía que le faltaba aire.

—Ahora vuelvo —susurró en el oído de Candice, aprovechando un momento de distracción de todos sobre él.

No le estaba gustando la avalancha de preguntas. Se dirigió al baño, y se lavó el rostro con agua fría. Cerró los ojos apretándolos. Miró su reflejo. Se sentía extraño. No se reconocía, como si estuviera fuera de lugar. No entendía por qué no se sentía feliz de por fin estar al lado de Candice, por qué no regresaban los sentimientos que él creía tener hacia ella.

Debería sentirse aliviado, como en casa, al tenerla cerca. Hacía unos meses él sentía que la quería, ella siempre estuvo a su lado cuando él pasó por el duelo de la muerte de su padre. Candice le había dado su compañía. Sin duda, debería sentirse feliz. Pero sucedía todo lo contrario. En lo único que podía pensar era en Elena y en el daño que le había causado.

Y no solo en eso. Se sentía herido. Como se sintió justo ayer por la noche cuando se despidió de Elena, pensando que nunca volvería a verla. Había imaginado que, en cuanto viera a Candice, todo el dolor se esfumaría y todo volvería a ser como antes. Antes de que llegara Elena a su vida.

Pero qué equivocado estaba.

Ahora, sabiendo que Elena era la amiga de su esposa, se sentía incluso peor. Se recargó en la pared del baño y flexionó las rodillas hasta llegar al suelo. Se

tomó la cabeza entre las manos. ¿Qué estaba sucediendo con él? Cerró los ojos y suspiró con fuerza. Tenía que ser sincero consigo mismo. No podía engañarse.

—La quiero, joder..., la quiero mucho —susurró con la voz temblorosa. No había otra verdad. Comprendió que esa chiquilla se había metido más profundo de lo que se imaginaba y que no podía olvidarla tan fácil. Había logrado quererla y ahora sentía miedo de que Candice no fuera suficiente para apagar sus sentimientos hacia Elena.

“Nunca traiciones a la mujer con la que te cases, hijo, nunca lo hagas. No cometas el mismo error que yo cometí con tu madre”. Las palabras de su padre resonaron en su cabeza. Abrió los ojos reaccionando. Tenía razón. No podía hacerle eso a Candice. Tenía que olvidar a Elena. Tenía que hacerlo. Tenía que sacarla de su corazón, donde había entrado sin permiso.

Elena levantó la mirada hacia Jason. Pero no pudo sonreír.

—Lo siento, Jason. No tenías que haber venido, te arruiné la comida —se disculpó la muchacha bajando la cabeza con vergüenza. Su amigo levantó su barbilla obligándola a mirarlo.

—Elena, tú eres importante para mí, ¿lo sabes no? —preguntó. Ella logró curvar los labios—. Vamos, Melón, aunque no me quieras decir por qué te sientes mal, no soporto verte así.

Elena agradecía la compañía de su amigo, pero en ese momento prefería estar sola. Todavía por su cabeza aparecían imágenes de Derek y Candice. Felizmente casados y enamorados. Ignorando por completo lo que ella sentía. Odiaba el destino. Porque siempre, al final ella era la que más sufría. La que se llevaba la peor parte. Derek le había dicho que la quería, pero claro, nunca como a Candice. Con toda probabilidad, ahora estaba feliz con la pelirroja y ella había desaparecido para él.

—¿Puedes llevarme al departamento, Jason? Realmente necesito estar tranquila, por favor...

El muchacho rubio suspiró y los dos se levantaron. A Jason le dolía ver a la chica que quería en ese estado y también se sentía molesto. Porque estaba seguro de que era por alguien, solo esperaba que no fuera por Thomas. Porque ya se veía golpeándolo. Tomaron el coche de Chloe y se dirigieron al departamento en

silencio. Jason no se atrevió a hacer sus típicos chistes, ya que no era el momento. Aunque quería por todos los medios hacerla sonreír.

—¿Estás segura de que quieres quedarte sola? Puedo...

—No, está bien. Gracias por traerme, Jas —farfulló Elena bajando del coche. Jason asintió, no le quedaba otra alternativa.

—Está bien, Elena, llámame si necesitas a alguien con quien hablar, ¿de acuerdo? —le dijo antes de que arrancará el coche y desapareciera en la esquina.

Elena se sentía patética. Sabía que Derek pensaría que se había puesto así por él, y era verdad. Pero odiaba sentirse tan débil. Odiaba derrumbarse por una persona. Desearía ser más fuerte y haberse quedado ahí en el restaurante, como si nada estuviese pasando. En lugar de huir como un cobarde.

Entró al departamento y encendió la televisión. No le gustaba que sus pensamientos fueran el único ruido. Y más cuando estos, no ayudaban demasiado.

—Genial, Elena, aquí sufriendo por un hombre casado —se burló de sí misma.

Y que, seguramente, ahora al saber que eres amiga de su esposa, no querrá volver a tenerte cerca.

Él no te quiere cerca, le recordó su subconsciente. Elena esbozó una sonrisa, pero no era de felicidad. Decidió que esta vez no lloraría como siempre. Mejor sonreiría todo lo que pudiera. Al fin y al cabo, el dolor por dentro era el mismo.

Tomó asiento en el sofá mientras con el control cambiaba de canales a una velocidad vertiginosa. Tomó un trago de agua y volvió a sonreír.

—Candice, perdóname por enamorarme de tu marido. Pero te juro, te juro que lo olvidaré... —prometió al vacío.

Podía vislumbrar que ese juramento sería muy difícil de cumplir, pero al menos lo intentaría. Tenía que hacerlo. No iba a traicionar a su amiga amando a su esposo a escondidas.

Elena pasó las siguientes dos horas tratando de ver una película lo suficientemente buena para llamar su atención y dejar de lado sus tortuosos pensamientos. Cuando alguien tocó la puerta, su corazón se detuvo por un segundo y luego volvió a reanudar a toda marcha. Deberían ser su hermano y sus

amigos. Sacudió la cabeza. No supo por qué había imaginado otra cosa. Pero al abrir la puerta se encontró con Candice y los chicos. Al menos no estaba Derek. Se hizo a un lado para que todos pasaran.

—¿Ya te encuentras mejor, Elena? No quiero ser inoportuna —dijo Candice mirándola desde arriba.

Elena se dio cuenta que ella había cambiado mucho. Sus tacones la hacían lucir mucho más alta y su estilo de vestir ahora era mucho más despampanante que antes. Aunque le costara admitirlo, se veía bien. Ya entendía por qué había logrado casarse con Derek. Y también se había dado cuenta de las marcas de su ropa, que deberían costar una fortuna. ¿Acaso ya ganaba mucho dinero en su nuevo trabajo?

—Sí, claro. Solo fue un problema personal —se excusó encogiendo los hombros.

Manón y Chloe ya estaban haciendo ruido en la cocina, seguramente sacando las botellas y los chicos ya estaban peleando por el control de la tele.

—Bueno, los chicos quieren tomar y como excusa pusieron mi regreso —dijo la pelirroja. Elena se sentía tensa e incómoda con ella. Pensar que Candice era la que besaba a Derek, la que lo acariciaba, la que ocupaba el lugar en su cama... Tragó saliva desconcertada por sus propios pensamientos.

—Lo imagino —dijo Elena forzando una sonrisa.

Todos se reunieron en la sala y pronto el ambiente se volvió relajado y las botellas de licor comenzaron a bajar. Elena decidió también divertirse, si después iba a estar llorando por la noche de todos modos. Aunque borracha, al menos, no se acordaría de lo que la atormentaba.

—Elena, por cierto. ¿Qué te sucedió en la tarde? —preguntó Manón cuando Elena se levantó para ir a buscar un vaso de agua a la cocina. Aún su mente estaba despejada, el alcohol todavía no le estaba haciendo efecto. Pero a Manón no le podía mentir.

—Después te lo diré, por ahora... Solo quiero olvidar todo.

Manón asintió no muy convencida, pero ya no le insistió más. Cuando salieron de la cocina, Elena se había quedado por un instante paralizada. Tenían un nuevo invitado. Derek.

“Vas a divertirte, vas a olvidarlo. No le permitas saber que estás destruida por él. Que sepa que eres fuerte y que no te importa”.

Con una sonrisa abierta, Elena tomó asiento de nuevo. Tenía a Derek justo en frente. Él la miraba de una manera muy poco normal. La muchacha sonrió para sus adentros, al menos le estaba afectando verla. Ella participaba en la plática riéndose y chocando las copas con todos. Aunque seguía sintiendo la mirada aplastante del esposo de Candice sobre ella.

El alcohol comenzaba a afectarlos a todos, incluso a Elena. Y Derek tampoco se había quedado atrás, por lo que se dio cuenta. La única que no tomaba ni una gota de alcohol era Candice. De pronto, la castaña sintió el brazo de Jason rodeándole los hombros. Elena no lo apartó, en cambio, se apretó más a él.

—Te ves hermosa, Melón —dijo Jason tratando de susurrarle en el oído, pero por efecto del alcohol, había hablado demasiado fuerte. La chica alzó por instinto la mirada hacia Derek para ver su reacción.

Lo estaba matando, definitivamente. Derek solo tenía ganas de levantarse y golpear al chico que la acababa de llamar “hermosa”. Su sangre hervía bajo sus venas. Y más al notar lo bien que se la estaba pasando Elena, como si su presencia no le afectara en lo más mínimo. No lo entendía. En el restaurante se había puesto mal y, ahora, pareciera que no le importara. Y no podía evitarlo, le dolía.

“¿Pero, entonces, qué quieres? ¿Que te ame a pesar de que estás con su amiga? Ella va a hacer su vida con otra persona. Lejos de ti. Te recuerdo que estás casado con Candice”.

Otra vez, su maldita voz interior. Derek tomó otro trago para silenciar sus amargos pensamientos. Se suponía que tenía que olvidarla, pero así, ¿cómo diablos iba a lograrlo? Si solo veía a alguien más junto a ella y ya quería ahorcarlo. Como, por ejemplo, a ese cabrón de Jason.

De pronto Elena se levantó y desapareció en la cocina. Derek también se levantó, un poco tambaleante. Y aprovechando que Candice había ido al baño, se atrevió a seguirla. Elena estaba de espaldas a él, tomando un vaso de agua junto al fregadero. Por la música del pasillo, no se escuchaban sus pasos, por lo que llegó hasta la joven, sin que ella se diera cuenta.

Elena se dio la vuelta y se quedó de piedra al ver a Derek frente a ella, mirándola desde arriba, imponente sobre su cuerpo. Su corazón latía como un colibrí dentro de su pecho. Los ojos azules de Derek lucían terriblemente perdidos. Por un momento deseo abrazarlo y hundirse entre sus brazos.

—Elena, por qué haces esto. Actúas como si no te importara que yo esté casado... — susurró él arrastrando las palabras. Elena de pronto sintió ganas de golpearlo. ¿Acaso le importaba? Él estaba enamorado de Candice.

—¿Qué? ¿Acaso quieres que lllore enfrente de ti? ¿Que notes lo rota que estoy? No, definitivamente, no... Aquí la única lastimada soy yo —lo miró con dolor—. Y por eso trato de salvarme a mí misma.

Derek negó con la cabeza y alzó la mano para acariciar su mejilla.

—No, Elena, aquí tú no eres la única lastimada. Porque yo...

—¿Derek? —preguntó Candice detrás de ellos.

Capítulo 14

No puede ser tanta coincidencia

Elena encontró los ojos sorprendidos de Candice. Tomó con más fuerza su vaso de agua y dio un paso atrás, alejándose de Derek. Lo último que quería era un mal entendido.

—Hey, Candice, creo que deberías llevarte ya a tu esposo. Casi se cae encima de mí —Elena rio, sin dejar entrever su nerviosismo. Candice sonrió a medias con confusión y se acercó a Derek, que lucía bastante mal por el efecto del alcohol.

—Él suele ser el que menos toma, no sé qué le pasó ahora.

—Bueno, ya es tarde. Deberías irte, es peligroso manejar en la noche —aconsejó Elena.

Candice soltó una risita.

—De hecho, vámonos, cielo —dijo Candice dirigiéndose a su esposo.

Elena trató de ignorar la punzada en su pecho cuando su amiga lo llamó con cariño.

—No... Necesito hablar con E...

Al saber lo que estaba a punto de decir, Elena dejó soltar el vaso de vidrio al suelo a propósito, para distraer la atención de su amiga. Fingió dar un grito de sorpresa y se apresuró a tomar el trapo de la cocina. No sabía que Derek podía ser demasiado sincero estando borracho.

—Caramba, déjame ayudarte —escuchó decir a Candice.

Elena se apresuró a recoger los pequeños vidrios. Negó con la cabeza. Solo quería que salieran del departamento, antes de que Derek abriera la boca armando un buen lío.

—No, no... Déjame a mí. Mejor ya llévate a tu esposo —dijo Elena alzando

la mirada con una sonrisa.

Al terminar de recoger todo, lo depositó en la basura. Candice le dedicó una sonrisa a su amiga.

—Bueno, gracias por todo, Elena. Vendré otro día para tener nuestra plática de chicas, ¿de acuerdo? —dijo la pelirroja dándole un beso en la mejilla. Elena asintió, aún nerviosa. Miró por el rabillo del ojo a Derek, al parecer estaba casi perdido como para pronunciar palabra.

—Está bien, aquí estaremos —se despidió Elena. Candice caminó junto con Derek, hacia la salida de la cocina. Cuando casi estaban cruzando la puerta, Elena volvió a hablar

—¿Y, Candice? Te felicito por tu matrimonio. No sabes lo dichosa que eres —logró decir con un nudo en la garganta.

La pelirroja sonrió con orgullo.

—Gracias, Elena.

Y los dos desaparecieron de su vista. Se quedó sola.

Elena se recargó en la barra de la cocina y suspiró profundo. Ya había asimilado mejor que debería olvidarse por completo de ese hombre, aunque aún no estaba segura de poder lograrlo. Derek había estado a punto de decirle algo, mas su amiga los había interrumpido. Apretó los ojos decidida por una vez en su vida. Se iba a olvidar de él, iba a proteger su corazón.

Todos terminaron por retirarse, Manón fue la última que se marchó. Jason y Jordan le hicieron el favor de ir a dejarla, por lo que solo Chloe estaba con Elena. Las dos se habían puesto a recoger la basura de la sala, donde parecía que una lancha había pasado destruyendo todo a su paso.

—Derek está muy bueno; Candice es una suertuda —admitió Chloe suspirando. Elena esbozó una mueca. ¿Por qué todos tenían que recordárselo?

—Humm...

—Y aparte es muy rico, de verdad que me sorprendió. Ahora ya tenemos quién nos lleve a conocer Europa —chilló entusiasmada Chloe.

Elena revoleó los ojos, cansada de escuchar a su amiga alabar a Derek. Elena ni siquiera sabía que tenía una empresa prestigiosa y eso no lo había hecho más atractivo de pronto para ella. En realidad no le importaba si era rico, pobre o un

hombre podrido en millones. Lo único que le importaba era que saliera de su jodido corazón.

—Déjalo ya, no es para tanto. Solo tiene mucho dinero y sí... Es capaz de comprar muchas cosas. Pero eso no lo hace el mejor hombre del mundo —atajó Elena abriendo el grifo del lavabo mientras limpiaba los platos.

Chloe soltó una carcajada.

—Mejor deja de fingir que no te sorprende. Acepta que cualquiera se moriría por un hombre así —apuntó la rubia.

Elena apretó los puños.

—No me sorprende, Chloe; ni siquiera me llama la atención ni un poquito —soltó Elena lavando con más fuerza los platos.

—Bueno, como sea. No puedo esperar para que sea miércoles. Va a ser el primer campamento que Jordan y yo pasemos como pareja —esbozó la rubia con una sonrisa en el rostro. Elena respiró aliviada de que cambiara el tema.

—¿Invitaron a Candice y a su esposo? —preguntó Elena de repente preocupada.

—Sí, y eso va a ser genial ¿no crees? También va a venir Manón y Ian —dijo el nombre del último con una leve molestia.

Elena ya sabía de la pequeña enemistad que tenían Chloe y su amigo. Y todo porque, cuando se conocieron, Ian había hecho un chiste impropio sobre las rubias y Chloe se había ofendido. Desde ese momento solo se la pasaban lanzándose indirectas o burlas sobre el otro.

—No sé, no me parece buena idea que Candice lleve a... ¿Cómo se llama su esposo? —preguntó Elena desinteresada.

Si iba a hablar sobre Derek, no debería levantar ninguna sospecha sobre que ya lo conocía.

—Derek, ¿hasta su nombre es sexy, no? —respondió Chloe. Elena apretó los dientes.

De nuevo volvían al tema incómodo.

—¿Estás enamorada de mi hermano o de ese tal Derek? —preguntó Elena con una nota de burla. Chloe le aventó una servilleta al cabello.

—De Jordan, amiga idiota —rio entre dientes—. Pero ,vamos, solo digo la verdad. ¿No viste la cara de Candice? Parecía que estaba disfrutando contándonos todo sobre su buen esposo.

Elena se encogió de hombros.

—Es normal. Candice siempre ha sido así y ahora que su amado esposo es riquísimo, no debe caber en su lago de felicidad; no la culpo —dijo Elena sin mostrar importancia.

—Bueno, no voy a discutir contigo porque se ve que no cambiarás de opinión. Pero... ¿Por qué no te parece que vaya Derek? —preguntó Chloe frunciendo las cejas mientras limpiaba la mesa de la cocina.

Ya casi terminaban de ordenar todo. Habían dejado un gran desastre en el departamento.

Elena pasó el peso de su cuerpo a su otra pierna.

—Se supone que nos la pasamos superbien solo entre chicas o amigos. Y bueno, llevar a su esposo... Va a ser raro...

—No lo creo. Será mejor que asumas la idea —comentó Chloe soltando un suspiro de cansancio.

Elena se enjuagó las manos para después secarse con su propia playera.

—Estoy casi muerta, yo me largo a dormir —cortó Elena la conversación.

Tantas emociones en un mismo día la habían dejado completamente agotada, casi se le cerraban los ojos. Y lo peor era que mañana tendría que ir a la universidad. El cansancio pudo con ella y cayó en un profundo sueño, tanto, que ni siquiera se dio tiempo para pensar más en esos ojos azules. Aunque no pudo escapar de su presencia en sus sueños.

Dentro de una de las aulas de la universidad, Manón le dio un golpecito en el hombro a su amiga, para despertarla de sus cavilaciones.

—Se ve que no aguantas una desvelada —se burló la francesa.

Elena apretó los ojos y se los frotó con el dorso de la mano. Se sentía cansada, pero no físicamente. En realidad era todo emocional.

—No, solo que... Bueno...

Elena soltó un suspiro. Aprovechando que el profesor se disponía a escribir unas formulas en la pizarra, se atrevió a acercarse más a Manón.

—Promete que seguirás siendo mi amiga después de esto y me dejarás explicarte todo —pidió Elena de repente preocupada.

Cualquiera pensaría que ella había sido “la otra”, “la fácil”, “la que se había metido con un hombre casado”. Pero la diferencia era radicaba en que ella no sabía que era casado y, mucho menos, que su esposa fuera una de sus amigas. Además, pensó que no podía catalogarse de esa forma. Después de todo, nunca intentaría algo con Derek, ahora que sabía que estaba con Candice. Por mucho que lo amara y por mucho que le doliera.

Manón asintió sin miramientos. Elena le había cogido especial confianza a la francesa, incluso demasiado rápido. Aunque hubiera preferido contárselo a Chloe, no se sentía segura de que la rubia la escucharía; pensaba que tal vez pudiera confundir las cosas, ya que Chloe también era muy amiga de Candice y no le gustaría saber de los sentimientos de Elena hacia Derek y, peor, de los sentimientos de él hacia Elena.

Elena terminó de relatar todo con lujo de detalles, la última parte se la contó mientras caminaban por el pasillo del edificio dirigiéndose a la cafetería abarrotada de gente, como siempre.

Manón arqueó las cejas.

—Ahora entiendo —vaciló mientras se llevaba un dedo a la barbilla.

Elena entrecerró los ojos. Esperaba que se pusiera a gritar, que se llenara de perplejidad o, peor, que no le volviera a hablar por pensar mal las cosas, como temía.

—¿Qué cosa? —cuestionó.

En esa ocasión habían decidido sentarse a solas, lejos de los chicos para poder platicar con libertad. Por otra parte, Ian no había asistido a la universidad, ya que se había largado con Tom a alguna parte, según decía el mensaje que le había llegado a Elena.

—Derek te veía anoche de una forma muy poco normal, estaba comenzando a pensar que de pronto se levantaría y te llevaría con él. Sí, suena exagerado, pero te miraba como un demente posesivo.

Elena desvió la mirada, no quería admitir que una sonrisa se quería asomar en la comisura de sus labios. Y es que saber, por boca de otra persona, que ella provocaba algo en Derek, la hacía sentir por segundos en el cielo, antes de caer nuevamente en el precipicio.

—No sé... Estoy tan confundida, Manón. Es obvio que si está casado, está enamorado de Candice. Entonces... ¿Por qué se comporta como si me quisiera, como si estuviera enamorado de mí? Solo hace más difícil que pueda olvidarlo.

Manón soltó un respiro.

—Estás metida en un buen lío, Elena. Y no me parece tan descabellada la idea de que en realidad sienta algo por ti, lo digo por la forma en que se comportó ayer, pero tienes razón. No tiene sentido, es un gilipollas si te dice que te quiere a pesar de que está casado.

—Siento que solo quiere jugar conmigo, pero no lo voy a dejar. No voy a dejar que me engañe. Y mucho menos, convertirme en “la otra”. Eso nunca... — le tembló el labio inferior—. Pero eso es lo que más temo, Manón... ¿Y si al final yo me convierto en...

Manón le tomó la mano reconfortándola.

—Tú nunca harías eso, Elena, eres demasiado buena. A diferencia de Candice, porque te puedo decir una cosa: tu amiga no me gustó para nada. Es algo exagerada... Y presumir de esa forma del dinero, definitivamente no me gusta.

Elena esbozó una mueca.

—Candice es así, aunque ahora lo parece más, porque digamos... que ahora es, en verdad, rica; es normal.

—¿Tú no sabías eso, verdad?

Elena negó con la cabeza.

—La verdad que no me importa cuánto jodido dinero pueda tener, solo quiero, maldita sea, sacarlo de mi corazón. ¿Por qué es tan difícil, Manón? ¿Por qué no puedo borrar mis recuerdos y comenzar de nuevo? Odio el día en que lo conocí...

—Olvidar es lo más difícil, lo sé por experiencia propia. Pero todo pasa por algo, siempre pasa por algo.

Elena bajó la mirada a sus manos que se entrelazaban nerviosas.

—Bueno, pero me ayudarás, ¿verdad?, para que yo no vaya a hacer una estupidez, como caer en sus redes y convertirme en una vergüenza para mí misma.

Manón le sonrió una vez más. Elena admiraba eso. Su amiga siempre sonreía, tanto que se preguntaba si sufría por algo o, al contrario, si su vida era muy tranquila y dócil.

—No creo que cometas una estupidez, aunque a veces el amor nos hace realmente estúpidos. Pero por el momento tendrás que sacarlo de tu cabeza. A mi primer y más grande amor, en realidad, no lo pude olvidar del todo, pero logré algo. Cuando lo recuerdo ya no duele, los recuerdos me sacan una sonrisa y, en lugar de maldecirlo, agradezco haberlo conocido. Así te das cuenta cuando ya has superado a una persona. Cuando en lugar de perforar tu corazón, tan solo lo curas un poquito más.

Elena le sonrió a su amiga. Ella siempre tenía las palabras adecuadas que deseaba escuchar. Se dio cuenta también que extrañaba a su madre para pedirle consejos. Aunque ahora no podía agobiarla más, ya que ella cuidaba de su padre un poco enfermo. Y solo de vez en cuando los visitaba junto con Jordan.

Más tarde las clases ya habían terminado. Jason y Jordan se acercaron a ellas. El rubio, con una sonrisa resplandeciente, dirigida a Elena.

—¿Necesitan que las llevemos a alguna parte? —preguntó Jason pícaramente.

Elena frunció los labios, era obvio el cambio de actitud de Jason, pero lo dejaría pasar. Se notaba a leguas que ella le atraía y, aunque Elena no lo veía de esa manera, se descubrió estudiándolo más de la cuenta.

—Bueno, íbamos a tomar el camión. Tenemos que ir a un hospital —respondió Elena—. Pero... ¿Acaso Chloe les prestó su coche? —preguntó frunciendo las cejas.

Casi siempre, los chicos se iban con uno de sus amigos que tenían autos, porque hacia meses que habían perdido sus automóviles en la apuesta más estúpida del mundo.

—No, pero tengo la Suburban de mi padre. En esa, mañana nos iremos al campamento.

—Bueno, entonces, si no es molestia...

—Para ti nunca es molestia, Melón —aclaró Jason pasando un brazo por los hombros de Elena. Los cuatro se subieron a la gran camioneta y emprendieron la marcha hacia el hospital.

—¿Y qué van a hacer en el hospital? —preguntó Jordan.

Elena miró con diversión a Manón antes de contestar.

—Digamos que vamos a estar ayudando a un doctor por medio tiempo. El tío de Manón nos dio el puesto. Además nos servirá como experiencia para nuestra carrera.

—¿Y les van a pagar bien? —volvió a preguntar su hermano.

Elena puso los ojos en blanco. Jordan era un gran admirador del dinero, y también, engatusador para sacar billetes.

—Ni pienses que te daré un peso, Jordan —aclaró Elena sacando la lengua en un gesto muy infantil.

Su hermano sonrió con sorna. Al final, Jordan siempre terminaba aprovechándose de ser la debilidad de Elena.

—Bueno, si quieren que las venga a recoger, solo llámenme, ¿de acuerdo? —comentó Jason mientras las dos chicas bajaban de la camioneta.

—Claro, gracias por traernos —le sonrió de vuelta Elena.

Jason le guiñó el ojo antes de prender el motor. Manón soltó una risa con disimulo.

—Al parecer alguien se muere por ti.

Elena esbozó una sonrisa negando con la cabeza.

—Jason es solo un buen amigo y es muy cariñoso siempre —confesó mientras comenzaban a caminar hacia la oficina del tío de Manón.

—Pues se pasa de cariñoso. Él se ve buen chico ¿por qué no le das una oportunidad? —preguntó Manón juntando las manos.

—¡Manón!

—¿Qué? Se supone que quieres olvidar a Derek, eso te ayudará. Tal vez más rápido de lo que pienses —afirmó la extranjera.

Elena se mordió el labio con duda. Realmente ahora no quería algo con nadie,

porque no se podía imaginar besar a alguien más que no fuera...

Detén esos pensamientos, Elena.

—¿Y qué hay de Evan? —preguntó Elena queriendo cambiar de tema.

Evan había sido el novio que Manón había dejado en Francia y que, según su amiga, se esperarían hasta que volvieran a estar juntos. Después de haber sufrido mucho por su primer amor, Evan era especial para Manón.

—Ayer se enojó conmigo. Supongo que se me notaba mucho lo borracha que estaba —admitió perdiéndose en sus pensamientos. Las dos esperaron en una sala de estar antes de pasar a la oficina de Alaric.

—Hola, tío —saludó su sobrina—. Ella es Elena —presentó a su amiga.

Elena le tendió la mano con amabilidad. El tío de Manón parecía tener entre cuarenta y tantos años. Tenía un gran parecido en los rasgos del rostro a Manón. Se notaba su procedencia francesa.

—Bueno, ustedes se encargarán de apoyarme a mí y al doctor Crowell en las operaciones que se requieran o en cuidar a los pacientes. ¿No suena tan complicado, verdad? —terminó de decir con amabilidad.

Elena sentía un extraño apretón en el pecho, similar a aquella vez en el restaurante. Ese apellido, Crowell. Derek trabajaba en un hospital, aunque nunca supo en cuál o ya no lo recordaba.

“No puede ser tanta coincidencia”, pensó.

—Solo estarán aquí tres horas y se les pagará como si trabajaran un turno completo.

Elena estaba sorprendida. Que fuera el tío de Manón tenía sus ventajas. De pronto, la puerta del consultorio se abrió y Elena se encontró con la última persona que quería ver. Parecía que el destino se empeñaba en fastidiarla por todos lados.

—Doctor Crowell, ellas son las muchachas que nos ayudarán en su tiempo libre —anunció Alaric.

Derek se quedó mirando a Elena sin poder apartar la vista. Ya sabía que se trataba de Elena cuando Alaric le dijo el nombre completo de la muchacha. Él no quería demostrarlo, pero lo único que sentía era emoción y la misma corriente que recorría su cuerpo cada vez que estaba cerca de ella. Comprendió que, de

alguna forma, quería tener a Elena conectada a su vida. Ayer se había dado cuenta de lo difícil que sería olvidarla y ahora se había arriesgado al destino.

“Que pase lo que tenga que pasar”, sentenció para sus adentros.

Capítulo 15

Completamente loco

Una sensación de satisfacción lo recorrió a Derek al haber notado lo nerviosa que había estado Elena. Él provocaba un efecto en ella, eso significaba que de verdad sentía algo por él. No podía ocultarlo, sentía una inmensa oleada de felicidad al saber que ella lo amaba. Al carajo todo. Por más que se lo propusiera, no podía olvidarla. No quería olvidarla. De pronto dejó de importarle que estuviese casado con Candice, necesitaba a Elena de algún modo en su vida. Ahora olvidarla ya no estaba en sus planes. Ahora se esforzaría por tenerla a su lado. Tal vez no de la forma que él quisiera, pero si de una forma que, aunque doliera, le bastaba.

“Estás siendo egoísta y estúpido”. le susurró su subconsciente.

—¿Doctor Crowell? —escuchó que alguien preguntó. Reaccionó con tres parpadeos rápidos, volviendo a la realidad.

Clementine, una de las enfermeras le tendía unos papeles con las cejas alzadas. Derek se levantó de su asiento recibiendo los papeles.

—Son los resultados de la señorita West —informó la enfermera.

Derek asintió con una media sonrisa.

—Gracias.

—Por cierto. Una muchacha que dice ser su esposa lo está esperando en el comedor, doctor —informó la enfermera antes de marcharse.

Derek soltó un suspiro. Candice nunca iba al hospital, al menos que tuviera algo importante que decirle.

Sin perder más tiempo se dirigió a la cafetería aún con la imagen de Elena entre sus nebulosas ideas; la verdad es que no podía sacarla de sus jodidos pensamientos. Ya sabía que quería a Elena y que tendría que luchar contra ello.

Pero también sentía mucho miedo, miedo de no poder dejar de pensar en ella. Y también terror de algo mucho más grande. De no sentir amor por Candice como pensaba. Porque ayer, que la pelirroja había regresado de Virginia, no se sintió como esperaba. Además, Candice intentó tocarlo por la mañana, algo que en absoluto lo excitó, en cambio, se sintió incómodo. Incluso inventó tener mucho trabajo en el hospital para escapar de ella. Había algo que su voz interior quería decirle, pero que prefería no escuchar.

Candice lo recibió con una sonrisa. No entendió por qué se sorprendió al verla demasiado arreglada, tal vez ya se había acostumbrado a la vestimenta sencilla de Elena.

—Qué bueno que no estás ocupado, amor —se alegró Candice levantándose y plantándole un beso en los labios, que al igual que ayer, no provocó un escalofrío en su cuerpo o al menos una reacción.

—Mmm no, pero tengo que revisar unos pendientes. ¿Qué haces por aquí? —preguntó Derek sentándose en la mesa de dos. La pelirroja se pasó los dedos por su larga cabellera.

—Pregunté cuál es tu hora de entrada y resulta que es a las nueve de la mañana. Y tú saliste de casa a las siete mintiéndome que tenías mucho trabajo —Candice apretó los labios en una fina línea.

La pelirroja sentía que algo le pasaba a su marido y tenía que descubrirlo, no podía darse el lujo de perderlo.

—Ah sí... —susurró Derek pensando en algo congruente—. Tenía unos pendientes que hacer con un paciente fuera del hospital —contestó con voz firme.

Candice soltó un respiro de alivio, pero no se sentía tan contenta.

—Bueno, espero que sea eso —soltó entre dientes.

Derek reprimió una mueca de fastidio. ¿Desde cuándo Candice le parecía tan aprensiva? Pero interrumpió sus pensamientos. Era lógico que ella reaccionara así, se recordó. Sobre todo, cuando otra mujer pasaba por su mente.

—Sí bueno... como dije, tengo que...

—Espera, Derek, tenemos que hablar —cortó Candice cruzando una de sus piernas sobre la otra.

Derek resignado asintió.

—¿Qué pasa?

—Caroline y yo hemos estado hablando sobre la empresa de tu familia. Y ya sé lo que quieres y que te reacias a cambiar de opinión. Pero lo he pensado bien y creo que deberías...

Derek frunció las cejas comenzando a molestarse. Candice sabía muy bien lo que pensaba sobre la empresa y le extrañaba que le estuviera diciendo aquello.

—Pensé que ya habíamos hablado sobre esto, Candice —interrumpió más molesto de lo que pretendía. La pelirroja lo miró molesta.

—Por Dios, solo piénsalo un poco. Eso es tuyo y verdadero trabajo Derek. Sabes que Caroline necesita tu apoyo más que nada. Y tú no se lo estás dando. Además, ya no tendrías que trabajar en este hospital, tendríamos más beneficios y más...

—¿Dinero, lujos? —preguntó Derek.

Las fosas nasales de Candice se dilataron, lo que significaba que comenzaba a molestarse también. Derek sabía que su esposa deseaba una vida como la de su hermana Caroline y nunca le había preocupado eso, porque Candice le había prometido que así estaba bien con él.

—Mira, si eso es lo que deseas, lo siento. Pero a mí me gusta lo que hago y no lo voy a cambiar por nada del mundo. Y si quieres una vida con todo eso, mejor te hubieras casado con otro.

Derek supo que había ido demasiado lejos cuando miró la furia en los ojos de Candice, pero sin importarles lo que pensara se levantó de la mesa y salió como una fiera de la cafetería. No entendía el porqué de la forma tan repentina de pensar de Candice respecto a ese tema. Tal vez estar viviendo un mes con su familia en Virginia le había cambiado su perspectiva. Y para terminar por hartarlo más, su hermana le acababa de enviar un mensaje.

Mi madre y yo estaremos de visita dentro de una semana. Ella quiere hablar contigo personalmente, buen día hermanito.

Soltó un gruñido cuando terminó de leer el mensaje. Parecía que se habían puesto de acuerdo para comenzar a molestarlo con la empresa.

El día pasó rápido, por fortuna, para él y, aunque trató de hablar con Elena en

algún momento, la joven lo esquivó por completo. Tenía que hablar con ella y llegar a algo. Quería que al menos fuera su amiga, porque estaba claro que no podía simplemente olvidarla.

Derek salió del hospital y vio a Manón y a Elena paradas en la acera, con seguridad, esperando el transporte. La contempló a lo lejos y soltó un suspiro. Ella era tan hermosa para sus ojos y la única que provocaba ponerlo nervioso.

Se acercó a ellas con paso vacilante. Carraspeó cuando estuvo ya casi junto a ellas. Manón lo miró sorprendida y Elena trató de poner una máscara inescrutable en su rostro.

—¿Necesitan que las lleve a alguna parte? —preguntó casualmente metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón. Elena negó con la cabeza, sin mirarlo.

—No, gracias.

—¿Están seguras? —volvió a insistir. Le comenzaba a divertir el fastidio que veía en la mirada de Elena.

—Ya vienen por nosotros, pero gracias por la invitación —intervino Manón dedicándole una sonrisa. Justo en ese momento una camioneta blanca aparcó junto a ellos. Y Jason salió del copiloto para abrirles la puerta a las chicas. El doctor sintió que los celos comenzaban a recorrer su cuerpo cuando Jason le sonrió a Elena.

Derek resignado cruzó los brazos. Elena ni siquiera le había mandado una mirada cuando terminó de subirse a la camioneta. Aunque Jason se dio cuenta de su presencia.

—Hey, ¿eres el marido de Candice, cierto? —lo llamó Jason acercándose a él. Derek asintió tratando de no asesinarlo con la mirada.

—Dile a tu esposa que no puede faltar al campamento, tú también puedes venir si quieres. De cualquier manera, los esperamos en nuestro departamento a eso de las ocho de la mañana.

—Ahí estaremos.

—Vale, nos vemos —se despidió el rubio para después subirse a la camioneta y perderse en la carretera.

Derek pateó una piedra con la punta de su pie de regreso a su coche. Estaba claro que ese chico quería algo con Elena y eso lo asustaba. Iba a estar al

pendiente, no quería a nadie tan cerca de ella. Su subconsciente se rio. Elena podía hacer lo que se le viniera en gana y él no era nadie para impedirlo.

Aún con fastidio arrancó el motor y se dirigió a su casa.

Elena y Manón trataban de elegir una casa de campaña, mientras Jason y Jordan compraban los suministros que necesitarían para el campamento.

—No puedo creer que se ofreciera a llevarnos —dijo Elena aún recordando la escena en su mente—. Por Dios, está casado con mi amiga. ¿No te parece ridículo?

Manón ladeó la cabeza.

—Bueno, no me mates, pero de verdad parece que tú lo pones. Solo tienes que ver cómo te mira —contestó su amiga.

Elena arrugó la nariz.

—Claro que no, él ama a Candice. Y seguramente solo lo hace por molestarme o por burlarse. Después de todo, le terminé confesando mis sentimientos; siente derecho sobre mí, ahora me arrepiento de haberme confesado con él —suspiró Elena tomando asiento en uno de los sillones de la tienda.

—Bueno, tal vez solo quiere hacer las paces contigo, no sé. Pero creo que deberías hablar con él, poner en orden las cosas. No puedes estar evitándolo todo el tiempo.

Elena asintió con resignación. No sabía qué era lo que quería Derek con ella tratando de ser amable y solo lo averiguaría hablando con él.

—Tienes razón, pero tengo miedo de no controlar mis instintos. Es como... Cuando está cerca no pienso claramente —se lamentó Elena.

Manón se sentó junto a ella.

—Bueno, apagar los sentimientos no es fácil, de hecho, para nadie. Pero hablando con él ya será un paso y depende en qué términos queden, podrás comenzar a superarlo.

Elena asintió pensativa. No entendía por qué una parte de ella seguía ilusionada esperando una relación con él, si estaba más claro que el agua que era

imposible algo entre ellos.

—¿Ya la escogieron? —preguntó Jason interviniendo en su conversación.

—Sí, está es genial. ¿Te parece? Es grande y tiene un diseño que nos encanta —contestó Manón señalando una de las carpas. Todos terminaron con las manos llenas de bolsas por todo lo que compraron cuando salieron de la tienda.

Esta vez Jordan manejó y Manón fue su acompañante en el asiento de copiloto. Para la fortuna de Jason, Elena se fue con él a los asientos de atrás. El rubio sentía algo hacia Elena desde hacía tiempo, solo que no le confesaba lo que sentía por miedo a que Elena no lo viera de esa forma. Aunque esta vez se arriesgaría, ya que pensaba que ella ya había superado a su exnovio y ese sería el momento apropiado.

—Mmm y cómo vas con todo, bueno, supongo que no te molesta hablar sobre tu exnovio —Jason rompió el silencio.

Elena negó con la cabeza encogiéndose de hombros.

—No, Thomas ya no me incomoda para nada —contestó Elena.

Hacía tres meses, hubiera cambiado de tema si le hubiesen preguntado sobre su exnovio, y ahora no le importaría hablar sobre Thomas, con tal de no recordar a Derek.

Jason sonrió por lo bajo.

—Eso es bueno y me alegra mucho. Alguien como él no merece a una chica como tú. Cualquiera se sentiría afortunado si tuviera la suerte de estar contigo —dijo Jason acercándose a Elena y pasándole el brazo por los hombros. Él tenía una buena amistad con Elena, por lo que se daba el atrevimiento de abrazarla.

—Lo dices porque soy tu amiga —contestó Elena.

Jason alzó las cejas reprimiendo una sonrisa.

—Lo digo porque es la verdad. Incluso yo me sentiría afortunado, bueno... Quiero decir que eres muy guapa, noble, simpática y...

—¿Tienes calentura? —preguntó Elena con burla tocándole la frente para comprobar su temperatura.

Elena ya sabía de antemano de los sentimientos de Jason, pero prefería fingir que no sabía nada, ya que no quería comenzar a sentirse incómoda junto a él.

—Creo que estás un poco raro, me acabas de llamar guapa y noble.

Recuerdo que Jordan y tú disfrutaban mucho molestándonos a Chloe y a mí quejándose de nuestra comida que, al parecer, nunca es suficiente —indicó Elena.

Jason sonrió.

—Eso es porque no tenemos otra cosa que hacer —se defendió el rubio encogiéndose de hombros—. Y por cierto... Creo que ya va a salir esa película nueva de dinosaurios.

Elena se puso de pronto en alerta. Jason era muy bueno en arrastrar a las chicas a una no-cita, aunque obviamente con ella no sería igual.

—Mmm sí, he visto el tráiler —sonrió Elena.

Antes de que Jason pudiera abrir la boca para invitarla solo a ella, Elena se le adelantó—. ¿Y qué te parece si vamos todos juntos a verla?

La sonrisa de Jason se borró y lució desanimado.

—No creo que...

—Chicos, ¿quieren ver el próximo domingo una película de dinosaurios? Iremos Jason y yo —Elena les preguntó a Manón y a su hermano.

Jordan desvió por un momento la mirada hacia su mejor amigo.

—Sí, estaría genial —aceptó Manón.

Elena le volvió a sonreír a Jason que se había quedado en silencio.

—Perfecto —finalizó Elena.

Jordan negó con la cabeza con una sonrisa burlona, algo que le hizo sospechar a Elena. Probablemente Jordan supiera de los sentimientos de su amigo hacia ella.

Pasaron a dejar a Manón, antes de dirigirse al edificio.

—Te esperamos a las ocho —se despidió Elena de su amiga.

Manón bajó de la camioneta.

—Claro. Nos vemos mañana, chicos.

Jordan y Jason se habían retirado a su departamento, ya que tenían que preparar todas las cosas para el campamento. Para la sorpresa de Elena, su amiga pelirroja estaba con Chloe ayudándola a empacar las cosas.

—Hola, chicas —saludó Elena quitando la liga de su cabeza y dejando caer su cabello castaño sobre sus hombros. No pudo evitar mirar a Candice de arriba abajo. Un sentimiento incómodo comenzó a nacer dentro de ella, no sabía qué había pasado con su amiga en ese año en Virginia, pero parecía otra persona, y perfecta. Era lógico porque se había casado con Derek y por eso preferiría no compararse con ella. Tragó saliva.

—Hey, estamos empacando todo. Nos vendría bien una ayuda —exhaló Chloe quitándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Chloe estaba metiendo todos los objetos grandes en una maleta y Candice preparaba los bocadillos.

—Claro. ¿Y estaremos en buen tiempo? Ya sabes, a veces, hay tormentas por allá. — Señaló Elena mientras se disponía a ayudar a Chloe.

—Según los chicos, el mal clima no molestará. Pero nunca es malo prepararse para todo —contestó Chloe cerrando una de las maletas.

Elena asintió y miró de reojo a Candice. Sabía que ella y Derek irían y eso lo haría el viaje más incómodo que se pudiera imaginar.

—Bueno, esperemos eso.

—¿No les incomoda que vaya mi esposo, verdad? —intervino Candice en su conversación. La voz de la pelirroja le pareció extrañamente irritable para los oídos de Elena. ¿Qué estaba sucediendo consigo misma? No podía comenzar a comportarse de esa forma con su amiga.

—No, por supuesto que no —contestó Chloe mirando a Elena—. Al menos que Elena tenga algo que decir .

La castaña negó.

—No habrá problema, Candice —le dijo Elena dedicándole una sonrisa demasiado falsa—. Bueno, como sea. ¿Ponemos esto aquí? —Elena cambió de tema dejando de mirar a Candice, para dirigirse a la rubia.

En una hora las tres chicas ya estaban en el sofá extenuadas. Elena mantenía los pies sobre la mesa de la sala y comía palomitas mientras fingía poner atención a la película que se reproducía en la pantalla. Mientras tanto Chloe y Candice conversaban sobre un tema bastante incómodo para ella.

—No lo sé, tal vez esté muy agotado con su trabajo. Pero es extraño que no quiera tocarme —dijo Candice en voz alta—. Pensé que lo extrañaría al igual que yo.

Elena se removió en el sofá reprimiendo una mueca.

—Bueno, dale tiempo. De cualquier manera, a los hombres les es muy difícil abstenerse cuando una chica quiere sexo con ellos —contestó Chloe.

—Bien, esta noche le daré una sorpresa. De hecho, estaba pensando en que podríamos probar otras cosas, ya sabes... Con esas cosas que utilizan para tener...

—Creo que me tomaré una pastilla para el cólico —Elena se levantó excusándose. Ya no deseaba escuchar nada más. Su estómago sufriría las consecuencias si seguía ahí. Entró a su habitación y cerró la puerta con seguro.

Con un suspiro se sentó en el borde de la cama. De pronto se llevó los dedos a los labios y volvió a recordar su beso con Derek. Había sido el beso más mágico de su vida y aún lo recordaba con mucha nitidez. Comprendió que ese sería el único recuerdo que tendría de él, nunca habría nada más. Sonrió con tristeza.

El dolor seguía ahí, pero ahora había algo diferente que la estaba asustando. Era como si una parte de ella estuviera esperando algo más con Derek, como si aún no se hubiera resignado totalmente. Y tenía miedo de cometer una locura.

Prefirió tomar una ducha y ponerse a secar su cabello para no tener tiempo de pensar. La dirección de sus pensamientos la estaban desconcertando. Y no tenía que engañarse a sí misma. Pero en lo más profundo de su ser seguía esperanzada y más cuando Derek se había acercado a ella en el estacionamiento. Además no era una estúpida, se daba cuenta de cómo la miraba, en el hospital no había sido nada disimulado.

Elena se metió en su pijama mientras seguía inmersa en sus cavilaciones. Su mejilla tocó la suavidad de la almohada y apretó con fuerza el edredón. Podría... ¿Podría ser que Derek estuviera enamorado de ella también? ¿Y si tal vez Derek no amaba a Candice como pensaba? ¿Y si aún había una esperanza para ella?

Elena detuvo sus pensamientos. ¿Qué estaba sucediendo con ella? Ahora un miedo más grande se adentró en ella. Temía que Derek terminara por volverla completamente loca. Entonces cerró los ojos con fuerza antes de que se desconociera a sí misma.

Capítulo 16

Fantasma

Era maravilloso, mágico e increíble. Sus manos recorrían su espalda como si quisiera grabar cada centímetro de su piel. Elena sintió un escalofrío cuando los labios de Derek bajaron por su cuello y se deslizaron hasta llegar a su pecho. Él alzó el mentón y volvió a buscar sus labios, que lo recibieron con fervor. Una de sus manos acariciaba su mejilla, mientras la otra rozaba la piel suave de su vientre.

Juntaron sus frentes y conectaron sus miradas. Azul contra café. Elena pasó una mano por su nuca y enredó los dedos en su cabello negro, mientras otra trataba desesperadamente de desabrocharle los botones de la camisa. Derek esbozó una sonrisa ligera y besó sus labios una vez más, antes de ahorrarle el trabajo a su amada. Elena se estremeció cuando las pieles de sus torsos se conectaron sin ningún estorbo, solo piel con piel. Podía sentir en su pecho la dureza de su complexión y el calor que emanaba su cuerpo. Se quedó por unos segundos maravillada contemplando su físico, que le parecía glorioso.

Recorrió con las yemas de los dedos su pecho musculoso sin ser consciente de nada más. De pronto sintió la mirada pesada de Derek y los colores volaron a su rostro. Él esbozó una sonrisa mirando el cuerpo desnudo de Elena.

—No eres la única que disfruta.

Una risa brotó de su garganta y de nuevo volvieron a juntar sus labios. Y esta vez, la pasión se encendió por completo. Elena no supo cómo se deshicieron de sus ropas, pero ya estaba. Tan solo era consciente de sus cuerpos enredados, listos para hacerse uno solo.

—¡Elena!

De golpe la muchacha abrió los ojos completamente desorbitada, incorporándose en la cama. Su mente y su vista poco a poco se aclararon hasta

lograr ver a Chloe frente a ella con un vaso de agua en la mano. ¿Pero qué? Había jurado que lo que estaba viviendo era lo más real del mundo. Aún sentía el corazón en la garganta.

—Estaba a punto de aventarte el agua.

Elena seguía sumergida en su sueño absurdo. Dios, cómo se le ocurrió soñar con Derek de esa forma, estaba perdiendo la cabeza.

—Yo... —No supo por qué le costaba hablar. Podía jurar que su piel de verdad estaba erizada.

—¿Qué sucede? Estás como un tomate —dijo su amiga acercándose a ella con el vaso en la mano. Elena sacudió la cabeza tratando de desprenderse de las imágenes que atacaban su cabeza.

“Genial, Elena. Soñar con un hombre prohibido”, le recriminó su subconsciente.

—Nada, nada. Solo tuve un mal sueño.

Chloe alzó las cejas confundida, pero no insistió más.

—Como sea. ¡Tienes diez minutos para prepararte! Ya están todos abajo —le avisó su amiga con voz apremiante. Elena olvidó lo anterior y se levantó de un salto de la cama. Se dirigió corriendo al baño mientras comprobaba la hora. Casi las ocho.

—¿Por qué no me despertaste antes?! —gritó Elena mientras se lavaba el rostro y trataba de cepillar los nudos de su cabello.

Chloe, que se había quedado en su cuarto revoloteando, se disculpó con una sonrisa inocente.

—Lo siento, tu hermano me tenía acorralada —chilló con voz traviesa.

Elena entornó los ojos a la vez que abría su armario y metía todas las cosas que necesitaría en su pequeña maleta. Eso le pasaba por no preparar las cosas un día antes. Una costumbre fatal de ella.

—¿Y prefieres enrollarte con él, que salvar a tu amiga de un apuro? —preguntó Elena cerrando su maleta, después de comprobar que tuviera todo lo necesario.

—Sí, tu hermanito es irresistible —Chloe determinó con entusiasmo. Elena

sacudió la cabeza avergonzada de imaginar a su amiga y a su hermano en esa situación.

—No me gustaría saber más —aclaró tomando por último su linterna y, como de costumbre, el collar de corazón que le había regalado su padre de pequeña. Antes, cuando era una niña era común que la llevara a ese campamento y cuando caía la noche se quedaban contemplando las estrellas, que se podían admirar de una forma increíble en aquel lugar.

—Bien, te espero abajo, apresúrate —dijo Chloe antes de salir de la habitación. Elena terminó con su maleta y tomó un pequeño descanso sentándose al borde de la cama. Era consciente de que Derek iría también con ellos y eso la ponía increíblemente nerviosa.

Tomó un respiro y tragando saliva salió de su cuarto con la maleta en la mano. Esperaba que no le fuera tan complicado tener a Derek en la misma camioneta.

Los chicos ya estaban afuera del edificio haciendo bromas mientras acomodaban el equipaje en la cajuela de la Suburban de los padres de Jason. Elena suspiró al comprobar que todavía Derek y Candice no habían llegado. Jason le dedicó una sonrisa a la vez que Elena le tendía su maleta para que él la acomodara.

—¿Vendrá Ian? —preguntó Jason. Elena asintió y justo en ese momento su mejor amigo apareció caminando hacia ellos.

—Sí, y hablando de él... —notó Elena cuando de pronto Ian la tomó de las caderas y la levantó dándole una vuelta.

—Hola, pequeño monstruo —saludó su amigo radiante. Después de soltarla, Ian tomó la mano de Jason dándole un ligero apretón. Con él tenía una relación un poco forzada, aunque era porque Jason imaginaba que Ian estaba enamorado de Elena, pero no era el caso.

—¿Le dices “pequeño monstruo” a mi melón? —refunfuñó Jason mirándolos con cara de pocos amigos.

Elena soltó una risita a la vez que golpeaba el hombro de Jason amistosamente.

—Relájate, no eres el único que puede inventarme un apodo —comentó Elena

con simpatía.

Elena tenía ganas de decirle de una vez por todas a Jason que Ian era gay, para que así dejara de asesinarlo con la mirada.

Cuando ya todos estaban preparados, incluso ya había llegado Manón, todavía no llegaba Derek y Candice. Mientras que esperaban, Elena subió al departamento por su celular que había olvidado meter en la maleta, aprovechando la demora de su amiga y... de su esposo.

Cuando regresó, se dio cuenta de la cabellera rojiza de Candice en la parte de atrás de la Suburban; sin poder evitarlo buscó a Derek, pero no lo encontró.

—Elena, sube aquí adelante —le indicó Jason con una sonrisa.

Elena subió a la camioneta y quedó en el asiento del medio. En la parte de adelante eran tres asientos, mientras que en la parte de atrás, eran seis. Cuando Elena estuvo segura de que Derek no los acompañaría, alguien abrió la puerta del copiloto y precisamente se encontró con unos pozos azules. Por un segundo no pudo evitar recordar cómo la había mirado con esos ojos en su sueño. Elena trató de controlar su vergüenza interna desviando la mirada.

—Bien, podemos irnos —ordenó Derek que terminó por cerrar la puerta.

Elena maldijo para sus adentros. ¿Por qué no se había subido en la parte de atrás? Si sobraba un asiento. Jason encendió la camioneta y la puso en marcha.

Los asientos eran angostos y Elena podía sentir la pierna de Derek rozar la suya, apenas era un pequeño roce que, sin embargo, lo sentía en cada fibra y célula de su ser. Apretó los dientes, se suponía que no tenía que sentir nada de eso, mas sus sentimientos no la obedecían.

Jason encendió la radio de la camioneta y pronto la música de Queen llenó el interior de la Suburban. La parte de atrás era un auténtico relajó entre los chicos, en cambio, adelante se podía sentir una especie de tensión. Elena sentía que se estaba ahogando.

Podía sentir la mirada acosadora de Derek sobre ella y también a Jason mirándola de refilón, como si no estuviera ya lo suficientemente nerviosa. Sin más qué hacer, entrelazó sus manos tratando de solo mirar hacia la carretera.

—¿Elena, aún recuerdas cuando te salvé de casi ahogarte? —preguntó Jason rompiendo el silencio entre los tres.

Elena suspiró agradecida de que alguien hubiera pronunciado palabra, estaba a punto de pedir ir atrás.

—Como olvidarlo, aunque... —Elena dijo orgullosa—. Ya he superado por completo el miedo a nadar.

Jason abrió los ojos como platos.

—¿De verdad? ¿Y cómo? Si no mal recuerdo la última vez casi me das una cachetada por intentar meterte a la alberca —profirió su amigo con diversión.

Elena sintió de nuevo la mirada de Derek, y cuando volvió un poco la cabeza, conectaron sus miradas. Dioses, la miraba fijamente, casi era grosero.

“Deja de mirarme así, por Dios”, pensó Elena.

—Sí, bueno... Ian y Manón me ayudaron a superarlo —confesó Elena recordando cuando visitó la casa de Manón por primera vez y Ian la había metido al agua a la fuerza. Sí, a la fuerza.

—Y no fue muy agradable que digamos —admitió Elena esbozando una mueca. Jason sonrió y soltó una mano del volante para revolverle el cabello a su amiga.

—¿Podrías concentrarte más en el camino? —interrumpió de repente Derek en su conversación. Su voz sonó con una pizca de molestia que sorprendió a Jason, quien lo miró juntando las cejas.

—¿Te sucede algo? —preguntó Jason con voz cortante. Si algo identificaba al rubio, es que no le agradaba que le hablaran con apatía. Y no entendía el repentino comentario del esposo de Candice. Incluso parecía molesto.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Derek pasando por alto la pregunta de Jason.

Elena al ver que Jason no respondería, tuvo que intervenir.

—Unos veinte minutos —aclaró ella. Y aunque solo dijo una simple frase, pareció que su voz reflejaba la confusión y desesperación que sentía respecto a su relación con Derek, si es que tenían una.

Elena miró por completo a Derek que mantenía la mandíbula tensa por alguna razón que desconocía. Pero, grave error, una que vez lo miró le fue casi imposible apartar la vista de él, y a su mente, volvieron todos los momentos que habían pasado juntos antes de que supieran la verdad y el inmenso espacio que

los separaba.

Y recordó el que más le gustaba y a la vez el más doloroso: cuando lo besó en la acera y cómo sus labios habían encajado, como anillo al dedo, con los de ella.

Para gran alivio de Elena por fin habían llegado a su destino antes de que sus pensamientos se volvieran contra ella. El lugar era una montaña donde mucha gente solía acampar, gracias a la vista magnífica de las estrellas cuando oscurecía el cielo. Era un lugar maravilloso.

Todos bajaron de la Suburban cuando esta se detuvo. Los chicos se encargaron de cargar las maletas, de instalar las dos casas de campaña y dejaron a las chicas solo con la tarea de preparar la fogata cuando oscureciera.

El día pasó solo entre diversión y muchas bromas. Se tomaron un tiempo para nadar en el pequeño chapoteadero que había en un punto de la montaña, que disfrutaron bastante. Aunque Elena no quiso meterse al agua y, no era por temerle; en realidad, no quería sentirse casi desnuda ante Derek. Aunque eso sí, mientras estaba sentada viendo cómo los chicos se divertían, no pudo evitar recorrer con la mirada el cuerpo de él, tan perfecto como en su sueño. En un par de ocasiones, Derek la descubrió estudiándolo, a lo que Elena desvió rápidamente la vista regañándose a sí misma.

“Prohibido Elena. Prohibido, recuérdalo”.

No quería que Derek pensara que ella aún conservaba una mínima esperanza con él, porque aunque lo deseara con todas sus fuerzas, nunca pasaría y tenía que resignarse. Pero Derek se lo ponía difícil.

Él también le mandaba sonrisas desde lejos y a veces se la quedaba mirando hasta que Elena se daba cuenta. Y así... ¿cómo no ilusionarse? Tonta, se reprochó a sí misma. Debería ser más fuerte e ignorar a las mariposas de su estómago. Debería querer olvidarlo y sacarlo de su corazón y de su cabeza. Mas una parte, y muy grande de ella, no quería. Se rehusaba a ello.

Agachó la cabeza. ¿Cómo podía tener una esperanza cuando todas sus ilusiones estaban más que rotas?

Después de unas horas, cuando ya el cielo comenzaba a oscurecer, todos se reunieron en el claro para comenzar con la fogata. Las chicas trajeron leña para poder prenderla, cumpliendo su parte del trabajo. Elena se sentó en un tronco

junto a Manón y Candice. Derek estaba justo enfrente de ella y sus ojos no miraban precisamente a su esposa.

—¿Quién comienza con las historias? —preguntó Jason cuando ya las llamas de la fogata era la única luz que tenían en medio del bosque. Elena no pudo evitar ponerse un poco melancólica al recordar las historias que les contaba su padre cuando eran más chicos. Pero ahora con su enfermedad, haber ido con ellos era imposible.

—Elena podría contarnos las historias de su padre —aconsejó Chloe—. Extraño escuchar alguna de ellas. ¿Si quieres?

Elena asintió.

—Sí, les contaré mi historia favorita que él solía contarme —esbozó una sonrisa donde la felicidad no llegó a sus ojos.

Derek la miraba fascinado, podía quedarse ahí para siempre con tal de mirarla y escucharla como en ese momento. No sabía que el padre de Elena estuviera enfermo, eso era algo nuevo para él. El rostro de Candice quedaba completamente eclipsado por el de Elena. Derek no podía evitar compararlas.

Miró a Candice tratando de sentir esa sensación de hormigueo por el cuerpo, como cuando miraba los ojos café de Elena, pero no sucedió. No sentía nada.

En cambio cuando se encontraba con los ojos de Elena, parecía que el tiempo se detenía y todo alrededor desaparecía para que solo existieran ellos dos.

“¿Qué me has hecho Elena?”.

Se sentía frustrado por no poder sentir lo mismo por Candice. Y porque no podía engañarse, no podía. Cada vez más, le quedaba claro que sentía por Elena algo más que una atracción. Algo más fuerte, como para ser capaz de acelerar su corazón cada vez que la sentía cerca.

Una sensación amarga le recorrió el cuerpo. Cómo extrañaba poder estar cerca de ella y cómo extrañaba esos días.

Los chicos comenzaron a quemar los bombones en la fogata y Jordan, que sabía tocar la guitarra, comenzó a cantar un par de canciones, que todos comenzaron también a tararear.

Cuando ya todos se sentían cansados, decidieron irse a las casas de campaña. Eran dos y tenían que dividirse en dos grupos, lo hicieron por sorteo y

finalmente quedó Jason, Chloe, Elena y Jordan, en primer lugar. Candice, Derek, Ian y Manón congeniaban el segundo grupo.

Candice se acercó a Derek con los dientes apretados.

—Prefiero que duermas con el otro grupo, ya te dije —le susurró en el oído con desdén.

Derek se cruzó de brazos tratando de no contestarle. El muchacho no la acusaba; es más, él era el que tenía la culpa. Pero de nuevo, buscó excusas por doquier, no quería saber qué le estaba sucediendo respecto a Candice, mas no podía imaginarse con ella. Por Dios, eso lo estaba asustando.

Parecía otra persona.

Derek se acercó a Jordan para cambiarle el lugar, ya que Candice al parecer no lo dejaría dormir bajo el mismo techo. Derek trató de sentirse culpable por lo que estaba haciendo con Candice, pero esa culpa nunca llegó.

—¿Puedo cambiarte el lugar? Candice está... un poco irritable —se excusó Derek. Jordan le dedicó una sonrisa divertida.

—¿Problemas de recién casados? Es lo más difícil, amigo —dijo antes de tomar su mochila y dirigirse a la otra casa de campaña. Derek se acercó a la otra casa y se encontró con el rubio fastidioso, Chloe y Elena.

—¿Tú no estás en la otra casa de campaña? ¿Y Jordan? —preguntó Chloe mirándolo con el ceño fruncido.

Elena lo miraba con confusión.

—Bueno, Jordán me intercambió su lugar...

—¿Qué? Me las va a pagar —recriminó Chloe entrecerrando los ojos—. No puedo creer que todavía se avergüence de besarme frente a mi hermano, no lo va a golpear.

—Bueno, hace frío, yo me largo a dormir —interfirió Jason entrando a la casa de campaña.

Era grande, al menos cabían los cuatro con comodidad sin estar apretujados. Chloe soltó un bufido, estaba enojada con Jordán por intercambiar su lugar, pero entró a la cabaña sin chistar. Derek se quedó ahí parado esperando a que Elena entrara para después él cerrar la tienda. Pero Elena no se movía.

—Yo... Ahora regreso —informó Elena y comenzó a caminar con la linterna en la mano, alejándose de las casas de campaña. Derek frunció las cejas. Estaba oscuro y era peligroso que anduviera sin ningún acompañante en la montaña.

—¡Espera! ¿Estás segura de ir sola? —preguntó Derek acercándose a ella. Elena tensó su cuerpo, estaban separados por menos de un metro.

—No debes preocuparte por mí, Derek —objetó para después darse la vuelta y perderse entre los árboles. Sin embargo, el muchacho no regresó a la casa de campaña.

Elena respiró el aire que movía las copas de los árboles alrededor del claro. Ese era su lugar favorito de la montaña. Donde siempre había ido con su padre para contemplar las estrellas, que se apreciaban en su totalidad. Parecían estar sobre ellos y solo bastaría alzar la mano para tocarlas. El claro era pequeño, rodeado de árboles, exactamente en forma de círculo. Era la parte más alta de la montaña, llena de paz y tranquilidad.

Elena estaba a punto de recostarse en el césped, cuando escuchó un sonido proveniente de los árboles. Su corazón se aceleró por un momento. Estaba segura de que no había ningún animal salvaje. Además, la oscuridad no la ayudaba demasiado y no traía una linterna con ella, ya que se sabía de memoria el camino de ida y de regreso.

De pronto se sintió observada, tenía la sensación de que alguien estaba cerca de ella. Giró sobre su propio cuerpo pero su vista no daba para más. Escuchó un ruido, era como si alguien estuviera empujando las hojas de los arbustos, provocando un suave sonido, que se podía oír perfectamente gracias al silencio sepulcral.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Elena en voz alta comenzando a sentir temor. Aunque sonara ridículo, lo primero que llegó a su mente fue *fantasma*. ¿Acaso creía en los fantasmas?

—Si intentas asustarme...

Pero no pudo continuar. Alguien la tomó de la cintura dándole la vuelta y de repente sintió unos labios contra los de ella. Entonces los reconoció. Esos labios y esas manos.

Derek.

Capítulo 17

No pido nada más

¿Por qué no lo estaba deteniendo? ¿Por qué sus labios se estaban moviendo en perfecta sincronía contra los de ese hombre?

Sus manos automáticamente se habían enredado entre el cabello de su nuca, y los brazos de Derek la estrechaban contra su pecho. No se sentía consciente, tan solo quería dejarse llevar e intentar olvidarlo todo por un segundo. Y la pregunta más peligrosa. ¿Por qué deseaba más y más? Como si no fuera suficiente.

“Prohibido. Prohibido”.

Esas palabras resonaron en su mente como un clic y fueron las que la hicieron detenerse de la locura que estaba cometiendo. Sus manos que estaban en su nuca un segundo antes, se movieron hasta el pecho de él para intentar apartarlo.

—Detente —logró pronunciar Elena cuando separaron sus labios, que dejó un frío en ellos.

Derek sintió su rechazo y sus brazos perdieron fuerza alrededor de la cintura de ella. Finalmente, Elena dio dos pasos atrás y lo miró envolviendo sus brazos. No entendía por qué no le daba una cachetada como debería hacer, mas solo su cuerpo se había quedado inmóvil.

—¿Qué hiciste? ¿Te das... cuenta de lo que acabas de hacer? —preguntó Elena desorbitada.

No iba a negar que la hizo sentir tocar las estrellas segundos antes, pero ese instante de felicidad tenía un buen precio. Elena trataba de reprimir el dolor que sentía en su pecho. No lo entendía, por qué quería torturarla.

—Perdóname... Yo... Tenemos que hablar.

—Dios. ¡Estás casado con mi maldita amiga! No hay nada de qué hablar.

Derek resistió la tentación de abrazarla, se veía tan vulnerable. Pero no había

otra opción, tenía que decirle la verdad. La verdad que lo estaba matando y, aunque no sabía cómo reaccionaría Elena, no le importaba. Necesitaba dejar salir esas palabras.

—Creo... Creo que me enamoré de ti, Elena —soltó agachando la cabeza.

Se odiaba, por lo débil que era. Pero para qué mentirse, no quería vivir engañado en una mentira. No quería vivir casado engañándose. Eso sería condenarse. Y ahora lo había descubierto. Tal vez Mike había tenido razón.

Elena sentía las piernas como si pesaron dos toneladas, no podía mover ni un músculo. ¿Había escuchado bien? Una parte de ella se alteró y una especie de felicidad la inundó, en cambio, la otra se sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago.

—¿Qué...? No, tú no puedes...

—Esa es la verdad y... Joder, ya no quiero engañarme a mí mismo —confesó con un nudo en la garganta.

—Pero... ¿Y Candice? Estás casado con ella —respondió Elena tratando de que Derek corrigiera sus palabras. Y por muy descabellado que fuera, prefería que él no estuviera enamorado de ella, a que ella misma tuviera que traicionar a su amiga. Si lo que Derek decía era cierto, la acababa de poner entre la espada y la pared.

—Yo... Yo no la amo, no como pensé. Y tú hiciste que me diera cuenta de eso, de la mentira que vivo.

Elena sentía el corazón en el estómago. ¿Y qué se suponía que haría? ¿Decirle que también lo amaba y que podrían estar juntos? ¿Que podía traicionar a Candice de esa manera? No, no estaba preparada para eso. No sería capaz de eso. Y así decidiría, por mucho que una parte de ella la quisiera hacer retractarse.

—Por dios... ¿Te das cuenta que Candice es mi amiga, verdad?

Derek se atrevió a dar un paso adelante. Sus sentimientos estaban más que claros, no era un estúpido que no sabía lo que quería. Aunque sí un estúpido por haberse casado por compañía y miedo a estar solo. Pero olvidó la segunda parte. Su esposa era amiga de Elena y, probablemente, eso fuera suficiente para que no pudieran estar juntos. Aunque... no se sentía justo, no para él.

—Elena, sé que lo que estoy pidiendo es mucho para ti. Pero, maldición, tú

me amas y yo te amo. Por qué no...

—Porque yo nunca traicionaría a mis amigos; nunca, Derek. Por mucho que pueda amarte —esas palabras fueron como ácido para los oídos de Derek. Ella había dicho “nunca”. Nunca.

No, él no dejaría que lo que significaba esa palabra se cumpliera.

Derek sacudió la cabeza. Trató de ponerse en su lugar e imaginar tener que traicionar a su mejor amigo, Mike; pero aun así, preferiría su felicidad que vivir una vida sin sentido.

—¿De verdad?, Elena, no tienes idea de cómo te amo, no hay segundo que no pases por mi mente y eso... es una jodida tortura.

Elena sentía los ojos llenos de lágrimas, con los sentimientos encontrados. Se sentía tan cerca de tocar la felicidad que le había dejado de importar todo lo demás. Pero una correa en el cuello no la dejaba avanzar, comprendió que para ser feliz tendría que romper un corazón y no cualquiera, el de su propia amiga. Y ahora mismo no podía hacer esa elección.

—Yo... Entiende que lo nuestro es imposible, Derek; ella... nunca me lo perdonaría.

—Dejaré a Candice.

Elena alzó el mentón con brusquedad. Los ojos azules de Derek habían oscurecido su color por la intensidad. Él de verdad la amaba, pero Elena no podía sonreír de felicidad.

—No puedo hacerle eso, será mejor... Será mejor que no vuelvas a buscarme —zanjó Elena dando un paso atrás.

Derek soltó los brazos a sus costados. No se iba a rendir, era imposible que pudiera convencer a Elena de algo semejante, pero no desistiría.

Y el primer paso sería hacer las cosas bien por primera vez. Tampoco quería mentirle a Candice más tiempo. Aunque, por ahora, dejaría que las cosas siguieran su curso con tranquilidad. Dejaría a Candice y le haría ver a Elena que podrían tener algo hermoso juntos. Sabía que la muchacha lo amaba y eso era suficiente para él.

—Está bien, pero no puedes pedirme que te ignore. Como si no estuvieras en mis pensamientos. —Derek dio un paso para quedar más cerca de Elena; el

cuerpo de la chica vibró—. Como si no te amara con todo mi corazón.

Él levantó la mano acariciando su mejilla sin atreverse a hacer algo más. Se propondría derribar los muros que Elena había forjado a su alrededor y hacerle ver que eran el uno para el otro. Y que por alguna razón se habían conocido en un momento tan inesperado. Y ahora, su matrimonio ya no sería un obstáculo; ahora, sería la decisión de Elena lo que cambiaría todo. Que no era nada fácil elegir entre el amor y la amistad.

Elena sintió un cosquilleo en la nuca ante su roce. ¿Es que nunca lo superaría? ¿Siempre su corazón iba a reaccionar con su cercanía?

—Al menos déjame ser tu amigo —rogó.

Elena tragó el nudo de su garganta. Sabía que si aceptaba, no solo serían amigos. Estaba jugando con ella y lamentablemente no era tan fuerte como para negarse. Candice o Derek. Su amiga o el amor de su vida.

—Solo como amigos —logró decir Elena.

Derek levantó una de las comisuras de su boca. Y Elena supo que él no se rendiría tan fácil con ella. Era consciente de que tendría que tomar una decisión, una que pondría en juego su propio destino.

—No pido nada más.

Elena no pudo dormir bien esa noche, aparte de que no estaba en su cómoda y reconfortante cama. Cuando despertó por la mañana, todavía pensaba que había soñado todo, mas cuando vio a Derek mandarle una sonrisa, supo que todo había pasado de verdad. Estaba completamente dividida. No quería lastimar a ninguno de los dos, pero sería inevitable. Desearía ser más fuerte y aclararle a Derek que no traicionaría a su amiga por más que lo amara, pero sus propios sentimientos la estaban traicionando.

—Hey, ¿sucede algo? —preguntó Chloe mientras iban caminando hacia la casa de campaña por la mochila de la rubia, porque había olvidado en ella su bloqueador. Los chicos habían decidido meterse a nadar antes de partir.

—No ¿Por qué? —contestó Elena desinteresada emergiendo de sus cavilaciones. Chloe se relamió los labios. De pronto detuvo su paso. Conocía a Elena y sabía que algo pasaba con ella y también le dolía que no le dijera lo que

le estaba sucediendo.

—Deja de fingir, Elena. Algo te pasa y creo que es grande —la miró a los ojos fijamente—. Recuerda que te conozco como la palma de mi mano.

—No —Elena intentó salirse por la tangente—. Nadie conoce a la perfección la palma de su mano.

—Sabes de qué hablo —Chloe esbozó una mueca.

Cualquier rastro de diversión desapareció del rostro de la castaña. Una parte de ella quería desahogarse y con quién mejor que con Chloe. Pero temía la reacción de ella. Temía perderla. Sin embargo, Elena decidió que le diría la verdad, aunque sea a medias. Decirle que seguía enamorada de Derek no era parte de esa verdad, ni lo sería.

—Está bien, tú ganas. Y sí, algo me pasa —Elena tragó saliva—. Tiene más de un mes.

La expresión de la rubia era de expectación. Se sentía aliviada porque por fin Elena quisiera decirle la verdad. Y la alegraba que lo hiciera, ya que comenzaba a sentir ciertos celos hacia Manón —debía admitir. Quería volver a tener esa confianza con Elena, cuando no se ocultaban nada importante.

—¿Recuerdas el chico que te conté hace algunas semanas? y que te dije que no había funcionado.

—Sí y que nunca me lo presentaste, por cierto.

Elena asintió con un nudo en la garganta. Solo esperaba que Chloe lo comprendiera.

—Bueno, nos conocimos cuando tuve el accidente con la moto, él me ayudó e incluso me fue a dejar a la universidad ese día —tomó un pequeño respiro antes de continuar—. Nos volvimos a ver y resultó que él era experto conduciendo motos de carreras.

Chloe abrió la boca sin comprender.

—Quieres decir que te subiste a una moto de ca...

—Eso no es lo importante. Sé de la promesa que hicimos, pero vamos, Chloe. Sabes que amo eso y soy una rebelde sin remedio.

Chloe sonrió.

—Y estoy segura que por eso no me dijiste nada —Elena frunció los labios.

Esa había sido la principal razón por la cual no le había dicho sobre Derek; aunque ahora, había razones muy diferentes.

—Sí y perdóname, en serio.

Chloe se encogió de hombros soltando un suspiro. Se habían sentado sobre el pasto a un lado de las casas de campaña.

—No pasa nada, continúa —la incitó.

—Él estuvo ayudándome durante un mes para prepararme para el torneo de carreras —los ojos de Chloe se abrieron como platos, mas Elena no se inmutó—. Nos veíamos a diario; nuestra relación era como la de unos amigos, al menos de mi parte. Y... No pude evitar quererlo un poco; cuando fue el día del torneo le confesé mis sentimientos.

Elena se había detenido repentinamente. Chloe la tomó el brazo y la miró indicándole que confiara en ella.

—Pero él era un hombre casado. Me rompió el corazón...

—¿Y cuál es la razón por la que no me dijiste? No le veo el pro...

—Es que Chloe, ese hombre del que te hablo es... Es Derek, el esposo de Candice —confesó Elena llevándose las manos al rostro intentando ocultarse.

Chloe se había quedado pasmada, sin saber qué decir.

—Quiere decir... ¿que estás enamorada de él? —logró balbucear. Elena asintió sin poder mirarla a la cara.

—Y es lo que más odio, Chloe. No fue mi culpa, no sabía de quién se trataba, yo solo...

Entonces sintió los brazos de la rubia rodeándola. Elena alzó el mentón y miró sus ojos compasivos. Chloe esbozó una sonrisa triste.

—Exacto, Elena, no fue tu culpa. Y no te juzgo, aunque Candice también sea mi amiga.

—No quería decirte por eso, pensaba que tú acabarías odiándome y...

—Nadie elige de quién enamorarse, Elena. Aquí solo tuviste una mala jugada de la vida, no me imagino estar en tu lugar.

Elena tragó saliva ruidosamente.

—Chloe, Candice es nuestra amiga y al amar a su esposo ya la estoy traicionando...

—No la estás traicionando, Elena. Tú solo te enamoraste, no es algo malo. Aunque es preferible no decirle nada, obvio —dijo Chloe negando.

—Es más, es injusto para ti. Es probable que tú quedes con el corazón roto —recriminó Chloe.

Elena soltó un suspiro y miró sus pies. ¿Cómo decirle que Derek había acabado de proponerle una locura? ¿Reaccionaría tan bien si se lo dijera? No, era mejor no decirle nada. Si es que Derek dejaba a Candice, la culparía a ella. Y se armaría un buen lío. Además, Chloe no le había recriminado nada y eso era mucha ganancia.

—Aunque, ahora me he propuesto olvidarlo. Y no sé cómo hacerlo, tengo que ser sincera, Chloe. Pero no he amado a alguien con tanta fuerza jamás.

—Eres fuerte, Elena, siempre lo has sido. Aunque ahora odio un poco a Derek. ¿Cómo pudo ilusionarte...

—Él no me ilusionó, Chloe —zanjó Elena—. Yo me creé mis propias ilusiones. Él nunca intentó algo conmigo, yo... lo imaginé todo.

Estaba diciendo una verdad a medias, ya que sí que había notado un apego de parte de Derek que fue, precisamente, lo que le creó esperanzas. Elena quería decirle lo que ahora mismo sucedía, pero prefería no hacerlo. Sabía que Chloe le exigiría que no le hiciese algo así a Candice, por ser su amiga. Y por eso mismo sentía miedo Elena, una parte de ella no estaba de acuerdo con la opción de alejarse de Derek. Es más, lo estaba pensando. Se sentía mal. ¿Cómo podía estar considerando la opción de romperle el corazón a su propia amiga?

Jordán llegó justo en ese momento.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó al tiempo que Elena y Chloe se levantaban del pasto.

Jordan rodeó por la cintura a su novia. Elena les sonrió cuando se dieron un tierno beso. Por un segundo se imaginó a Derek y sí misma en esa situación. Soltó un suspiro.

—Ya íbamos —profirió Elena y comenzaron a caminar de regreso.

Unas dos horas después, los chicos ya habían empacado todo y la Suburban

ya estaba lista para marchar. En esa ocasión Elena prefirió ir en los asientos de atrás. Fue un alivio que Derek fuera adelante junto con Jason y Ian. Aun así, Elena no podía concentrarse en lo que decían sus amigos. Las palabras de Derek daban vueltas en su cabeza una y otra vez.

“Dejaré a Candice. No tienes idea de cómo te amo”.

El viaje le pareció más corto que el de ida y, por fin, llegaron al edificio. Todos bajaron despidiéndose uno de los otros. Manón y Ian se fueron, ya que tenían pendientes. Elena pensó que lo mismo sucedería con Derek y Candice, pero para su sorpresa, Candice decidió quedarse en el departamento de sus amigas. Había dicho que su esposo tenía cosas que hacer y no quería quedarse sola en casa.

Chloe y Candice ya habían ingresado al edificio, después de despedirse de Derek. Elena estaba a punto de subir al ascensor sin despedirse de él, cuando escuchó el grito de su hermano.

—¡Elena! ¿Esto es tuyo?

La chica perdió el ascensor por regresar a la Suburban. Jordan le tendió su celular.

—Oh, casi lo olvido. —Sonrió Elena.

Jordan alzó las cejas y se dispuso a seguir bajando las cosas. Elena intentó dirigirse nuevamente al ascensor, pero Derek estaba parado a un lado de este. Su corazón se aceleró en su pecho.

—¿Te vas sin despedirte de mí? Somos amigos. ¿Recuerdas? —preguntó con su voz aterciopelada. Elena asintió, sentía que estaba jugando con ella. Elena también podía jugar.

—Cierto. Entonces... —sonrió apretando el botón del ascensor. Las puertas se abrieron y Elena entró, volviéndose para mirarlo—, nos vemos luego, amigo —dijo acentuando la palabra amigo, antes de que las puertas se cerrasen.

Derek soltó un bufido contenido en cuanto Elena desapareció de su vista. Le iba a costar trabajo convencerla. Aunque ella lo valía todo, arriesgaría todo por ella.

Mientras regresaba a su coche aparcado en el estacionamiento del edificio, pensaba cuándo le pediría el divorcio a Candice. Una parte de él se sentía furioso

y decepcionado. Había sido un completo idiota al haberse casado así, sin más. Sin detenerse a pensar en lo que realmente sentía por Candice. Y ahora, la consecuencia sería romperle el corazón. Porque Candice sí lo amaba.

Aunque eso sería mejor, romperle el corazón y hablarle con la verdad, que mentirle y seguir casado con Candice, sabiendo lo que sentía por Elena. Golpeó el volante de la frustración que sentía. Sacó su celular y marcó el número de su amigo Mike. Necesitaba hablar con él.

—Así que... el príncipe azul por fin encontró a su princesa.

Derek entornó los ojos.

—Tenías razón, yo no amo a Candice. Confundí el cariño que siento por ella, la confianza y la amistad...

—Con amor —completó Mike—. Te conozco muy bien, Derek, te dije que no estabas enamorado —dijo el rubio de ojos miel. Habían llegado a una cafetería del centro de la ciudad para poder hablar con tranquilidad.

—Pero Dios, estoy enamorado de su amiga, Mike. ¿Cómo se supone que voy a lograr que ella me escoja a mí antes que a su propia amiga? —Derek se pasó las manos por la nuca jalando su cabello corto.

—Es una situación difícil, aunque... Te aconsejo que hagas todo lo posible para enamorarla aún más. Si están destinados, acabaran juntos.

—Tú y tu destino —se burló Derek—. Aunque bueno, por ahora me permitió ser su amigo. Eso me da ventajas.

—Primero arregla las cosas con Candice y luego ve por ella, amigo. Puedo ver que de verdad la quieres. Y si es así, arriésgate. No hay más.

—Lo haré, solo espero que Elena pueda elegirme a mí. Si no... no sé qué voy hacer con mi maldita vida.

La rubia se pasó el labial rojo por los labios mientras se miraba al espejo. Mike, su esposo le había comentado sobre su mejor amigo y lo que planeaba hacer a su esposa para irse con otra mujer. Rosy estaba preocupada por su prima, solo ella sabía del embarazo de Candice, sin embargo, no era precisamente de su marido.

Apretó el botón de llamar y esperó unos segundos antes de que Candice contestara. La pelirroja ya le había platicado sobre el extraño comportamiento de Derek. Y ahora sabía la razón.

—¿Candice?

—¿Qué pasa, Rosy?

—Ya sé por qué Derek ha estado actuando extraño contigo estos últimos días. Candice, él quiere pedirte el divorcio, creo que está detrás de otra mujer. No puedes dejar que suceda eso, es hora de que le digas sobre tu embarazo.

Hubo un corto silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo sabes eso?

—Mike habló con Derek y le contó todo.

—Y, Rosy, si no se lo he dicho a Derek todavía, es por culpa de Thomas. Él quiere un trato conmigo; si no lo ayudo en un problema que tiene, le dirá a Derek la verdad, y todavía no hemos llegado a un acuerdo.

—Entonces, tienes que hacer el trato con Thomas lo antes posible, Candice, porque está en juego tu matrimonio. Tienes tres meses de embarazo, no queda mucho tiempo para que comience a notarse.

—Está bien, pero todavía no le diré nada, primero tengo que arreglar las cosas con Thomas. Estoy segura de que Derek no dudará de mi embarazo, después de todo él sabe lo que hicimos un mes antes de venir a Detroit. Así que en ese punto no me preocupo.

—Pero sí preocúpate por Thomas. Tengo que colgar, Candice.

—Adiós, Rosy, te llamaré pronto.

Y colgó la llamada.

Capítulo 18

Cruzar la línea

—¿Es necesario esto? Ya les dije que no quiero ir —protestó Elena con más dureza de la que pretendía. Y tal vez no quería ir porque se encontraría con Derek y aún no sabía que diablos hacer. Chloe le lanzó una mirada envenenada.

—Elena, será una gran fiesta. Te vas a divertir mucho y de ninguna manera te dejaremos aquí —objetó Chloe siguiendo en su tarea de plancharle el cabello a Elena. Ella se sentía como una muñequita de trapo.

—Ya que mi esposo no me acompañará, necesito a mis dos amigas —dijo Candice con la voz cargada de coraje, o eso le pareció a Elena.

—Tranquila, sea cual sea el problema con tu marido, que no nos quieres decir, creo que es algo pasajero —comentó la rubia encogiéndose de hombros lanzándole una mirada a Elena.

Candice apretó la mandíbula.

—No sé, Chloe. Pero arreglaré esto.

—¿Y él ira a la fiesta? —preguntó Elena sin poder evitarlo. Estaba segura que iría ya que Jordan y Jason lo habían invitado, pero quería oírlo de los labios de Candice.

—Sí, tu hermano lo invitó.

—Mira, siempre hay problemas cuando recién se casan. Les cambia la vida a los dos y es lógico —indicó la rubia terminando de plancharle el cabello a Elena.

Chloe y Elena habían acordado hablar sobre Derek sin oposiciones para no levantar sospechas.

—Sí, tienes razón. No hay por qué preocuparse. Derek me ama como yo lo amo a él —dijo Candice con una sonrisa. Elena desvió la mirada de las chicas y un sentimiento extraño le recorrió el cuerpo.

“No, no te ama a ti”.

—Bueno, quedaste como una princesa, Elena. Ya es hora de que salgas con un chico bueno, especialmente, diferente al primero —farfulló Chloe mirándola de arriba abajo.

—No estoy segura de ir, el trabajo que tengo...

—No te arreglamos para que le luzcas a la cama —interrumpió sería la rubia—. Después haces tu proyecto, no es para mañana. Anda, mírate al espejo.

Elena se rindió y avanzó al espejo de cuerpo completo. Para milagro de ella se veía bien; no: se veía demasiado bien. Más de lo común. Su vestido era negro con un gran escote en la espalda, que la hacía sentir un poco expuesta, sin embargo, también se sentía sexy. Y las zapatillas, plateadas combinaban con el color de sus pulseras y las sombras de sus ojos.

Elena nunca se arreglaba demasiado por lo que por una parte de ella se sentía un poco extraña. Candice se levantó y también se miró al espejo. Increíblemente la pelirroja lucía aún más llamativa que sus dos amigas, se veía despampanante. Parecía que incluso el cuerpo también se lo había maquillado. Elena le sonrió y prefirió ya no mirarla más, para que su seguridad no se viniera abajo.

“Dejaré a Candice”.

Las palabras de Derek aún no podían entrar por completo en su cabeza, todavía pensaba que todo lo había imaginado. Que él la amara a ella y pasase de Candice, se sentía increíble. Cualquier hombre no perdería una oportunidad con la pelirroja.

Una voz en su interior le aconsejaba que hiciera caso a Derek y que le dejara de importar todo, una necesidad desesperante de estar con él estaba creciendo cada vez más. Y por más cruel que sonara, no se sentía culpable de que Derek fuera a dejar a Candice por ella. No se sentía culpable de traicionar a su amiga. ¿Por qué?

Apretó los ojos con fuerza. El amor que sentía por él le estaba haciendo perder la cabeza. Tenía que detener eso, lo correcto sería alejarse de Derek y no interferir en el matrimonio de su amiga. Sí, eso era lo correcto. Pero cada célula de su ser le pedía lo contrario.

—Elena, vamos, baja del coche —la llamó Chloe abriéndole la puerta. Tan

sumida estaba en sus pensamientos, que la música del lugar le perforó los oídos. Asentó bien los tacones de sus zapatillas en el suelo y las tres juntas ingresaron al lugar. En la entrada unos jóvenes les dieron máscaras que solo cubrían la parte de los ojos y los pómulos. Todos tenían una.

Elena tomó la suya y alzó la ceja.

—¿También esto? —preguntó con una mueca.

Chloe asintió.

—No seas aguafiestas, mejor ve por ahí. Tal vez encuentres a un chico misterioso —se burló Chloe.

Elena recibió un mensaje en su celular. Era Manón.

No podré ir a la fiesta Elena, mi madre llegó por sorpresa. Mañana nos vemos. Y ya sabes, escucha a tu corazón.

Entonces a lo lejos divisaron a los chicos: Jordan, Jason, Derek y Ian. Elena sintió la mirada pesada de él sobre ella y la cobardía inundó sus sentidos.

—Tengo que ir a los sanitarios, ahora vuelvo —se excusó Elena con Chloe antes de que llegaran hasta los chicos.

La rubia miró cómo se alejaba, comprendiendo su situación. Pensó que estaría siendo difícil para su amiga.

Elena se escrutó en el espejo y se pasó la diestra por la frente. Se lavó las manos y las secó con una de las toallas. Su máscara plateada, al igual que sus zapatillas, le proporcionaban un estilo único.

—No seas cobarde —se reprimió a sí misma para después salir del baño. Miraba sus manos entrelazadas; de lo nerviosa que estaba, no se dio cuenta y chocó con alguien. solo recibió un pequeño empujón. Levantó la mirada dispuesta a disculparse, pero todos sus músculos se endurecieron cuando vio esos ojos verdes.

Thomas la miraba casi con la boca abierta y con la misma sorpresa que ella. Elena. al igual que en la anterior ocasión que se encontró con él, no sintió nada de nada, ni siquiera una pequeña reacción.

—Dios, Elena, te ves hermosa —dijo bloqueándole el paso. Elena suspiró y trató de pasar de largo, pero Thomas se lo impedía con su cuerpo.

—¿Me permites? —preguntó Elena harta de que la estuviera acorralando.

Nuevamente, no entendía cómo pudo haber estado con él, tal vez en ese tiempo no tenía sus cinco sentidos activados.

—Espera por favor. He querido platicar contigo, pero ni siquiera sé dónde vives —dijo Thomas quitándose la máscara. Y sonriendo con esa sonrisa que antes le encantaba y que él sabía que la hacía sentir nerviosa.

Sin embargo, ya no.

—No tenemos nada que platicar, Thomas. Cada quien tiene su propia vida ahora y, por favor, no quieras intervenir en la mía.

—Mira, sé que fui el peor de los idiotas por haberte abandonado. Pero tienes que saber que no lo hice por lastimarte. Me fui a Virginia a ayudar a mi prima Carol con su empresa, eso fue en realidad.

—No me importa por qué lo hiciste, de verdad. Ya no hay nada que pueda unirnos, entiéndelo de una vez.

Thomas se acercó a ella, a lo que Elena respondió dando un paso atrás. Si seguía así, terminaría abofeteándolo.

—Sé que eso no es lo que quieres decir, estrellita —susurró llamándola como antes lo hacía—.

Ya regresé, y voy a luchar por ti. Tú vales la pena, Elena, y voy a remediar todos mis errores. Solo déjame entrar... de nuevo.

—¡Cómo te explico! Ya no siento nada por ti, ni siquiera tantito. Todo desapareció. Ya no soy la Elena que conocías, Thomas; ahora soy muy diferente y, también, estoy enamorada de otra persona.

Thomas se quedó pensando con la última frase, por lo que Elena aprovechó eso para pasar a su lado y salir de ese angosto callejón. Mas una mano le agarró el brazo.

—No, tú no...

—¡¿Puedes soltarme?! —Elena sacudió su brazo, pero la presión de los dedos de Thomas se hacía cada vez más fuerte.

—Dijo que la sueltes —Elena volteó a ver a su repentino salvador. Derek. Y en su mirada se percibía una furia que contenía con todas sus fuerzas.

—Ya oíste —habló tan frío como el hielo. Los dedos de Thomas desaparecieron del brazo de Elena y ella se acercó a Derek.

El moreno apretó los puños.

—¿No te basta con quedarte con toda la fortuna? ¿También quieres quitarme al amor de mi vida? —los ojos verdes de Thomas chispearon de furia.

Derek pasó a Elena detrás de su cuerpo, que estaba completamente confundida y se acercó más a Thomas.

¿De qué hablaban su exnovio y Derek?

—Metete en tus putos asuntos y lárgate de aquí, ¿quieres?

—Me temo que no será así, primo —Elena contuvo el aliento—. Tú me amaste estrellita y volveré por ti.

Derek lo fulminó con la mirada. Una punzada de celos lo recorrió al saber que él había sido el novio de Elena, aunque en realidad no eran primos de sangre, sino que estaban emparentados porque Thomas era hijo del hermanastro del padre de Derek.

Thomas siempre le había tenido envidia y rencor a su primo porque la empresa había quedado a manos de Derek y Caroline, no de Thomas.

—Así que fuiste su novio, pero al parecer ya no le agradas —Derek lo miró inquisitivamente—. No vuelvas a meterte con Elena.

—¿Y tú por qué la defiendes? Esto no es asunto tuyo.

—Tampoco asunto tuyo, Thomas. Por favor, vete de aquí —interfirió Elena aún confundida. No podía creer que Thomas y Derek fueran familia.

—Está bien, está bien —alzó las manos—. Pero no dudes que volveré —juró antes de darse la vuelta y perderse entre la gente.

Derek soltó un bufido. Pensaba que Thomas estaba en Virginia con aquella mujer con la que se había mudado, pero no, estaba ahí. Jodiéndolo de nuevo. Y para colmo, tuvo una relación con su Elena.

—¿Es tu primo? —preguntó Elena con incredulidad. Derek la miró y asintió quitándose la máscara negra del rostro.

—Es hijo del hermanastro de mi padre, no somos primos de sangre, lo bueno. Pero al parecer ese idiota fue tu novio —replicó Derek con la voz irritada.

Nunca se imaginó que Thomas tuviera algo que ver con Elena, y eso lo hacía sentir increíblemente celoso. Thomas alguna vez había tenido con Elena lo que él tanto deseaba.

—Solo faltaba que también mi exnovio nos uniera —Elena se cruzó de brazos. Derek sonrió al comprender sus palabras y se encogió de hombros recordando las palabras de su amigo Mike.

—Tal vez estamos destinados.

Elena alzó una ceja divertida.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida.

—No para mí.

Derek se acercó y la tomó de las manos. Por alguna razón Elena no se apartó, solo sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—¿Quieres bailar?

Elena miró a su alrededor y como estaban bastante lejos de sus amigos, que estaban en la barra —sobre todo de Candice— se atrevió a internarse en la pista.

Sí, una oferta tentadora. Elena no se pudo resistir, parecía que sus pensamientos se nublaban cada vez que él la tocaba. Sintió sus dedos apretar su mano mientras se adentraban a la pista.

Era lo más parecido a un sueño. Le estaba gustando y su conciencia había decidido dejarla tranquila. Después de todo, no estaba haciendo algo prohibido. Solo era un baile, aunque el más emocionante de todos.

Derek pasó sus manos por la cintura de ella acercándola a él cada vez que podía. Elena por su parte pasó los brazos alrededor de su cuello y acomodó su cabeza entre los hombros y la clavícula de él. Elena también podía sentir cómo Derek tocaba y, a veces, imperceptiblemente acariciaba la piel desnuda de su espalda. Cerró los ojos y se dejó llevar al ritmo de la música. Se sentía dichosa y completa, podría quedarse ahí para siempre si no fuera porque él estaba casado.

Su respiración era tranquila y, aunque la música era alta, Elena podía jurar que podía oír los latidos de su corazón precipitado en su pecho. Cuando la canción estuvo a punto de terminar, la muchacha no pudo evitar inhalar su esencia, tan fresca y varonil. Sin embargo, el rostro de Candice apareció en su mente y se sintió mal. Qué fácil era dejarse llevar.

—Vamos con los chicos —prefirió Elena separándose de Derek.

El joven asintió resignado. Aunque con una sonrisa reluciente en su rostro. Ya estaba decidido, pronto le pediría el divorcio a Candice y nada ya podría interponerse entre Elena y él.

—¿Dónde estabas? —preguntó Chloe demasiado alegre. Elena se dio cuenta de que sus amigos ya estaban un poco pasados de copas. A excepción de Jason, que la miraba de una manera muy poco cómoda. Elena tendría que platicar con Jason, no quería que su amistad se arruinara.

—Por ahí y, por cierto, me encontré al idiota de Thomas —respondió Elena molesta.

Chloe abrió los ojos sorprendida.

—¿De verdad? ¿Y qué te dijo el descarado?

Las dos se recargaron en la barra mientras Chloe tomaba su copa y Elena solo bebía un refresco. Si ahí estaba presente Derek, al menos quería tener bien sus cinco sentidos.

—Que me sigue amando y quiere regresar —sonrió Elena con burla. Eso no pasaría ni en sus peores pesadillas. Y también recordó que al parecer era primo de Derek, aunque eso no se lo contó. Solo provocaría más preguntas, que no se sentiría cómoda de responder.

—Deberías matarlo —Chloe aconsejó.

—Hey, nena, vamos a bailar —llegó Jordan tomándola de la cintura a Chloe, y a ella se le iluminaron los ojos. Elena sintió una punzada de celos. ¿Por qué su hermano podía tener una relación así?

La chica suspiró cuando se quedó sola. A lo lejos pudo divisar a Candice bailando con Jason, sin embargo, no veía a Derek. Estaba por pedir otro refresco cuando alguien le tocó el brazo.

—Un hombre me dijo que la espera afuera, en el estacionamiento; no me dijo su nombre —le informó un chico rubio con lentes.

Elena asintió confundida.

Con desconfianza, aunque intrigada, salió del lugar, sintiendo inmediatamente el viento gélido contra su rostro. Buscó con la mirada, mas no había nadie. ¿Le habían jugado una broma?

—Hey —alguien le tocó el hombro. Sobresaltada se volvió y encontró a Derek sonriéndole con diversión. Elena se llevó la mano al pecho.

—Me asustaste —dijo de pronto con los nervios a flor de piel.

Derek se metió las manos a los bolsillos de su pantalón. Su camisa negra y su cabello oscuro contrastaban con sus brillantes ojos azules. Elena contuvo un suspiro, aún estudiarlo le provocaba ciertos efectos.

—Lo siento —Derek se rascó la mejilla.

Elena cruzó los brazos conteniendo un temblor.

—Oh, por cierto, debes tener frío —se quitó la chaqueta que traía y se la tendió a la muchacha que la aceptó. Resistió el impulso de ayudarla a ponérsela.

—¿Y bien? —inquirió Elena relamiéndose los labios.

—Bueno... —Derek miró al suelo y volvió a levantar la mirada hacia ella. Era increíble que lo pusiera nervioso a esas alturas. Tragó saliva.

—Ya sabes de mis sentimientos hacia ti —susurró escrutando la reacción de Elena—. Y también que dejaré a Candice —juró.

—Derek, no...

—Espera —le indicó que lo dejase terminar—. Puedes decirme todo lo que quieras después, ahora tan solo escúchame.

—Elena, no pretendo que elijas ahora mismo. Mira, yo ya no seré el esposo de Candice, trataré de que el divorcio sea lo más rápido posible. No puedo estar con una mujer que no amo, Elena, y por eso trataré de tener a la mujer que de verdad amo con todo mi corazón.

Elena tembló al escuchar sus palabras.

—Yo te amo Elena y no quiero renunciar a ti y sé que tampoco tú quieres porque me amas. Y por esa razón lucharé por ti y dejaré todo si es necesario.

—Pero... Al menos dime que esto valdrá la pena. No quiero caminar a ciegas, Elena, no quiero que me elijas a mí en este momento, solo... dime si al menos puedo tener una oportunidad. Si al menos hay una esperanza de que tú y yo podamos estar juntos, así el mundo entero se oponga —casi se le quiebra la voz al final. Elena trataba de contener las lágrimas arremolinadas en sus ojos.

Verlo así de descubierto, la hacía querer abrazarlo y decirle que era suya y

que podrían estar juntos sin que nada importase. ¿Pero realmente podría hacerlo? Traicionar a Candice a cambio de su única y verdadera felicidad. Y después de cortos segundos, su lado más egoísta ganó.

—Derek... no tienes idea de cómo te amo, Dios. Y sonaré egoísta, pero no quiero a ninguna otra mujer a tu lado; quiero ser yo la que esté contigo, incluso..., incluso si se trata de mi propia amiga.

Elena no podía creer que esas palabras habían salido de sus labios. Su corazón ya había tomado una elección y esa era Derek. Siempre él, no había más lugar en su corazón ni más opciones posibles.

Derek no cabía en su propia felicidad. Elena le había dado una esperanza, eso significaba que no desistía por completo a él. Eso quería decir que lo amaba lo suficiente como él a ella.

—Entonces... Lucharé por esto, no lo dudes. Y ganaremos, Elena, te juro que pronto podremos estar juntos. Sin que nadie ni nada se interponga —se acercó y la tomó de la cintura. Sus rostros estaban muy cerca, sus miradas conectaron.

Elena sabía que sus palabras ya habían atravesado la mitad de la línea entre lo permitido y lo prohibido. Y ahora, si se acercaba demasiado, terminaría por rebasar el límite.

Y después, aunque con miedo y sintiendo que acababa de desatar algo que ni ella misma se imaginaba, decidió por cruzar la línea. Y lo besó.

Entonces un corazón se rompió a lo lejos en un ruido sordo.

Y una furia se desató en el mismo momento en que dos corazones creyeron que se unirían ganando por sobre todo.

Capítulo 19

Por ti

No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Se escondió, aunque su mirada seguía fija en ellos. El dolor en su pecho se hacía cada vez más prominente, pero las dudas asaltaban su cabeza.

No, ella no era así. Jamás haría algo como eso.

Sin embargo, lo estaba viendo con sus propios ojos.

Una lágrima escurrió por su mejilla que dejó recorrer hasta el inicio de sus labios. No lo entendía, no lograba comprender esa escena. ¿Por qué Elena estaba besando al esposo de Candice? Esa era la razón por la que Elena siempre lo evadía. Sintió como ácido en su propia sangre. ¿Por qué no lo eligió a él? ¿Por qué a Derek? Él estaba casado con Candice. Era inconcebible que Elena estuviera traicionando a su propia amiga.

Dejó de mirar y volvió por donde había venido, antes de que las heridas se abrieran más por dentro. No sabía qué hacer, era claro que no tenía ni idea; se sentía tan confundido. Aunque tendría que hablar con Elena y esperaba con toda su fuerza que ese beso fuera solo producto del licor que seguramente tenían en sus cuerpos. Si no, estaría desconociéndola por completo.

Elena posó las manos sobre el pecho de él y lo miró a los ojos conteniendo las ganas de llorar. Ya había decidido, no había marcha atrás. Aunque un miedo muy grande la mantenía con el corazón congelado.

—No puedo creer... —susurró con la voz ronca de la excitación—. ¿Qué me has hecho? Diablos, te amo pero...

Derek tomó las manos de Elena y las apretó con seguridad. Nunca se había sentido más decidido en su vida. Elena era la mujer con la que quería estar, con la que quería compartir su vida, y nadie lo detendría. Sabía que estaba siendo egoísta al sentirse feliz porque Elena lo hubiera elegido a él, pero no podía

contenerlo. Y ahora que Elena había decidido, él se encargaría de que ella pudiera ver que esa elección valdría la pena.

—Elena, te amo... Y sé que estoy siendo egoísta sin pensar en lo que tú tendrás que enfrentar por mi culpa... Pero yo no puedo imaginarme lejos de ti, ya no, ni nunca. Tú me has cambiado por completo y no me importaría enfrentarme a lo que sea por ti —alzó la mano y acarició una de sus mejillas—. Te amo y no bastan las palabras, pero si tú... no puedes hacer esto, lo comprenderé.

—Es demasiado, sí, pero... ahora mismo no lo siento así —contestó Elena con los sentimientos revueltos en su interior. Euforia, amor, pasión; aunque también, mucho miedo y culpa por la traición—. Tengo ganas de desaparecer contigo.

—Voy a luchar por nosotros, Elena, te lo juro —la acercó a él y le dio un beso en la frente con ternura—. Voy a hacer lo que sea necesario para que pueda estar contigo y... Después nos iremos lejos si es que no lo pueden aceptar. Pero una cosa es segura, estaremos juntos.

Elena tembló y lo rodeó con los brazos. La culpa en su interior era inminente, pero el amor que sentía por Derek era mucho más grande que cualquier remordimiento que pudiera sentir. Lo amaba con desesperación y locura y ahora le importaba un comino todo. Poco interesaba si todos se oponían a ella, ya no le interesaba. Solo sabía de su amor por él y eso era lo más importante. Después de todo, creía que no estaban haciendo nada malo, solo se habían enamorado. Nada más.

—No me importa lo que pueda pasar, Derek, ya no —Elena lo miró con la fuerza de un volcán—. Solo promete que te quedaras conmigo. Promételo.

—Lo prometo —Derek se sentía rebotante de felicidad. Por fin Elena le había correspondido, pero comprendió que aún faltaba mucho por hacer para poder estar junto a ella; en ese momento lo vio como lo más fácil del mundo—. Ahora... es mejor que nos separemos, tal vez alguien nos vea.

Elena asintió y dejó de abrazarlo.

—De todos modos se tendrán que enterar y, aunque sea difícil, estaremos juntos en esto. ¿Verdad? —cuestionó Elena con las manos sudorosas. Pensó que lo más probable era que todos dejaran de hablarle y pasaran a odiarla, aunque ella les explicara sus razones. En ese momento no le interesó. Ni con todo el

mundo en contra se detendría.

—Eso es seguro, Dios, Elena, te amo —no pudo contenerse y le robó un beso más, después se separó sonriendo—. Te veré adentro.

Elena asintió y Derek volvió a hacer el ademán de acercarse, mas Elena lo regañó con la mirada. Le encantaban sus arrebatos, la derretían. Lucía terriblemente atractivo y le fue un esfuerzo colosal rechazarlo, aunque era lo mejor. Ahora no era el momento de que todos se enteraran, se haría un alboroto.

—Compórtate.

—Trataré —le guiñó un ojo de esos magníficos pozos azules y comenzó a alejarse de ella.

Elena suspiró y dejó que Derek desapareciera de su vista para comenzar a caminar sin levantar sospechas. Sentía su corazón grande, como si hubiera crecido a causa de la felicidad que sentía, a pesar de todos los problemas que, con toda seguridad, su decisión acarrearía.

En su cabeza ya comenzaba a maquinarse un plan. Derek pronto se estaría divorciando, mientras tanto, mantendría en secreto su relación y, cuando él estuviera libre y sin oposiciones, lo confesaría todo. Así recibiera el odio y la incompreensión de algunos, la recompensa sería una vida junto al único hombre que amaba y amaría, y eso era mucho más. Valía la pena el sacrificio. Respiró profundo y avanzó decidida.

Derek volvió al hospital ya que había olvidado la chaqueta al salir. Rodrigo, uno de sus compañeros de trabajo lo miró con detenimiento.

—Has estado extraño todo el día. ¿Sucede algo? —quiso saber el joven rubio con el que trabajaba.

Derek negó fingiendo indiferencia. Tomó la chaqueta de uno de los percheros que había en la recepción y volvió a dirigir su atención hacia su compañero.

—No, solo estoy un poco cansado.

El rubio asintió no muy convencido.

—Por cierto, tu amigo Mike pasó a buscarte —mencionó Rodrigo—. Te buscó por todo el hospital, pero no apareciste. ¿Saliste a algún lado?

Derek puso los ojos en blanco con fastidio. No le gustaba que su compañero fuera tan chismoso. Durante el tiempo libre se había escapado a recoger a Elena de la universidad para ir a dejarla a su departamento. Lo suyo por el momento era secreto y, por lo tanto, tenían mucho cuidado sobre el tema.

—Salí por un pendiente. Bueno, me voy. Me llamas si hay alguna emergencia —cortó la conversación antes de que volviera a abrir la boca.

Derek se metió en su auto y condujo hasta donde había acordado encontrarse con Elena.

Elena estaba sentada en una banca a dos cuadras del edificio, ya que no quería levantar ninguna sospecha y los chicos se extrañarían al ver a Derek cerca de ahí. La chica todavía no podía creer que de verdad estuviera haciendo eso, aunque su determinación ya estaba bien firme. Ya les había confesado la verdad a Manón y a Ian, a ellos les tenía una confianza inigualable; en cambio con Chloe no podría hacerlo, ya que Candice también era la amiga de la rubia. Para milagro de Elena, sus dos amigos no habían reaccionado como esperaba.

—Eso es...

—¿Absurdo? ¿Incomprensible? Ya lo sé, estoy traicionando a una de mis amigas. Me siento la peor persona del mundo pero al mismo tiempo...

—Elena, yo creo que tal vez ya no sientes a Candice como tu amiga, sino, no le harías algo como esto, te conozco. Y sinceramente me he dado cuenta de que ella ya no es la misma —destacó Ian.

Él nunca había tenido buena relación con la pelirroja, pero ahora parecía una persona diferente. Elena agachó la mirada, lo cierto es que ella también sentía a Candice distinta y, tal vez, por eso ya no le dolía tanto pensar en traicionarla, aunque aun así no tenía justificación.

—Yo no la conocí antes, pero de ella yo no me fío. Y en cambio Derek, si te dieras cuenta de la manera en que te mira... Ya te lo había dicho. Parecen imanes y su amor se nota incluso desde lejos —apoyó Manón.

Elena esbozó una mueca.

—Pero eso no es justificación para lo que quiero hacer; y eso, eso me mata por dentro. Aunque más, al pensar que en realidad no me importa el dolor que pueda causarle a Candice; Dios —se llevó las manos a la cabeza con

desesperación—.

Ya perdí la cabeza. Y no saben cómo les agradezco que ustedes, al parecer, sigan aquí conmigo; cualquiera se apartaría.

Manón negó con la cabeza.

—Elena, este tiempo que te he conocido me he dado cuenta del tipo de persona que eres. Aunque así parezca, esto no es tu culpa. Simplemente así lo decidió el destino... Piensa en la forma en que se conocieron, es obvio que nacieron para estar juntos. Tú solo te enamoraste, Elena, no creo que por eso merezcas un castigo de muerte. Y, si soy sincera, no creo que Candice esté en verdad enamorada de Derek.

—Lo dicen porque son mis amigos; soy alguien horrible —susurró con rendición. Elena besó la madera de la mesa con la frente y deseó que las cosas fueran más sencillas. Deseó haber conocido a Derek antes que Candice. ¿Por qué en estas circunstancias se habían enamorado? ¿Por qué así? Si tan solo hubiera encontrado a Derek antes...

—Vamos, Elena, ustedes se aman; ese hombre está loco por ti, me di cuenta el día del campamento. Y que esté casado con Candice es una coincidencia horrible, pero piénsalo de otra manera. Tal vez esto es solo una prueba del destino, que sé yo...

Elena levantó la cabeza abruptamente.

—¿Destino?

Ian era muy creyente en que todos tenían la vida marcada. Elena prefería pensar que eran las decisiones de cada quien, quienes eran responsables del futuro, por lo que este mismo, podía cambiar cada segundo.

—Sí —se encogió de hombros escondiendo una sonrisa—. Pero deja de martillarte sola, las cosas no van a cambiar por muy culpable que te sientas. Y si todos se oponen a ti, nosotros no lo haremos. Soy tu mejor amigo, Elena, siempre estaré de tu lado.

Manón le dedicó una sonrisa.

—Sabía que esto pasaría, ustedes no pueden estar separados, se nota muchísimo. Y por Candice, lo siento, pero no siento ninguna pena. ¿Ya te dije que me cae mal?

Elena logró sentirse un poco mejor, mas aun así, esa sensación de culpa no se iba del todo. No entendía qué era, pero algo en su interior le decía que no tendría que sentirse culpable. Sacudió la cabeza. Derek la había vuelto loca, ya ni sabía qué pensar.

El coche de Derek apareció ante ella y salió de sus cavilaciones. Él bajó del auto rodeándolo para abrirla la puerta del copiloto. Elena no pudo evitar dejar salir un suspiro. Se veía increíblemente bien y, como siempre, lograba dejarla embobada con la boca seca. Derek tenía un increíble efecto en ella que no podía controlar. Se acercó a él con una sonrisa olvidando todo lo demás.

—Hola, bonita —saludó tomándola de la cintura con ansiedad.

Elena se sentía en un sueño, en una burbuja donde los problemas no tenían cabida. Así entre sus brazos, desearía sentirse siempre y estaba segura de que así sería pronto. Tenía que serlo.

—Nunca me has llamado así —susurró Elena entre sus labios.

Le encantaba sentir su fresco aliento en sus labios carnosos y también cómo sus brazos grandes la rodeaban. Se dio cuenta de que parecía un ovillo junto a él en realidad. Era alto e imponente.

—Comenzaré a hacerlo —contestó él presionando una vez más sus labios contra los de ella.

—¿Cuánto mides? —preguntó curiosa Elena alzando el mentón.

Derek sonrió con burla.

—Mmm me parece que un metro noventa... Algo así —Elena sonrió y quiso besarlo de nuevo. Se puso de puntillas, y ni siquiera así podía alcanzar sus labios. Necesitaba que él encorvara su espalda. Derek soltó una risita y con sorpresa la tomó de la cintura para depositarla sobre el capó del coche. Elena rodeó con sus piernas la cintura de Derek y lo atrajo hacia ella tomándolo del cabello de la nuca. Lo besó con desesperación.

Él rio entre dientes cuando pudo separarse de Elena; ambos estaban con las respiraciones agitadas. La enloquecía por completo, era increíble lo que sentía por ese hombre. Derek acarició la mejilla de Elena, que se había calentado por la vergüenza. Elena no deseaba dejarse llevar de esa manera con él; la culpa aún la carcomía pero, aun así, lo deseaba con desenfreno. Hacía meses nunca hubiera

imaginado estar en esa situación. Se sentía otra persona.

—Mmm... No sabes cómo te deseo, Elena —admitió Derek en el lóbulo de su oreja.

Elena sonrió encantada por lo que provocaba en él—. Aunque ahora mismo, será mejor que mantenga mis manos alejadas de ti.

Los dos se echaron a reír y subieron al Mercedes de Derek. Decidieron ir a ver una película, aunque esa ocasión fue diferente a la primera vez. Ahora ya no tenían miedo de demostrar lo que sentían. Elena era consciente del tamaño de su decisión y de lo que estaba haciendo, sin embargo, a su lado, poco importaban las consecuencias. Era mágico y por su felicidad, pagaría cualquier precio.

Se apagaron las luces de la sala y Elena volvió a tener esa sensación de cosquilleo en el cuerpo, al tener tan cerca a Derek en medio de la oscuridad; ponía a mil sus hormonas. Se mordió el labio esperando controlar el loco impulso de besarlo y siguió mirando la pantalla. Se atrevió a espiarlo por debajo de las pestañas y, con una sonrisa, comprobó que Derek estaba igual o peor que ella. De pronto, sin previo aviso sintió el brazo de Derek rodearle los hombros para después buscar sus labios. Elena encantada le correspondió, aunque tenerlo así aún no era suficiente.

Su cuerpo se relajó finalmente cuando la película terminó. Saliendo de la plaza, Derek volvió a pasar el brazo por su cintura marcando su territorio. Le encantaba tenerla cerca. Una sonrisa pintó los labios de Elena durante todo el trayecto. Se sentía justamente donde quería estar, nada importaba a su lado, tan solo existían ellos dos. También comprendió que él era mucho más que el amor de su vida, también era su mejor amigo y la persona con la que más se sentía segura. Llegaron hasta un parque y se sentaron en una de las bancas.

Derek pasó un mechón de cabello rebelde de Elena acomodándolo por detrás de su oreja, mientras la otra mano la sostenía de la cintura. Elena estaba sentada en las piernas de Derek, había acomodado su cabeza en su pecho duro y podía percibir su respiración tranquila y acompasada. Se sentía feliz.

—Todavía pienso que esto es un sueño —susurró Derek rompiendo el silencio. Elena alzó el mentón y miró su rostro, donde su quijada firme la llamaba a acariciarlo. Tenía las facciones relajadas, aunque con los ojos

ligeramente temerosos—. Gracias por hacer esto Elena, pensé que no podrías hacer una elección.

Elena bajó la mirada y tragó saliva.

—No voy a mentir que no me duele hacer esto, pero... Te amo demasiado y eso provoca que no me importe nada —Elena se relamió los labios con nerviosismo—. Yo tampoco imaginé... que yo pudiera...

El remordimiento la quemaba por dentro, y más le dolía saber que no haría nada por alejarse de Derek, que era lo que debería hacer. Lo que la Elena sensata haría. Él acarició su mejilla con suavidad.

—Para mí también es difícil; Candice es una gran amiga y me duele hacerle esto, en realidad, no lo merece. Pero... Le haríamos más daño al estar mintiéndole, Elena, y aunque duela, así son las cosas. Estoy seguro; no me importaría ganarme el odio de quien fuera, con tal de tenerte a mi lado.

Derek miró los ojos café de la muchacha con admiración.

—Te amo, Elena y se que tú también me amas. Soy consciente de lo que provocaremos con esto pero... no estoy dispuesto a renunciar a ti por nadie. Eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida y... aunque sea difícil, lo vamos a lograr. Por ti, estoy dispuesto a todo.

—Jamás me perdonará —dijo Elena afligida.

Una parte de ella quería mandar a volar todo, pero en cuanto pensaba en esa opción, todo su cuerpo y sus sentimientos reaccionaban. Prefería mil veces hacerle daño a Candice que alejarse de Derek para siempre. Se sentía miserable.

—Soy una persona horrible, ¿verdad? El que...

—Elena, no voy a dejar que cargues con toda la culpa. También no me querrá ver a mí, pero entiende que es lo mejor. No soportaría que te alejaras de mí y tampoco podría estar con una mujer que no amo. Si pudiera hacer algo para evitar que ella sufra, lo haría, pero...

—Es inevitable..., Dios, qué me has hecho —musitó Elena tomándole el rostro sin despegar sus miradas—. Tienes que saber que... siempre te elegiré a ti, por sobre todo. Y no me importa lo que pueda pasar si tú estás a mi lado. Derek, esto es una locura pero aun así... estoy dispuesta a cometerla, por nosotros.

Derek apretó los dientes. Odiaba ver sufrir a Elena por su culpa. Ella tendría

que dejar parte de su vida a causa de él, y aquello lo hacía sentir impotente. Pero incluso así, preferiría que pasara todo eso para tenerla a su lado. Era egoísta, mas no podía evitarlo.

—Es mi culpa —dijo con un hilo de voz. Elena lo miró confundida—. Debería alejarme de aquí y así no tendrías que elegir entre tus amigos y yo... Elena, y si esto no funciona...

Elena negó desesperada y deseó borrar la mirada ausente de Derek.

—Derek, no importa de quien se la culpa. Nuestro amor creció y eso no podemos cambiarlo. Y los dos sabemos que esto es más fuerte que cualquier cosa y solo por esa razón, debemos luchar. Porque si no te amara demasiado, no estaría haciendo algo como esto...

Derek no la dejó terminar y se lanzó a devorar sus labios. Elena se acomodó a horcajadas sobre él y después lo besó ansiosa, con desenfreno. Derek pasó una de sus manos por la cintura de Elena, mientras la otra sostenía su cabeza acercándola más a él. Al parecer no tenía suficiente, el muchacho quería recorrer cada centímetro de su piel.

Elena sabía que haberlo elegido acarrearía dolor aunque también, en cuanto probó sus besos, supo que no podría vivir más sin estos. Elena se separó un poco para recuperar aire, pero aun así, Derek no separaba los labios de la piel de su cuello que enviaba escalofríos por su cuerpo. Elena no pudo evitar soltar un respiro.

—Derek... Estamos en un parque —rio Elena tratando de separarse de él.

Derek sonrió y la besó una vez más antes de soltarla. Elena aprovechó para bajar de sus piernas y sentarse a su lado.

—Tendrás que recordármelo seguido, lo siento. Pero cuando te beso, haces que pierda la razón —se disculpó él conteniendo las ganas de volver a besarla. No quería que ella pensara que un demente posesivo.

Elena sonrió de placer al escuchar esas palabras.

—Y tú haces que no pueda dejar de ruborizarme.

Más tarde, Derek estacionó el auto a una cuadra del edificio de su chica. Aún no querían que todos se enteraran. Elena comenzó a abrir la puerta después de darle un beso de despedida, cuando Derek la tomó del brazo.

—Espera... —La miró con seguridad—. Mañana mismo le pediré el divorcio a Candice, no quiero que pienses que estoy demorando por no estar seguro de esto.

Elena negó.

—Derek, claro que no dudo de ti, puedes tomarte el tiempo que...

—No, será mañana. Cuanto más rápido sea, mejor para todos —decidió. Elena asintió con un poco de miedo, no sabía si estaba preparada para ver sufrir a su amiga tan pronto. Tragó saliva.

—Y, Elena, desde... desde que apareciste en mi vida, jamás he vuelto a dormir con Candice.

Elena soltó el aire de golpe y se preguntó si de verdad quería saber eso. Era obvio que Derek y Candice ya habían tenido intimidad, pero aun así imaginarlo besando a Candice, tocándola... la hacía enloquecer de celos.

—No era necesario que me lo dijeras —contestó Elena desviando la vista.

Escuchó que Derek soltó un suspiro tendido. Él tomó su barbilla obligándola a mirarlo.

—Elena, no tienes por qué estar celosa. ¿Sabes algo? Aún no he hecho nada contigo y solo con besarte me haces sentir mucho más... de lo que podría sentir acostándome con cualquier otra mujer, eso es seguro —Elena sintió todo su cuello y su rostro de un rojo intenso.

Ella se moría por tocarlo, pero no quería ir demasiado rápido. También tenía miedo, por alguna razón. Tal vez se sintiera más decidida cuando Derek estuviera ya divorciado.

—Hmmm... Bueno, tengo que hacer muchas cosas —soltó Elena tratando de cortar la incómoda conversación.

Derek esbozó una sonrisa torcida y bajó del coche, lo rodeó caminando hasta abrirle la puerta a Elena.

—Disculpa si te hice sentir incomoda, solo... Tenía que decirlo, no tienes idea de lo que provocas en mí —susurró él entre sus labios.

Inmediatamente sintió como Elena jalaba de su cabello para acercarlo más. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de autocontrol para no perder los estribos, como le pasaba cada vez que la besaba.

—Sí, mejor me iré. Yo tampoco puedo presumir demasiado de mi autocontrol —sonrió divertida Elena.

Derek volvió a besarla por última vez antes de que volviera a soltarla. Miró cómo se alejaba con el corazón palpitando fuerte dentro de su pecho. La amaba como un demonio y, en ese preciso momento, se juró a sí mismo que Elena estaría a su lado para siempre.

—Al parecer no eres muy buena para él, Candice —se burló Thomas—. Te dije que te ibas a arrepentir de acostarte conmigo cuando yo estaba con tu amiga, pero claro. ¿Te gusta lo ajeno, no?

—¡Cállate! —se levantó furiosa Candice del sofá. Rosy la detuvo sujetándole el brazo—. Te recuerdo que tú fuiste el que me buscaste.

—Sí, y eso qué tú fuiste la ofrecida —se carcajeó el hombre.

Candice apretó los puños. Deseaba arrancarle la cabeza. No le importó hacerle eso a tu amiga; si supieran la clase de mujer que eres...

—Cierra la boca o te vas a arrepentir.

Thomas la miró divertido.

—¿Y qué me harás? Tú fuiste la culpable de que terminara con Elena; descubrió que la engañaba, aunque para tu suerte, no supo nunca que fuiste tú...

—Puedo hundirte si quiero, recuerda que ya soy muy poderosa.

—¿Que ya estás con mi primo? Eso se va a acabar, ve bien las fotografías. Te ha olvidado, ahora está enamorado de...

—No lo digas.

Thomas dio una carcajada.

—Es increíble, las vueltas que da la vida y ahora vas a pagar lo que le hiciste, Candice, y mira, con lo que más te duele.

—No seas idiota, si piensas que esa se va a salir con la suya, es que no me conoces... —espetó Candice con odio.

—¿Y qué harás?

—Le diré que el hijo que espero de ti, es suyo. Derek no podrá dudar, ya que nos estuvimos acostando antes de llegar a Detroit y, por supuesto, lo haré elegir

entre su hijo o esa tonta.

Thomas se cruzó de brazos divertido. Por esa razón había venido a hablar con Candice después de haber descubierto a Elena y a Derek besándose en la fiesta.

—Y si le digo la verdad a Derek, no quieres eso verdad.

—Por eso quiero hacer un trato contigo, te ayudaré en lo que quieras a cambio de que guardes la verdad.

—¿Qué me darás?

Candice sonrió con suficiencia.

—Creía haber escuchado que estabas en fuertes deudas...

Thomas se acercó interesado.

—Bueno, al menos ganaré algo. Será divertido cómo tratarás de arreglar todo esto para recuperar a mi querido primo.

—¿Es confiable, Candice? —interfirió Rosy mirando con desconfianza a Thomas.

Candice la volteó a ver con una sonrisa.

—Thomas hace cualquier cosa por sus propios intereses —se volvió de nuevo hacia él—. Y sé que también quieres venganza por no tener todo lo que tiene tu primo. ¿Es un buen trato, no? Yo gano, tú ganas.

—¿De cuánta cantidad estamos hablando? —preguntó Thomas cada vez más divertido.

Candice le enseñó una cifra en un pedazo de papel. El chico abrió los ojos con sorpresa.

—Entonces, será un gusto trabajar contigo, además que... existe la posibilidad de recuperar a Elena, si tú te quedas con mi primo.

—No me importa lo que hagas con ella después.

Thomas asintió.

—Eres mala, Candice.

—Y una cosa. No te atrevas a traicionarme, sabes de lo que soy capaz.

Candice ahora se sentía poderosa gracias a la ayuda también de Rosy, que tenía todo el poder de su esposo a su disposición.

—Ten por seguro que no. Tampoco dejaré que el miserable de Derek se quede

con mi estrellita. Me parece bastante justo. Tú lo recuperas, yo la recupero y además gano esto —alzó el pequeño papel donde estaba escrita la cantidad de dinero.

Candice sonrió apretando los puños.

—Elena no sabe con quién se ha metido. Lamentará todo esto, juró que lo hará. Tanto, que deseará nunca haberme conocido —terminó de decir la pelirroja.

Capítulo 20

Ya somos un nosotros

Derek carraspeó antes de hablar. Los dos estaban desayunando en un silencio incómodo. Él podía sentir la mirada de ella y podía jurar que ya sabía todo. Como si ya fuera consciente de lo que él mismo le haría.

—Candice... Necesitamos hablar —dijo finalmente Derek.

Candice alzó la mirada y se pasó una mano por la frente. Sabía de sobra de qué quería hablar su marido y, por supuesto, no lo iba a dejar decírselo tan rápido. Necesitaba ganar tiempo, ya que pronto llegarían los padres de ella y les había prometido que su matrimonio estaba más que bien. Es más, planeaba confesarle lo de su embarazo enfrente de sus padres; quería ver disfrutar a Derek con Elena, por ahora, para después deleitarse con su sufrimiento cuando supiera sobre el embarazo. Sería un buen golpe.

—Mira, después me dices... —se excusó levantándose de la mesa fingiendo sentirse mal—. Tengo un dolor horrible en la cabeza.

Candice desapareció de la cocina terminando de hablar. Derek soltó un bufido y se tomó de la nuca. No quería atrasar más tiempo el divorcio, pero sabía que con Candice de ese humor no lograría que lo escuchara ni un ápice.

Su celular sonó sobre la mesa. Lo contestó desganado.

—¿Hermano? —era la voz de Caroline.

Derek alzó las cejas sorprendido.

—Hola, hermanita. ¿Por qué me llamas tan temprano?

—¿Estás de broma? Derek, mi madre y yo ya estamos casi llegando a Detroit, queremos que vengas por nosotras.

Él se quedó pasmado. Había olvidado por completo que su madre quería verlo y no solo a él, también quería ver cómo estaba su matrimonio con Candice.

Tensó la mandíbula. ¿Por qué justo ahora había pensado su madre en venir?

—No, lo siento. Lo había olvidado. ¿En cuánto tiempo llegan?

—En media hora y, por cierto, mi madre está muy nerviosa respecto a tu matrimonio con ella —percibió el tono amargo de Caroline refiriéndose a la pelirroja—. Será mejor que la sorprendas si no quieres tener problemas.

Derek tensó la mandíbula. Su madre sufría del corazón y por lo mismo no podía darse el lujo de decirle que se quería divorciar, le daría un ataque, estaba seguro.

—¿Cuánto tiempo se quedarán? —preguntó Derek tratando de sonar casual. No lo logró.

—¿Acaso te molesta? Vamos, dime qué me ocultas —ordenó su hermana mayor, esa a la que nunca le podría mentir. Ella, de una o cualquier forma, siempre lograba sonsacarle los secretos.

—No es nada, Caroline. Solo quería saber.

—Solo es por hoy, mañana tengo una exposición importante cerca de aquí, por eso decidimos aprovechar. ¿No te molesta, verdad?

—Está bien —respondió sin dejar entrever su enfado.

—Y, por favor, hermanito, trata de comportarte. Percibo que tu matrimonio no va nada bien, no tienes que ocultarlo, pero... solo finge con mi madre, ¿de acuerdo? Sabes de su enfermedad.

Derek sonrió de lado. Su hermana era indiscutible, lo conocía mejor que nadie. Y sobre todo, sabía cuándo él le mentía.

—Está bien, enana, me comportaré. Las espero —dijo antes de colgar la llamada. Respiró profundo y se resignó a esperar otro día más para pedirle el divorcio a Candice. Ahora era imposible con la presencia de su madre.

Era domingo, por lo cual no tenía que ir al hospital y tendría el día libre. Habría querido pasarlo con Elena, pero el inconveniente de la llegada de su madre lo había echado a perder. Subió las escaleras y se encontró con Candice sentada en la cama pintándose las uñas. Se desconcertó al pensar qué había visto en Candice para que pudiera casarse con ella. Había sido el mal trago en que se había hundido con la muerte de su padre y, sin darse cuenta, confundió el agradecimiento hacia la pelirroja con un sentimiento que ahora lo carcomía por

otra persona: el amor.

Candice alzó la vista.

—Mi madre y mi hermana están por llegar —anunció sin atreverse a entrar al cuarto, quedándose en el marco de la puerta.

Candice lo miró con desafío.

—Claro, supongo que tu madre se va a alegrar de lo bien que va nuestro matrimonio —dijo volviendo a su tarea de pintarse las uñas.

Derek percibió el tono sarcástico que estaba utilizando. Fue inevitable sentirse culpable, pero no podía seguir mintiéndole. Le hablaría claro una vez que su madre se marchara y realmente esperaba no lastimar demasiado a Candice.

—Bueno... Iré por ellas —murmuró incómodo de seguir ahí mirándola.

Sentía que estaba invadiendo su privacidad, la miró por última vez antes de alejarse del cuarto. Se daba de golpes en la frente. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Candice no provocaba ni una centésima parte de lo que Elena lo afectaba. Y ahora que la conocía bien, la pelirroja nunca había sido para él. No compaginaban, ni siquiera su amistad había sido tan fuerte, en cambio con Elena, todo cambiaba. Se olvidaba de todo al ver sus pozos café.

Salió de su casa sin soportar estar ahí un segundo más. Sonrió cuando el nombre de Elena apareció en su celular. Era increíble que aún por teléfono, ella lograra producirle efectos en su cuerpo. Estaba perdido por completo por ella, rendido.

—Hola...

—Estaba por llamarte pero veo que estás desesperada por saber de mí —contestó Derek con una sonrisa burlona en el rostro.

—Tonto. —Casi pudo imaginarse a Elena poniendo los ojos en blanco.

—Y mmm bueno... Estaba pensando que podríamos correr con las motos, hace tiempo que no siento la adrenalina en mi cuerpo.

Derek esbozó una mueca.

—Creo que lo tendremos que dejar para otro día.

—¿Por qué?

—Mi madre y mi hermana están por llegar, se quedarán por este día solamente. Y bueno, mi madre piensa que aún todo sigue igual con Candice, es por eso que ha venido, para ver mi relación con ella. Quisiera poder decirle la verdad, pero no puedo por su enfermedad en su corazón, ni siquiera puedo pedirle el divorcio a Candice ahora. De verdad, Elena, lo siento... Sabes que no es mi intención hacerlo esperar.

Elena tardó unos segundos en contestar. Derek no pudo evitar sentirse mal; cada vez que mencionaba a Candice sabía del dolor que le provocaba a Elena y lo mal que la hacía sentir.

—Mira, bonita, no quiero que pienses que no me siento seguro de estar contigo, si no fuera por esto ya lo habría hecho, lo sabes.

Al ver que Elena aún no contestaba se puso más inquieto.

—Elena...

—Sí, está bien...

Derek apretó los labios frustrado. Sabía que las cosas no serían fáciles, mucho menos para ella. Pero esa decisión, de sobra traería dolor para Elena; incluso para él también. Y por su parte, estaba dispuesto a soportarlo. Todo por ella, valía la pena.

—Te quiero, Elena y por favor perdóname, sé lo que estás sintiendo y te juro que... No quiero que sufras.

—No, olvida eso Derek. Ya tomé una decisión; te elegí a ti, siempre te elegiré a ti, sobre todas las cosas. ¿De acuerdo?

El joven sintió una especie de calidez inundar su pecho, pero a la vez el mal trago que pasaba la muchacha le amargaba el sentimiento. Derek solo esperaba que todo esto pasara, que pronto él fuera libre y ya nadie pudiera reprocharles nada. Solo quería estar junto a Elena sin ninguna intervención.

—Sí, pero aun así... —soltó un suspiro—. Elena, te quiero demasiado, solo quiero que recuerdes eso cuando te sientas mal, sobre cualquier cosa. Y mientras lo nuestro sea tan fuerte podremos con todo. ¿De acuerdo?

—Voy a luchar por ti, por un nosotros... —prometió Elena.

—Ya somos un nosotros —sonrió él.

—Pero yo me encargaré de asegurarlo y, bueno, supongo que tendré que

ponerme al corriente con los trabajos de la universidad.

—Sí... Pero, oye ¿está tu amigo el rubio cerca de ti?

—Pues no lo he visto... ¿Y qué tiene de malo eso?

Derek cruzó el estacionamiento del aeropuerto hasta que encontró un lugar libre.

—Digamos que eres algo irresistible —admitió Derek relamiéndose los labios. Escuchó una risa al otro lado de la línea.

—Si me lo dices tú, no podrás evitar que me lo crea.

—Pues créelo, porque moriría por besarte ahora mismo y, no sé, tal vez otras cosas.

—Eso no es nada con todo lo que quiero llevar a la práctica contigo —Derek sonrió involuntariamente, sintiendo su pulso acelerarse y el calor corriendo por sus venas—. Bueno, tengo que dejarte. Pasaré al centro por algunas cosas y... ¿Podría llamarte por la noche?

—Sí, está bien. Pero, por favor, anda con mucho cuidado. Créeme que estaré nervioso hasta que me mandes un mensaje de que ya llegaste —Derek apagó el coche y comenzó a caminar hacia la gran entrada del aeropuerto.

—Sí, sí, lo haré. Te quiero, Derek.

—Tú eres ya mi vida entera.

El muchacho no tuvo que esperar demasiado tiempo para ver a su madre y a su hermana. Pudo ver desde la distancia la brillante cabellera rubia de Caroline, que había heredado de su madre. Él era el que se parecía a su padre ya fallecido. Su hermana no pudo contener su emoción cuando lo vio y corrió hasta fundirse en un abrazo.

—¡Derek! Te extrañé demasiado —exclamó Caroline a la vez que lo soltaba.

Derek sonrió divertido, parecía que se encontraban después de años de no verse. Su hermana estaba como siempre: guapa, fresca y alegre.

Le dio un fuerte abrazo más y, antes de volver a soltarla, vio a su madre acercarse a ellos. Ella lucía elegante y formal, como siempre lo había sido. En su mirada podía ver la emoción de verlo, aunque también podía percibir la curiosidad de su madre. Tragó saliva, tendría que fingir esa noche.

—Qué gran gusto verte, cariño, estás impresionante —lo miró evaluándolo, después su mirada se tornó ausente—. Te pareces mucho a tu padre, es como verlo en ti.

Derek trató de ignorar la punzada de dolor en su pecho, mas su madre era incapaz de hablar sin mencionar a su esposo. Desde aquel fatal accidente parecía que se había ido una parte de su madre también, ya nunca fue la misma. Y sus dos hijos lo sabían muy bien, aunque no dejaba de doler.

—Gracias mamá, también me da gusto verte —dijo dándole un abrazo.

Inmediatamente sintió unas inmensas ganas de desahogarse con su madre y contarle todo lo que estaba pasando con Candice, con Elena. Pero era imposible, ya que su madre se pondría mal si él se atrevía a decirle del divorcio.

Antonella, su madre, tenía la firme idea de que el matrimonio era para siempre. Y así se los había inculcado a sus hijos, incluso su esposo también lo consideraba sagrado. Y por nada del mundo, sus padres aceptarían un divorcio.

—Vamos, Candice las espera —Derek trató de sonar lo más normal que pudo. Aunque Caroline le mandó una mirada interrogante por el rabillo del ojo, sentía que su hermana sí percibía algo extraño en él. Ya se lo había dicho por teléfono.

—Bien, que muero por verla. Hiciste un gran trabajo, hijo, no pudiste haber elegido a alguien mejor. Tu esposa es maravillosa —dijo su madre con orgullo.

Derek prefirió sonreír y desviar la vista. Caroline no lo pasó por alto y arqueó una ceja.

—Espero que lo que estoy imaginando sea verdad... —advirtió Caroline a su lado, sin que su madre pudiera escuchar—. Ya sabes que prefiero que estés solo que te quedes con esa mujer.

Derek asintió divertido. Pensaba en decirle todo a su hermana, estaba seguro de que ella lo apoyaría. Necesitaba hablar con alguien, y quién mejor que con Caroline. Aunque esperaría hasta estar a solas con ella.

El trayecto en el coche fue rápido y sin demasiada conversación entre los tres. Solo Caroline había comentado sobre su exposición del día siguiente y sobre un chico que la había invitado a salir.

—Vamos, Carol, inténtalo —le dijo su hermano mientras este manejaba. La chica rubia miraba las calles de Detroit con los brazos cruzados—. No por tener

una mala experiencia, dejarás de abrirte a los demás.

Caroline asintió todavía no muy convencida.

—Tienes razón, le diré que acepto.

Derek le dedicó una sonrisa a su hermana. Caroline había sufrido mucho por un hombre mayor que ella y, ahora, le costaba más confiar en otras personas.

—Es imposible que no se enamore de ti, enana, solo mírate —Caroline soltó una carcajada y decidió encender el aparato de música que llenó todo el coche.

Finalmente llegaron a la casa y Derek ayudó a subir las maletas a los cuartos de visitas. Candice y su madre, como siempre, se habían saludado con efusividad. En cambio, el intercambio de saludos de Caroline y su aún esposa, había sido demasiado seco.

Derek dejó la maleta de su hermana sobre la cama.

—¿Todo bien? Siento que escondes algo, Derek, sabes que te conozco demasiado —examinó Caroline mirándolo con los brazos cruzados. Aprovechando que su madre y Candice estaban ocupadas en la planta baja, cocinando algo, él decidió confesárselo todo.

—Bueno, solo dime que no le dirás nada a mamá... —se sentó al borde de la cama y se pasó una mano por el cabello. Su hermana tomó asiento a lado de él y esperó a que hablara.

—Bueno, tienes razón de que algo pasa. Mira, perdóname por haber sido tan estúpido contigo, tú siempre me dijiste que no estaba enamorado y yo de terco jamás me detuve a pensar en lo que me decías.

Su hermana abrió los ojos como platos y una sonrisa comenzó a nacer en las comisuras de sus labios.

—Y bueno, tenías razón. Yo no estaba, no estoy enamorado de Candice. Lo confundí todo y no sabes cómo, me arrepiento ahora... —su voz transmitía culpa —. Yo... Estoy enamorado de otra persona, Caroline.

Su hermana dio un pequeño grito de asombro, pero Derek la acalló recordándole que su madre y Candice seguían en la casa. Él terminó por contarle todo, desde el accidente hasta el día presente, absolutamente todo lo ocurrido con la ya dueña de su ser y de su futuro. Su hermana tenía un semblante bastante incrédulo.

—Te metiste en un buen lío, hermanito... Digo, me alegra como nadie que por fin te hayas dado cuenta de que no la amas y también de que estés enamorado de verdad. Pero... ¿En serio, una de sus amigas?

—Lo sé y lo peor es que todo esto es por mi culpa. En primera, fui yo el que se casó sin pensar, también fui yo el que acercó a Elena y, aunque no sabía que era amiga de Candice, cometí un error al seguirla como un obseso después de enterarme de que ella y Candice eran amigas; Elena tuvo que escoger... Y me salvó la vida al elegirme a mí. ¿Pero a qué precio? No puedo evitar que se sienta culpable por traicionar a su amiga, así es como ella lo siente.

—Pues sí, tendrás que resolverlo. Aunque si dices que te ama de esa manera, creo que eso no será un obstáculo entre ustedes, al menos lo superarán. Pero de verdad, qué suerte la tuya —se burló su hermana—. Aunque eso sí, prefiero mil veces a esa chica que a la altanera de Candice.

Derek negó con la cabeza. No amaba a Candice, pero tampoco le gustaba referirse a la pelirroja de ese modo, después de todo, ella había estado con él un tiempo antes. Aunque sí había reparado en una cosa, cuando la pelirroja había llegado a Detroit parecía otra persona. Ahora no reconocía a la Candice que había conocido por primera vez en Virginia que, si bien no era para nada su tipo, le había gustado un poco.

—¿Por qué nunca te cayó bien?

Caroline alzó las cejas con incredulidad. Su hermano era tonto o se hacía, definitivamente. Era obvio cuál era el interés de esa mujer en su hermano y ella, como una buena hermana, se había dado cuenta de inmediato.

—Es una interesada, Derek. Nunca me fie de ella cuando me dijo que te amaba, más bien se enamoró de tu cartera —escupió apretando los labios.

Derek frunció el ceño negando con la cabeza. Si bien era cierto que Candice gustaba siempre de cosas caras, nunca había reparado mucho en ello.

—En eso mejor no discuto, sé de sobra lo difícil que es para que una cuñada te guste. Aunque ahora tienes la suerte de tu lado, Elena es la mejor mujer que he conocido, estoy seguro de que te caerá muy bien —el tono de su voz cambió radicalmente.

Se refería a ella como si fuera una princesa o una reina de otro mundo; jamás

había mirado de esa forma a su hermano, y eso la enterneció por completo.

—Dios, me empalagas. Hasta te brillan los ojos; aléjate un poquito —ordenó su hermana con una sonrisa divertida.

Derek la fulminó con la mirada, antes de lanzarse a una guerra de cosquillas. Cuando jugaban así, se parecían a los niños que eran antes. Minutos después, Derek y Caroline bajaron del cuarto entre risas y comentarios. Su madre estaba sentada en la sala con una revista en los muslos.

—Tu esposa ha salido por algún pendiente —habló su madre invitando a sus hijos a sentarse. Derek sabía que había llegado el momento de la interrogación, su hermana lo miraba levemente ansiosa.

—Y bueno, dime hijo. ¿Cómo está tu matrimonio? ¿Lo estás cuidando? Espero que sí.

Derek tragó saliva y miró a los ojos azules de su madre, más claros que los de él.

—Sí, está de maravilla —Derek sintió una punzada de culpabilidad al decir aquello, mas era inevitable si quería a su madre con buena salud.

Antonella entrecerró los ojos.

—No te veo rebotante de felicidad, querido.

El muchacho se llevó una mano a la sien, lo hacía cada vez que se ponía nervioso. Aunque era un alivio que su madre no lo conociera tan bien como su hermana.

—Pues... Hemos tenido problemas pasajeros, pero creo que todo está perfecto —asintió sin mirarla a los ojos, jugando con su reloj de la muñeca. Alzó la vista y se encontró con su madre con una sonrisa abierta.

—¿Tan perfecto para que ya me puedas dar un nieto? —preguntó su madre.

Él trató de no sonar tan sorprendido ante tal pregunta, esa conversación lo estaba poniendo al límite.

—No, aún no hemos planeado sobre eso... —logró escupir.

Su madre alzó una ceja, inquisitiva.

—Pues deberían, hijo. Yo quiero ser una abuela que al menos pueda jugar con su nieto y sabes de mi enfermedad, no tienes idea de cómo deseo que me des uno

pronto.

—Mamá, no me apures. Apenas estamos comenzando —logró imponerse el joven fastidiado.

Caroline escuchaba esa conversación sin saber qué decir para apoyar a su hermano.

—Pues... Piénsalo hijo. Y mientras más pronto, será mejor.

Derek asintió con una sonrisa poco convincente.

—Claro —desistió Derek para no llevarle la contraria a su madre.

Aunque era consciente de que le tendría que decir sobre el divorcio; no podía pasar desapercibido mucho tiempo.

—Estoy más tranquila —suspiró Antonella—. Pero estaría mucho mejor si ya estuvieras administrando la empresa familiar de nuevo.

El rostro de Derek cambió por completo. Sabía que ese tema iba a salir a relucir, pero su madre lo decía así, tan fácil. La voz de su padre retumbó en su cabeza, él también quería que Derek controlara la empresa, pero lo que nadie parecía comprender era que la pasión del muchacho era la medicina y no los negocios. Y nadie podía modificar sus gustos.

—Madre... Creo que ya hemos hablado suficiente sobre eso —comentó a la defensiva.

—No lo creo y una de las razones por las que vine fue para pedirte, tómalo como una obligación, que retomes la empresa. No vas a dejarla, tu padre no se lo merece.

Derek apretó los dientes, la sangre corría rápido en sus venas. De pronto sintió la mano de su hermana sobre su hombro y recordó que no debía alterar a su madre.

—Amo la medicina, mamá; los negocios no son lo mío. Y creo que Caroline ha estado manejándolo muy bien. No le veo el problema.

El rostro de su madre se endureció.

—Era el deseo de tu padre y lo vas a cumplir —escupió sin miramientos.

Derek apretó los puños, tratando de controlarse.

—Pero es mi vida y yo decido qué hacer con ella —se levantó mirándola

fijamente, cansado de la presión sobre él—. No haré lo que tú quieras madre, lo siento mucho. Pero me niego.

—No juegues, Derek... Lo harás, lo tienes que hacer. ¡No puedes faltarle así el respeto a tu padre! ¡Lo estarías decepcionando! —comenzó a levantar la voz su madre, al tiempo que comenzaba a toser. Se llevó una mano al pecho y Derek se sintió acorralado.

La enfermedad de su madre no le daba ventaja para imponerse a ella.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Caroline acercándose a su madre.

La señora asintió tosiendo una vez más, hasta que logró levantar la cabeza.

—Lo tienes que hacer —volvió a toser más seguido.

—Por favor, mamá, no discutas en este momento; después lo platicas —intervino Caroline acercándose a ella, y le lanzó una señal a su hermano para que aprovechará y se marchara.

—Gracias... —susurró Derek a su hermana antes de salir de la sala.

La cena no fue demasiado agradable para Derek, se sentía como en una cárcel. Candice estuvo conversando con Antonella sobre la empresa sin inmutarse por el rostro serio de Derek. Caroline apretó los puños hasta que ya no pudo más, tenía ganas de decirle a esa pelirroja todas sus verdades. Ya que su madre había ido al baño, aprovechó para hablarle.

—¿Por qué estás tan interesada porque mi hermano tenga la empresa, Candice? Pensé que estabas de su parte y también que querías lo mejor para él. Aunque... ya veo que no.

Candice tomó un sorbo de agua y la miró desafiante. Esa niña tonta siempre se había encargado de molestarla, la odiaba. Aunque ni ella ni nadie, ni el mismo Derek la detendrían en su objetivo. Tenía que ser dueña de esa gran empresa y seguir casada con Derek que, si bien, ya no quería, no por eso le dejaría todo a la patética Elena.

—Yo veo el porvenir de mi familia y sé lo que estoy diciendo, Caroline. Y te equivocas, lo mejor para mi esposo es la empresa, por eso soy tan insistente.

La paciencia de Derek se estaba acabando, aunque luchaba por controlar su furia para no alterar a su madre ya que, si no fuera por eso, le diría algunas cosas a Candice.

—Lo que tú digas —contestó la rubia con sarcasmo.

Candice y Caroline se mandaban miradas llenas de odio y repugnancia. Derek se tomó del punte de la nariz, tratando de controlar sus emociones. Solo quería que acabara esta jodida cena y poder estar con Elena, que ya la extrañaba como un demonio.

—¿Podemos seguir comiendo en paz? —intervino el joven fastidiado. Después de eso, las chicas lograron comportarse, aunque en ningún momento dejaron de verse desafiante una a la otra.

Elena buscaba las llaves en su bolsa, que no encontraba por ningún lado. Diablos, comenzaba a imaginar que las había dejado olvidadas en la biblioteca. Y, para mala suerte, Chloe y su hermano habían salido de viaje desde el día anterior, ya que habían decidido tener una escapada romántica. Sin más opción, esperaba que Jason ya estuviera en su departamento.

Tocó la puerta de al lado y al tercer toque apareció su amigo para abrirle la puerta. La miró de una forma que no supo interpretar, de repente se sintió nerviosa.

—Hey, Jason... ¿Aún tienes la réplica de llaves de mi departamento? —preguntó Elena sin mirarlo a los ojos. Pero no obtuvo respuesta, su amigo estaba mirándola con pesar. Elena se mantuvo ahí en silencio, hasta que Jason suspiró, fue a por las llaves y se las tendió sin dedicarle ninguna sonrisa. Algo que Elena no pasó por alto, algo le ocurría a su amigo.

—¿Qué sucede, Jason? —preguntó Elena frunciendo las cejas.

Su amigo negó sonriendo, aunque no era de felicidad.

—¿Por qué, Elena?

—¿De qué hablas?

—No te hagas... Maldita sea, te vi besándote con el esposo de Candice, eso es lo que pasa —la miró con dureza.

Elena abrió los ojos como platos, su corazón comenzó a latir a mayor velocidad. Por Dios, eso no lo esperaba.

—Jason, yo... —no sabía cómo comenzar a explicarle todo—. No lo

entenderías.

—¿Estás con él? ¿Estás traicionando a Candice? Dime la verdad, no quiero más mentiras —la voz de su amigo sonaba amarga.

Elena sintió los ojos llorosos de impotencia, de enojo. Se quería defender, pero sabía que no tenía derecho. Era la peor persona del mundo, se lo merecía; y así, seguramente, reaccionarían también Chloe y Jordan.

—Sí, estoy con él —admitió Elena con la voz quebrada, no podía negarlo—. Y, aunque sé el grado de esto... estamos enamorados, y solo por eso, lo he preferido a él.

Elena supo que en cuanto dijera esas palabras, Jason la odiaría; tal vez, todos sus amigos terminarían por hacerlo, a excepción de Manón y Ian, pero ya qué importaba. Nada cambiaría con ocultarlo más tiempo.

—Jamás esperé esto de ti, Elena, te juro que... Te desconozco —dijo Jason desorbitado, sin poder comprender. Aunque la rabia por saberse enamorado y no correspondido le nublaban más los pensamientos. Se sentía herido, traicionado.

—No espero que lo comprendas Jason, tampoco que lo hagan los demás. Y de verdad lo siento si te estoy lastimando, pero ya no puedo ocultarlo más. Lo siento por todos, maldita sea, pero lo amo demasiado.

Jason seguía desorbitado y desolado.

—Has dejado de ser mi Elena desde este momento. Solo... No vuelvas a hablarme más. Pensé que eras diferente —espetó y le cerró la puerta en la cara.

Una opresión en el pecho la estaba hundiendo, su amigo ahora la creía una cualquiera, ¿aunque no era eso lo que era?

Elena sintió cómo una parte de sí se rompía; sabía del sacrificio que estaba costando el haber elegido al amor por sobre la misma amistad. Pero, aun así, no esperó que fuera tan doloroso. Sus amigos eran importantes, aunque Derek sobrepasaba eso.

Se sentía furiosa, no lo sentía justo. Ella se había enamorado sin saber, sin conocer la verdad. Eso estaba siendo demasiado lastimoso. Estar con Derek estaba comenzando a significar dolor. No —suspiró varias veces—, no podía pensar eso, el dolor valía la pena. Porque no podría imaginarse una vida sin la razón de ella y esa razón era ese hombre de lagunas azules, que ya era dueño de

su ser, de su todo.

Entró a su departamento y se encerró en su cuarto. Necesitaba a Derek a su lado para que la hiciera sentir fuerte contra todo, para que pudiera recordarle que la amaba tanto como ella a él. Y para recordarle que ese sufrimiento valía la pena. Tomó su móvil y le envió un mensaje de texto.

Dejó la puerta sin seguro para que él pudiera entrar, después se acomodó en su cama hecha un ovillo y encendió el reproductor de su celular. Tenía miedo, si así había dolido con su amigo, no podía imaginarse cómo sería cuando al fin todos lo supieran.

Y lo que la devastaba era que todos terminarían pensando mal de ella, como “la otra” que se metió con un hombre casado. Y a pesar de que todo lo indicaba, no se sentía así. Si hubiera conocido a Derek y hubiera sabido que estaba casado con Candice, jamás habría esperado nada.

Sin embargo, cuando descubrió la verdad, sus sentimientos ya eran demasiado fuertes y, aunque había intentado borrarlos, ignorarlos, perdió la batalla contra ellos. Derek había cambiado su mundo y ya era muy tarde para intentar hacer como si nada hubiera pasado.

De pronto sintió una mano acariciar su espalda. Sonrió cuando supo que era él. Había venido. Sintió que Derek se acomodaba junto a ella en la cama y atraía su cabeza hacia su pecho, donde Elena recostó su mejilla justo a la altura de su corazón. Podía sentir y escuchar sus latidos acompasados. Pasaron unos minutos y Elena volvió a sentirse llena de esperanzas, bastaba con saberlo a su lado para que todos los problemas dejaran de importar, para que el dolor se esfumara y solo fuera consciente de él a su lado.

—Tranquila, todo estará bien. Yo estoy contigo todo el tiempo —susurró en su oído. Elena sonrió y se acomodó mejor en su pecho, suave y duro. No podía desmentir que se sentía inmensamente atraída hacia él ahora mismo, mas solo quería sentirlo junto a ella. Saber que él no la soltaría nunca.

—Ya no tengo miedo, tú me haces sentir valiente —musitó Elena alzando el rostro. Pudo ver la quijada bien formada de Derek y sus labios gruesos que sobresalían apetitosos. Los ojos azules de él miraban hacia el techo.

—Sé lo que está costando esto, Elena, y me mata que no pueda aminorar tu

dolor por completo. Pero te amo y es motivo suficiente para soportar esto...

Elena cerró los ojos. Esas palabras llenaban de alegría y esperanza su corazón. Y aunque el poder estar juntos al principio causaría dolor, estaba segura de que un futuro lo valoraría. Por eso, solo necesitaba estar segura de una cosa.

—¿Nunca te alejarás de mí?

—Nunca, hasta mi último respiro.

—Es lo único que necesitaba saber —masculló la muchacha y se alzó para besarlo. Elena comenzó a besarlo con más urgencia, y más al escucharle soltar un gemido. En pocos segundos Derek logró girarla y recostarla sobre la cama, acomodó sus brazos a cada lado de su cabeza y la miró intensamente desde arriba.

—Te amo tanto... —susurró acariciando una de sus mejillas. No aguanto más y volvió a besar sus labios con fervor, mientras la temperatura en sus cuerpos comenzaba a aumentar. Derek pasó una de sus manos por debajo de su delgada blusa para acariciar la piel suave de su vientre. Elena gimió y le mordió el labio.

Dios, lo estaba matando. Sentía que iba a explotar y apenas estaban comenzando. Ella era su jodido ángel y demonio al mismo tiempo.

—Elena... Si seguimos no podré controlarme —logró decir con la voz cargada de deseo. Elena lo miró, lo deseaba, quería sentirlo, pero no sentía que ese fuera el momento adecuado para comenzar a tener relaciones. Quería que la primera ocasión fuera un día mágico, que pudieran recordar a pesar del tiempo, y no uno donde él había ido con ella prácticamente a consolarla. Aunque de sobra sabía que, una vez cruzada esa línea, no dejarían de querer sobrepasarla una y otra vez. Solo era cuestión de que sucediera.

Así que separó un poco sus labios de los de él y logró tomar suficiente oxígeno para pensar con claridad. Elena suspiró y miró los ojos azules y brillantes de Derek, que la miraban como si fuera el más valioso de los tesoros.

—Debes saber que lo deseo más que tú, pero no quiero recordarlo justamente después de un momento desagradable —Elena alzó la mano para acariciar su rostro—. Pero... Quédate conmigo, por favor.

Derek tuvo que usar todo su autocontrol para no tratar de hacerle cambiar de opinión, aun así pensó que era un delito lo que acababa de hacer Elena consigo.

Lo había encendido increíblemente en un santiamén y ahora tendría que hacer un esfuerzo por alivianarse y no atacarla como demente posesivo.

—No podría negarme —sonrió y volvió a besar sus labios con dulzura, inhalando profundo para controlar su respiración agitada. Después de que se acomodaran en la cama, Elena volvió a recostar su cabeza sobre el pecho de él, mientras Derek le rodeaba la cintura con una mano y besaba su coronilla. Elena comenzó a cerrar los ojos ante la gran seguridad que experimentaba en sus brazos. Eso era lo que ahora necesitaba de él y agradecía a Derek que se lo diera de esa forma.

—Duerme, bonita. Yo estaré aquí para cuidar tus sueños, siempre.

—Se fue con ella, pero estoy tranquila. Dejaré que disfruten de su espacio juntos, ya tendré mucho tiempo para burlarme de ellos. Sabes que entre más alto vuelas, más dolorosa será la caída.

—Si así tú lo quieres, prima. Aunque espero que lo tengas todo controlado.

La pelirroja sonrió mientras se escrutaba en el espejo, manteniendo el celular en su oreja.

—Lo tengo más que controlado. Derek se enterará de mi embarazo justo cuando lleguen mis padres y aunque me reproche el no habérselo dicho antes, sé con qué contestarle. Incluso le mentiré que firmaré el divorcio después de la llegada de mis padres, solo para aumentar más sus ilusiones con esa pequeña ingenua —dijo Candice con una sonrisa.

—Estoy deseando ya ese momento —se escuchó una risa al otro lado de la línea. Candice se asomó al pasillo cuidando que sus visitas no pudieran escucharla.

—Tengo que colgar... y, por cierto, tal vez considere también qué hacer con esa estúpida niña entrometida, ya te lo contaré más tarde.

—Está bien, suerte prima.

Candice colgó la llamada. Esa maldita de Elena se arrepentiría de haberse metido con ella y disfrutaría también de ver el sufrimiento de Derek, sería todo un espectáculo.

Mientras tanto, les daría tiempo para que fueran felices en su burbuja antes de dar el golpe final. “El gran golpe final”, sonrió al pensarlo.

Capítulo 21

Por sobre todo

Candice miraba interrogante a su esposo con una ceja curvada bien delineada, sabía muy bien lo que tenía que hacer. Cómo fingir exactamente, no diría ni una palabra sobre el embarazo, incluso le haría creer que firmaría el divorcio con la condición de que esperara a que llegaran sus padres dentro de poco. Así era ella, le gustaba jugar antes de destruir. Ya después justificaría sus razones de no haberle dicho sobre el embarazo y también lo pondría en la definitiva elección, entre su hijo o esa niña.

Derek paseó la mirada por la pelirroja y soltó un suspiro, había aprovechado la ausencia de su madre y de su hermana que habían salido por unas cosas; además, ya estaban a punto de marcharse. Candice cruzó las piernas sentada en el sillón de la sala, donde se encontraba, esperando la ya conocida noticia.

—¿Y bien?

—Candice, siento que... nuestra relación ya no es la de antes, aunque creo que nunca lo fue. Quiero ser sincero contigo y, aunque te aprecio como una amiga, yo lo siento de verdad... —Derek la miró apretando los labios, le dolía tener que hacerle eso a la pelirroja, pero no había otra manera viable—. Pero me di cuenta de que no te amo como yo había creído.

Candice soltó un gemido lastimero y lo miró fingiendo no comprender nada. Con qué facilidad demostraba emociones falsas, esa era una de sus cualidades.

—¿Qué...? No puedes estar diciéndome esto en serio...

—Lo siento, no sabes cuánto. Pero no puedo seguir mintiéndome, mintiéndote. No es justo, no para ti —Derek trató de hacerle comprender sus razones, pero ya sabía del dolor que de cualquier forma causaría en ella.

—No, no... Me niego a creerlo así nada más. ¿Entonces, por qué te casaste conmigo? ¿Por qué me hiciste creer que me amabas? —preguntó la pelirroja con

la voz rota. Una lágrima recorrió su mejilla.

Derek bajó la mirada y la impotencia cubrió sus sentidos. Se sentía inmensamente culpable, pero ya no había otra salida. El daño era irremediable.

—Soy un maldito estúpido, y no me extraña que puedas odiarme o no querer volver a verme nunca. Pero tú no mereces a una persona que no te ame, Candice, mereces a alguien que esté solo para ti. Y me duele... Pero yo no soy esa persona. No la que tú necesitas. Yo... Por favor... Perdóname.

Derek se tomó de la nuca agachando la cabeza. No se podía sentir peor. Se imaginaba el calvario que debería estar pasando la pelirroja, aunque no podía hacer nada para remediarlo y hacer más pequeña la culpa.

Candice soltó más lágrimas y se ocultó el rostro con las manos. Aunque no había ni un ápice de tristeza dentro de ella, solo una furia contenida que tenía ganas de hacer estallar. Se arrepentirían, los dos. De eso estaba segura.

—¿Por qué? ¿Qué me falta para que puedas amarme? ¿Qué hice mal? O acaso... ¿Hay otra mujer? —Candice preguntó chasqueando la lengua en la última palabra.

Derek tragó saliva y la miró con dolor. Candice lloraba y se estaba rompiendo enfrente de él y le dolía. Después de todo, la consideraba su amiga, y una especial cuando al principio la había conocido. Aunque si era sincero, esa amiga desapareció hacía mucho tiempo, sobre todo, ya no la había reconocido cuando regresó a Detroit.

Derek se había dicho que le hablaría con la realidad, por muy dolorosa que le resultara; más valía una herida que varias, y eso lo conseguiría solo confesándolo todo. Era consciente de que tendría que hacer eso para poder tener algo de verdad con Elena, pero aun así, era difícil herir de esa manera los sentimientos de una persona.

—Candice... Tal vez me odies después de decirte esto, pero... Solo, por favor, escucha esto. Yo no lo elegí, ni siquiera lo sospeché. Solo... pasó —cerró los ojos incapaz de mirarla a los ojos—. Porque no pude ignorar el gran amor que nació de mi interior hacia...

Las palabras quemaban en su garganta al saber el gran dolor que provocaba en otra persona.

—¿Quién? Solo dilo —imploró Candice con un odio envenenado corriendo en su sangre. Pagarás esto Derek, al parecer, no me conociste bien.

—Elena... —contestó él resignado. Le dolía el sufrimiento de Candice pero, si era necesario eso para que pudiera tener a la mujer que amaba con locura, valía la pena. Por sobre todo, estaba dispuesto a luchar por ella.

Candice apretó los puños y apretó los dientes al oírle decir ese maldito nombre. Se levantó y se apoyó en el brazo del sillón, llevándose la mano a la frente.

—¿Qué? No, no puedo creerlo... No puedo creer todo esto. ¿Mi propia amiga me está traicionando? Y tú...

Derek se levantó y no rezongó ante nada. Todo lo merecía, ese era el precio que debía pagar por el amor, pero entonces tuvo miedo. Él solo heriría a una persona, Elena lo haría con sus amigos que sabía que quería con el alma. ¿Realmente estaba haciendo lo correcto? De pronto, se sintió la persona más egoísta del mundo. Si él no fuera tan débil, podría haber desaparecido y no haber provocado todo esto en la vida de Elena.

—No puedo creer que me haya casado contigo... Jamás imaginé que pudieras hacerme esto con... ¡Sabías que era mi amiga!

Al ver el rostro descompuesto de su esposo, Candice supo que su actuación estaba siendo muy realista.

—¿Por qué de entre todas las personas me traicionas con ella? Y de esa... No sabía qué clase de amiga tenía, ahora lo tengo claro. Son de lo peor por hacerme esto.

Derek ni siquiera pudo defenderse. Sin embargo, estaba tranquilo. Sabía del impacto ahora, pero pasaría el tiempo y esperaba que Candice lo superara, porque, de cualquier manera, sentía que ella tampoco lo amaba demasiado, no como antes creía. Y sabía que el orgullo y el coraje eran los que la hacían reaccionar de esa manera a la pelirroja.

—No, Candice. No sabía que era tu amiga cuando la conocí; no sé cómo pasó o cuándo... Solo, cuando tú regresaste, ya no me sentía la misma persona. Y ella tampoco sabía que yo era tu esposo.

—¡Mentiras! —gritó Candice limpiándose las lágrimas de la cara. Y esas eran

de verdad, de furia, de saber —de los propios labios de Derek— la verdad que la hacía perder la cabeza. Elena no se quedaría con toda la fortuna, era de ella. No permitiría que Elena se quedara con lo que siempre quiso para sí misma.

—No te creo. No eres la persona que creía y mucho menos esa perra... Porque eso es lo que es al meterse contigo... —escupió con la voz cargada de odio puro.

Derek apretó la mandíbula, no iba a permitir que la llamara así a ella; a él podría decirle lo que quisiera, pero no permitiría que Elena cargara con eso también. Porque el mayor culpable había sido él, no ella. Elena intentó alejarlo, pero él no se lo permitió. Y ahora estas eran las consecuencias.

—No la culpes de todo, yo soy el único culpable. Ella siempre intentó alejarse de mí, y yo fui tan egoísta para no habérselo permitido, terminé arrastrándola a esto sin que pudiera reaccionar. Si a alguien quieres culpar, culpame a mí.

Candice lo miró incrédula. Lo único que estaba haciendo era aumentar su rabia, y eso era malo.

—De cualquier manera, me estás matando porque yo... —dijo con un sollozo cerrando los ojos. Los abrió y fingió tener una mirada de pesar. Derek estaba en el otro extremo de la sala, tratando de darle su espacio.

—Puedes odíame lo que quieras... No protestaré. Eres libre de decirme lo peor, yo juré nunca hacer esto... Pero..., no sería justo para ti que siguiera contigo. Te mentiría aún más y por eso... Lo mejor es romper esto cuanto antes. No quiero lastimarte más, Candice. Por eso... te pido que firmes el divorcio.

La pelirroja sonrió con tristeza ocultando muy bien su odio, que ahora mismo la estaba consumiendo. La estaba humillando, pero ya se arrepentiría más tarde. Lo tenía todo planeado: le contaría sobre su embarazo cuando llegaran sus padres, lo contaría enfrente de todos, Derek no podría hacer nada.

—Eso lo hubieras pensado antes de irte con mi amiga. No sabes cómo me siento... Y justo este fin de semana van a venir mis padres a felicitarme por mi matrimonio. ¿Qué les voy a decir? ¿Qué me has dejado por mi supuesta amiga?

Derek desvió la mirada, con la culpa en ella. Candice se veía tan deshecha, que estaba comenzando a preocuparlo e inevitablemente quería consolarla. Porque ella era su amiga o, al menos, la había considerado de esa manera. Y tener que hacerle eso, no era fácil.

—Yo...

Candice lo miró suplicante y con el semblante más frágil y derrotado que pudo fingir.

—Pero... Solo te pido una cosa. Firmaré el divorcio, pero después de que se hayan ido mis padres; al menos finge que estás enamorado de mí cuando lleguen ellos. Es lo único...

Derek tragó saliva. ¿Cómo había pasado de parecer tan enojada, tan llena de coraje a...? ¿Estar poniéndoselo todo tan fácil, sin objeciones? Casi resultaba anormal, comprendió, entonces, que la pelirroja en realidad se merecía a alguien que pudiera amarla de verdad. Porque de alguna manera lo que ella estaba haciendo le parecía justo.

—Está bien, si es lo que quieres... —la miró con tristeza—. De verdad, Candice, yo no soy el hombre que necesitas, ya te darás cuenta... —lamentó.

—Aunque si no te molesta... Me mudaré a un departamento. Tú... puedes quedarte aquí hasta que hayamos repartido todos los bienes —aclaró él todavía sin creer que fuera así, sin más. Había pensado que sería un problema mucho más difícil y que de ninguna manera Candice le pondría las cosas tan sencillas.

La pelirroja asintió quitando las últimas lágrimas de su mejilla.

—Está bien... Solo espero que puedas estar aquí en la cena con mis padres. Después de eso... nos divorciaremos. Yo tampoco puedo estar con un hombre que no me ame. Y, aunque me duela que me dejes por la que era mi amiga, no quiero guardar rencor — gimoteó Candice bajando la mirada. Estaba orgullosa; si se hubiera dedicado al cine, sería una gran actriz, sin duda.

Derek asintió y dio dos pasos hacia la salida. Quería huir de ahí; ya el daño estaba hecho, sin vuelta atrás. Ahora seguramente Candice querría su espacio.

—Gracias, Candice... Espero que algún día puedas perdonarme y encontrar a alguien que te quiera por sobre todo. Y... A pesar de las cosas, no he dejado de considerarte mi amiga, por eso decidí hablarte con la verdad. No es justo que te estuviera mintiendo.

Candice sonrió y se encogió de hombros.

—Adiós, Derek —lo despidió.

“Pronto te veré sufrir y quitaré tu sonrisa. No escaparás de mí”, pensó

Candice con una sonrisa en los labios.

Él suspiro y salió de la que por un mes había sido su casa. Ya estaba hecho, ya había pagado el precio por el amor que sentía hacia Elena, aunque ahora lo asaltaba otra clase de miedo. Temía que Elena no pudiera soportarlo y lo dejara. Y si eso sucedía... Estaba seguro, dejaría vivir en paz a todos y se marcharía lejos.

Elena apretó los labios tratando de reprimir una lágrima que quería dejar salir. Jason la había estado ignorando durante todo el día y, aunque aún no le había dicho nada a su hermano Jordán, sabía que pronto todos se enterarían. Y más al saber que ese día Derek le había pedido el divorcio a Candice. Se sentía miserable. Era tan egoísta que prefería su propia felicidad antes que a sus amigos. No le importaba lo que pudiera provocar, mas aun así, no dejaba de doler como el demonio.

—¿Elena? Te estaba buscando —dijo Manón tocándole el hombro.

La chica se volvió hacia su amiga tratando de colocar una sonrisa en sus labios.

—Hmmm ya iba para allá —dijo Elena despreocupada.

Manón entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Es Jason...? Sabes que es difícil esto, Elena y aún más porque ese chico está enamorado de ti... Es obvio. Por eso es que está herido —intuyó su amiga tratando de reconfortarla. No le gustaba ver a Elena de esa forma y, aunque comprendía su relación con Derek, sabía que cualquier otra persona pensaría lo peor de ella.

Elena bajó la mirada derrotada.

—Están siendo las cosas difíciles, Manón, pero bueno, sabía que esto iba a pasar, aun así... me duele —admitió desviando la vista. Manón cruzó los brazos y se recargó en uno de los casilleros.

—¿Estás segura de estar haciendo lo correcto? Porque sacrificarás amistades por amor, Elena, y eso no es nada fácil. ¿Sabes? Me recuerdas a Medea, la protagonista del libro de Eurípides. Básicamente prefirió a Jasón que a su propio hogar.

Elena sonrió al escuchar las comparaciones de Manón.

—Pero, ya, en serio. ¿De verdad harás todo esto? Porque tal vez puedas arrepentirte...

Elena sacudió la cabeza. No, definitivamente estaba segura de su elección. De hacer lo contrario, el dolor de dejar a Derek no se compararía con el que estaba sufriendo ahora mismo.

—Lo amo, Manón. Por sobre todo. Aunque odio el destino. ¿Por qué demonios no lo conocí antes que ella?

—No lo sé, sabes que la vida es una perra. Pero bueno, vámonos. Creo que va a llover y Ian nos está esperando fuera del estacionamiento.

Elena asintió y caminó junto a su amiga hasta llegar al coche de Ian, el chico de ojos verdes que al parecer estaba hablando con Tom, su novio.

—Creo que los vamos a interrumpir —susurró Manón.

Elena sonrió divertida. Cuando se acercaron, el muchacho con el que estaba platicando Ian ya se había marchado.

—¿Cómo vas con él? —preguntó Elena entrando al asiento del copiloto, mientras Manón lo hacía en los traseros. Cerró la puerta abrazándose, ya había comenzado a llover más fuerte y la temperatura había bajado.

—De maravilla —contestó su amigo.

Las dos chicas se la pasaron molestando durante todo el trayecto a su amigo con una pregunta seguida de la otra. Elena lo habría querido llamar a Derek, pero sabía que ahora estaba en el hospital y no deseaba molestarlo durante su trabajo, por lo que lo llamaría después para saber qué había pasado con Candice.

—Bueno, llegamos —dijo Ian estacionando el auto enfrente del departamento de Elena. La castaña se despidió de sus amigos y Ian arrancó el auto; ella se quedó de pie en la acera. Sonó su celular, era Jordan; le pareció extraño, su hermano nunca la llamaba a esa hora. Él se había ido de la universidad antes que ella. ¿Tal vez había olvidado algo?

Contestó la llamada.

—¿Jordan?

—Elena, más vale que te prepares a todo esto cuando llegues —le advirtió su

hermano. Supongo que ya sabes a qué me refiero.

—¿Lo saben?

—Sí. ¿Por qué no me lo habías dicho? —su hermano sonó herido—. Yo jamás podría pensar mal de ti, pero... Los otros no dicen lo mismo.

—Ya te lo explicaré todo, Jordán; sé que sabes cómo soy —dijo Elena con un nudo en la garganta y las manos sudorosas.

—Sí y por eso mismo te voy a defender, pero tienes que enfrentar esto —dijo su hermano antes de colgar.

Elena soltó el aire de sus pulmones y miró hacia arriba, donde se encontraba su departamento.

Había pensado que podría enfrentar eso, pero ahora tenía miedo. Sin embargo, debía recordar que Derek la amaba tanto como ella a él. Y eso era suficiente para enfrentar a todo el mundo si era necesario. Y por más prohibida que fuera su relación.

—Tengo que enfrentar esto —susurró Elena comenzando a caminar hacia la entrada. Si ya sabían toda la verdad, o era que Jason lo había confesado, o que Derek le había dicho la verdad a Candice, de cualquier manera, el resultado sería el mismo.

Con un nudo en el estómago avanzó hasta su departamento y tocó la puerta. Le dolería más que todos, su amiga Chloe. Ella ya sabía de su enamoramiento con Derek, pero Elena había prometido que no intentaría nada, ya sentía la dolorosa opresión en el pecho. No tuvo que esperar demasiado para que abrieran, pero se quedó estática por un segundo al ver quién estaba también. Candice, la pelirroja la estudiaba de una forma que, si la mirada matara, ya estaría del otro lado.

—Miren quién está aquí, la amiga que me quitó a mi esposo —rugió la pelirroja apartándose de la entrada y dejando ver a Chloe, Jason y Jordan detrás de ella, todos de pie a un lado de la sala.

Sus amigos la veían con tristeza, decepción, mientras su hermano parecía librar una batalla interna. Elena negó y entró.

—No es lo que parece... —dijo Elena mirando a la rubia, que sonrió con burla.

Jason parecía abatido y triste. El nudo en su estómago aumentó.

—¿No? Mira lo que has hecho, Elena. Estar enamorada era una cosa y una muy diferente es hacer lo que hiciste. Nunca esperé esto, no de ti... —contestó Chloe con decepción.

No comprendía por qué Elena había sido capaz de traicionar a Candice. Y le dolía que Elena le hubiera mentado todo este tiempo.

—Sé que, si les digo cómo paso todo, no cambiará nada.

—Eres despreciable, Elena, no hay excusas. Preferiste a él por sobre Candice, nuestra amiga, no te importó su sufrimiento —escupió Chloe.

Entonces Elena lo supo, por eso no se sentía lo suficientemente culpable por estar traicionando a Candice, porque ya ni siquiera la conocía y mucho menos como amiga.

—Tal vez porque ya no somos amigas, Candice. La persona que eres ahora no es la que conocí. Y no sé por qué, pero algo me dice que nunca fuiste mi amiga...

—Elena apretó los dientes recordando de repente todas las ocasiones donde ella había necesitado su ayuda y la pelirroja siempre la había ignorado. Tal vez lo había pasado por alto para no buscar problemas, pero ahora, cada detalle regresaba a su memoria de golpe.

Tal vez, Candice, nunca había sido su verdadera amiga y ella había estado sin querer verlo.

La pelirroja soltó una risa.

—No me hagas reír, tú eres la que menos derecho tiene a recriminarme nada, no intentes parecer la buena. Porque no lo eres, eres una pe...

—Cállate, Candice —intervino Jordan con el cuerpo tenso.

Todos los miraron sorprendidos, especialmente Chloe que también lo miraba confundida.

—Pero, Jordan... Mira lo que ha hecho tu hermana. Ni siquiera la reconozco. También me traiciono a mí —recriminó Chloe con un rastro de dolor en su voz.

Jordan negó y caminó hacia Elena.

—Nadie puede juzgarla de esa manera, sobre todo, cuando tal vez no seamos los más puros —esta vez miró inquisitivamente a Candice—. Sea lo que sea que

parezca ahora, sé qué tipo de hermana tengo, Chloe. Tú eres o eras su amiga, pero yo soy su hermano. Hay una diferencia.

Chloe lo miraba apretando los dientes, con la mirada confundida.

—Pero Jordan, sabes en qué lugar queda ella al hacer esto, no la puedes defender —intervino Jason.

Elena no pudo evitar sentir una opresión en el pecho. Estaba perdiendo a sus mejores amigos, sus ojos querían llenarse de lágrimas. Pero era verdad. Había elegido a alguien más por sobre ellos, no tenía excusa.

—Sé quién es mi hermana y no es la que están acusando.

—Me lo esperaba, aunque tu hermanita se haya metido con mi esposo, tú siempre la defenderás verdad. Eso no importa, ella no deja de ser una vergüenza, que no sabe respetar —menospreció Candice mirándolos con odio.

—Di lo que quieras, Candice; lo que dice Elena es verdad. Tú nunca fuiste su verdadera amiga.

La pelirroja mostró los dientes con burla para después centrar su atención en la joven. Elena apartó a su hermano y suspiró. Esto tenía que enfrentarlo ella, no quería arrastrar a Jordan también.

—Tienes razón, merezco todo lo que me dices, pero nunca sabrás mis razones, ni siquiera las comprenderás —Elena miró con tristeza a su amiga rubia—. Sé que es difícil para ti Chloe porque Candice también es tu amiga. Y me equivoqué, debí decirte la verdad completa. Pero desearía que solo pudieras escucharme.

—No es necesario... No puedo creer que hayas sido capaz de esto, Elena... Pensé que las tres teníamos una amistad verdadera —contestó la rubia negando con la cabeza.

Elena tragó saliva tratando de desaparecer el nudo en su garganta. No le dolía Candice, pero sí los dos hermanos rubios que consideraba una de las personas más importantes en su vida.

—No quería que esto acabara así, Chloe —farfulló casi con la voz rota.

Su amiga la miró indiferente. Elena supo que, si le hubiera dicho de su decisión antes, tal vez eso no estuviera pasando. Pero comprendía a su amiga, Chloe sabía de su enamoramiento con Derek, pero ella misma le había

prometido que no intentaría nada con él. Pero, entonces, ¿de quién era la culpa? ¿Era ese sentimiento tan fuerte y tan difícil de aceptar?

—No veo de qué otra forma.

Elena negó reprimiendo las lágrimas que quería soltar. Sabía que eso sucedería, que dolería, pero hasta ahora se daba cuenta del precio de las cosas. Una parte de ella se decepcionaba ya que estaba haciendo lo que nunca se imaginó, pero, cuando estaba con él se sentía tan fuerte y segura, que dejaba de importar el mundo entero. Entonces, supo que el amor te hacía cometer verdaderas locuras y cosas que nunca pensaste hacer antes.

—Vete, Elena, creo que ya no tienes nada que hacer aquí —la despidió Chloe con amargura.

Elena asintió y aguantó las lágrimas un poco más hasta que pudo salir del departamento. No tuvo idea de que Jordan la siguió hasta que él la estaba estrechando en sus brazos. No pudo contenerse más, el sentimiento que la perforaba parecía no saciarse con las lágrimas derramadas. Había perdido a dos de sus amigos, pero el amor lo compensaría, quería pensar. Y tal vez, algún día podría volver a recuperarlos, trató de creer.

—Tranquila Elena, aunque no sé bien cómo son las cosas, te creo. Nunca desconfiaré de ti —aseguró su hermano entre su cabello. Elena trató de sonreír y se apartó de Jordan.

—Gracias, Jordan, pensé que tampoco me escucharías al estar tú con Chloe.

—Elena, eres mi hermana. ¿Crees que no te preferiría a ti antes que a nadie? —preguntó su hermano serio.

Elena asintió con culpabilidad.

—Por favor, no quiero ser la culpable de que tu relación se complique. Déjame esto a mí.

Jordan soltó un suspiro cansado.

—Eso no importa, podrías hacer cualquier cosa y aun así jamás permitiría que te humillen de esa forma delante de mí —dijo su hermano con coraje.

Elena sonrió, pero necesitaba un respiro, estar sola.

—Creo que no me quedaré por aquí más tiempo, no quiero problemas, Jordan. Yo... Por ahora solo quiero estar sola.

Su hermano asintió dándole un beso en la frente.

—Solo llámame estés donde estés y si quieres que te haga compañía, iré, ¿de acuerdo? —expresó su hermano con preocupación. Elena intentó sonreírle para ya no alterarlo más y le dio un abrazo de despedida.

—Lo haré, gracias por esto.

Jordan le sonrió con amor.

—Siempre.

Elena salió del edificio con una presión incómoda en el pecho, sabía que tenía que desahogarse. Le dolía cómo sus amigos habían pensado lo peor de ella y cómo ni siquiera había tenido el beneficio de la duda. Caminó hasta llegar a un parque tranquilo y armonioso, solo con los sonidos de los animales y las risas de algunos pequeños. Se sentó en una banca y se abrazó a sí misma.

Su mirada quedó fija en una pareja joven que pasaba junto a una pequeña niña de rizos largos. No pudo evitar imaginarse de la mano de Derek. Solo estaba enamorada. ¿Por qué todo tenía que ser de esa manera? Deseaba ser libre de cualquier culpa y caminar de la mano como aquel par de jóvenes. Felices, disfrutando de su amor.

Una lágrima silenciosa escurrió por su mejilla que rápidamente limpió con el dorso de la mano. El daño estaba hecho, no había vuelto atrás. Pero el sufrimiento era opcional. Y ella ya no quería seguir haciéndolo. Ese era el precio que debía pagar por su felicidad junto a Derek y comprendió que valdría la pena, si es que las cosas terminaban como en sus sueños.

Se levantó de repente con una necesidad inhumana de estar con él ahora mismo. Comprendió que de nada había servido abstenerse el día anterior, de cualquier manera, el sabor del dolor era el mismo, ese día y ahora. Necesitaba verlo, saber que eran el uno para el otro y nada los detendría, que él era todo lo que necesitaba para seguir avanzando. Sacó su celular y le envió un mensaje indicándole que viniera por ella. No tuvo que esperarlo mucho tiempo de pie en la acera, Derek llegó casi al momento.

De pronto unos brazos cálidos y fuertes la rodearon, provocando que cualquier duda se disipara. Elena lo abrazó con fuerza y escondió su rostro en su cuello. Nunca en unos brazos se había sentido tan segura y completa. No tenían

que decir nada; Derek sabía de lo que había pasado Elena hacía unos minutos, también sabía de lo que los dos finalmente habían enfrentado; sin embargo, gracias a la conexión, al amor y a la seguridad que sentían los dos, todo dejaba de importar.

Derek respiró el aroma de su cabello y, aunque le dolía como el infierno que ella estuviera triste por lo que acababa de perder, se alegró de tenerla junto a él, resguardada en sus manos donde trataría que ella ya no sufriera más. No tuvieron que decir nada durante el trayecto en el auto, sus miradas decían mucho más que cualquier comentario. Podían sentir el dolor de cada uno, pero al mismo tiempo la intensidad de su sentimiento que no dejaba lugar a la duda, enfrentarían cualquier cosa, aun si fuera muy dolorosa.

Habían llegado al nuevo departamento de él, con un único deseo latente en sus miradas. Se necesitaban, ahora más que nunca. Derek pegó la espalda de Elena a la pared después de haber cerrado la puerta; unieron sus labios con frenesí, con desesperación desenfrenada.

Elena rodeó su nuca tomándolo del cabello con fuerza, en un intento de tenerlo más cerca. No le importaba nada, solo quería ser suya y que él fuera de ella. Sintió cómo los brazos de Derek la tomaban de la cintura y la elevaba con facilidad mientras la besaba sin cesar; Elena rodeó con sus piernas su cintura y se aferró a sus hombros casi clavándole las uñas en la carne. El muchacho dejó de besarla y bajó por su cuello tratando de no dejar ni un centímetro de piel sin poder acariciar. Derek sentía el deseo, la pasión, la conexión entre sus cuerpos y sus mismas almas, como si siempre hubieran estado esperando para ese momento. Jamás había sentido tales sentimientos tan arrolladores con ninguna otra mujer. No aguantaba más, quería hacerla suya ya, de una maldita vez.

Elena sintió cómo de pronto él comenzó a caminar hacia su cuarto con ella pegada a su cuerpo y después cómo su espalda sentía la suavidad de las sábanas. Derek no perdió ni un segundo, se quitó la playera negra y quedó con el torso desnudo, fuerte, con los músculos suficientes para hacerla jadear. Elena se maravilló de su cuerpo soltando un suspiro, aunque lo que la hizo temblar fueron sus pozos azules oscurecidos, tan latentes de deseo, de frenesí, de ese sentimiento tan único; la desarmó y la pasión aumentó en su cuerpo. Lo atrajo

aferrándolo por la espalda, acariciando sus hombros anchos y fuertes. Sentía el calor emanar de su cuerpo y su olor tan embriagador que le nublaba los sentidos. La muchacha sintió cómo las manos de él se movieron para quitarle la blusa de un tirón y el sostén en un arrebato.

Derek besó sus labios y bajó por su cuello, llegando hasta sus pechos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Elena cuando sintió el roce de su boca en esa parte sensible de su piel. Entonces Elena sintió cómo sus manos ascendían por sus muslos debajo de su falda ligera y cómo sus labios besaban la piel sensible de sus pechos, ahogó un gemido proveniente desde su interior. Pareció con eso incendiar aún más la pasión entre ellos, la muchacha no fue consciente de cómo Derek ya había logrado quitarle la falda; quedó semidesnuda delante de él y los colores volaron a su rostro al ver cómo él la contemplaba.

El pelinegro sonrió y la miró intensamente, dejando expuestos sus sentimientos, para que Elena pudiera ver en ellos cuánto la amaba y la necesitaba.

—Eres hermosa, Elena —susurró con la voz ronca nublada de deseo—. Y te amo.

Elena se sintió en el cielo con esas palabras y olvidó todo lo demás, ese momento era de ellos, que quedaría imborrable en sus memorias. La pasión y el deseo controlaron sus cuerpos y los dos ya estaban desnudos completamente. Él abrió sus piernas y se posicionó entre ellas, después de haberse puesto el preservativo, antes de acomodarse en su centro; la miró a los ojos, admirándola. Sentía que nunca nadie vencería el amor entre ellos. Elena sonrió ante esas lagunas azules oscuras y profundas y se aferró a su espalda lista para que sus cuerpos se hicieran uno solo por primera vez.

—Te amo —susurró y, sin atrasarlo más tiempo entró en ella con un rugido de placer. Elena lo recibió con un gritito que escapó de sus labios, por la sorpresa de la invasión en su cuerpo; su vida sexual había sido muy escasa, por lo que no pudo evitar sentir molestia. Derek, al notarlo, se quedó dentro de ella sin moverse, esperando a que se acostumbrase su interior. El ardor fue disminuyendo y un nuevo deseo comenzó a recorrerle la piel. Entonces, sin darse cuenta, sus labios cobraron vida rogándole por más, y eso fue lo único que

necesito él para dar rienda suelta a toda la pasión que lo consumía. Sus cuerpos se amaron de todas las maneras posibles llevándolos a la cima del placer, temblando por el arrebatado encuentro. En ese momento comprendieron que sus corazones, después de todo, sí tenían una función aparte de la obvia: amar y, en su caso, amar con verdadera intensidad.

Y al caer la muchacha sobre el pecho de él, agotada, temblorosa y con una sonrisa en los labios después de lo más hermoso que le hubiera pasado nunca, comprendió una cosa: estar ahí entre sus brazos era su verdadero hogar y lo único por lo que lucharía.

Por sobre todo.

Capítulo 22

Deseos

Los días siguientes fueron duros para Elena, mas comenzar a vivir con Derek en su departamento ayudaba demasiado. Era claro que su amistad con Chloe y Jason se había fracturado, por lo que prefería apartarse un periodo de ellos e intentar arreglar las cosas después de algún tiempo. Una parte de ella seguía sintiéndose mal por todo el daño que había ocasionado, aunque todo se difuminaba cuando él la estrechaba en sus brazos. Y era entonces cuando se daba cuenta de que haría lo mismo mil veces más, si el resultado fuera estar con él. Así, sin barreras.

Era un miércoles caluroso, por lo que habían decidido ir al pequeño estanque del claro, donde habían ido cuando apenas se conocían. Esa era la última semana que Elena estaría yendo a la universidad, ya que dos días después saldría de vacaciones. Y, por los comentarios de Derek, ella sospechaba que él estuviera preparándole algo especial.

Derek le abrió la puerta y la ayudó a bajar del coche tomándole la mano. Elena sonrió admirándolo todo y entrelazó sus dedos con fuerza. Caminaron pocos metros hasta llegar al pequeño claro y la fuente de agua que corría limpia y fresca.

Elena se quitó los zapatos para quedar descalza y avanzó hasta el borde donde corría el fluido. Se sentó y dejó que las plantas de sus pies tocaran el agua. Esta era tan clara que incluso podía percibir su propio reflejo en ella. Derek se quedó mirándola bobaliconamente. Era suya, de verdad lo amaba. ¿Qué había hecho para que alguien como ella estuviera con él?

Se quitó la playera y se la colgó en el hombro. Se sentó al lado de la chica que amaba con locura y pudo ver la sonrisa de ella en el reflejo del agua.

—Estoy comenzando a amar este lugar, es tan perfecto —comentó Elena

rebosante de alegría.

En ese lugar, lejos de todos los problemas, se sentía por fin tranquila y feliz. Y junto a Derek, era mucho más de lo que podía pedir. Su paraíso personal.

—Espero que no le tomes tanto amor, si no me pondré celoso —contesto él con tono burlón.

Elena negó riendo y le salpicó el rostro con el agua, mas cambió su expresión cuando vio la mirada retadora de Derek. En un segundo la salpicó aún más de lo que ella a él. La muchacha soltando un gemido volvió a hacer lo mismo.

Así estuvieron por unos segundos hasta que la castaña se dio cuenta de que Derek había saltado al pequeño lago para después aferrar las piernas de ella por si intentaba levantarse y correr.

—Ni lo intentes —se quejó Elena alarmada.

Pero poco pudo hacer, ya que el muchacho tomándola de las caderas sin ningún arma de escape por parte de ella, la sumergió en el agua consigo.

La joven soltó un alarido de sorpresa cuando el agua fría como el témpano cubrió su cuerpo.

—¡Derek!

Fulminó con la mirada al joven al que parecía no afectarle la temperatura del agua e intentó volver a la orilla. Sentía el cuerpo un poco rígido por el frío, pero poco a poco fue siendo más soportable. Derek la tomó de la cintura y la acercó a su cuerpo.

—Si me abrazas no tendrás frío —susurró en el lóbulo de su oreja.

Los brazos de Elena le rodearon la espalda. A beneficio para ella, que no sabía nadar demasiado bien, el lago no era tan profundo. Estaba por debajo de su cuello al menos.

—¿Sabes que no traemos ropa seca? —preguntó Elena apretando los dientes.

La tela se pegaba a su piel. Aunque tenía que admitir que otra clase de sentimiento comenzó a invadirle sintiendo tan cerca a Derek debajo del agua.

—No importa, nos la podemos quitar —contesto él con un brillo intenso en los ojos. Elena rio temblorosa. El frío en su cuerpo prácticamente lo sentía en segundo plano, la cercanía de él ocupaba todos sus sentidos.

—No creo que sea buena idea —musitó Elena sintiendo la boca seca al recordar la noche anterior. Incluso su estómago se contrajo.

—Hmmm yo creo que sí —dijo Derek pegándola más a su pecho.

La muchacha sonrió y extendió los brazos rodeándole la nuca. Derek tomó sus piernas y las colocó en torno a su cintura, debajo del agua el peso no se sentía.

Él tomó sus labios aferrando con una mano su cabeza mientras la otra acariciaba uno de sus muslos bajo el agua. Elena sonrió en medio del beso y atrapó el labio inferior de él entre sus dientes con diversión.

—Chica mala —jugueteó Derek a la vez que ella dejaba de hacerlo.

Elena sujetó con más fuerza su cabello corto, juntando sus frentes y mirándolo a los ojos. Sus pozos azules eran lo más hermoso que había visto nunca. Profundos e intensos.

—Esto es demasiado bueno para ser real —confesó admirando su rostro perfecto.

Derek esbozó una sonrisa y volvió a besarla.

—Sí, es muy irreal que tú también me ames —contestó él recorriendo con la mano izquierda su espalda, que un segundo antes se encontraba en su muslo. Elena cerró los ojos por el placer que le proporcionaba y volvió a buscar sus labios.

Se exploraron con enferma urgencia, buscando obtener el mayor placer, olvidando por completo la temperatura del agua. Para sorpresa de Elena, de un momento a otro Derek rompió el beso y se sumergió en el agua. La chica lo buscó a su alrededor confundida.

—¿Derek?

Cuando menos lo esperó, sintió como dos manos de hierro la tomaban de la cintura y, de pronto, sin más, estaba en los hombros del joven que emergía del agua con una sonrisa triunfante.

—¡Oh, no, bájame! ¡Me voy a caer! —gritó Elena alarmada desde arriba. Apretó las piernas entorno al cuello y al pecho de Derek, pero eso no era suficiente.

—Vamos. ¿No te gusta jugar al caballito?

La muchacha sentía perder el equilibrio y temía caer por detrás. Entonces Derek comenzó a caminar luchando contra el agua, riendo sin importarle los gritos de súplica de Elena pidiendo que la bajara.

—Derek, creo que...

Pero no pudo terminar la frase, cuando se sintió por unos cortos segundos en el aire antes de zambullirse en el agua por completo. Por suerte no tragó agua y salió rápido de la superficie. Fulminó con la mirada al muchacho que se reía a carcajadas a su costa.

—¡Ahg! Eso no fue divertido —soltó Elena enfurruñada acercándose a la orilla y saliendo del agua. De pie, a lado del pequeño lago se volvió para mirar de nuevo enojada a Derek que seguía riendo, pero que al contemplar sus curvas dejó de reírse.

Elena dio un vistazo a su propio cuerpo, por el cambio repentino en Derek en su expresión. Y los colores subieron a su cuello cuando se dio cuenta del porqué él la estaba mirando de esa forma. Prácticamente su ropa interior se transparentaba dejando poco a la imaginación. Y la ropa pegada en todas partes, no ayudaba demasiado.

—Será mejor que vuelvas aquí si no quieres que haga algo muy malo —le advirtió Derek con una mirada perversa en sus ojos zafiro.

El coraje se esfumó para dar paso a la vergüenza en la muchacha.

—¿Qué es algo muy malo? —no pudo evitar inquirir la muchacha.

Derek sonrió y negó con la cabeza con la mirada increíblemente intensa.

—No debiste preguntar eso.

—Sí, entonces, el viernes, o sea, el último día de clases exponemos el trabajo final —respondió Elena tratando de mirar hacia el frente de la carretera y no hacia su sexy piloto sin camisa.

Derek sonrió adivinando los pensamientos de su chica. Dios.

—Vale... Bueno, aparte te quería decir otra cosa —dijo Manón desanimada. Elena se puso seria apretando más el teléfono a su oreja.

—¿Qué cosa?

—Regresaré a Francia dentro de poco, aún no sé cuándo específicamente — contestó su amiga con voz seca.

Elena se mordió el labio.

—¿Pero regresarás, no?

—No, me iré a terminar la carrera allá. Mi padre quiere que esté con él, al menos, los últimos años que me quedan para estudiar. De verdad... que me dolerá dejarlos.

El labio inferior de Elena tembló. Su amiga se iba y quién sabe cuándo la volvería a ver. Apretó los labios tratando de no ponerse sentimental, realmente Manón se había hecho su amiga y la había apoyado mucho más, incluso conociéndola apenas unos meses.

—No puedo creerlo... Esto es... ¿No hay otra opción para quedarte? — preguntó esperanzada Elena con un nudo en la garganta.

—No... Además, mi padre ha enfermado de su corazón. Tampoco quiero dejarlo solo en realidad —se disculpó su amiga francesa.

Elena asintió mirando de refilón a Derek que mantenía una expresión de preocupación.

—Bueno, supongo que será lo mejor para ti. Aun así... me dolerá mucho, de verdad que te he llegado a considerar mi amiga, creo que la mejor —admitió Elena pestañeando para espantar las lágrimas que se arremolinaban en sus ojos café.

—Sabes que tú también significas mucho para mí, Elena.

—Gracias. —Trató de sonreír.

—¿Mañana platicamos con calma? Tengo una llamada de mi padre. De verdad, siento informarte así nada más, pero necesitaba decirlo cuanto antes.

Elena asintió.

—Está bien, cuídate mucho —se despidió y después colgó la llamada.

Soltó un suspiro hundiéndose en el asiento. El frío ya se había pasado gracias a la calefacción del coche y la chamarra de Derek con la que estaba envuelta.

—¿Muy malo? —preguntó Derek dejando solo una mano en el volante para atraer a Elena hacia su cuerpo tomándola por la cintura.

Elena ladeó la cabeza acomodándola en su hombro y la curva de su cuello.

—Manón se irá a Francia pronto. No regresará.

Derek esbozó una mueca, odiaba ver a Elena triste.

—Cuánto lo siento...

—No, solo que de verdad se estaba convirtiendo en mi mejor amiga —suspiró Elena apretándose más a su cálido cuerpo. Aunque no pudo evitar sentir un hormigueo en su piel al mirar de nuevo su pecho desnudo.

“Debería ser un delito ser tan ardiente”, pensó la chica para sus adentros.

Derek sobó su espalda con su mano libre, tratando de reconfortarla.

—Si de verdad son amigas, la distancia no las alejará —aseguró Derek recordando cuando tuvo que separarse de su mejor amigo Mike, si bien, ahora lo visitaba con más frecuencia.

—Lo sé. —Sonrió Elena apartando los sentimientos vulnerables. Volvió a bajar la mirada y esta se quedó en su cuerpo perfecto más de la cuenta.

Derek reparó en ello.

—¿Tan irresistible soy para ti? —preguntó Derek esbozando una sonrisa torcida.

—Eso es jugar sucio, estás prácticamente desnudo y yo estoy enfundada en esta chamarra gigante —refunfuño Elena.

Derek rio sin quitar los ojos de la calle.

—Podrías quitártela, así estaríamos a mano —le aconsejó.

Elena volvió a sentir los colores en su cuello, al escuchar su comentario. Le gustaba su cinismo y cómo la hacía sentir con solo una mirada o una palabra provocativa.

—Prefiero hacerlo cuando lleguemos —dijo Elena con vergüenza.

Derek rio fuerte. Le encantaba que Elena a veces mostrara dos lados completamente diferentes. Hacía unas cuantas horas se habían hecho uno solo en el pasto, con el claro como testigo y, además, el coche también sufrió las consecuencias de su pasión y arrebató. Pero ahora le decía algo mínimo y se ponía roja de la vergüenza.

Derek negó con diversión y bajó del coche.

Tomó las cosas que habían comprado, llenando sus dos brazos. Elena lo siguió por detrás hasta llegar a la cocina. Él sonrió sacando todos los productos.

—Te mostraré mis habilidades culinarias, verás que vivir conmigo tiene sus ventajas —presumió Derek recargándose en la barra de la cocina.

Elena asintió soltando un suspiro al mirarlo. Sin camisa y con unos pantalones oscuros que caían deliciosamente de sus caderas, estaba increíblemente sexy. Sí, esa palabra era lo que más se le acercaba.

—Elena, Dios. Tendrás que aprender que al mirarme así solo provocarás esto —gruñó Derek acercándose a ella en grandes zancadas.

La tomó de la cintura y la sentó en la barra de la cocina, sin importar el lugar que fuera. La muchacha rodeó su cintura con sus piernas y pasó sus manos por su nuca aferrando con fuerza su cabello corto y suave. Derek soltó un rugido y la besó con ansiedad y con fuerza.

Con sus manos Derek quitó la chaqueta que cubría a Elena y la dejó con una ligera blusa que ella se quitó estirando los brazos con ayuda de él. Derek acarició sus muslos por debajo de su falda, provocando un gemido perceptible de los labios de Elena. Eso lo encendió por completo. Sus deseos mutuos controlaban sus cuerpos; la química y el magnetismo que tenían era arrolladora, al igual que el sentimiento profundo que sentían el uno por el otro.

Derek se deshizo con una habilidad asombrosa de la falda de Elena, dejándola solo en ropa interior.

—Dios, te amo como un loco.

Elena se mordió la lengua para ahogar los gemidos que querían salir de su garganta sin control. Aferró sus hombros anchos y duros casi clavándole las uñas de las emociones que experimentaba. Todo estaba siendo tan natural entre ellos y sus deseos eran tan arrebatadores. Elena soltó las manos de sus hombros mientras él le besaba el cuello y la clavícula, para llegar a sus vaqueros e intentar soltarle los botones. Al ver sus intenciones, ayudó a la chica ahorrándole la tarea. No tuvo que pasar mucho tiempo para que se quitaran sus últimas prendas y, sin más, Elena lo recibió aferrándose a su espalda con fuerza. Mientras sus cuerpos se saciaban, al parecer, sin tener suficiente.

Elena sonrió delineando con su dedo las líneas en el pecho duro y suave de Derek. Los dos habían terminado agotados después de muchas sesiones de sexo en la cocina, en la sala y en cualquier lugar que pudiera ser posible.

—Creo que destruiremos la casa si seguimos así... —observó Elena mientras Derek acariciaba su cabello castaño.

La muchacha se acomodó en su pecho y puso su mejilla a la altura de su corazón. Sus latidos eran como música para sus oídos, acompasados y rítmicos.

—No me importaría. Este solo es un departamento, ya habrá tiempo para comprar una casa más grande con muchas opciones donde...

—Dios, cállate —se quejó Elena con pena.

Las imágenes venían a su cabeza de una forma asombrosa. Estaba tranquila por otra parte, porque habían usado protección.

—Por cierto, puedes quedarte tranquilo sobre un posible embarazo. Usamos protección y tomé la pastilla, no creo que tú quieras ahora tener un hijo...

—Hmmm... tener un hijo sería lo más hermoso del mundo, pero por ahora no quiero compartirte, te quiero solo para mí.

Elena rio suavemente y dejó de acariciar su pecho, para rodearle la cintura. La muchacha sintió un roce en la coronilla, tal vez fueron sus labios. De pronto vino a su mente un pequeño niño idéntico a Derek, acurrucado en sus brazos. Una sonrisa involuntaria salió de sus labios y se asustó un poco. Nunca había pensado en tener un bebé ahora, ni siquiera se veía en esa situación, pero imaginándolo como el hijo de Derek, todo cambiaba.

—Te amo, Derek. A pesar de lo difícil que fue esta decisión, no me arrepiento de nada. Volvería a hacer lo mismo mil veces si termino así, en tus brazos. Para siempre...

—Tú eres mi vida entera, Elena; sonará extraño, pero... desde la primera vez que te vi, cambiaste todo mi mundo y supe que no serías indiferente para mí. Sabía que eras especial.

—¿Tú querías de verdad a...?

—Como ya te había dicho, confundí todo. Es de lo que más me arrepiento en la vida, casarme por compañía y por miedo a estar solo, no por amor.

Elena sintió un ligero dolor en la voz de Derek al decir esas palabras. La

muchacha alzó el mentón y se dio cuenta de que Derek mantenía la mirada fija en el techo, ocultando sus emociones.

—Pero ve lo bueno de esto, si nunca te hubieras casado... jamás nos hubiéramos conocido, aunque tengo que confesar que daría todo por regresar el tiempo y haberte encontrado primero.

Finalmente él sonrió y bajó la mirada acariciando una de sus mejillas.

—De verdad, no sé qué hice para merecer a alguien como tú —susurró Derek acariciando su mejilla y su cuello.

Elena se sonrojó y bajó la vista, su intensa mirada provocaba efectos en ella. Aunque, por otro lado, la muchacha pensaba lo contrario respecto a lo que él acaba de decir. Derek era lo mejor que le había pasado y más de lo que se sentía capaz de merecer.

—Por cierto... ¿Se puede saber el lugar misterioso donde piensas llevarme? —preguntó Elena cambiando de tema, también comenzando a ser vencida por el cansancio de todas las especiales actividades de ese día.

—Bueno, ya que sales de vacaciones, pensé en escaparnos a algún lugar, algo para nosotros. Y mmm... el sábado lo descubrirás por ti misma.

Elena entreabrió los labios.

—¿No habías dicho que el domingo?

Derek esbozó una mueca recordando la última promesa a Candice, no sabía cómo lo tomaría Elena, pero aun así esperaba que no se pusiera triste o incómoda.

—Candice me ha pedido que cene con sus padres el domingo, dice que es lo último que me pedirá. Después de eso, firmará el divorcio sin oposiciones —el joven sin embargo, pudo sentir a Elena tensarse bajo su piel.

—¿Una cena? —preguntó ella con desconfianza. Trató de relajarse, pero ahora no se fiaba por completo de Candice, ya no era como antes.

Derek sonrió tratando de tranquilizarla a la vez que le acariciaba la espalda en movimientos suaves.

—Solo será una cena y pienso irme de ahí una vez que termine aquello; tranquila, Elena. No tienes nada de qué preocuparte, todo estará bien. ¿De acuerdo?

Elena asintió tratando de sonreír, pero una sensación incómoda comenzaba a sentir en su pecho. Cerró los ojos y trató de convencerse que estaba siendo muy dramática.

—Sí, confío en ti Derek —musitó Elena casi arrastrando las palabras, los ojos se le cerraban.

—Descansa, Elena, creo que acabé con todas tus energías y no quiero ser el culpable de tus mareos por la mañana —escuchó la voz divertida de Derek.

Ella sonrió y soltó una risa queda.

—Fanfarrón —gruñó antes de cerrar los ojos perdiendo la consciencia entre la calidez y seguridad que solo sus brazos le proporcionaban.

Candice esbozó una sonrisa mientras se vestía de nuevo con sus prendas que habían quedado esparcidas en el suelo de la habitación de Thomas. Él la miraba deleitado desde la cama. Sí, ellos llevaban una relación de amantes desde hacía algún tiempo.

—Nunca me cansaré de decir que eres una diosa en la cama, la verdad es lo único por lo que me atreví a engañar a Elena.

La pelirroja soltó una carcajada mientras se abotonaba la blusa.

—No te engrandezcas. Sabes que yo lo hago por la misma razón, idiota. Es lo único que haces bien —espetó Candice con arrogancia.

Thomas se rio y cruzó los tobillos estirando sus piernas.

—Como sea. ¿Será el domingo? Ya quiero ir a consolar a mi niña bonita... —dijo Thomas lamiéndose los labios.

La pelirroja se acercó a él y lo besó una vez más.

—Eres buen amante, lo admito. Pero te aconsejaría olvidarte de esa niñita y buscar a una mujer de verdad. Alguien como yo —encaró la muchacha.

Thomas la miró con deseo y un dejo de diversión.

—Ya será mi decisión, aunque trataré de seguir tu consejo —admitió él.

La pelirroja se alejó triunfal de la cama. Se puso los tacones y miró a Thomas antes de salir por la puerta.

—Bueno, cuando tenga seguro mi matrimonio, te daré el dinero que necesitas

—dijo la pelirroja apretando los labios.

Todo estaba demasiado bien, Thomas había dicho que no reclamaría a su hijo, con tal de recibir el dinero y quitarle a su primo la chica que después intentaría recuperar. Derek no podía quedarse con todo, no lo permitiría.

—Estaré esperando —dijo el joven, antes de que Candice cerrara la puerta detrás de sí, con sus pasos que resonaban en el pasillo.

Capítulo 23

Su ángel

Elena esbozó una mueca.

—Aun así, no dejo de preocuparme.

Manón se mantenía flotando boca arriba en el agua. La castaña estaba sentada al borde de la alberca. Elena y Ian habían ido a la casa de Manón para pasar el día con ella, ya que la noticia de su regreso a Francia los había afectado. Realmente los tres chicos habían forjado una amistad de verdad.

—No pasará nada, Elena, te preocupas demasiado. Piensa que tal vez él se sienta en deuda y por eso ha aceptado cenar con ella, porque dices que después se divorciarán y ya nada los atará. ¿No es eso bueno? —preguntó Ian nadando en círculos en la alberca, alrededor de Manón.

—No lo sé, pero no quiero pensar más en ello —susurró Elena sacudiendo la cabeza.

—Mejor cuéntanos a dónde te va a llevar Derek. Dices que salen desde temprano de aquí, debe estar algo lejos.

—Sí, supongo. Aunque tampoco creo que salgamos del país —dijo Elena.

Ahora mismo Derek estaba en el hospital, ese día había tenido mucho trabajo, por lo que ese viernes Elena lo había aprovechado para estar con sus amigos, y mañana pasaría todo el día junto con Derek en su escapada.

—Bueno, por qué no vas a la cocina por las papas fritas —le pidió Manón haciendo puchero.

Elena asintió sin discutir. Se levantó con cuidado del borde de la alberca y con los pies descalzos fue hasta la nevera. Sacó un bote de helado y tomó las papas que estaban sobre la mesa.

Antes de volver sacó el celular de su bolsa que estaba en uno de los

percheros. Eran casi las ocho de la noche, y el frío no era obstáculo para que ellos pudieran nadar, ya que la alberca tenía calefacción. Elena volvió a leer el último mensaje de Derek, enviado antes de que ingresase al hospital:

No puedo evitar extrañarte todo el tiempo que no estás conmigo.

Suspiró un par de veces y revisó los demás mensajes que tenía sin leer. Dos eran de su hermano preguntándole si estaba bien y a dónde iría con Derek, lo cual respondió exceptuando la segunda pregunta.

Cuando volvió a guardar el celular, este comenzó a sonar. Era una llamada de su madre. Elena frunció el ceño, a esa hora nunca hablaba. Casi siempre se comunicaban los fines de semana.

—¿Mamá?

—Hija, me alegra oírte —respondió al otro lado de la línea—. Tu hermano me ha contado todo lo que tú no me has dicho con tanto detalle —acusó con reproche.

Elena arrugó la frente.

Casi no daba demasiados detalles a sus padres. Su madre solo sabía que tenía novio, si así se podía llamar. Ya que, si le contaba toda la verdad, no lo comprendería. Y seguramente Jordan le había contado sobre su salida.

—Bueno, sí... Sobre eso, mañana saldré con un chico, tal vez pasemos a visitarlos.

—Está bien, mi niña, ya eres mayor para tomar tus decisiones. Pero quisiera que no me apartaras demasiado...

—Lo siento mamá, la verdad es que se me ha pasado. Pero no te preocupes, estaré bien. El domingo ya estaré aquí —sonrió Elena mirando por la ventana a sus amigos que la llamaban quejándose de su tardanza.

—¿Ya saliste de vacaciones? —preguntó su madre.

—Sí, hoy salí. Y bueno, me olvidaré un poco de la universidad... ¿No te molesta que salga, verdad?

—¡No! Claro que no. Está bien, pero me pone un poco nerviosa. Aunque no conozca a ese muchacho, sé que eres una joven inteligente y no escoges a cualquiera... Y si nos pueden visitar, estaré encantada.

—Él es confiable, mamá, no te preocupes y sí..., si está en nuestro camino, lo haremos. —La chica intentó calmarla.

—Está bien, mi amor. Solo cuídate mucho, por favor, sobre... Ya sabes, eres joven y aún no querrás una responsabilidad más y...

—¡Mamá! Soy muy consciente de eso, no me lo digas —rogó Elena con los colores en su rostro.

—Bueno... Pero por lo que más quieras, me llamas cuando llegues al lugar donde irán y también cuando regresen. ¿De acuerdo?

—Sí, mamá, no lo olvidaré. Y por cierto, ¿cómo está papá?

—Bien, afortunadamente; se ha estado tomando todos los medicamentos y no ha tenido ninguna complicación. Aunque cuando tengan tiempo ahora que son vacaciones, podrían venir a vernos tu hermano y tú.

—Sí, mamá, lo prometo. Bueno, tengo que colgar si no quiero que mis amigos enloquezcan aquí.

—Claro, no te quito más tu tiempo, después me llamas. Cuídate mucho, hija... Te quiero.

—También te quiero, mamá —se despidió la joven antes de colgar.

Tomó las cosas y se dirigió a la piscina con una sonrisa.

—Pensé que te habías desmayado —se quejó Ian saliendo de la alberca chorreando el agua de sus pantalones cortos.

Elena abrió la bolsa de frituras y la extendió sobre la mesa.

—Mi madre me llamó, al parecer, Jordan le ha dicho sobre mi salida con Derek —informó Elena con una mueca.

Manón se acercó a ellos envuelta en una toalla.

—¿Y qué dijo? —interrumpió su amiga tomando una papa llevándosela a la boca. Elena frunció los labios.

—Que quiere conocerlo pronto y... Lo que todas las madres aconsejan sobre el sexo —respondió Elena desviando la mirada.

Ian soltó una carcajada.

—Yo también lo aconsejo; no sé, pero algo en ti ha cambiado. Siento que cuando mantenemos una vida sexual activa, en la mirada puede apreciarse un

brillo diferente, así como el...

—¡Cállate, Ian! No quiero que me estés imaginando de esa forma.

Su amigo volvió a reírse y provocó las muecas de sus dos amigas.

—Bueno ya, pero tengo razón.

De pronto el celular de Ian comenzó a vibrar en tono de llamada, el chico casi corrió por este hacia su mochila y en el trayecto por poco se resbala cerca del borde de la alberca.

—Todo un encanto —suspiró Manón con una sonrisa.

Después de una hora, ya entrada un poco la noche Elena comenzó a guardar todas sus cosas, Ian y Manón habían acordado quedarse hasta tarde viendo películas de terror.

—Elena, quédate con nosotros —Manón esbozó un puchero.

—Será la última noche que pases sola, las que siguen tendrás suficiente, vamos. No seas golo...

—Ian —advirtió Elena fulminándolo con la mirada.

Su amigo al parecer había encontrado con qué molestarla. Manón juntó las manos.

—¿Sí? La pasaremos bien.

Elena suspiró. Mañana saldría temprano con Derek, mas entonces recordó que Manón pronto se marcharía, así que decidió quedarse más tiempo; además, Derek seguramente saldría tarde del hospital.

—Está bien, me quedaré —asintió.

Derek abrió los ojos de golpe. Su corazón martillaba en su pecho, pero se tranquilizó al saber a Elena acostada sobre su pecho. Había tenido una pesadilla, una en la que Elena se alejaba de él y lo dejaba deshecho por completo. Acarició la espalda desnuda de su querida y llenó su mente de todo lo que pasaron hasta llegar agotados a la cama. Sentía que cada día la amaba más, el amor que podía sentir era fuerte y verdadero.

Elena seguía plácidamente dormida; aprovechando esto, salió de la cama, lo que provocó un suave quejido de la muchacha, aunque ella volvió a taparse con

las sábanas. Derek sonrió y le dio un beso en la frente antes de apartar los cabellos de su rostro tranquilo y hermoso.

Encendió la computadora de escritorio y se puso a buscar algunos lugares que contaran con cabañas, no muy retiradas de la ciudad. La verdad era que había querido llevarla a otro lugar, mas con el inconveniente de la cena del siguiente día, había cambiado de planes.

Cuando perdió las esperanzas de hallar una, finalmente encontró unas cabañas rentables a solo una hora de distancia. Suspiró aliviado. La descripción era perfecta. Se encontraban en medio de la maleza de árboles y, para su suerte, una cascada al lado de estas.

Derek hizo el contrato por internet siguiendo todos los pasos y sonrió con triunfo cuando ya estaba todo terminado. Miró la hora en el reloj de su muñeca, apenas eran las seis y media de la mañana.

—¿Derek?

En ese momento escuchó a Elena incorporarse sobre el colchón. Se volvió hacia ella acercándose y se sentó al borde de la cama. Se quedó por un momento contemplando la belleza de su chica, era absolutamente hermosa para sus ojos. Elena cubrió su cuerpo desnudo con las sábanas y frunció el ceño tratando de ocultar su inminente nerviosismo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó avergonzada.

—Porque eres hermosa, Elena —respondió él como si fuera lo más obvio del mundo.

—Vale, ya.

Le encantaba que Derek, así de perfecto como él era, pudiera verla de la misma manera a como ella lo veía.

—¿Qué hacías con la computadora? —preguntó la chica levantándose de la cama con la sabana envolviendo su cuerpo.

Derek soltó una carcajada.

—No tiene caso que te cubras, conozco tu cuerpo mejor que tú misma —dijo él con cinismo.

Elena lo fulminó con la mirada.

—Cállate —lo regañó ella con el cuello rojo por su comentario indecente.

Le encantaba su cinismo con ella. Aunque sabía que era una tontería que se cubriera porque los dos ya se conocían más que bien, aún le daba vergüenza. Sí, un poco estúpido.

—Y bueno..., estaba buscando el lugar perfecto para hoy —admitió Derek recostándose en la cama con los brazos detrás de la nuca y los tobillos cruzados.

—¿Y encontraste? —preguntó Elena preparando su neceser para ducharse.

—Sí, no está muy lejos, solo a una hora de tiempo. Es una cabaña acogedora... Te encantará, y la tendremos solo para nosotros —dijo él dedicándole una sonrisa.

Elena asintió frunciendo los labios.

—Eso es genial... Bueno, supongo que todavía tenemos algo de tiempo para irnos, ¿no?

—Sí, pero es mejor que te metas ya a la ducha, mi querido amigo —insinuó el muchacho con morbo.

Elena sacudió la cabeza con una sonrisa y se metió al cuarto de baño. Abrió el grifo e inmediatamente el agua comenzó a salir caliente, le encantaba que el agua quemara su carne, aunque al final del baño su piel estuviera rojiza por unos minutos. Mientras se limpiaba el cuerpo recordó la noche anterior.

Cuando se terminó el agua caliente salió del baño envuelta en una toalla, y se encontró a Derek haciendo ejercicio en el suelo y por un momento se le cortó la respiración. Los músculos de su espalda se contraían cada vez que levantaba su cuerpo su torso, y no pudo evitar maravillarse de su cuerpo.

El joven se incorporó soltando el aire de sus pulmones mientras gotas de sudor le surcaban la frente y el nacimiento del cabello negro.

—El ejercicio por la mañana es lo mejor del mundo —declaró él tomando una toalla para secarse el torso. Elena asintió pensando en que había dejado de ir con regularidad al gimnasio. Solía ir a veces con su amiga Chloe, recordó. Un dolor agudo le apretó el pecho al pensar en ella.

—Tendré que seguir una rutina si no quiero engordar —dijo Elena con una sonrisa borrando el pensamiento de su antigua amiga, Chloe.

—Sí, creo que estás engordando —se burló Derek mirándola de arriba abajo.

Elena lo miró, de repente, preocupada. Derek puso los ojos en blanco y se acercó a ella.

—Es broma, Elena. ¿Sabes cuántas miradas hay sobre ti todo el tiempo? No te das cuenta, pero atraes a casi todo el mundo.

El corazón de la castaña hiperventiló en su pecho, agitándose por sus palabras. Él mirándola fijamente le quitó la toalla que acabó en el suelo, y la dejó desnuda antes sus ojos. La muchacha se cruzó de brazos con las mejillas encendidas.

—Pero eres solo mía —susurró él. Elena sintió un calor en su vientre, le gustaba esa manera de hacerla sentir deseada como nadie, pero la vergüenza la invadió.

—¿Tienes que hacer esto todo el tiempo? —se quejó Elena colorada sintiendo la intensidad de la mirada de él sobre ella.

Derek la tomó de la cintura y le acarició la mejilla.

—Creo que ya sé que haré para ver ese color rojo en tus mejillas —masculló Derek antes de besar sus labios que le respondieron con fervor. Sintió sus pequeñas manos rodearle el cuello para aferrar su cabello con fuerza, eso lo encendió.

Elena lo besó aumentando el ritmo y, un segundo antes de que él la cargara y la llevara a la cama, se escurrió de sus brazos con una sonrisa triunfante en los labios.

—Tu castigo por hacerme avergonzar —comentó Elena con una risita tomando la toalla para volverse a cubrir.

Derek la observó con los brazos cruzados.

—¿Ahora comenzaremos con castigos? —preguntó él alzando una ceja—. Porque se me ocurren unos muy buenos.

Elena sacudió la cabeza.

—Fanfarrón —lo criticó mientras comenzó a sacar ropa del armario para cambiarse.

Después de una hora Elena y Derek ya habían terminado de preparar todo para su pequeña escapada. El joven había preferido llevarse la Chevrolet y no el Mercedes, ya que en la cajuela llevarían las motos de carreras.

—Pensé que ya no las tenías —dijo Elena emocionada al verlas.

Derek le sonrió mientras se ponía la chaqueta negra de cuero.

—Las quería utilizar de nuevo, pero contigo. Por eso no las moví —le explicó él antes de subirse al asiento del piloto. Elena esbozó una sonrisa.

—¿Ahora sí tendremos una carrera de verdad? —preguntó Elena cerrando la puerta del asiento contiguo. La chica se acercó a él apoyando su cabeza en el hombro de Derek.

—Sí, pero dudo que a tu padre le agrade la idea —dijo Derek encendiendo la camioneta.

Elena frunció los labios. Habían decidido ir a visitar a sus padres antes de ir a la cabaña, ya que quedaba de paso.

—Podrías decir que son de un amigo —Elena se encogió de hombros.

Sabía de sobra de la reacción de su padre si se enterara de que su hija había montado de nuevo una moto de carrera. Elena ya le había contado a Derek sobre por qué tenía prohibido conducir esas motocicletas.

—Mejor no diré nada, quiero agradecerles a tus padres. Imagínate lo que pensarán de mí —dijo Derek fingiendo temor.

Elena reprimió una carcajada, mientras, miraba los árboles que se convertían en un borrón, producto de la velocidad a la que iba la camioneta.

—Es capaz de encerrarme en un cuarto antes de que corra en una moto —se burló Elena arrugando la nariz.

Derek suspiró mientras una de sus manos dejaba el volante para acariciar la melena de la muchacha.

—¿Les gustaré? —preguntó un poco nervioso.

Elena se mordió el labio tratando de ocultar una sonrisa.

—Les encantarás, siempre y cuando no hables de motos —le aconsejó Elena.

—Está bien, creo que estoy preparado —indicó aumentando la velocidad al entrar a la carretera.

Después de casi una hora, Derek aparcó la camioneta frente a la casa de los padres de Elena. Esta estaba cerca de la carretera, se veía muy acogedora. La casa azul era de dos plantas, y un jardín bien cuidado les daba la bienvenida.

—¿Listo? —preguntó Elena antes de bajar de la camioneta.

La muchacha tomó su mano una vez que estuvieron frente a la puerta de la casa donde había vivido toda su vida.

Elena tocó la puerta e inmediatamente apareció su madre dando un grito de sorpresa y abrazando con efusividad a su hija.

—Dios, me alegro tanto de verte —chilló su madre acariciando a su hija mientras seguía rodeándola con sus brazos.

Elena sonrió, asintió y después se separó y miró a su acompañante.

—Madre, él es Derek —presentó al chico casi con devoción.

La señora, que vestía unos pantalones sencillos y una blusa rosa, le sonrió con arrugas en las comisuras de sus labios.

—Encantada, muchacho —su madre le tendió la mano, a lo que él la correspondió gustoso—. Eres muy guapo, ya veo porque mi hija...

—¿Julia? —interrumpió Elena fulminando a su madre llamándola por su nombre de pila.

Derek contuvo una sonrisa al mirar el rostro de su chica, después la tomó de la cintura acercándola a él con mano de fierro. La señora de unos cuarenta y tantos años los invitó a pasar.

—Vamos, hija, tomemos confianza —consintió su madre mientras caminaban hacia la sala.

El padre de Elena, sentado en uno de los sillones, la recibió embelesado. Ella le dio un gran abrazo y junto con Derek, tomaron asiento enfrente de él.

—Como ya te había platicado, papá... él es Derek, mi... —Elena hizo una pausa dubitativa. Derek aún estaba en trámites de divorcio, por lo que aún no era oficialmente soltero y tampoco la palabra “novio” sonaba bien para ellos.

—¿Sí? —su padre la apremió.

—El hombre que amo con todo mi corazón —terminó Elena, sin saber qué otra cosa decir. De refilón pudo darse cuenta de la enorme sonrisa en los labios de Derek, que parecía divertido.

La pareja Fuster los observó por unos instantes y después se miraron entre ellos.

—Lo siento, Marco, al parecer ya tendremos pronto un nieto —anunció su madre de la nada.

Elena la miró de nuevo rogándole que no dijera nada más.

—¡Mamá! Vas a incomodar a Derek —intervino su hija, que quería desaparecer.

Su madre siempre había sido demasiado confianzuda con cualquiera de sus amigos y, ahora, tendría que haber imaginado que sería mucho más.

—No, por supuesto que no —dijo Derek dejando perpleja a Elena—. Es más, nos lo estábamos planteando hace algunos días...

—Bueno, basta de hablar sobre bebés ¿no? —Elena sacudió la cabeza, incómoda.

Derek le apretó la mano sin quitar su sonrisa burlona. Elena suspiró cuando su madre no se dio por vencida y siguió charlando con Derek.

Dios, eso le resultaría más complicado de lo que pensó.

Su sufrimiento con la plática de Derek y sus padres no pudo haber sido más incómodo para ella, solo faltaba que su madre le preguntara sobre los posibles nombres para bebés y el lugar donde se celebraría la boda.

Los dos se despidieron finalmente de los señores y regresaron a la camioneta, Derek con una sonrisa casi dibujada en los labios y Elena enfurruñada con los brazos cruzados.

—Ven aquí —dijo él antes de encender el motor.

Elena se corrió más del lado de la ventana, lejos de los brazos de Derek.

—No —cortó cada vez con menos fuerza de voluntad.

Él entrecerró los ojos.

—Si no te acercas ahora mismo, no dormiremos juntos esta noche —la retó.

Elena lo miró conteniendo una carcajada.

—Pero por Dios, si eres tú el que menos se contiene. No me puedes chantajear con eso —se defendió Elena con burla.

Derek suspiró y se rascó la mejilla.

—Hmmm..., Elena —comenzó a decir con lentitud; la muchacha lo observó con atención—. Todo lo que le dije a tu madre es cierto, así te asuste un poco...

Es que entiéndelo, tú ya eres mi futuro.

Elena entreabrió los labios conteniendo las ganas de acariciarlo, ahí mismo, frente a la casa donde solía vivir cuando era una niña.

—Pero qué aprovechado... —Elena lo miró inquisitivamente rindiéndose ante su enojo. Aunque no pudo evitar un calor en su vientre al escuchar sus palabras.

Amaba con locura a Derek, aunque aún no podía hacerse la idea de que él también la incluía en su vida para siempre—. Lo dices en...

—Dios, Elena. Sí que me la pones difícil. ¿De cuántas maneras tendré que demostrarte que te amo para siempre? ¿Qué nunca permitiré que te alejes de mí?

Elena sonrió y una lágrima silenciosa recorrió su mejilla. Su corazón se infló de tanto amor recaudado en él y acercándose finalmente a su chico, deseó con todas sus fuerzas que tuviera a Derek para siempre en su vida.

—Te amo —admitió Elena aferrándose a sus brazos cálidos y fuertes, que se habían convertido ya en su lugar favorito.

El muchacho besó la frente de la chica y con una mano rodeándola, puso en marcha la camioneta hacia la cabaña. Un viaje de una hora les esperaba ante la carretera.

Minutos después, la muchacha ya se había quedado dormida apoyada en el dorso de Derek. El joven la contemplaba de vez en cuando, mientras conducía por la autopista. Comenzó a recordar todos los momentos junto a la chica que estaba a su lado y una sonrisa se extendió en su rostro. Su cuerpo reaccionaba incluso pensándola y, con el calor de su cuerpo cerca de él, todo se sentía mucho más vivo y real.

—Eres mía, chiquilla, solo mía —susurró para sí mismo, tratando de que al pronunciar esas palabras, se hicieran realidad.

De pronto, su celular comenzó a sonar irrumpiendo en el silencio de la camioneta. Era su hermana, Caroline.

—¡Derek!

—Hey, Caro, tranquila. No grites —pidió Derek por milésima vez alejando la bocina de su oído.

Escuchó la risa de su hermana al otro lado de la línea.

—Bueno, te tengo una buena noticia, el lunes estaré llegando a Detroit por la noche... para que me digas absolutamente todo, nada de resúmenes como me cuentas por teléfono.

Derek suspiró. Caroline estaba más que encantada al saber que Derek ya se estaba divorciando de la pelirroja.

—Está bien, Caro, aquí te espero.

—Y quiero conocer a Elena; por cómo me hablas de ella, no contengo las ganas de verla y también, de arreglar cuentas con Candice —determinó su hermana.

—Tranquila, Caroline, tómallo con calma.

—Está bien, hermanito. Te dejaré disfrutar, te vuelvo a marcar cuando esté por llegar. Adiós, te quiero mucho.

—Yo igual, Caroline, adiós —se despidió antes de colgar la llamada.

A su lado, Elena seguía plácidamente dormida ajena a todo a su alrededor. Derek le sonrió y volvió a mirar la carretera con sus sentimientos expuestos a sí mismo. Entonces comprendió que nada separaría a su ángel de él, ni siquiera la muerte.

Un vacío extremo en el pecho. Sus manos estaban sujetadas a algo que dolía, mas no podía darse cuenta de qué era. Poco a poco todo el cuerpo comenzó a doler en varios puntos. ¿Dónde estaba y por qué no podía ver nada?

Sus ojos pesaban toneladas. Con gran esfuerzo respiraba y, con las ganas que quedaban en ella, logró entreabrir los ojos a duras penas. Oscuridad, era lo único que veía. Su cuerpo tembló y las lágrimas se derramaron de desesperación.

Elena se despertó de golpe, removiéndose entre la superficie suave bajo su cuerpo. De pronto, sintió cómo unos brazos la atraían hacia un pecho cálido, Derek. Las lágrimas de la pesadilla aún se amontonaban en sus ojos. Desorbitada, se incorporó sobre la cama y su compañero la miró ansioso.

—Tranquila, mi amor, solo fue una pesadilla —aclaró la voz de él.

Elena logró calmarse en cuanto escuchó ese timbre que tanto amaba, sin embargo, aún la sensación de peligro no se apartaba de su mente.

—Fue tan real... —su voz se perdió en sus pensamientos—. Pero, estábamos en la camioneta, como...

—Ni la música más alta te hubiera despertado, al parecer necesitabas un buen descanso —le sonrió Derek, haciéndola olvidar el miedo de su pesadilla—. Diablos, debe ser mi culpa. Tendré que contener mis ganas de ti todo el tiempo, si no quiero que te desmayes de este modo...

—¿Siempre tienes que hacerme enrojecer con tus comentarios cínicos? —se quejó Elena volviendo a acurrucarse junto al cuerpo de Derek. Escondió su cabeza en la curva de su cuello besando su piel.

—Te ves linda cuando te sonrojas.

—Para ti siempre me veo así, no tendrías que decirlo. Serás el culpable de que pronto no me arregle lo suficiente —sonrió Elena levantándose de la comodidad de la cama.

—Me gustas como sea, Elena, porque, más que de tu físico, ya me enamoré de tu alma —confesó él, haciéndola derretir ahí mismo, junto a él, donde deseaba estar por siempre.

Capítulo 24

Eres mía

Derek se acercó por detrás de la muchacha y la alzó en el aire tomándola por las caderas, Elena soltó gritos de sorpresa y diversión mientras veía cómo todo giraba a su alrededor. Él la depositó nuevamente en el suelo y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Me has dejado mareada —se quejó Elena viendo como los árboles de su alrededor se movían. Derek soltó una risa entre dientes y rodeó con sus brazos la cintura de la chica.

—Eso te pasa por haberme ganado —le susurró en el oído.

La vista de Elena volvió a la normalidad y giró para mirarlo con una sonrisa abierta en los labios.

—Me has dejado ganar, ¿verdad? —arrugó la nariz.

Derek negó aún sorprendido.

—No, en verdad. Al parecer eres muy peligrosa en una moto —se burló él tomándole la mano comenzando a introducirse entre los árboles, donde estaba la cabaña.

—Entonces, me la creeré —sonrió Elena admirando la naturaleza de su alrededor. Los grandes árboles mecían sus copas acompañando al viento y los únicos sonidos que se escuchaban eran los cantares de los pájaros; algunas ardillas que se habían dejado ver y hasta mariposas ya había atrapado Elena.

A unos cincuenta metros de la cabaña se encontraba la cascada donde habían ido a remojarse hacía un rato. Y también, donde su pasión se había desatado y la muchacha había agradecido que las demás cabañas estuvieran separadas a una buena distancia.

Derek abrió la puerta de madera para dejar pasar primero a Elena. Cerró la

puerta tras de sí y acto seguido tomó a su amada entre sus brazos, cargándola como a un bebé.

La muchacha sorprendida le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Quieres darte una ducha conmigo? —preguntó él con las pupilas dilatadas de deseo.

Elena sintió su boca secarse. Era la primera vez que se metería con Derek bajo la regadera.

—Sí —aceptó sintiendo un cosquilleo en la nuca.

Derek sonrió y unió sus labios con los de ella. Se sentía en la misma gloria; junto a Elena, todo dejaba de importar.

Sin más, entraron al gran baño entre risas y besos. Derek depositó a la castaña en el piso antes de cerrar la puerta. Abrió el grifo de la regadera y esperó a que esta se calentara un poco, para luego meterse y sentir cómo el agua comenzaba a empapar su cuerpo. Derek extendió su mano hacia Elena, que lo miraba con admiración y un brillo intenso en los ojos. Ella sonrió y apretó su mano, para después adentrarse con él bajo el agua.

Sus ropas se empaparon rápidamente con el agua templada cuando, de pronto, sintió cómo Derek comenzaba a quitarle la blusa, Elena captando sus deseos lo ayudó con la tarea. Bajo el agua que escurría por sus cuerpos, se quitaron sus ropas uno a otro. Elena sentía todo, cada fibra de su ser latente de deseo y amor, como nunca antes.

Cuando ninguna tela les estorbó, él comenzó a acariciar su cuerpo con el jabón, haciendo suspirar de placer a la muchacha. La rodeó con los brazos y así fue pasando el jabón por todo su cuerpo, hasta llegar a la parte de su cabello, donde tomó un poco de espuma para esparcirlo por este. Elena sonrió mientras él le acariciaba la cabeza con los dedos, lavando su cabello. Una vez terminado, Elena comenzó con el mismo proceso deleitándose una vez más con el glorioso físico de él. Finalmente, cuando ningún rastro de jabón cubría sus cuerpos, Derek cerró la regadera dando fin a su ducha. Tomó una toalla con la cual cubrió a Elena que seguía sumergida en un estado de paz y felicidad, y una para él, para cubrirse la cintura.

Salieron del baño y, antes de que Elena pudiera hacer otra cosa, él se acercó a

ella para secar su cuerpo con la misma toalla. Los colores de Elena subieron a sus mejillas, la estaba tratando como a una niña pequeña, le encantaba que a veces fuera tan tierno y otras, tan descarado. Sus diferentes facetas la tomaban siempre desprevenida.

—¿Cómo lo haces? —preguntó ella mientras él comenzaba a secar su cabellera después de haber terminado con todo su cuerpo.

—¿Qué cosa? —preguntó él terminando su tarea.

Derek se acercó al armario para sacar dos prendas perfectas para dormir. Era un conjunto de pijama de color rosa pálido.

—Esto —se refirió Elena a cómo él la hacía levantar los brazos para que la playera de algodón entrara por su cabeza.

Derek sonrió y negó con la cabeza. Cuando estaba a punto también de ayudarla con su ropa interior, la muchacha se la quitó avergonzada.

—Al menos deja que esto me lo ponga yo —decidió con el cuello acalorado.

Él rio y esperó a que Elena terminara de vestirse. Después Derek la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo, que aún seguía húmedo por la ducha, ya que no se había secado ni cambiado, solo la toalla le cubría desde la cintura.

Delineó con su dedo sus labios carnosos y la miró a los ojos desde arriba, la veía tan perfecta que se sentía capaz de hasta dar la vida por ella, cualquier cosa.

—Respondiendo a tu pregunta de por qué hago esto, es... porque tú sacas lo mejor de mí, Elena —confesó Derek mientras seguía acariciando su mejilla—. Haces que me desconozca a a veces..., en realidad esto es nuevo para mí.

La muchacha sintió su corazón palpar fuerte dentro de su pecho. ¿En verdad provocaba todo eso tan solo con su presencia? ¿Qué había hecho de bueno para merecer a alguien así?

—Nunca he amado a alguien tanto como a ti, Derek —respondió Elena poniéndose de puntillas para acariciar sus labios—. Definitivamente tú eres el último en mi vida.

Derek esbozó una sonrisa y la tomó de la cintura para depositarla sobre la cama. Elena bostezó una vez que su cuerpo sintió la suavidad de las sábanas. No se había dado cuenta del sueño que tenía.

—Este día ha sido pesado, solo duerme. ¿De acuerdo? —indicó él mientras se

cambiaba rápidamente para dormir. Una vez que acabó se acurrucó junto a la muchacha.

Elena esbozó una mueca aunque sus ojos luchaban por mantenerse abiertos. Sintió como los brazos de Derek la rodeaban por la cintura transmitiéndole calma.

—Y si mejor dejamos el sueño para después, y... —comenzó a decir Elena pegando más su cuerpo al del muchacho.

—Me muero de ganas, pero no deseo que te conviertas en un zombi por la mañana —susurró Derek en su oído haciéndola estremecer.

Elena soltó un suspiro de derrota al mismo tiempo que sus ojos se cerraban desobedeciendo a sus deseos.

—Pero...

—Duerme, princesa —la acalló él respirando el aroma de su cabello. Sintió como el cuerpo de su amada se relajaba por fin sumergiéndose en el sueño. Derek la apretó contra su pecho cerrando los ojos.

—Nunca me dejes, Elena, nunca —rogó casi con dolor antes de dejarse llevar al igual que la muchacha.

Por la mañana, Derek puso sobre la mesa el platillo que preparó para su Elena, que lo miraba con un brillo de diversión en los ojos. En realidad le provocaba gracia a la muchacha que el que cocinara mejor fuera él.

—¿Puedo saber por qué sonrías tanto? —preguntó Derek sentándose en la mesa frente a ella. Tomó la jarra de agua y sirvió dos vasos llenos.

—Te ves muy sexy en la cocina —admitió Elena masticando la comida.

Derek soltó una carcajada.

—Gracias, si te parezco sexy así, entonces, cocinaré todos los días para ti —decidió él guiñándole el ojo.

La chica asintió con emoción.

—Esto está muy bueno, te felicito —confesó Elena relamiéndose los labios—. ¿Quién te enseñó a cocinar?

Derek suspiró rascándose la nuca.

—Mi hermana Caroline es amante de la gastronomía, por lo que a veces la ayudaba en sus experimentos —Derek se encogió de hombros.

Elena esbozó una gran sonrisa.

—Le doy las gracias por ello y... Por cierto —Elena tomó un trago de agua antes de proseguir—, quiero conocerla.

—Me dijo que llegará hoy por la noche, así que pronto la conocerás —le respondió él con una sonrisa imaginándose a su hermana y a Elena juntas. Seguramente se llevarían muy bien.

—¿Crees que le guste? —le preguntó Elena de pronto arrugando la frente.

Todavía no había conocido a la familia de Derek, por lo que la idea le provocaba un poco de nerviosismo. ¿Y si no les agradaba? ¿Y si preferirían a Candice antes que a ella?

—Es imposible que no les gustes, eres hermosa, chiquilla —se levantó de la silla y puso los platos sucios en el lavadero. Elena por igual se levantó y se acercó a él. Derek la abrazó acariciando su rostro.

—Muy hermosa —sonrió él dejando besos por su cuello.

Elena sintió el cosquilleo recorrer su piel, la misma corriente eléctrica que emanaban sus cuerpos cada vez que se tocaban, cuando el sonido del teléfono de Derek los hizo desconcentrarse.

Él suspiró apretando los dientes tomando su celular. Elena se quedó ahí frunciendo el ceño, nunca lo llamaban por la mañana y no podría ser del hospital, ya que Derek había tenido unos días de descanso que estaban aprovechando.

Él arrugó la frente al leer quién lo llamaba. Era la madre de Elena.

—¿Sí?

—Derek, te llamo a ti porque mi hija se alteraría mucho si...

—¿Qué pasa, señora? —pregunto él mirando a Elena, que mantenía una expresión de preocupación.

—Mi esposo acaba de sufrir un accidente en la carretera, iba en su camioneta. Los médicos han dicho que no es tan grave, pero por ahora necesita reposo.

—¿Está en casa? —pregunto él con preocupación.

—Sí, aunque no deja de llamar a Elena. ¿Le podrías decir sin que se altere? Por favor, muchacho, por eso te he llamado. No quería decirle directamente a ella.

Derek miró de refilón a la castaña, que mantenía la atención en él, por lo que trató de esbozar una sonrisa para calmarla.

—Sí, claro. Iremos para allá —terminó Derek para después colgar la llamada.

Si el señor se encontraba en casa estaba seguro de que no era nada grave, aun así, el hombre quería ver a su hija, por lo que su paraíso personal había acabado.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada Elena. Derek la tomó de la cintura y la miró a los ojos.

—Tu padre sufrió un accidente, pero tranquila, no ha sido nada grave —le confesó él con calma. Elena abrió los ojos como platos.

—¿Cómo ha pasado?

—No sé bien, solo que iba en su camioneta.

—¿Está en el hospital? —cuestionó ella palideciendo. Derek le acarició la espalda dedicándole una sonrisa.

—Está en casa, no te preocupes. En realidad no fue nada grave, aunque quiere verte ahora —le informó Derek dándole un beso en la frente.

Elena asintió y relajó los hombros.

—¿Por qué mi madre no me ha llamado a mí? —preguntó extrañada la muchacha. Derek se encogió de hombros.

—Porque tal vez tú te hubieras alarmado —contestó Derek.

—Vamos, preciosa. Tenemos que equipar todo para estar lo antes posible allá —dijo él tomándole de la mano hasta llegar a su habitación.

Elena esbozó una mueca.

—Está bien, pero antes de irnos podríamos comenzar con lo que te sugerí por la noche ayer, ¿no crees? —preguntó Elena con una sonrisa en los labios.

Derek la miró alzando una ceja para después atraerla a su cuerpo besando sus labios.

—Tú vas a terminar por matarme —gruñó divertido antes de besarla con más desesperación.

Elena abrió los ojos justo cuando Derek aparcaba la furgoneta frente a la casa de sus padres. Se pasó los dedos por el cabello alborotado y bajó de la camioneta. Tomó la mano de Derek entrelazando sus dedos y juntos avanzaron hacia la puerta principal.

No tuvieron que tocar el timbre, su madre ya había escuchado el motor de la camioneta y les abrió antes de que llegaran al balcón.

—Mamá, ¿papá está bien? —preguntó Elena abrazando a su madre.

Derek saludó a la señora educadamente dedicándole una sonrisa. Julia pasó a los muchachos a la sala.

—Nada grave, mi amor —respondió su madre —Tu padre está en su habitación, hija, quiere verte —dijo Julia, indicándole que subiera. Derek tomó asiento en uno de los sofás de la sala.

—Aquí espero —señaló Derek dándole su espacio a Elena.

La muchacha asintió, esperando que en su ausencia su madre no le hiciera preguntas incómodas a él. Subió las escaleras, donde se había caído numerosas veces en su infancia, y llegó hasta la habitación de sus padres.

Abrió la puerta y encontró a su padre recostado en su cama con los ojos cerrados. Conforme se fue acercando a él, su padre abrió los ojos dedicándole una sonrisa. Elena tomó asiento en el borde de la cama acariciando el cabello gris de él.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella mirándole a los ojos café. El señor tosió antes de contestar.

—Solo se fracturó el brazo este viejo, pero han dicho que necesito estar descansando —dijo la voz ronca de su padre.

Elena asintió con dulzura.

—Ya veo, me alegro que no haya sido tan fuerte el accidente. ¿Pero cómo pasó? —quiso saber su hija.

El viejo arrugó la frente con vergüenza. Elena se dio cuenta de que siempre su padre se avergonzaba al confesar una torpeza de parte de él.

—No descansé bien por la noche y, bueno, fue un descuido lamentable. Cerré los ojos por unos segundos cuando sentí el impacto contra un árbol. Lo bueno es que iba muy despacio —confesó con una mueca.

Elena asintió.

—Ahora ten más cuidado, papá. Ya no tienes las mismas energías de antes — le recordó Elena. Su padre frunció las cejas.

—¿Me estás diciendo viejo? —preguntó con un matiz de molestia y preocupación.

Elena rio ante su expresión.

—Claro que no, aún estás muy joven —lo animó guiñándole el ojo.

Su padre asintió malhumorado.

—¿Jordan ya sabe? —preguntó Elena recordando a su hermano.

Él era un poco paranoico por lo que se preocupaba más por todo.

—Tu madre no le ha dicho todavía, no quiere desconcentrarlo de la universidad, ya que el aún no sale de vacaciones —dijo el señor.

Elena asintió con un dedo en la barbilla, a su hermano todavía le quedaban algunas semanas de clases.

—Muy bien, sabemos cómo es Jordan cuando se preocupa —se rieron Elena y su padre.

Él después de unos minutitos comenzó a cerrar los ojos de cansancio.

—Te deajo dormir, ¿vale?

El señor asintió.

—¿Te irás? —preguntó su padre con tristeza.

Elena le tomó la mano con cariño.

—No, estaré por aquí hasta que te recuperes —se levantó de la cama y, antes de salir del cuarto, se volvió hacia él que ya había cerrado los ojos—. Estaré abajo, papá.

La muchacha encontró a su madre y a Derek platicando en la sala. Dejaron de murmurar cuando ella estuvo frente a ellos.

—Él está bien, solo necesita descansar —explicó Elena sentándose junto a Derek que la abrazó por la cintura. Su madre les dedicó una sonrisa llena de emoción.

—Sí, hija, pero, por favor, disculpa el haberlos hecho venir tan deprisa —comentó Julia avergonzada.

Elena negó con la cabeza mientras tomaba la mano de Derek entrelazando sus dedos.

—No es nada, mamá, ya hacía tiempo que no estaba aquí —suspiró Elena mirando hacia la mecedora que había en una esquina de la sala. Fue siempre su lugar favorito cuando era una niña.

—Bueno, yo prepararé la comida, les encantará lo que haré. Ustedes son libres mientras tanto —anunció su madre levantándose del sofá para dejarlos solos.

Elena suspiró y apoyó su cabeza en el hombro de él. Sabía que tenía solo la tarde para estar juntos, ya que Derek tenía esa cena con los padres de Candice; por alguna razón se sentía mareada al pensarlo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Derek acariciando la espalda de su chica. Elena se mordió el labio pensando.

—Por mí haría muchas cosas, pero... —él susurro en su oído con una sonrisa traviesa—. Tus padres me sacarían de su casa.

Elena soltó una carcajada al captar el doble sentido de sus palabras. Un calor comenzó a nacer en su vientre, por lo que respiró profundo. ¿Por qué era tan fácil encenderla de ese modo con tan solo una insinuación? No solo intervenían los profundos sentimientos, también la química en sus cuerpos era extrema.

—Mejor miremos una película —aconsejó Elena.

—Con tal de que no sea la primera película que vimos juntos, es suficiente —se rio con burla.

Elena lo fulminó con la mirada mientras se levantaba para encender el DVD y la tele.

—No critiques mi película favorita o soy capaz de que la veamos otra vez —desafió Elena apretando los labios.

—Está bien, ya no la criticaré —se rindió ocultando una sonrisa.

La muchacha terminó de ponerla, para después acurrucarse en el sofá junto a Derek.

—Te amo tanto que comienza a doler, Elena —susurró él besando su mentón, respirando el aroma de su piel—. Ya no me imagino una vida sin ti.

La muchacha miró sus pozos azules fijamente.

—Si por alguna razón no estuviéramos juntos...

Derek frunció el ceño.

—No digas...

—Espera, no digo que vaya a suceder, ni siquiera puedo imaginar algo como eso. Solo quiero saber qué harías si no estuviera contigo —dijo ella acariciando su rostro maravillada de su belleza.

—No lo sé a ciencia cierta, solo sé que nada tendría sentido. Tú eres la razón de mi existencia, Elena, te has convertido en mis ganas de vivir.

Elena sonrió sintiéndose aliviada.

—Pero no harías nada estúpido ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

Elena suspiró para después agitar la cabeza.

—Olvidalo, nada de lo que estoy diciendo tiene sentido.

—Ya sé a qué te refieres —Derek cuchicheó acunando el rostro de su chica en su pecho—. Si te lo preguntas, tal vez si haría algo estúpido. Pero por eso nunca me dejes.

—¿Me estás amenazando para que nunca te deje? —preguntó Elena con una sonrisa divertida.

Derek soltó una carcajada.

—No, porque estoy seguro de que no lo harás jamás. ¿O sí?

Elena negó como si fuera una pregunta absurda.

—Nunca, lo prometo.

El día pasó rápido para ellos; Elena disfrutó mucho esa tarde, fue casi el mejor día que había pasado junto con él, porque definitivamente el mejor había sido cuando lo conoció por primera vez. Desde ese momento, transformó su mundo, lo cambió por completo, sin siquiera sospecharlo.

Cuando la noche comenzaba a entrar, Derek se levantó del sofá. Elena esbozó una mueca involuntaria, sabía a dónde iría.

—¿Ya te vas?

—Será rápido, te lo prometo, Elena... —dijo Derek pasándose la mano por el

cabello. Elena negó y le tomó la mano.

—No puedo evitar sentirme de esta manera...

—No deberías preocuparte, bonita. Soy tuyo, por completo.

—Trataré. ¿Vendrás hoy o mañana temprano? —preguntó Elena desanimada pasando el umbral de la casa.

—Trataré de que no sea mañana.

Elena sonrió más tranquila.

—Te amo, Derek, te estaré esperando.

—Descansa, bonita —él se acercó para abrazarla y darle un beso casto en los labios—. Sabes que soy tuyo.

Después de haberse marchado Derek, Elena no podía dejar de ir de un lado para otro, sentía una opresión en el estómago cada vez más grande. Estaba conteniéndose para no tomar las llaves e ir al departamento de Derek.

Su madre entró a la cocina con el bolso en la mano.

—¿Y tu novio, mi amor? —preguntó ella.

Elena sonrió para sus adentros por cómo su madre se refirió a Derek, cuando aún no estaba divorciado. Esbozó una mueca, pero se sintió aliviada al recordar que en cuanto se terminara aquella cena, Derek se haría cargo del divorcio para concluirlo.

—Salió por unos pendientes —anunció Elena.

Su madre asintió.

—Jordan me acaba de llamar, está borracho y estoy preocupada, sabes lo poco responsable que es él.

Elena se alarmó, ella más que nadie sabía que eran problemas con Chloe, que seguramente habían comenzado desde su confrontación. No pudo evitar sentirse culpable.

—¿Logró decirte dónde estaba?

—Que en el lugar de siempre. Dios mío, estoy muy preocupada pero no puedo salir, por tu padre.

—Yo iré mamá, no puedo dejar a Jordan así —anunció Elena tomando su

chaqueta del perchero y las llaves del auto de su madre. La culpa que sentía la castaña la impulsaba a hacerlo.

—No hija, no es necesario...

—Iré, mamá, vendré por la mañana, ¿de acuerdo? Te llamaré cuando tenga a mi hermano conmigo; por favor, no te preocupes.

Y sin esperar respuesta, Elena salió casi corriendo de su casa.

—¿Sí?

—Elena, soy Manón.

La joven mantenía el teléfono en su oreja, sin dejar de prestar atención a la carretera. La voz de su amiga sonaba extraña.

—¿Qué sucede?

—Bueno, el viaje a Francia se adelantará para mañana —escuchó a su amiga suspirar rendida—. Me voy a las seis de la mañana, había esperado que fuera por la tarde para despedirme, pero ya está decidido.

Elena casi suelta el teléfono por la noticia, inmediatamente su vista se tornó borrosa por las lágrimas que querían salir de sus ojos. ¿Por qué estaba muy sentimental?

—¿Ya mañana? —preguntó con la voz quebrada.

—Sí... Los extrañaré mucho, Elena, pero tienes que prometerme que al menos estaremos en contacto —contestó la voz de Manón que se escuchaba entrecortada.

Elena asintió limpiándose las mejillas.

—Sí, está bien. Estaremos en contacto, trataré de que así sea —dijo Elena.

—Ahora mi tío me está llamando para platicar conmigo. Te dejo Elena, perdóname por decirte esto así, pero no podía esperar.

—Está bien, Manón, no te preocupes. Te quiero y me llamas cuando estés en Francia —la joven colgó la llamada.

Después de una hora, Elena había encontrado a su hermano en un bar conocido de la ciudad, que para su suerte estaba todavía en sus cinco sentidos, por lo que no le dio mucho problema ir a dejarlo al que antes también había sido

su departamento, y se aseguró de que su hermano no intentara salir de nuevo de juerga. Elena arrancó el coche para dirigirse hacia el departamento de Derek, ya que regresar con su madre sería peligroso entrada la noche.

El sentimiento incómodo de saber que Derek estaba con Candice le seguía produciendo náuseas. Elena había intentado dormir; incluso ya en pijama y recostada en la cama, no podía pegar ojo. Y no dormiría hasta que viera con sus propios ojos que Derek hubiera traspasado el umbral con buenas noticias.

Capítulo 25

Condenado

Derek tragó saliva y se dirigió con paso firme al comedor donde estaban los señores Rusewell, padres de la pelirroja. Cerró los ojos y suspiró. Solo sería esa vez, no habría nada más y apenas terminara podría salir de ese lugar. Después Candice firmaría el divorcio, y podría ser completamente feliz. Entró por el pasillo del recibidor y la pelirroja se levantó gustosa para recibirlo.

Sus padres lo miraban con una sonrisa, tal vez demasiado falsa. El muchacho trato de curvar las comisuras de sus labios y tomó asiento a lado de Candice.

—Mucho gusto, señores, soy Derek Crowell. Es un placer por fin conocerlos.

—El gusto es nuestro, Derek. Patrick y Amanda —respondió su padre señalándose.

Era un señor de unos cincuenta y muchos años, con pelo blanco y barba corta. Por otra parte, la señora era casi una réplica de su hija.

—Bueno, papá, como te he contado... nuestro matrimonio no puede ir mejor, estamos siendo muy felices —dijo Candice agarrando el hombro de Derek que inmediatamente se tornó tenso.

—Me alegro, hija, se ven muy bien juntos —comentó el señor tomando un sorbo de agua—. Mi hija me ha comentado que tienes una empresa.

Derek asintió y tragó saliva. Ya podía entender por qué lo miraban con un brillo de avaricia en los ojos, por supuesto.

—Bueno, sí. Pero yo no...

—Él la administra, aunque no está mucho tiempo fuera de casa. Lo haces por mí, ¿verdad, mi amor? —interrumpió Candice la oración de Derek.

Su padre alzó las cejas y esbozó una sonrisa.

—Sí, claro... —mintió Derek cada vez con más ganas de salir de ahí.

—¿Y sobre qué trabajan? —preguntó Patrick acariciando el brazo de su esposa, que ella solo miraba extrañamente a su hija.

—Productos lácteos, en realidad mi padre es el que la ha impulsado y yo solo la he heredado —aclaró él, incómodo. Hablar de su padre nunca había sido fácil y menos con esas personas a su alrededor, que no imaginaban el esfuerzo que estaba haciendo por no salir corriendo.

—Interesante. De verdad me sorprendes —dijo orgulloso el señor mirando a la pelirroja con una sonrisa arrogante, y después cortó su porción de carne—. Elegiste muy bien, hija.

Derek tensó la mandíbula pero trató de no decir nada. Ese señor le estaba cayendo en verdad muy mal. De pronto, Amanda, la madre de Candice, se aclaró la garganta.

—Bueno, mejor cuéntenos sobre sus planes de matrimonio en un futuro — interrumpió Amanda mirándolos fijamente.

Derek no movió los labios, pero Candice le tomó la mano entrelazando sus dedos. Él trató de no mostrar un signo de incomodidad, pero era tan difícil. Era absurdo, mas se sentía como si estuviera traicionando a Elena con ese simple toque.

—Bueno, pues ahora estamos concentrados en el trabajo. Derek en la empresa y yo con los diseños de vestidos de novia voy bien, como saben.

Su madre sonrió y después tragó un pedazo de comida. Derek miró hacia abajo y se dio cuenta de que ni siquiera había probado bocado, solo no tenía hambre. También comprendió que si no hubiera seguido a su corazón, ahora mismo esa sería su realidad entera, fría y patética.

—Y no han pensado sobre... ¿un posible nieto? —preguntó la madre de la pelirroja con una mueca en los labios pintados de rojo.

Derek retiró la mano del agarre de Candice, con la excusa de tomar el vaso de agua y beber un sorbo.

Entonces Candice se levantó pronunciando las palabras que dejarían a Derek inmóvil, desconcertado e incrédulo.

—De hecho estaba esperando este momento para darles la gran noticia; ni siquiera Derek lo sabe, quería que fuera sorpresa. Y bueno... Mamá, estoy embarazada de tres meses.

Sus padres abrieron los ojos con asombro y después se lanzaron a abrazar a su

hija, sobre todo, la madre.

Derek veía todo rojo por la furia; no, ella no podía estar jugando con él de esa forma. ¿Embarazo? ¿Qué pretendía?

—Hombre, levántate. ¿Te dejó anonadado la noticia de que pronto serás padre? Porque comprendo tu reacción, cuando yo...

Pero Derek no lo escuchaba, solo miraba fijamente a Candice exigiendo una explicación, ante tal cosa. ¡Demonios! No podía estar diciéndolo en serio. Él no fue consciente del tiempo que pasaron sus padres felicitando a su hija, hasta que el señor tomó la palabra.

—Bueno, es hora de irnos. En verdad hemos disfrutado esta cena —se despidió el señor dándole un beso a su hija y extendiéndole la mano a Derek, que aceptó estático con un remolino de emociones en su interior.

—Nosotros mucho más; gracias por venir, papás. Estaré en contacto con ustedes para informarles todo sobre mi embarazo, los quiero —agradeció Candice abrazando a su madre.

—Estás de suerte con mi hija, muchacho, cuídala mucho —le dijo Patrick a Derek en broma.

El pelinegro apretaba los dientes tratando de contenerse y no comenzar a reclamarle a Candice enfrente de sus padres. Porque eso tenía que ser una broma, una mentira de la pelirroja.

Avanzaron hacia la puerta de salida y se despidieron otra vez.

—Vendremos pronto a visitarlos, hija —le guiñó el ojo su padre a la pelirroja que asintió con alegría.

—Adiós, se cuidan mucho —los despidió Candice y cerró la puerta.

Inmediatamente Derek soltó un gruñido.

—¿Por qué dijiste eso, Candice? Accedí a comportarme enfrente de tus padres por esta cena, pero la mentira que acabas de hacer es una...

—No es una mentira, Derek —interrumpió Candice agachando la mirada.

El joven negó con incredulidad.

—¿A qué juegas, Candice? Está más que claro que...

—Ahí está la prueba, tengo tres meses de embarazo —cortó Candice sacando

unos papeles de su bolsa.

Derek la miró entornado, casi enfurecido, no iba a aceptar tal mentira.

—No trates de engañarme con esto, Candice; mejor dime de una vez qué es lo que quieres de mí.

Candice marcó el teléfono del doctor que era compañero de su aún esposo y que, sabía, despejaría todas sus dudas.

—¿Doctor Sullivan? Quisiera que le dijera a mi esposo que mi embarazo va muy bien, lo que pasa es que se ha puesto nervioso.

El teléfono tenía altavoz y Derek escuchaba todo con el cuerpo rígido, sin poder moverse.

—Ya me lo imaginaba viniendo del doctor Crowell. Aunque me sorprende, él más que nadie debe saber no hay peligro en tu embarazo.

—Sí, ya lo sabe, de cualquier manera... Solo quería que se relajara un poco, bueno doctor, disculpe la molestia...

—No es molestia. Que tenga buena noche, señora Crowell.

Y Candice colgó la llamada enfrentando a Derek con la mirada. Él estaba anonadado, confundido, enojado, herido; quería gritar de furia.

—No, no y no. No puede ser, me lo hubieras dicho desde que llegamos aquí —Derek trató de defenderse, nada tenía sentido.

—¿Sabes por qué no te lo dije? Porque desde que llegamos apenas si me mirabas o escuchabas, te sentía lejano; por eso decidí no contarte hasta que volvieras a ser tú mismo, pero no lo hiciste o tal vez nunca te conocí muy bien. Después llegas, me pides el divorcio y me dices que te irás con la que era mi amiga. ¡¿Tienes idea de lo que sentí en ese momento?! Ese mismo día te lo iba a confesar, pero me rompiste cruelmente. Y hoy no pude callar, ya no.

Y escúchame, Derek. Tendrás que elegir entre tu propio hijo y esa mujer porque te advierto que, si la eliges a ella, no verás jamás a tu hijo, y sabes que tengo las de ganar con todo el antecedente negro de tu familia.

—No puedes hacer eso, Candice. No voy a separarme de ella y tampoco me quitarás a mi hijo; además, es absurda la elección que quieres imponerme. No voy a seguir casado contigo, Candice, estés embarazada o no.

Los ojos de la pelirroja chispearon con furia, con amenaza.

En realidad si pudiera hacer las cosas de otra manera, tal vez ganaría más. Si se divorciara de él, conseguiría todo lo que quisiera a través de la pensión de su hijo y todos los bienes que le tocarían a ella. Ganaría mucho dinero, más de lo que esperaba. Pero esa avaricia ya no controlaba sus actos ni sus deseos, ahora lo controlaba el profundo odio que sentía hacia Elena y haría lo que fuera para que ella no se quedara con Derek, haría todo lo posible para destruir su felicidad. La odiaba, realmente la odiaba. Elena siempre había sido la primera en todo tanto para Thomas como para Derek y ella siempre, la que recogía las sobras. Pero ahora se las cobraría.

—Entonces, estás en un problema, Derek. No voy a darte el divorcio para que te vayas con esa zorra, no voy a permitirlo. Y si te atreves a hacer lo contrario, te olvidas de tu hijo. ¡Te olvidas para siempre! —advirtió la pelirroja enfurecida.

—¿Se trata de ella? ¿Si me fuera con cualquier otra, no harías lo mismo? —preguntó Derek consternado.

—Si te fueras con cualquier otra aceptaría el divorcio y no te quitaría a tu hijo. Pero la odio, por mirarme siempre a la cara y haber estado contigo a mis espaldas, cuando se supone que era mi amiga. ¡Por eso este es tu castigo! Por engañarme con la que era mi amiga.

—No vas a separarme de ella, Candice.

—Eso lo veremos, y tienes hasta mañana para decirme qué opción elegiste —soltó Candice antes de subir las escaleras corriendo y Derek se quedó solo en la sala.

Su cuerpo temblaba de miedo, de impotencia, de furia, de dolor, pero sobre todo de temor, porque ya sentía que estaba perdiendo a Elena. ¿Por qué Candice le decía eso recién ahora? ¿Por qué parecía que todo trataba de separarlo del amor de su vida? Las lágrimas comenzaron a invadirlo; él ya había elegido qué haría frente a Candice, pero dudaba que Elena tan siquiera aceptara algo como eso.

Le dio un golpe a la pared con fuerza, apretando los dientes, importándole un comino si se hiciera algún daño. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Ahora qué demonios haría? Estaba claro que Candice hablaba en serio con el tema de apartarlo de su

hijo, se había vuelto completamente ilógica con su odio hacia Elena. Por supuesto él no seguiría casado con ella. Pero, entonces, tendría que comenzar una guerra contra Candice por su hijo y sabía muy bien que ella probablemente terminaría ganando, porque la pelirroja conocía todos los fraudes y malos negocios del hermanastro de su padre con la mafia, que terminaron manchando a la familia, y que podrían ser denunciados, lo cual era un punto muy grande a favor de ella, quien podría desestimar cualquier oposición.

Él se divorciaría de Candice, se quedaría con Elena, pero perdería a su hijo. ¿Por qué tenía que estar pasando todo esto? Derek arrancó el motor del coche con ya un gran vacío en el pecho, sabía de sobra lo que haría la castaña; Elena jamás lo pondría a elegir entre su hijo o ella y terminaría sacrificando su amor.

Las lágrimas resbalaban de las mejillas de Derek, al mismo tiempo que también abandonaba la felicidad, los sueños y lo que alguna vez soñó en su paraíso personal con Elena. Sentía que todo se le resbalaba de los dedos, antes de siquiera tener algo en las manos.

Estacionó el auto enfrente de su departamento, Elena estaba ahí, ya que se encontraba el coche de su madre. Se pasó la mano por la nuca con desesperación, jalándose los cabellos. Inmediatamente sentía que todo se derrumbaba dentro de él. No, no podía ser.

Elena, Elena, Dios. Cómo no le rompería el corazón ¿Cómo arreglaría aquello que parecía ya estar condenado a la separación?

Derek bajó trastabillando del coche y como pudo abrió la puerta del departamento, sintiendo miles de toneladas sobre sus hombros, el peso de la realidad lo estaba golpeando y lo peor era que no sabía por dónde comenzar a remendarlo.

—Elena... —susurró él al verla sentada en el borde de la cama. Lucía tan hermosa y tan inalcanzable ya, tal vez él no era lo suficiente para ese ángel y por eso la vida se lo estaba gritando en la cara. Tal vez él era el demonio que solo logró lastimar a ese ángel.

—¡Derek! Estaba por marcarte, ahora sí me puedes... —Elena comenzó a decir, aunque al estudiarlo se detuvo confundida, nunca lo había visto con ese semblante—. ¿Derek? ¿Pasa algo?

Él esperó un poco más. Respiró profundo y sus pulmones se llenaron de aire, porque sentía que podía romperse ahora mismo. No quería lastimar a su Elena, al amor de su vida.

—Elena, tienes que perdonarme.

Capítulo 26

Luna nueva

Elena sintió la angustia en su pecho antes de siquiera saber por qué se sentía de esa manera. Derek se recargó contra la puerta, los brazos cruzados sobre su pecho y su mirada sombría, angustiada, infernal. ¿Qué sucedía?

—¿Perdonar? Derek, por favor, dime que está pasando... —Elena se dejó caer sobre el borde de la cama. Entonces él subió la mirada y la traspasó con esos pozos azules, ahora oscurecidos.

—¿Sabes qué tú eres mi vida entera, no? ¿Sabes qué te preferiría a ti por sobre todo, no? —preguntó Derek sin quitarle la mirada.

Elena frunció las cejas, no entendía por qué le estaba diciendo aquello.

—Derek, no entiendo. ¿Sucedió algo? ¡Por favor, dime!

—Elena... —Derek bajó los brazos al costado de su cuerpo, rendido—. Tienes que escuchar todo.

Derek tragó saliva sintiendo que una navaja rasgaba su corazón, veía la confusión y el temor en los ojos café de Elena y sabía que pronto vería lágrimas amontonándose en ellos.

—Solo dilo —susurró Elena sin emoción, sabía que era algo muy malo, demasiado malo, pero lo mejor era saberlo ya, antes de que la angustia la matase.

—Tienes que entender que si lo hubiera sabido antes, que si hubiera estado enterado antes, nunca... Jamás te hubiera prometido un paraíso para los dos, jamás hubiera tratado de que estemos juntos, aunque por dentro me estuviera muriendo por ti. Me hubiera alejado de ti, para no hacerte más daño. Pero... No sabía y ahora que lo sé, me está partiendo por dentro...

—Qué es lo que sabes, Derek —imploró Elena ahogando un sollozo. Su mente comenzaba a buscar posibles razones y una ya se estaba formando en su

cabeza y, con eso, hundiendo su corazón.

—Candice... está embarazada, lo estaba antes de llegar a esta ciudad, nunca me lo dijo, jamás me habló de ello.

Elena soltó todo el aire de sus pulmones, las piernas le temblaron, y el corazón latía desbocado en su pecho. No podía emitir una palabra, todo giraba a su alrededor.

Derek cerró los ojos sin querer ver el rostro de Elena.

—Ella... me engañó diciéndome que me daría el divorcio si aceptaba estar en la cena con sus padres; en realidad, no está en sus intenciones dejarme ser feliz contigo... Pero yo, Elena, me divorciaré de ella, así me ponga mil trabas.

—Y qué pasara con tu hijo... —esas palabras fueron como ácido en los labios de ella, le dolía como los mil demonios que Candice estuviera esperando un hijo del hombre que amaba, pero algo le decía que eso no era todavía lo más doloroso.

—Ella ha perdido los estribos... Candice está cegada en su odio por ti y quiere que este sea también mi castigo; no haría nada de esto si yo me fuera con cualquier otra, pero como eres tú, no lo puede aceptar. Y por esa misma locura me está poniendo a elegir... —Derek se detuvo y miró a Elena que seguía con la mirada clavada en el suelo, con las manos crispadas en torno a las sábanas—.... entre mi hijo y tú. Me amenazó diciendo que si te elegía a ti, me quitaría al niño. Y, Elena, tengo que ser sincero contigo, es lo menos que te mereces por hacerte sufrir de este modo... —su voz se quebró en la última palabra.

Derek respiró hondo y le contó la oscura historia de su familia.

—Un hermano de mi padre, en realidad, su hermanastro, estuvo involucrado con la mafia. Con mucho dinero él pudo salir de la cárcel, pero es un pasado negro que recayó sobre toda la familia, así que Candice está muy convencida en poder quitarme al niño si me acusa a mí de estar dentro de esas cosas, me echaría tierra hasta lograr su objetivo. Yo..., Elena, no puedo concebir una vida donde tú no estés, por eso... Te quiero a ti, no me importa si Candice trata de quitarme al niño, yo lucharé hasta el final para que no lo logre, y, si no lo consiguiera y ella ganara, aún seguiría prefiriéndote a ti; por eso, yo te elijo a ti, Elena, sobre todo... Solo tú tienes que aceptarlo —las lágrimas comenzaron a rodar por las

mejillas de Derek, le dolía ser capaz de renunciar a algo que él mismo había creado, pero no podía imaginarse siquiera sin Elena, porque el dolor era aún mucho más grande.

—Derek... No puedes hacer esto, no puedes pretender que yo acepte algo así —Elena se sentía rota, sangrando por dentro, por ya saberse fuera de la vida del hombre que amaba con todo su ser; todo por el odio que le tenía esa mujer, un odio que estaba destruyendo su vida sin poder hacer nada, pero a pesar de eso, ponerla a ella sobre su propio hijo era descomunal, irracional y un terrible error de él. Y Elena sabía que, aunque ahora Derek no lo comprendiera, acabaría arrepintiéndose más tarde. Y ella no podía hacer eso, no podía hacerle eso a él.

—Ella está cegada por su odio hacia mí y créeme que es capaz de cumplir esa amenaza, te quitará a tu hijo, Derek, hagas lo que hagas y, si seguimos juntos solo conseguirás eso. Ya entiendo lo que quiere, ya comprendo cuál es su verdadero objetivo: destruir mi felicidad por medio de ti... Y por más que quisiera defenderme, no podría contra esto, Derek, no puedo quitarte algo hermoso por seguir estando contigo... No entiendo por qué me odia tanto, pero la única solución a todo esto es que me marche... Y hagas tu vida con alguien más, así ella no te quitará a tu hijo, ni tendrás que elegir entre nadie. No quiero ser la responsable de que renuncies a tu propia sangre.

Las lágrimas salían de sus ojos sin control cuando se levantó hacia el armario, tenía que irse, no entendía por qué todo se había empeñado en separarla de Derek, por qué el destino no apoyó el amor que se tenían los dos. Elena estaba segura de que se hubiera quedado con Derek, hubiera luchado con él contra cualquier cosa, pero contra su propia felicidad..., no se quedaría con él, así no. Ella sabía que siempre estaría a su lado, siempre y cuando no estuviera en juego su tranquilidad, y ahora lo estaba. Sería egoísta si aceptara que Derek perdiera a su propia sangre por ella.

Tal vez esa era la manera de la vida para decirle que nunca sería completamente feliz, que siempre habría alguien o algo para echarlo a perder todo.

—No, Elena, por favor, podemos hacer esto juntos. Jamás conoceré a mi hijo, no me hará daño. Recuerda que no podemos extrañar si no lo hemos conocido,

por favor... —Derek se acercó a ella por detrás, mientras la chica seguía sacando toda su ropa.

No, Elena no podía dejarlo, acabaría con él si lo intentaba, tenía que detenerla.

—Jamás me quedaré contigo, si eso pone en riesgo tu felicidad, Derek — Elena se volteó hacia él con las lágrimas y la furia corriendo por sus venas; rabia porque desde un principio fue un riesgo estar con él y ahora pagaba el precio—. No puedo quedarme para ver después lo que queda de ti cuando esa mujer te quite a tu hijo, no me quedaré para ver que arruiné una parte de tu felicidad...

—Tú lo has dicho, es una parte, la parte más grande eres tú. ¿Qué no lo entiendes? Me vas a dejar sin vida si te vas, Elena... —suplicó con la voz estrangulada, temblorosa.

La muchacha negó limpiándose las lágrimas del rostro. Cada célula de su cuerpo dolía al tener que dejarlo, lo sabía.

—Esa parte se va ir haciendo más grande a medida que pase el tiempo, Derek, hasta que te consuma por completo. Y si yo me voy, tu hijo lo llenará todo de alguna forma... Además podrás volver a enamorarte, que sé yo. Pero esa es la verdad, lo sabes.

—No funciona así conmigo, Elena, tú lo eres todo... —Derek la tomó de la cintura acercándola a su cuerpo—. Te odiaré si me dejas.

—Y tratar de chantajearme no funciona conmigo, Derek, lo siento... A mí también me está matando esto, también desearía que solo fuera una pesadilla, pero no lo es —Elena llevó las manos a su pecho tratando de alejarlo, tenerlo cerca no ayudaba para ganar fortaleza e irse.

—No me hagas esto, Elena; si te vas me dejarás sin nada, estaré con mi hijo y separado de esa mujer, pero nunca podré enamorarme otra vez, jamás habrá espacio en mi corazón para otra mujer. Y yo no quiero una felicidad a medias, yo la quería completa y compartirla contigo —sus labios estaban cada vez más cerca de los de ella.

Elena dejó de luchar contra el deseo y el amor, y se permitió morder la manzana por última vez, después de todo, jamás volvería a vivir algo como aquello. Ella se caracterizaba por nunca rendirse, por enfrentarse a cualquier

cosa, pero en esa ocasión el odio de Candice la había sobrepasado, porque lo que estaba en juego era la misma felicidad de Derek, y contra eso no podía luchar.

Derek se sorprendió cuando Elena rodeó su cuello con los brazos y se lanzó a besarlo con fuerza, con amargura, con dolor, con lamento. Comprendió que ella no lo estaba besando porque había aceptado quedarse con él, sino que se estaba despidiendo.

Por eso no pudo evitar que una lágrima escapara de sus ojos cuando la cargó en sus brazos y la depositó en la cama.

Si ella no cambiaba de opinión y lo dejaba, entonces, aprovecharía todo lo que pudiera para contemplar el sol y las nubes blancas, ya que la noche sería larga y las estrellas no bastarían para iluminar su cielo.

Se besaron con ganas, se acariciaron sin dejar ni un milímetro de piel sin rozar; el dolor de la separación, del sufrimiento que pasarían después de aquello provocó que los dos quisieran extraer hasta el último suspiro del otro. Elena le devolvió el beso con fiereza, enterrando las uñas en su espalda, tocando con desesperación todo su cuerpo; sería la última vez que estaría en el cielo y quería que ese recuerdo jamás se borrara, que perdurará hasta el último de sus días.

Se despojaron de sus ropas en un santiamén, no había delicadeza ni ternura en sus caricias y besos, sino dolor, pasión y amargura; ganas de quedarse en la piel del otro para siempre, ganas de crear caricias imborrables y que, de alguna forma, les permitiera vivir al recordarlo. Jadeos, gemidos llenos de pasión y asombro. Elena temblaba bajo su tacto, poco le importaban los arañazos de sus uñas en su espalda; respiraba su aliento fresco; él sentía sus piernas enrolladas en su cintura, sus manos aferradas a sus hombros y el infinito deseo y amor en su mirada café. Derek no lo pensó más: se hicieron uno en un solo arrebato, y se amaron como solo se puede amar a la persona por la que darías hasta la vida. El encuentro fue alucinante, increíble, arrollador y dolorosamente infernal también, porque los dos sabían que se trataba de la última vez.

Los jadeos, el sudor, el amor que los uniría siempre a pesar de la separación, y el deseo insaciable se hicieron dueños de esa noche, en la que dos personas, más que demostrarse y unir sus cuerpos, anclaron con cadenas de hierro sus almas, y eso era suficiente para sobrevivir en una tormenta eterna.

Elena abrió los ojos de repente, tuvieron que pasar algunos segundos para que todos los recuerdos de la noche anterior llegaran a su mente, y el dolor en su pecho no se hizo esperar. Tomó aire y se levantó de la cama sin despertar a Derek, al que prefería no mirar si quería mantenerse de pie y fuerte. Vio el reloj, eran las cinco de la mañana; dos lágrimas se escurrieron por sus mejillas y apretó los dientes para ahogar un sollozo. Tenía que pensar qué hacer rápido, su mente comenzó a trabajar hasta buscar la salida correcta.

Elena se vistió sin ver en realidad qué se ponía y terminó por guardar todas sus cosas en las dos maletas. Derek seguía aún sumido en el sueño. Elena tomó su celular y, antes de marcar el número, se atrevió a mirar a Derek; una parte de ella todavía quería quedarse, pero eso no podía ser, no podía ser egoísta. Ella estaba segura de estar haciendo lo correcto, Derek se quedaría con su hijo y podría hacer una vida con alguien más, alguien que al menos lo hiciera sonreír; ella no podía arrastrarlo a la frustración de saber que tenía un hijo y no conocerlo, de no haber podido estar con él. El odio de Candice esta vez había sobrepasado todas sus opciones por quedarse y, aunque quería con toda su alma vengarse de ella, esta vez la pelirroja la había atacado donde no podía defenderse; tan solo esperaba que la vida pudiera regresarle el golpe a aquella mujer, rogaba por eso.

Elena hizo todas las llamadas a su tía del estado de Colorado y también avisó a su familia que se marcharía, escudándose con buenos argumentos que ellos creyeron, aunque tuvo que sincerarse con Jordan; él le prometió jamás revelar su paradero a nadie, mucho menos a Derek. Terminaría la universidad en Colorado, haría uso de todos sus ahorros y también buscaría un buen trabajo. Tenía que aceptar que el fantástico sueño junto a Derek había acabado, que la vida no era un cuento de hadas como había imaginado.

Con lágrimas en el rostro, Elena escribió en un pedazo de hoja sus últimas palabras a Derek, dobló el papel y selló también con cuidado su corazón, ya que este se quedaría con él para siempre, ya no lo necesitaría más. La chica tomó las dos maletas y sin hacer ruido caminó hasta la puerta; antes de cruzarla, miró sobre su hombro por última vez a Derek para quedarse con esa imagen del rostro tranquilo y sereno de él en su mente, que perduraría hasta siempre en sus recuerdos.

Sin mirar atrás, Elena se subió al auto sintiendo que ahora habitaba en su cuerpo la mitad de su ser; apretó el volante y aceleró cada vez más, para dejar atrás la ciudad y a la razón de su existencia, la misma con la que el dolor de Elena crecía en su interior.

Derek despertó con el corazón acelerado, movió el brazo esperando sentir el cuerpo caliente de Elena, pero solo encontró las sábanas. Salió de la cama con un salto, ella no estaba. Miró el armario vacío, sus maletas ya no se hallaban en la esquina de la pieza, entonces sintió que una daga le atravesaba el corazón.

—¡Elena!, ¡Elena! —gritó con fuerza saliendo del cuarto, la buscó por todo el apartamento con la esperanza de encontrarla, salió al estacionamiento y el coche de ella... ya no se encontraba.

—¡Mierda! —gritó enfurecido.

No fue consciente de cuando sus piernas se doblaron y terminó de rodillas sobre el pavimento, con la desesperación y el dolor en sus ojos, con el fuego que lo estaba consumiendo por dentro. Elena lo había dejado y él despertó tan tarde que no pudo retenerla. Derek gritó con rabia, ahí, fuera de ese pequeño apartamento, sin pensar en si había gente cerca. Golpeó el suelo con su puño, por lo que la sangre brotó de sus nudillos; poco le importaba. Ya nada importaba si Elena lo había abandonado. ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que terminar así lo suyo? Las lágrimas se amontonaron en sus pozos azules y las dejó caer, salpicando en el pavimento. Hizo llamadas al teléfono de la chica, ninguna contestó. Incluso llamó a sus padres, a su hermano, mas estos le dijeron que no podían darle la información de dónde se encontraba el amor de su vida, o a dónde había ido. Tiró el teléfono contra el piso; le interesaba un carajo.

Se odiaba, no había sido suficiente para su princesa; entendía a Elena, la comprendía perfectamente porque ella estaba haciendo un sacrificio por su felicidad, pero el problema, era que Elena había olvidado que su felicidad estaba con ella, y ese sacrificio no tenía ningún sentido al marcharse.

Con lo poco que quedaba de él, volvió al departamento, sintiendo un enorme hueco en su pecho, un vacío que hasta dolía físicamente. ¿De verdad Elena pensó que al irse había salvado su felicidad? Se había equivocado. Derek vio

entre toda el agua de sus ojos, una hoja doblada sobre las sábanas; el dolor lo atravesó al mirar la elegante caligrafía de Elena, sin embargo, no quiso leerla aún y la guardó en su pantalón, donde comenzó a quemarle. La furia, la rabia corría por sus venas, no podía perder tiempo. No quería estar emparentado a aquella mujer ni un segundo más.

Los siguientes días fueron un infierno, vacíos, sin sentido; todo se había venido abajo para Derek, aunque por suerte para él, su hermana Caroline no llegaría hasta días después, por imprevistos de la empresa. Eso lo aliviaba, su hermana sufriría al verlo en el estado en que se encontraba. Pero al menos ya había hecho lo más importante.

Por fin se estaba divorciado, por fin sin ninguna atadura a esa mujer que ahora no podía ver, ni siquiera decir su nombre, así fuera la madre de su hijo.

Candice había sonreído triunfal al enterarse por medio de Chloe y Jason que Elena se había marchado lejos de la ciudad para siempre.

La pelirroja le había dado el divorcio a Derek, con lo que ganó gran parte de dinero al dividir los bienes; eso a él no le importó, tampoco le dolió. Y Candice no le quitaría a su hijo, ya no tenía razón para hacerlo. Se sentía satisfecha, por fin se había vengado de Elena; realmente el haber sido siempre plato de segunda mesa para todos los hombres que le atraían la había cansado, porque siempre era de ella, de Elena, de la que se enamoraban. Así había sucedido con el primer hombre de la que la pelirroja se enamoró perdidamente, pero ese idiota había caído a los pies de la castaña, y la muy estúpida de Elena lo había rechazado. Desde esa ocasión, su odio, su envidia hacia su amiga comenzó a crecer, hasta que su desahogo a ese rencor que la consumía, lo sacó metiéndose con el novio de Elena en aquel tiempo. Y fue el colmo que hasta el que era su marido, también se enamorara de esa tonta. Por eso, Candice la detestaba a tal grado que era capaz de destruir su felicidad a costa de lo que fuera. Y lo había logrado.

Por otro lado, Thomas había cobrado el dinero que le correspondía por guardar el secreto sobre que él era el verdadero padre del hijo de Candice. Además, la pelirroja notó que Thomas ya no estaba interesado en la estúpida de Elena, cuando lo vio con otra mujer. Candice sonrió a su vientre y lo acarició sin dejar de hacerlo.

—Me has ayudado bastante pequeñín.

Elena acabó en el suelo con el teléfono en la mano quemándole como el demonio; siempre estaba a punto de llamarlo a Derek cada noche, pero a último momento recordaba que no podía hacerlo y el dolor se apoderaba de ella.

Ya habían pasado dos semanas desde que había llegado a Colorado y empezado una nueva vida. Vivía con su tía, ya se había inscrito en su nueva universidad y sus padres se comunicaban cada tres días; su hermano también la llamaba en ocasiones, en las que Elena siempre decía que estaba de maravilla, mentira que Jordan no se tragaba. Jordan había dejado de hablar sobre su hermana con su novia y con su aún amigo, y ellos tampoco la mencionaban. En verdad a Jordan le dolía lo que había pasado con su hermana, pero confiaba en que Elena pudiera comenzar de nuevo lejos de ahí, después de todo, dudaba que su amor por Derek hubiera sido tan grande en tan poco tiempo.

Elena se acercó al balcón de su cuarto y fijó la mirada llorosa en el firmamento oscuro; esa noche era luna nueva, ni siquiera las estrellas se podían ver desde aquel lugar, parecía estar en una cárcel y el cielo representaba lo que era y sería su vida. Oscura, vacía y sin sentido, pero al fin y al cabo seguía respirando, incluso, si el mismo acto de hacerlo doliera.

Qué poco tiempo había durado su felicidad en realidad, aunque en ese momento lo supo: volvería a vivir lo mismo cientos de veces, siempre y cuando conociera a Derek, siempre y cuando él entrara a su vida. No le importaría sentir el dolor que ahora estaba sintiendo incontables veces, si el premio sería la más corta y grande felicidad del mundo. Elena dejó escapar un suspiro evocando todos los recuerdos con él.

Y una lágrima rodó por su mejilla. Desde ese momento, lloró. Lloró por ellos, por su amor que ya no podría ser, por ese sentimiento que no moriría nunca, así pasasen muchos años.

Y lloró también, porque desde ese momento ya lo extrañaba.

Capítulo 27

Amanecer

Algún día comprenderás que la felicidad que te dará tu hijo es mucho más grande de lo que yo puedo darte; sabes que prometí estar siempre contigo, siempre y cuando eso no pusiera en riesgo tu felicidad. Te amo, Derek y por eso debes aprovechar esta oportunidad que ahora tienes.

Para siempre, Elena.

Era lo que decía la nota que estaba al lado de su hermano, sobre el edredón. Caroline lo miraba enfadada. Derek estaba acostado en su cama con los ojos cerrados y un montón de cervezas al borde de su lecho. La muchacha rubia avanzó y lo sacudió para que despertara. Su hermano abrió los ojos de golpe y ella solo vio el desconcierto y la tristeza reflejado en ellos. Caroline ya estaba enterada de todo lo sucedido y realmente la rabia corría por sus venas, odiaba a esa mujer, estaba loca y, si su hermano no hacía nada, ella lo haría.

—Joder, Derek, levántate de la puta cama —rugió Caroline cruzándose de brazos.

Su hermano volvió a cerrar los ojos.

—Vete de aquí, Caroline, ahora no quiero hablar —se quejó arrastrando las palabras. La muchacha esbozó una mueca.

—Pareces un jodido adolescente, en serio —soltó su hermana tratando de hacerlo reaccionar.

Derek abrió los ojos y la miró con frialdad.

—No me hagas enojar, Caroline, no estoy de humor.

—Es que no puedes quedarte con los brazos cruzados, la zorra de Candice no puede vencer el amor que sienten ustedes. ¿No vas a intentar nada?

—Lo hubiera hecho, Caroline, lo hubiera intentado sin importar si al final hubiera tenido a mi hijo o no; y sí, sé que no ganaría por toda la mierda que hubo en nuestra familia, pero estaría con la persona que más amo en el mundo y lo hubiera podido soportar. Mas Elena decidió salvar mi felicidad, aunque se le olvidó que ella es mi felicidad, no tuvo que...

—Vale, la entiendo —interrumpió Caroline—. Realmente debe sentir un amor muy grande por ti, al preferir que tú estés con tu hijo a quedarse contigo y provocar que te quiten a tu bebé... Porque esa zorra de Candice la odia tanto que lo hará si regresas con Elena.

Caroline avanzó hasta la cama y se sentó en el borde.

—Esto es una mierda, se están separando porque así Candice lo quiere; no puedo creerlo, no puedo creer hasta dónde ha llegado esa bruja para verte así... —la rubia se levantó y tomó su bolso.

—No, yo elegí a Elena y ella eligió...

—Tu felicidad —bufó la rubia.

Derek cerró los ojos y volvió a quedarse perdido tendido sobre la cama. Caroline no tenía idea de cuánto alcohol había ingerido durante todos esos días, pero estaba acabando con su hermano; ni siquiera contestaba las llamadas del hospital, ya hacía tres semanas que no se presentaba. Estaba dejando su vida de lado y eso no lo iba a permitir. Le dolía verlo así, parecía que Elena se había vuelto su mundo y su oxígeno; la desconcertaba, nunca había visto a su hermano tan enamorado de una chica.

Y Caroline jamás había odiado tanto a una mujer. Sin que Derek se diera cuenta, su hermana salió de la habitación azotando la puerta con fuerza. Tenía que buscar a Elena; de alguna forma esa joven tenía que saber cómo había dejado su ausencia a su hermano y estaba segura de que si estuviera enterada de su estado, regresaría.

Caroline buscó en los cajones algún número, alguna dirección, algo que le permitiera encontrar a Elena; entonces notó el celular de su hermano sobre la mesa, apenas si seguía teniendo batería. Caroline buscó entre sus contactos y encontró, al parecer, su única salida; agradecía que Derek tuviera la costumbre de anotar toda la información posible de cada contacto en su celular.

Sin perder más tiempo, se metió a su convertible de color plateado y se dirigió hacia la dirección donde vivía Elena que no estaba muy lejos; llegó a un edificio y comprendió que eran departamentos cuando estudió bien el lugar. Estaría difícil adivinar en cuál vivía por lo que marcó al número de Jordan Fuster, que también tenía registrado Derek, y por el apellido tendría que ser el hermano o algo de Elena.

—¿Quién habla?

—Eh... Soy una amiga de tu hermana, ya sé que Elena se marchó pero tengo algo importante que decirte; estoy afuera del edificio donde vivía. ¿Podría hablar contigo...?

—Hmmm... Está bien, en dos minutos estoy ahí.

Caroline colgó y jugó con sus manos nerviosas; le había dicho una pequeña mentira pero sabía que, si decía que era la hermana del ex de Elena, no hubiera accedido a hablar con ella. Le rogaría, si fuera necesario, que le dijera el lugar donde vivía Elena tenía que hacerlo si quería salvar la vida de su hermano.

Un muchacho moreno, bastante alto y en forma se plantó delante de ella con el semblante confundido, y más al mirar el lujoso auto que había detrás.

—¿Tú eres la amiga de Elena...? —preguntó el joven frunciendo las cejas.

La rubia lo estudió y comprobó que era lindo.

—Bueno yo... —Caroline suspiró y cruzó los brazos sobre su pecho—. No era muy cercana a Elena... Pero se fue sin que pudiera decirle algo importante y me gustaría poder contactarme con ella, ya que su número no es el mismo y al parecer desapareció sin más.

Notaba la confusión del muchacho, claramente le estaba costando creer que ella era amiga de su hermana, pero tenía que seguir bien en su papel si quería conseguir información.

—Mi hermana tuvo sus razones para irse, eso es privado... Pero nunca te había visto, ni Elena me había comentado de ti antes —dijo el joven desconcertado.

Caroline se rascó la mejilla y desvió la mirada.

—Sí, como te dije no éramos muy cercanas, solo éramos compañeras en la universidad, pero tengo algo importante que decirle, de verdad, es algo que ella

debe saber... No sé, si al menos pudieras darme el número...

—¿Quieres que la llame y te la paso?

Bien, el chico no estaba confiando mucho, pero eso sería suficiente. Caroline asintió y Jordan sacó su celular todavía confundido con la escena. El joven le pasó el teléfono que ya estaba sonando y la rubia le pidió al chico que necesitaba espacio para hablar; por suerte, él se alejó a unos buenos metros para no ser capaz de escuchar.

—¿Hola? —Caroline sentía los nervios en su cuerpo, esa era su única oportunidad; tenía un plan, tal vez mentiría y exageraría un poco, pero era necesario para que esa joven estuviera de vuelta.

—Elena, soy la hermana de Derek, Caroline.

Hubo un corto silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo?

—Necesitaba hablar contigo urgentemente; mira, no sé cómo lo tomes pero...

—¿Qué cosa? ¿Por qué me estás llamando? —preguntó Elena alterada y asustada. Caroline cruzó los dedos, sería la mentira más necesaria y justa que haría en su vida. Tenía que hacerlo, sino su hermano terminaría con su vida; ellos dos tenían que buscar otra salida, la zorra de Candice debía de estar escondiendo algo, Caroline la conocía bastante bien y un presentimiento se lo decía.

—Bueno, mi hermano sufrió un accidente en su auto y...

—¡¿Qué?!

—Elena, Derek está al borde de la muerte, tal vez no pase de mañana y él quiere verte...

—No por favor, dime que no es verdad, no puede ser... —la chica lloraba al otro lado de la línea.

Bien, estaba funcionando.

—Tienes que venir, Elena, está en el hospital donde trabajaba... Yo... Te espero ahí —fingió un sollozo.

—Ahora mismo salgo para allá —cortó Elena antes de colgar la llamada.

Caroline suspiró satisfecha de su cometido; al menos, tenía tiempo para

echarle agua fría a su hermano y obligarlo a que se parase. Elena tardaría en llegar.

—Bueno, gracias por la llamada. Nos vemos luego —dijo la rubia entregándole el teléfono al muchacho y, sin mirar atrás, se metió al auto con una decisión firme: enfrentaría a Candice.

Estaba cansada de ver a su hermano así, tan perdido consigo mismo. Nunca había visto de esa manera a Derek y, aunque intentaba disimularlo, le dolía mucho su situación. Pero pronto iba a terminar con eso. Iba a enfrentar a Candice ahora mismo. La muchacha tomó la carretera aumentando la rapidez cada vez más.

Caroline puso los ojos en blanco cuando por fin se libró del policía que la había detenido en la carretera por exceso de velocidad, lo que hizo que perdiera su valioso tiempo; además, del tráfico, que le provocaba dolor de cabeza. Ya la tarde se cernía sobre la ciudad cuando finalmente bajó del convertible enfrente de la casa que ahora era de Candice.

La muchacha le sonrió a las llaves de la casa que había robado de su hermano. Entraría sin pedir permiso a la escoria esa, como la llamaba para sus adentros. Caroline aferró su bolso con fuerza contra su hombro, dispuesta a gritarle a Candice todas sus verdades y decirle que se había ganado una enemiga peligrosa.

Avanzó hasta la puerta y abrió con sigilo, una sonrisa enmarcó su rostro cuando estuvo dentro. Sin embargo, la sonrisa se le borró cuando comenzó a escuchar murmullos en la sala de estar. Caroline avanzó en silencio pegando su cuerpo a la pared para no ser descubierta, aunque con la cámara del celular en mano, por si encontraba algo sospechoso. Unos pasos más cerca, la situación la dejó helada. Gracias al buró que estaba al final del pasillo de la entrada, podía espiar sin peligro lo que sucedía en la sala.

Candice y un hombre de cabello oscuro le daban la espalda; estaban sentados, parecían discutir sobre un tema en particular. Caroline, sin perder tiempo cambió la cámara a grabación y apuntó hacia ellos. No era ninguna estúpida, tendría pruebas si pasaba algo. Las voces comenzaron a ser más altas, por lo que la

muchacha pudo escuchar sin problema alguno.

—No voy a darte ese dinero, Thomas, es demasiado. El trato solo abarcó lo que te di, no intentes obtener más, me estás pidiendo todo lo que ahora tengo.

La respiración de Caroline se cortó, era su primo Thomas, no de sangre. Pero los vinculaba sus padres que eran hermanastros.

—Puedo pedir lo que quiera y lo sabes, Candice, porque bien puedo desmentirte ante todo el mundo —el joven soltó una carcajada—. Me vas a dar ese dinero, no me importa si necesitas todo lo que tienes ahora, lo quiero para pagarle a esos traficantes o me matarán.

La pelirroja se levantó con furia mirando inquisitivamente al joven.

—¡No! Es demasiado, mucho más de lo que ahora tengo. Y de una vez te lo advierto, imbécil, si abres la boca, te juro que soy capaz de...

—¿De qué? Eso no importa; si yo digo que ese hijo que llevas dentro de ti no es de Derek y es mío, todo se acaba para ti, Candice.

Caroline se quedó sin respirar ante la confesión de su primo. Vio por última vez la expresión ansiosa de la pelirroja y al ver cómo Thomas comenzaba a levantarse para irse, la rubia salió de su escondite para enfrentar a Candice.

—¿Es cierto que ese hijo es tuyo, Thomas?

Candice volteó hacia ella sorprendida y después repentinamente asustada; su primo la vio con una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Sí, ese hijo no es de Derek, es mío. Lo que pasa es que tu excuñada se acostaba conmigo mientras todavía estaba con tu hermano ¿Sorprendida, verdad?

Caroline apretaba los dientes con fuerza, miró con rabia a la pelirroja. Sabía que algo escondía, lo sabía desde el principio.

—Eres una maldita sucia, Candice. Pero este jueguito tuyo se acaba ahora mismo, mi hermano no te dará ni un dólar más por su supuesto hijo, y no quiero que vuelvas a interferir en mi familia. ¡Jamás te vuelvas a acercar a nosotros si no quieres problemas! Maldita zorra.

Caroline se dio la vuelta corriendo para volver a su auto con el corazón latiendo fuerte contra su pecho. Encendió el convertible y con una sonrisa miró por última vez hacia la gran casa que acababa de abandonar.

—Hasta aquí llegaste, maldita escoria —gruñó la chica antes de introducirse a la carretera.

Caroline salió disparada del auto una vez que llegó al departamento de su hermano. Tomó las llaves y sin esperar más tiempo abrió la puerta.

La joven se quedó estática cuando vio a su hermano y a una muchacha mirándose fijamente sin comprender nada.

—¿Qué está pasando? Llegué al hospital y no estabas, yo solo pude venir para acá y él está...

—Bien —dijo Elena soltando el aire contenido de sus pulmones.

¿Qué significaba aquello? Jamás se hubiera atrevido a regresar, pero por lo que le había dicho su hermana, no lo pensó dos veces y ahora tenía enfrente a Derek con vida, para nada al borde de la muerte en un hospital, aunque confundido y mirándola con dolor. Le dolía estar cerca de él, solo había venido a sangrar más por la herida y a recordar que su amor había sido un sueño de hadas.

—Lo siento, Elena, tuve que mentirte si no jamás hubieras venido. Aquí lo importante es que he descubierto la verdad que ocultaba Candice y créanme que ya no hay necesidad de separarse.

Derek miró a su hermana confundido, aturdido y también feliz porque estaba ahí Elena; no era una de sus alucinaciones cotidianas, era real, todo daba vueltas en su cabeza, tal vez por todo el alcohol ingerido, pero al menos podía enterarse de lo que sucedía.

—¿De... qué hablas? —inquirió Elena temblando con anticipación.

Caroline sacó su celular y con una sonrisa les mostró el vídeo a los dos. Este comenzó a reproducirse ante los ojos de los muchachos, que lo veían con atención. El rostro de Elena se tornó pálido mientras veía y oía todo lo que se veía en el vídeo; el corazón de la castaña comenzó a retumbar en su pecho con fuerza. No sabía que le dolía más, el haber confiado en una persona tan despreciable en algún momento de su vida o el haber sido tan tonta como para no sospecharlo.

El vídeo llegó al fin de su curso y Elena solo pudo tomar asiento en uno de los sillones de la sala, con la mirada fija en sus manos convertidas en puños. La rabia, el dolor, la euforia, el alivio, todo se mezclaba en su interior. Ahora podía

estar con Derek, de verdad podía estarlo y la estaba llenando de alegría, mas también el dolor, el coraje corría por sus venas, creer que había estado a punto de echar su felicidad por la borda, por una mentira.

Elena buscó con la mirada a la pelirroja; las copas se le habían pasado de las manos y lo único que quería era irse a casa. De pronto, se percató de la maraña de cabellos rojos de su amiga y se acercó tambaleante. Los ojos de la chica se abrieron con sorpresa al ver a Thomas, su novio. Y también con confusión, al ver cómo hacía unos minutos él estaba platicando tan amigablemente con Candice.

—¿Thomas? —preguntó Elena. Los mareos habían dejado de confundir su visión de repente, ante la sorpresa de encontrarse a su novio en aquellas circunstancias.

—¿Conoces a mi amiga? Pensé que aún no te había presentado a Candice...— dijo Elena alzando la voz por el ruido de la música.

El joven le sonrió rascándose la mejilla y negó con la cabeza con desinterés.

—Solo le pedí la hora, mira qué coincidencia que sea tu amiga —gritó Thomas por sobre el estruendo apabullante.

Elena seguía confundida y, de pronto, con un poco de celos por haber visto a su novio con su amiga como si se conocieran de toda la vida. La muchacha tomó un trago de su copa olvidando el malentendido de sus pensamientos.

—Bueno, ya conoces a mi última amiga que me faltaba presentarte. Ahora sí. ¿Qué haces por aquí? —interrogó la castaña.

—Vengo con unos amigos...

—Elena, ¿Elena? —la muchacha escuchó la voz de Derek. Como saliendo del agua, sus sentidos emergieron a la realidad. Los ojos azules de su amado lucían un poco desconcertados aunque con un brillo intenso de triunfo.

Él le acarició la mejilla con preocupación mientras Caroline la miraba con los brazos cruzados a una distancia considerable, sin interferir.

—Te pusiste pálida —señaló Derek con el ceño fruncido—. Entiendo que no te esperabas esto... Yo tampoco...

La voz del muchacho sonaba entre preocupada y también desconcertada por la misma revelación. Derek tenía que admitir que se sentía decepcionado de sí mismo por haber sido tan estúpido para casarse con una mujer como Candice. Tan ciego había estado para no darse cuenta de la realidad. Mas la reacción de ella no se comparaba con la de él.

—No, no... Estoy bien —contestó Elena tratando de sonreírle—. Solo que recordé algo... que antes había pasado por alto y ahora todo tiene sentido. Tu primo y Candice ya se conocían desde antes, incluso creo que todo el tiempo Candice fingió no conocerlo. Ellos me veían la cara cuando yo creía tener una relación... No puedo creer... No puedo creer cómo he sido tan estúpida —se quejó Elena llena de coraje, de rabia por la pelirroja.

—Y tampoco puedo creer que hayamos estado a punto de caer en su juego, separándonos —balbuceó Elena perforando con la mirada a Derek con los ojos llorosos—. No puedo evitar odiarla; siempre ha estado fingiendo conmigo, con todos.

Derek suspiró y tomó a Elena atrayéndola hacia él, envolviéndola entre sus brazos mientras ella escondía la cabeza en su cuello. Su corazón de nuevo latía fuerte en su pecho, con vida, saltando de alegría, por fin la tormenta que creyó eterna había terminado.

—Eso ya no importa, Elena; el daño está hecho, pero ahora es nuestra oportunidad... Ahora ya nada interferirá entre nosotros, absolutamente nada.

Elena soltó una lágrima, no supo si de coraje o de felicidad. Por fin podía vislumbrar la luz después de haber creído que jamás la encontraría.

—Tienes razón —contestó mirándolo con una sonrisa dejando entrever su felicidad—. Ahora podemos empezar bien, sin ninguna interferencia, la mentira de Candice se ha acabado.

—Ahora que recuerdo, algo siempre me dijo que Candice era falsa —Derek negó con la cabeza recordando todas las ocasiones en que le parecía que la pelirroja utilizaba una máscara—. Pero ya no importa nada de eso, por fin podremos estar juntos sin que nada se interponga —los ojos azules de Derek brillaron cuando la miró con pasión—. Te amo, bonita, no tienes idea del infierno que sufrí sin ti.

Elena sonrió y se lanzó a los brazos de él, buscando sus labios inmediatamente. Derek acomodó a su chica en su regazo comenzando también a acariciarla, cuando los dos escucharon el carraspeo de Caroline. Elena se apartó avergonzada de Derek, había olvidado que no estaban solos en la sala.

—Vayan a un cuarto para desatar toda su pasión pero, por favor, no hagan esto enfrente de mis ojos vírgenes —se quejó la rubia con burla saliendo de la sala.

—Por cierto, hermanita, muchas gracias. Me has salvado la vida, en serio —gritó antes de que su hermana desapareciera para dejarlos solos. Elena rio y volvió a besar a su hombre con desenfreno, no podía creer que horas antes estuviera muerta de miedo por la vida de Derek y que ahora estuviera así, tan desenfadada, tranquila, feliz. Finalmente podía vislumbrar el amanecer después de la noche donde había estado sumergida.

Elena se plantó enfrente de la puerta del que antes había sido su departamento; tenía que dejar claras las cosas con sus amigos que la habían juzgado mal y ahora, por medio de ella, iban a saber la verdadera persona que era Candice. La joven tocó tres veces hasta que por fin le abrieron la puerta.

El rostro de Jason se sorprendió al mirar quién era la chica que tenía enfrente. El rubio junto las cejas y ladeó la cabeza.

—Pensé que ya no rondabas por aquí —dijo Jason. Elena pudo percibir que la voz de su amigo seguía teniendo cierto resentimiento, aunque para nada como la última vez que se vieron.

—Déjame pasar, Jason, es importante —ordenó Elena con voz firme. Su examigo asintió suspirando y ella entró a la pequeña sala donde Jordan y Chloe se hacían cosquillas el uno al otro, pero cuando se dieron cuenta de la presencia de Elena, dejaron de reírse. Su examiga la miraba al igual que Jason, con sorpresa e incredulidad por que estuviera ahí.

—¿Qué haces aquí, Elena? —preguntó su hermano levantándose del sofá mirándola con confusión.

Jordan tenía entendido que su hermana jamás quería regresar por ese departamento. ¿Algo había tenido que ver la llamada de aquella chica? Elena no

le había regresado la llamada ni informado nada.

—Vine a decirles toda la verdad, la única verdad que hay y por la cual ustedes pensaron lo peor de mí —acusó Elena con cierto dolor todavía en su voz al dirigirse a los hermanos rubios.

—Elena... No entiendo —comentó Chloe levantándose y quedando al lado de su novio, centrando toda su atención en la castaña.

Elena sonrió con tristeza y tomó aire. Caroline le había pasado el vídeo a su celular por lo que Elena les tendió el suyo, que Jason tomó sin comprender.

—Miren ese vídeo y comprenderán todo lo que quiero decir. Lo grabó la hermana de Derek sin que ellos se dieran cuenta —dijo Elena todavía con rabia.

Le daba coraje que esas dos personas, la que creía su amiga y peor, su novio, se hubieran burlado de ella todo el tiempo. Pero ahora todo eso se acabaría, y Candice no tendría otra opción más que apartarse sin miramientos.

Chloe y Jason estaban al tanto de todo lo que sucedía con Derek y Candice, por lo que también estaban enterados del embarazo de la pelirroja y, por medio de Jordan, de la partida de Elena a Colorado. Pero lo que se revelaba en ese vídeo le partió el corazón a la chica rubia. Sus ojos azules comenzaron a llenarse de lágrimas al mirar a Elena, que de igual manera, parecía destrozada.

—Elena, no sé qué decir... —susurró Chloe con el labio inferior temblando. Comprendió que había sido engañada por Candice, lo que provocó que pensara lo peor de Elena, cuando en realidad su amiga era la menos culpable, al contrario de la pelirroja. Pero todo así lo había indicado... Y había creído a Candice, porque la sabía su amiga al igual que Elena.

—No pasa nada, Chloe, entiendo que tú también creías que Candice era la misma de siempre, tal vez nunca la conocimos bien —Elena se encogió de hombros.

Había venido a ver a sus amigos con el objetivo de hacer las paces y volver a la relación que tenían antes, al menos, intentarlo, ya que sabía que las cosas no serían tan fáciles. El amor por sus amigos era más fuerte que el resentimiento que pudiera tener Elena hacia ellos, así era ella capaz de perdonar a las personas que le importaban, olvidando el pasado y los errores.

—Dios, he sido tan injusta contigo. Yo pensé... Yo pensé que Candice

realmente amaba a Derek y que tú...

—No importa nada de eso, Chloe, no es necesario que te disculpes —la interrumpió Elena con una sonrisa débil en los labios.

No culpaba a Chloe, todo lo había indicado así, ella misma tal vez hubiera caído en el engaño.

—Pero si me alejé de ti, juzgándote mal —Chloe se acercó a su amiga con lentitud—. ¿Cómo puedes perdonarme tan fácil?

—Porque sigues siendo mi amiga, Chloe y te quiero. Y una verdadera amiga siempre da una segunda oportunidad —dijo sin resentimientos.

Chloe asintió y se lanzó a abrazar a Elena con un nudo en la garganta, fue un abrazo sincero y también con buen sabor a perdón. Elena dejó de abrazar a Chloe y ahora miraba a Jason.

—Por favor, discúlpame, Elena, lo que te dije... En realidad no lo quise decir, creo que fueron los celos los que hablaron por mí, al comprender que jamás te interesarías en mí —opinó Jason avergonzado de sus actos inmaduros.

—Ya no importa, Jason. Ahora podemos empezar de nuevo.

El rubio asintió y se llevó el dedo a la barbilla.

—Por cierto, la hermana de Derek me ha empezado a gustar. Espié a Jordan y esa belleza mortal por la ventana.

Elena abrió los ojos confundida.

—¿Conoces a Caroline? —preguntó ella sorprendida.

Jordan lo miraba divertido y Chloe miraba sin comprender a Jason.

—Sí, la vi cuando vino a hablar con Jordan, desde la ventana y... Es la chica más bella que he visto —dijo el rubio suspirando.

Chloe y Elena se echaron a reír aliviadas de que por fin Jason encontrará de nuevo la ilusión.

—¿No creen que deberíamos celebrar esta reconciliación? Y otra cosa, también celebremos el haber descubierto a la hipócrita de Candice —intervino Jordan con burla alzando su cerveza que estaba tomando. Todos asintieron entre risas y así pasó la tarde entre ellos.

Candice apretó los dientes, ahorcando el cuello de una muñeca de plástico mientras con la otra mano mantenía el celular en su oreja. Odiaba a Thomas, había echado todo a perder y ahora seguramente Elena estaría sonriendo, y todos burlándose de ella.

—No se quedará así, Rosy.

—Candice, ya no hay nada que hacer. Trata de comenzar de nuevo, no te ciegues por el odio. ¿Me duele verte así, sabes?

La pelirroja volvió a apretar el cuello de la muñeca joven con rabia, deseando arrancarle la cabeza en un segundo. Una sonrisa apareció en sus labios rojos y de pronto comenzó a acariciarle el cabello a la muñeca.

—Tienes razón Rosy, lo dejaré por la paz, lo prometo.

—¿De verdad?

—Sí prima, ya comprendí que no puedo hacer nada más, aunque esta cosa que llevo dentro mañana dejara de existir.

Rosy hizo una pausa al otro lado de la línea.

—Ya, es tu decisión, Candice, solo que piensa en las consecuencias por si piensas intentar algo tan descabellado como lo que me dijiste contra ella.

—Ya hablaremos después de eso prima, hasta pronto —se despidió la pelirroja azotando su celular contra la pared con odio, sin importarle que se estrellara. La rabia le corría por las venas y lo veía todo rojo por la rabia. Especialmente a esa muchacha, que había sido capaz de arrebatarse todo.

Candice sonrió y negó con la cabeza mientras tomaba a la muñeca y la aventaba contra el otro lado de la habitación con el coraje que deseaba sacar de su interior. Y solo había una manera de lograrlo.

—Elena, no disfrutarás mucho de tu felicidad que ahora gozas, yo me encargaré de eso. Te lo juro —dijo Candice al espejo con una sonrisa de suficiencia antes de salir de su habitación.

Capítulo 28

Más fuerte que todo

Elena terminó la llamada de Manón, era costumbre que su amiga le hablara al menos dos veces a la semana. Ayer había sido un día especial, por fin Manón había finalizado su carrera de medicina al igual que la castaña y también había cumplido veintitrés años.

Ya habían pasado tres meses desde aquel día en que Derek y Elena pudieron volver a estar juntos y todo había regresado a la normalidad, aunque ahora era diferente para ellos, ahora nada les impedía permanecer el uno con el otro, y el futuro se abría ante ellos lleno de esperanzas y promesas. Su vida realmente estaba siendo como un cuento, en donde todo estaba en su lugar; Elena ya se estaba especializando en pediatría y se estaba enamorando de ello, además de que la relación con sus amigos volvía a ser como antes, habían logrado superar la ruptura del pasado.

Se sentó en el borde de su cama mientras se pasaba los dedos por el cabello. Ahora vivía en el departamento de Derek, aunque a Jordan no le había gustado mucho la noticia; para él, la castaña seguía siendo su hermana pequeña. Chloe, que en ese momento había ido a visitarla, entró al cuarto y se sentó a su lado.

—He discutido con Jordan, es un idiota —refunfuñó Chloe.

Elena soltó un suspiro cansado; casi siempre su hermano y su amiga peleaban por nada, y a la hora siguiente no podían separar sus bocas.

—Sabes que en una hora volverán a estar como conejos en la cama —dijo Elena levantándose para contemplarse en el espejo, estaba hecha un desastre y lo peor era que había quedado en salir con Derek en poco tiempo.

—Eso no es cierto —se defendió su amiga con un rastro de burla en la voz.

—Como tú digas, pero mejor me arreglaré, porque Derek va a pasar por mí en una hora; dice que me va a llevar a algún lugar especial —informó Elena con

una sonrisa de ilusión.

Chloe la miró desde atrás alzando las cejas con una sonrisa burlona.

—Entonces, será mejor que te arregles ese cabello ya —le aconsejó su amiga guiñándole el ojo.

Elena asintió devolviéndole el gesto y después la rubia salió del cuarto lanzándole una almohada en son de juego antes de desaparecer.

Elena sudaba del nerviosismo mientras Derek conducía por la carretera, con una mano en el volante y la otra entrelazada con la de ella. La joven no tuvo que adivinar hacia dónde se dirigían cuando vio el sendero que tomó Derek. La noche caía sobre ellos y lo bueno para Elena era que la obscuridad no era fría aunque, por las dudas, había llevado su abrigo.

Derek no había dicho ninguna palabra, solo tomó la mano de Elena y comenzaron a caminar hacia el pequeño claro donde ya habían ido un par de veces. La muchacha no comprendía por qué Derek la traía a ese lugar, había pensado que la llevaría a cenar a un restaurante o algo por el estilo. Pero no, ahí estaban, frente al tranquilo río y toda la naturaleza que los rodeaba.

Derek dejó de caminar justo cuando llegaron al centro del claro, él alzó la mirada hacia el cielo, donde las estrellas parecían estar más cerca de repente, o eso le pareció. Él tomó la mano de Elena y miró profundamente esos ojos café que robaban todos sus sueños. Aunque nunca lo admitiría, Derek sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Elena, no tienes idea de cuánto te amo... —susurró él sin dejar de mirarla, aunque los nervios lo estaban consumiendo por dentro—. Por eso... He... He decidido que quiero compartir toda mi vida contigo.

Elena dejó de respirar por un segundo, las palabras de Derek entraron a su cabeza tomando significado. Sintió las piernas débiles y, si no fuera porque él estaba enfrente de ella, se hubiera desplomado de la sorpresa y la felicidad que estaba experimentando en ese instante.

Derek tomó su diestra con más fuerza y, con los ojos llorosos, colocó una

rodilla en el suelo mientras sostenía la mano de la chica.

—Elena, eres lo más hermoso de mi mundo y todo lo que yo quiero... Llegaste cuando menos lo esperaba, no entiendo cómo es que te metiste tan adentro de mi piel, ni cómo lograste que te amara de esta forma, pero de lo que sí estoy seguro es de que nadie... nadie más que tú podrías hacerlo. No me imagino una vida sin ti y por esa razón te regalo todo el amor que pueda ser capaz de sentir que, como es demasiado, jamás tendrás que preocuparte por enamorarme más todos los días.

A él se le formó un nudo en la garganta, mientras las lágrimas de Elena corrían silenciosas por sus mejillas, delatando todo lo que sentía en su interior.

—Elena... ¿Me harías el honor de casarte conmigo? —preguntó Derek ofreciéndole su corazón y más que eso.

Elena parpadeó despejando las lágrimas de su vista y solo pudo ver la respuesta en esas lagunas azules tan profundas y tan misteriosas que jamás se cansaría de seguir explorando.

—Sí, Derek. Quiero compartir toda mi vida contigo.

Elena se mantenía pegada al pecho de Derek mientras los dos contemplaban la noche caer sobre ellos; nada importaba en ese momento, solo el enorme amor y felicidad que había dentro de ambos, que no se comparaba con nada de lo que habían vivido antes. Elena comprendió que, si pudiera congelar el tiempo en ese momento, lo habría hecho sin pensarlo. Los dos, recostados sobre el pasto del prado, sentían que podían tocar las estrellas con solo alzar la mano.

Elena jugueteaba con los botones del suéter de Derek, cuando de pronto se acordó de algo que siempre le causó curiosidad aunque nunca preguntó.

—Por cierto, por qué..., incluso cuando te conocí por primera vez, nunca llevaste el anillo de matrimonio... cuando estabas casado con...

Derek soltó un suspiro y besó los labios de Elena en un leve roce, antes de contestar. Él no quería ni que Elena pronunciara el nombre de la pelirroja.

—Creo que no lo utilizaba porque en realidad no me sentía como si estuviera

casado, además de que tampoco quería que te alejaras de mí por esa razón; creo que suena egoísta pero mira ahora... —dijo Derek al recordar cómo Elena había desequilibrado la vida buena que decía tener—. Por eso nunca lo llevé conmigo, pero ahora...

—Trataré de anclarlo a mi dedo —finalizó con una sonrisa traviesa.

Elena asintió y lo besó con lentitud apoyándose en su codo para sentirse más cómoda, mientras Derek pasaba una mano por su espalda acariciándola.

—Te amo, te amo, nunca me cansaré de decírtelo. Soy tuya —murmuró perdiéndose una vez más en esos pozos azules, que lucían más oscuros por la escasa luz de las estrellas y de la luna.

—Y yo nunca me cansaré de demostrarte todo lo que siento por ti, Elena —Derek la miró con una sonrisa traviesa en las comisuras de los labios—. Definitivamente has logrado que me vuelva loco, loco de verdad.

Tres meses después...

Las lágrimas en el rostro de Elena eran tan abundantes que apenas reconocía a las personas que la estaban abrazando por su boda; todo había ido perfecto desde aquel gran día cuando Derek le había propuesto matrimonio. Solo se dejaba llevar por su burbuja de felicidad, acompañada de las personas que más le importaban. Todo le parecía tan increíble todavía, definitivamente estaba viviendo un sueño hermoso.

Ya habían pasado seis meses desde el día en que descubrieron la mentira de Candice y por fin había llegado el momento que tanto había soñado. Elena sonrió con ganas mirando a su alrededor. Todos reían, todos platicaban alegres, lo único que los rodeaba era felicidad. Su hermano y Chloe estaban más juntos que nunca y, para sorpresa de todos, Jason y Caroline habían iniciado una bonita relación.

Elena suspiró y tomó un pequeño trago de su copa, a la vez que sus dos amigas la veían con curiosidad.

—¿Sabes a dónde piensa llevarte? —preguntó Manón ladeando la cabeza en dirección al orgulloso novio que estaba en otra mesa recibiendo elogios y felicitaciones.

Elena negó mirando a Derek con un brillo intenso en los ojos, aún a distancia. Nada de lo que hubiera sentido antes se podía comparar a la felicidad que la inundaba en ese momento. Y entonces Elena comprendió que todo el dolor y el sufrimiento habían valido la pena, y que había tomado las decisiones correctas.

—No lo sé, pero supongo que será un lugar muy bonito —Elena se encogió de hombros sin preocuparse por ello.

Chloe aplaudió con entusiasmo.

—Aún no puedo creer que ya seas una señora casada —admitió Chloe.

Elena le sacó la lengua en un gesto infantil.

—Seré una señora cuando tenga hijos —se defendió Elena con diversión.

—¿Y piensas tenerlos ya? —preguntó Chloe abriendo los ojos como platos.

Elena negó rápidamente volcando los ojos.

—No creo, primero quiero disfrutar lo más que pueda. Aunque de cualquier manera, él ya es mi paraíso, y lo todo lo que pase será hermoso —respondió Elena con convicción.

—Bueno, prefiero que se contengan las ganas como yo con Jordan; no querrás convertir a tu mamá en abuela tan joven ¿o sí? —cuestionó Chloe pasando una mano por sus cabellos.

—Mi madre brincaría del susto, pero al parecer la madre de Derek... se muere por un nieto —contestó Elena mirando de refilón a la mesa contigua, donde seguía su ya ahora marido.

Marido.

Qué bien se escuchaba esa palabra.

—Por cierto. ¿Te ha gustado su madre? —intervino Manón con interés. Elena asintió encogiéndose de hombros.

Antonella había resultado una buena mujer; aunque Elena sentía que ella no le agradaba del todo, al menos, no había discordia entre ambas.

—Supongamos que ni bien ni mal... —admitió Elena—. Sé que puedo manejarlo.

Chloe sonrió y tomó la mano de su amiga sobre la mesa.

—De verdad estoy feliz por ti, Elena. Derek y tú se lo merecen; su amor hacia

ti es de verdad grande... —confesó la rubia.

Elena asintió y tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta, quería llorar de felicidad. Todo estaba siendo tan perfecto; finalmente Candice se había ido de la ciudad y ahora nadie sabía de ella, aunque a nadie preocupaba.

—Y hablando de él... —anunció Manón señalando a Derek con un dedo, que se acercaba a la mesa de las chicas.

Elena sintió su corazón latir acelerado dentro de su pecho cuando lo volvió a recorrer con la mirada. Él lucía increíble, aunque no era eso lo que la sorprendía, sino el semblante de Derek. Era como si en ella hubiera encontrado un tesoro perdido.

—¿Quiere bailar señora, Crowell? —preguntó él tendiéndole la mano a la joven. Elena con las mejillas sonrojadas ante la mención de su nuevo apellido, se levantó de la mesa. Sus amigas le dedicaron un guiño antes de que Elena se perdiera entre la gente para ir a bailar.

Los recién casados llegaron hasta el centro de la pista, y ahí Derek tomó a su esposa acercándola a su cuerpo. Elena posó una mano en el hombro de él y la otra la entrelazó con la de su esposo. Sus cuerpos comenzaron a seguir el ritmo de la música lenta mientras sus miradas no se desconectaban ni un segundo.

Una lágrima se desbordó de los ojos de Elena, mientras contemplaba las lagunas azules de Derek, que brillaban como nunca antes. Él acariciaba su espalda al ritmo de la canción mientras bailaban.

—La felicidad que ahora siento no se compara con nada, Elena... —susurró él en su oído. Derek se sentía en el mismo cielo, ahora su vida tenía el sentido que siempre estuvo buscando—. Gracias por todo esto... Gracias por existir.

—Yo... No puedo describir con palabras lo que ahora siento —admitió Elena con una sonrisa nerviosa en los labios—. Es... Eres más de lo que merezco.

Derek negó con un movimiento de la cabeza y al terminar la canción arrastró a Elena con él fuera de la pista, llegaron hasta un enorme muro de cristal que se encontraba un poco alejado de la gente y de la música, donde ellos se reflejaban perfectamente.

—No, tú eres mucho más de lo que puedo merecer y por eso me siento tan agradecido. Eres la más hermosa, Elena, solo basta mirarte —declaró él

observando a Elena a través de su reflejo.

La castaña contempló con admiración a la hermosa novia vestida de blanco y al apuesto joven que le rodeaba la cintura. Derek se veía impresionante, pero ella, simplemente no se podía reconocer en su propio reflejo. La chica hermosa que ahí se reflejaba, sin duda parecía sacada de un cuento. Elena sintió ganas de llorar al contemplar que encajaba a la perfección con Derek, mas tomo un largo suspiro, no quería tener el rostro más rojo de lo que ya estaba por las lágrimas.

—¿Lo ves? —preguntó Derek enjugando una lágrima de su mejilla—. Eres mucho más de lo que merece cualquier hombre, y el afortunado soy yo... Increíblemente.

Elena soltó una risa temblorosa mientras tomaba su mano para caminar de regreso al centro de la fiesta, antes de que alguien notara su ausencia. Derek miró su reloj que llevaba en el brazo y sonrió con ganas.

—Será mejor que vayámonos despidiendo de todos, si no queremos perder el avión —dijo Derek a Elena que sonrió emocionada, sabía muy bien qué significaba eso, y pronto los nervios comenzaron a recorrerle el cuerpo. Elena se fue despidiendo de cada uno de sus amigos al igual que Derek, incluso habían venido unos primos que tenía de parte de su madre y que, desde México, habían viajado para acompañarla.

La muchacha dejó caer varias lágrimas cuando se despidió de sus mejores amigos, Manón, Chloe, Ian y Jason.

—Disfruta tu luna de miel, Elena; es de lo mejor que podrás vivir —dijo Manón abrazándola con fuerza. La recién casada asintió mientras se acercaba a abrazar a los dos hermanos.

—Sé que cometimos un error al juzgarte sin más Elena, pero sabes que eres una de las personas que más me importan y, por eso, a pesar de los errores del pasado, deseo con todo corazón que seas feliz —dijo Chloe con lágrimas en sus ojos azules—. Te quiero, Elena.

Las dos chicas se abrazaron, incluyendo a Jason que también se unió a ellas.

—Gracias por todo, ustedes ayudaron a hacer de este día el mejor de mi vida —confesó Elena tratando de ya no llorar más, aunque seguramente su maquillaje ya se había arruinado.

—No, el mejor día de tu vida será cuando por fin me ganes una carrera nadando —intervino Ian burlón, tomando de sorpresa a Elena de la cintura dándole una vuelta en el aire.

—¡Ian! —gritó Elena riendo cuando por fin la depositó de nuevo en el suelo. Ian dio un paso atrás para mirarla mejor.

—No sé qué pasó contigo hoy, pero sin duda estás para el pecado. Si no fuera gay, poco podría hacer para contenerme —confesó Ian soltando una carcajada.

Elena puso los ojos en blanco y abrazó por último a su amigo.

Elena terminó de despedirse de todos, cuando vio a sus padres y a su hermano, que eran los últimos por despedirse; sintió un nudo en la garganta cuando se acercó a ellos.

—Aún no puedo creer que mi niña se esté casando —dijo el hombre melancólico. Elena negó sonriendo, mientras pasaban por su mente todos los momentos divertidos que había pasado junto a su padre y que, gracias a Dios, ya se notaba mucho mejor de su enfermedad.

—Nunca dejaré de ser tu niña, papá, aunque ahora prácticamente ya soy...

—Una señora casada —terminó Jordan mirando a su hermana con verdadero orgullo, aunque se notaba un poco la tristeza en sus ojos. Los dos hermanos estaban acostumbrados a vivir juntos, por lo que ahora la separación dolía.

—Sí, pero sabes que nunca dejaré de ser yo —dijo Elena sacándole la lengua a su hermano, que se acercó para estrecharla en sus brazos.

—Te voy a extrañar mucho, enana —le dijo Jordan en su oído—. Y ya sabes, si algo sale mal entre ustedes, tienes quien le rompa la cara —finalizó su hermano dedicándole una sonrisa traviesa.

Elena sacudió la cabeza, su hermano nunca dejaría de ser un celoso.

—Lo tomaré en cuenta —prometió Elena.

Ella miró hacia atrás y vio que Derek ya estaba terminando de despedirse de todos para pronto marcharse. Debía darse prisa.

—Mi niña, me siento tan orgullosa de ti, sé que tomaste la decisión correcta y también sé que ese muchacho te hará muy feliz —dijo su madre atrayéndola hacia ella.

—Lo sé mamá —respondió la chica en un susurro.

—Aunque quisiera nunca soltarte, hija, será mejor que no hagas esperar a tu... esposo —intervino su padre sintiendo un nudo en la garganta. Elena asintió y abrazó con cariño a su padre, veía en sus ojos que le estaba costando dejarla ir.

—Los amo mucho, no se preocupen por mí. Estaré más que bien junto con Derek —les aseguró Elena suspirando.

—Anda, ve. Tu príncipe está esperando —se burló Jordan ya más tranquilo.

Elena les dio un último beso a los tres antes de ir hacia Derek, que le abrió la puerta del copiloto del Mercedes. Él rodeó el coche hasta llegar al asiento del conductor y encendió el motor. Todos agitaban su mano despidiéndolos, al tiempo que Elena también se despedía sacando su mano por la ventana. Derek arrancó el coche y Elena se acomodó en el asiento, con la última imagen de su familia y amigos juntos en la mente.

El coche tomó velocidad y pronto comenzaron a alejarse cada vez más de su fiesta. Derek sujetó la mano de Elena entrelazando sus dedos al tiempo que apretaba el acelerador. Elena lo miró con la felicidad marcada en sus labios y ansiosa de pronto comenzar a vivir su paraíso personal.

La noche caía ya sobre ellos, cuando Elena se despertó por completo, mientras el automóvil recorría las calles de una ciudad. El viaje le había parecido increíblemente corto por todo lo que durmió, por lo que la desorientación cubrió sus ojos. Derek que le rodeaba los hombros, le sonrió tranquilizándola.

—Por fin despiertas bella durmiente —susurró él besando su frente.

Elena se sonrojó de pronto, al comprender que seguramente Derek debió haberse encargado de todo mientras ella estaba dormida. Se había dormido cuando subieron a un taxi después de llegar al aeropuerto de Cancún.

—Yo... —Elena frunció el ceño tratando de reconocer su entorno—. ¿En dónde estamos?

Derek esbozó una sonrisa traviesa.

—Tu hermano me ayudó a elegir el lugar, me dijo que siempre habías querido conocer Cancún —contestó Derek a la vez que el taxi se detenía frente a una

gran casa blanca.

Elena comprendió, por el ruido de las olas del mar y la brisa en su rostro que entraba por la ventanilla, que estaban al lado del mar.

—¿Estamos en México? —preguntó Elena con la boca abierta.

Nunca había tenido la oportunidad de visitar México, su país favorito. Por parte de su madre tenía ascendencia mexicana en ese estado, por lo que Elena le tenía especial cariño a Quintana Roo.

Derek le pagó al señor que los había traído y con las maletas en la mano, se encaminaron hacia la casa blanca de dos pisos que estaba a unos cuantos pasos cerca de la playa. Elena miró alrededor y pudo darse cuenta de que las casas vecinas estaban bastante apartadas de ellos y la que tenía enfrente, sin duda, era hermosa, más que eso, preciosa.

—Sí, efectivamente, estamos en México —respondió Derek depositando las maletas en la entrada.

Elena se quitó los zapatos para caminar descalza por el espacio de la casa, conociendo a su alrededor. Todo lucía perfectamente, nada desproporcionado. El estilo de la casa parecía un poco colonial y era a la vez encantadora.

—¿Cómo conseguiste esto? —preguntó Elena maravillada tocando los muebles de cedro fino. Derek depositó una fotografía de ellos en uno de los burós de la sala.

—Esta casa ya es tuya, Elena —Derek se rascó la nuca con nerviosismo—. Pensé que sería un buen regalo.

La chica se volvió bruscamente hacia él, mientras sentía la boca seca. Sus ojos se volvieron llorosos al contemplarlo todo, no podía creerlo.

—¿Quieres decir que compraste esta casa? —preguntó la chica acercándose al ventanal que daba hacia la playa. Elena abrió la puerta corrediza al lado de este y al pasar la puerta sintió la arena bajo sus pies y su vestido blanco ligero ondeando con la brisa del mar. Sus cabellos castaños revolotearon enredándose cerca de su rostro.

—Es solo una pequeña parte de todo lo que quiero darte, Elena —dijo él acercándose por detrás hasta rodearle la cintura—. Por favor, acéptala.

Elena negó con una sonrisa en los labios.

—Es hermosa, Derek, tan fascinante que no sé qué decir; pero recuerda que el mejor regalo que puedes darme... —Elena se volvió hacia él, pasó una mano por su cuello y alzándose de puntitas rozó sus labios con los suyos— eres tú mismo.

Derek soltó una risa suave.

—Ya sabes que soy todo tuyo.

Elena no perdió tiempo y lo besó con pasión, enredando sus dedos en su cabello oscuro como la noche. De pronto Derek tomó a Elena cargándola como a un bebé y comenzó a caminar hacia el mar. Las estrellas y la luna llena eran los únicos testigos de todas sus acciones, y el suave sonido de las olas del mar los acompañaba.

Derek depositó a Elena en la arena, tendiéndola sobre ella. Él se levantó mientras Elena lo miraba desde abajo alzando una ceja.

—No te muevas —ordenó él.

Derek comenzó a dibujar un enorme corazón alrededor de la muchacha, dejando espacio suficiente para que él pudiera tener cabida en la figura. Elena al borde de las lágrimas miró también como escribía las palabras “te amo” justo debajo del corazón, a sus pies. Él regresó y se recostó junto a Elena, con la mirada puesta en el firmamento oscuro iluminado solo por las estrellas y la hermosa luna llena.

—Quiero que la luna sea testigo de mi promesa, para que cada vez que salga luna llena puedas tenerlo presente —dijo Derek mirándola a la vez que le tomaba la mano con fuerza.

La muchacha miró con una sonrisa sus lagunas azules que parecían más oscuras de lo normal.

—Te prometo Elena, que siempre estaré contigo, nunca te dejaré sola. Nada me apartará de ti. Jamás.

Elena soltó una risa baja.

—¿Estás seguro que nada?

Derek frunció el ceño y se mordió el labio pensando.

—Bueno, lo único que podría hacerlo literalmente sería la muerte, pero no, ni siquiera eso sería capaz —respondió él con seguridad.

Elena formó una sonrisa burlona en su rostro.

—¿Y cómo sería eso, según tú?

—Estaré contigo, Elena, siempre lo estaré. En cualquier lugar donde me encuentre, sea en la tierra o en cualquier otro plano, mi amor por ti nunca va a terminar, es más fuerte que todo.

—Estás loco, ¿sabes? —interrumpió ella riendo—. Pero así te amo más que a nadie.

—¿Debería sentirme ofendido o halagado?

—Halagado —respondió Elena.

Después de contemplar juntos las estrellas, Derek se levantó casi de un salto para tenderle la mano a la muchacha, que se levantó también. Él pasó los brazos por su cintura para acercarla más a su cuerpo. Derek la besó con lentitud, disfrutando de cada roce de sus labios, deleitándose con la sensación de que Elena era suya y nada más. Se separaron cuando el aire comenzó a hacer escaso para ellos.

—Esto es el principio de un sueño que nunca quiero que termine —susurró Elena admirando de nuevo sus ojos azules que contrarrestaba con su pelo oscuro como la noche.

—Nunca va a terminar, Elena, nunca —juró Derek antes de unir sus labios de nuevo.

No había lugar para las dudas, ni para ninguna otra cosa. De pronto, todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Elena cobraron vida, y la transportaron a otro mundo hasta llegar a la cima del cielo.

Derek recorrió con sus labios cada rincón del cuerpo de Elena con amor desproporcionado, y a la vez con una inmensa pasión en su recorrido. La chica, por su parte, besó el pecho de él, su cuello y su mentón mientras sus manos se aferraban a su espalda, casi enterrándole las uñas en la piel.

Él la desnudó tiernamente, saboreando cada gesto, cada momento, explorando su cuerpo como ya antes lo había hecho, sin embargo, en aquella ocasión, admiró hasta los lunares de su piel y cada imperfección de esta. Las caricias fueron incrementándose entre ellos proporcionándose el placer más grande que pudieran sentir. El cuerpo de Elena vibraba como una hoja mientras los gemidos

comenzaban a querer escapar de sus labios. Derek con suma ternura y a la vez ferocidad en sus movimientos se acomodó en su centro. Su mirada se detuvo en los ojos café de la chica y le dijo con esta más que mil palabras que simplemente no existían. Entonces Elena, en ese mismo instante, comprendió el gran significado de amar, en cuerpo y alma, y se dejó llevar porque su ser lo pedía a gritos.

Derek la tomó fuerte de la cintura y se introdujo en ella con un gruñido desde el fondo de su estómago. Y entre besos, caricias y gemidos se amaron el uno al otro, como si fuera la primera vez y también la última. Finalmente, después de los minutos más hermosos para los dos, se dejó caer rendido a lado de Elena con la frente con gotas de sudor y con el corazón martillando en su pecho como un demente. Elena tan solo pudo acercar su cuerpo a él, recostar su cabeza sobre su pecho y perderse en el sueño con una sonrisa en los labios. Al borde del sueño, Elena comprendió que esa noche se habían entregado más que el cuerpo.

Elena abrió los ojos con el corazón acelerado. Últimamente las pesadillas comenzaban a invadirla más de lo normal. Al extender el brazo se dio cuenta de que su esposo no estaba, mas rozó con un pedazo de hoja, que tomo para leerla.

Por si despiertas en mi ausencia, tuve que salir de emergencia al hospital. Ojalá no la notes, de cualquier manera no tardaré. Te amo.

Elena suspiró a la vez que estiraba las extremidades de su cuerpo. Ya había pasado un mes y medio desde su luna de miel, aunque seguían viviendo en su pequeño departamento por petición de Elena. La chica había decidido que comprarían una casa una vez que se mudaran a Virginia, donde querrían los dos mudarse pronto. Todo en su vida estaba siendo perfecto y normal, su hermano y sus amigos ya se habían recibido al igual que ella y ahora cada quien se desempeñaba en su trabajo. Manón venía a veces de visita a Detroit, ya que se había quedado a vivir en Francia. Y, para sorpresa de todos, Jason se había mudado a Virginia para estar cerca de Caroline, que seguía a cargo de la empresa, a la que ya Derek apoyaba más en serio, aunque sin descuidar su trabajo.

Elena se levantó de la cama cuando, de pronto, un mareo le nubló la vista, lo

que provocó que volviera a caer en las sábanas. Se llevó las manos a la cabeza intentando despejarse. Después de que el mareo pasara, Elena frunció el ceño y comenzó a hacer cuentas en su cabeza.

Tan despistada estaba siendo que había olvidado que su periodo tendría que haberle llegado ya hacía por lo menos tres semanas.

Su corazón se precipitó en su pecho como un colibrí e instintivamente se llevó la mano a su vientre plano. Elena se levantó tambaleante hasta llegar al cajón donde guardaba cosas de emergencia, entre ellas pruebas de embarazo. Elena la tomó aún consternada por lo que estaba pasando y se dirigió al baño temblando de emoción y de miedo.

La verdad era que nunca se había imaginado en el papel de madre, pero ahora, esa palabra le parecía que estaba más cerca que nunca. Elena hizo lo que tenía que hacer y después esperó tranquilamente al resultado. La joven salió del baño y se sentó en el borde de la cama y, con el corazón a toda velocidad dentro de su pecho, supo que había llegado el momento de saber la verdad.

Elena contuvo un respiro y después se atrevió a mirar el resultado. Su corazón se detuvo por una milésima de segundo y después sintió una lágrima escurrir por su mejilla.

Positivo.

Positivo, la prueba de embarazo indicaba que dentro de ella comenzaba a crecer una vida, un bebé. Un hijo, producto del amor de Derek y ella. La muchacha respiró varias veces para calmar sus emociones, aunque su mente comenzó a llenarse de imágenes de ella con un bebé en sus brazos, un hermoso niño con ojos azules y cabello negro. En ese momento sintió su corazón crecer al doble de su tamaño, una sensación de calidez le recorrió la sangre, llenándola de un nuevo sentimiento. Y entonces lo supo.

Ya quería al pequeño bebé que crecía en sus entrañas. Ya lo amaba, lo adoraba con locura, sentía que su corazón ya no podía abarcar tanto amor, por lo que este se había hecho más grande, solo así era como podía describir todas las emociones de su interior.

Con las lágrimas cubriendo su rostro, Elena se vistió y tomó las llaves del Mercedes, Derek se había llevado la camioneta. La muchacha salió del

departamento con la mente embobada llena de imágenes de ese pequeño ser dentro de ella.

—Un bebé —susurró Elena caminando hacia el automóvil. Quería decírselo a Derek, a su madre, a sus amigos, a todos. Primero iría a ver a sus padres, decidió Elena. Quería ante todo las felicitaciones de su madre, sabía que le emocionaría la noticia como nunca.

Elena, con todos esos pensamientos revolviéndose en su cabeza, abrió la puerta del coche cuando, sin más, sintió que alguien la jalaba de los brazos hasta acorralarla a un callejón oscuro.

Elena intentó pedir auxilio, pero sus gritos perdieron fuerza cuando se sintió desfallecer y su mente quedó en negro por completo.

Capítulo 29

No me dejes

Candice colgó la llamada de su madre esbozando una mueca. Había estado viviendo con ellos durante los últimos ocho meses, además de que su hijo ya tenía un mes; de cualquier manera no planeaba tenerlo consigo: lo dejaría con sus abuelos, ella no necesitaba estorbos en su vida.

La pelirroja sonrió a la chica que la miraba desde abajo con terror. Si Elena había pensado que viviría un cuento de hadas, estaba equivocada, pronto acabaría con eso; el odio que se producía en su interior al solo verla la hacía ser capaz de cualquier cosa.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Elena con la voz quebrada.

—Porque te detesto, Elena; siempre fuiste la primera en todo, siempre fuiste la primera para él..., y, para colmo, también mi exmarido terminó prendado por ti.

—Estás loca, Candice, yo no tuve la culpa de que Santiago se enamorara de mí, nunca intenté nada con él porque sabía de tus sentimientos; en cambio, tú te metiste con el que era mi novio...

Candice apretó los dientes al recordarlo.

—Lo hice porque empecé a odiarte, como ahora lo hago. Porque me quitaste lo único que yo amaba; porque, si no hubieras existido, Santiago se hubiera enamorado de mí... —una lágrima de furia y dolor se escurrió por la mejilla de la pelirroja. Elena la miraba horrorizada y llena de pánico; Candice realmente estaba trastornada, con un odio infinito hacia ella.

—No te lo quité, yo no tuve la culpa... Por favor, déjame ir, te lo ruego — gimoteó Elena con las lágrimas que nublaban su rostro.

Candice guardó el teléfono en su chaqueta y miró por el espejo retrovisor a Elena, que la miraba con miedo y desesperación. La pelirroja le había amarrado

las muñecas y los tobillos.

Candice sonrió con suficiencia mirando el reloj del coche.

—Espero que tu querido esposo no se tarde, porque este juego será muy divertido.

Elena negó con la súplica en su rostro. Algo estaba planeando Candice y sabía de sobra que se trataba de algo muy malo.

—¿Qué vas a hacerme? —cuestionó llorando.

—Como te dije, querida, voy arruinar tu felicidad como tú arruinaste la mía.

—¿Acaso piensas matarme? —Elena preguntó con la voz estrangulada. Sintió el miedo más terrorífico de su vida. No, no. Debía proteger a su bebé, las lágrimas ya no se detenían. No entendía por qué estaba sucediéndole eso a ella. ¿Por qué la vida la estaba tratando de aquella forma? En su mente imágenes de ella y un pequeño niño se arremolinaban.

—Será divertido, lo admito —sonrió Candice antes de estacionar el coche a un lado de la carretera.

Elena comprendió que lo que decía era real y por eso tenía que intentar salvar a su bebé a toda costa.

Candice se bajó del coche y abrió la puerta de atrás sacando a Elena a jalones. La muchacha sollozaba mientras ella la encaminaba hacia el interior de los árboles.

—Por favor, no lo hagas —suplicaba Elena mientras trataba en vano de zafar sus muñecas de la cuerda con la que estaban atadas—. Si lo haces, acabarás en la cárcel; acabarás con tu vida.

Sus ruegos al parecer no menguaban nada en esa mujer. Candice la siguió arrastrando entre los árboles hasta llegar a una pequeña cabaña, en medio de toda la maleza. Ella la asesinaría, ya estaba decidido. No le importaba la consecuencia, no le importaba nada, solo deseaba ver por fin su venganza.

—No malgastes tu saliva intentando hacerme cambiar de opinión, Elena, no servirá de nada —se carcajeó Candice mientras apresaba a Elena entorno a un árbol con fuerza.

La muchacha sentía la soga en sus piernas y en su pecho, arañándole la piel. Las lágrimas seguían curtiendo su rostro.

—Eres una maldita perra, Candice —escupió Elena con odio.

¿Cómo una persona podía ser tan cruel? ¿Qué había hecho de malo ella en la vida para merecer eso? Las preguntas llenaban su cabeza rompiéndole el corazón. Podía ver la determinación en los ojos de Candice; de verdad, planeaba matarla.

—Mala decisión de palabras, Elena —sonrió ella y, antes de que la muchacha pudiera ser consciente de algo más, sintió un ardor en el hombro derecho: la estaban quemando. Gritó hasta donde daban sus cuerdas vocales y agachó la cabeza con las lágrimas que cayeron en la tierra seca.

Candice dejó de apretar el cigarrillo encendido contra la piel blanca de Elena y le sonrió con burla.

—Piensa antes de hablar.

—¿Por qué haces esto? —Elena interrogó de nuevo con la voz quebrada. Las fuerzas de proteger a su bebé comenzaron a decaer al comprender que no podría hacer nada para salvarlo. Su corazón comenzó a sangrar dentro de ella, al saber que moriría ahí. Que nunca podría ver una vez más a Derek, que no se podría despedir, que nunca conocería al fruto de su amor.

—Creo que ya he contestado esa pregunta, Elena, no seas estúpida —Candice apretó los dientes y una vez más laceró la piel de la muchacha para provocarle dolor y gritos desgarradores.

Elena sollozó y la miró con piedad. La estaba torturando; si quería matarla, de una vez que lo hiciera. Sus fuerzas ya no podían hacer nada.

—Si quieres matarme, entonces, hazlo ya. ¡¿Qué esperas?!

Candice sonrió y negó con la cabeza.

—Esperaremos aquí las dos a tu querido esposo; espero ya haya visto el recado que le dejé. Pienso que será más divertido este juego con él presente —sonrió.

Elena negó con las fuerzas que le quedaban. Rezaba al cielo que Derek no viniera, porque estaba segura de que Candice sería capaz de cualquier cosa.

Los minutos se hicieron eternos para Elena, que estaba siendo torturada atada a ese árbol; ¿cómo era posible que ella estuviera viviendo un infierno así? Las lágrimas seguían cayendo en cascada, sin embargo, no eran suficientes para

detener la agonía de la que era víctima.

Derek miró el papel con desconfianza, Elena no era de dar sorpresas, sin duda, aquello era algo nuevo, tal vez quería asombrarlo con algo.

Te tengo una sorpresa, mi amor, te espero en la cabaña que está por nuestro lugar favorito, ¿recuerdas? Por favor, no tardes. Te amo.

Elena.

Derek suspiró y una sonrisa pintó sus labios, dejó el papel en el sofá antes de mandarle un pequeño mensaje a su Elena. La curiosidad comenzó a recorrerlo, por lo que se cambió en un santiamén y arrancó el motor en una sacudida. Era extraño aquello por parte de Elena, aunque pensó que siempre tendría que haber una primera vez. Su corazón latía frenético en su pecho como un colibrí; ridículo, pero manejaba sintiéndose un crío nervioso por ir a recoger a su novia, a la vez que aumentaba la velocidad del auto.

Caroline abrió la puerta del departamento de su hermano, con una gran sonrisa en el rostro y con bolsas de regalo en las manos. La rubia entró y se dio cuenta de que no había nadie; se acercó a la ventana y tampoco estaban los autos. Caroline miró su reloj y frunció el ceño. Se suponía que Derek estaría ahí con Elena a esa hora.

Jason entró con más cosas, con el mismo buen humor de la rubia. El muchacho dejó las bolsas sobre la mesa y se acercó a Caroline, tomándole la mano.

—¿No estarían ya aquí? —preguntó igual de confundido que su novia.

Caroline asintió y cruzó los brazos dejándose abrazar por la cintura por su novio.

—Supongo que habrán salido, hay que esperarlos —suspiró la rubia dándose la vuelta para plantar un beso en los labios de Jason, que la recibió gustoso.

El muchacho tomó a su novia y besándola, la recostó sobre el sofá, bajando por su cuello para besar cada rincón de su piel. Caroline le correspondió hasta que sintió algo rasparle el muslo.

Caroline detuvo a Jason y se reincorporó del sofá. Su novio la miró confundido por su detenimiento.

—¿Qué pasa, Caro?

—Espera —Caroline se dio cuenta del papel arrugado que estaba en el sillón y lo tomó—. ¿Qué es esto...?

La rubia leyó lo que estaba escrito en ese pedazo de hoja y la confusión llenó su cabeza. Su hermano había dicho que estarían a esa hora, que no tendrían ninguna salida ni inconveniente. La rubia no perdió tiempo y, ante el desconcierto de su novio, marcó a Derek y también a Elena, ninguno de los dos contestó. Un presentimiento amargo comenzó a inundarle al analizar la situación.

Levantó la cabeza bruscamente y miró a Jason con el horror latente en su mirada.

—Llama a la policía, creo que mi hermano y Elena están en peligro.

Derek apartó una rama de su camino aún con la sonrisa en sus labios, antes de quedar petrificado en el lugar donde ahora estaba parado. La escena le heló la sangre, aunque no trató de dar un paso más.

Elena yacía atada a un árbol, con múltiples quemaduras en la piel blanca, que le dolían a sí mismo como golpes en el estómago; el rostro de la joven era apenas la pérdida de toda esperanza. Sus manos se convirtieron en puños; lo único que quería era salvarla. Pero la pistola de Candice apuntándole a Elena en la cabeza, lo detenía sin poder acercarse.

—Suéltala —logró pronunciar Derek.

Al instante de hablar, Elena levantó la mirada y un fugaz alivio surcó su mirada, que se desvaneció al sentir todavía la presión de la pistola en su cabeza. Un miedo terrible por la seguridad de él comenzó a nacer en Elena. Él tenía que irse.

—Derek, no...

—¿Te gusta lo que ves? —interrogó Candice sonriéndole con burla—. Espero que así sea, porque esto va a ser muy divertido.

—Te digo que la sueltes en este maldito momento —su voz era dura, mas su mirada era de auténtico terror por la mujer que amaba—. Si no...

—¿Si no qué? —contraatacó Candice haciendo más presión con el arma en la cabeza de la muchacha—. Dudo mucho que puedas hacer algo.

—Por favor, déjala ir —suplicó Derek al ver que a Candice solo le bastaba apretar el gatillo para que su razón de vivir dejara de existir—. Puedes quedarte con la maldita empresa, si quieres, pero deja a Elena por favor...

La pelirroja negó con una sonrisa. Derek casi imperceptiblemente aprovechó la distracción de ella para acercarse un poco más, aunque aún estaba lejos. Al menos cinco metros los separaban y, si se atrevía a hacer un movimiento brusco, podría poner más en peligro a Elena.

—Creo que eso no me importa —Candice paseó la pistola por el cuello de Elena con lentitud.

Derek apretó los dientes, mientras veía como Elena le rogaba con la mirada que se marchase, temiendo por él cuando era ella la que estaba al borde de la muerte. Como si esa posibilidad fuese posible.

—Solo... Suéltala —rogó el pelinegro al ver cómo Candice hacia presión sobre la sien de Elena; el cuerpo le temblaba de furia y de terror—. Haz conmigo lo que quieras, no me opondré. Pero no le hagas daño, por favor... —su voz era apenas un murmullo en la tranquilidad del bosque.

Candice alzó las cejas desafiándolo.

—¿Qué no lo comprendes? La odio con todas mis fuerzas, me destruyó la vida... —Candice rugió con furia apresando más fuerte a Elena que solo sentía ganas de vomitar; el estómago lo tenía hecho un nudo.

—¡Por favor, déjala ir! —gritó Derek y dio un paso más.

Candice al percatarse le advirtió con la mirada.

—Suelta ahora a Elena, ella no tiene la culpa de lo que sea que la estés acusando...

—Lo siento, Derek, pero no moriré o iré a la cárcel sin saber que también ella sufre, incluso más que yo —Candice liberó a Elena del árbol a donde estaba sujeta y presionando la pistola contra su cabeza, comenzó a caminar hacia atrás con ella de rehén.

Derek avanzó dando zancadas hacia ella, con el corazón precipitado. Candice había cambiado de planes a último segundo: matar a Elena sería demasiado fácil y sencillo, en cambio, quitarle lo que más amaba le parecía una venganza más justa.

—Tú has jodido mi vida, ahora yo destruiré la tuya —finalizó Candice antes de mirar únicamente a Elena y dedicándole una sonrisa falsa, apretó el gatillo.

Elena esperó sentir la bala adentrándose en su cabeza o, al menos, el aturdimiento inmediato de la muerte, sin embargo, solo sintió un fuerte empujón logrando que cayera estrepitosamente al suelo. Con el corazón acelerado levantó la mirada y su corazón se horrorizó al ver lo ocurrido.

—¡Derek! —gritó Elena levantándose, pero al mismo tiempo sintió un mareo que la hizo caer de nuevo. Las lágrimas se amontonaron en sus ojos, tenía que llegar hasta él, tenía que ayudarlo.

Sus intentos por levantarse otra vez, obtuvieron éxito pero, al mismo tiempo, se escuchó otro disparo, con un ruido seco y sordo. Elena petrificada miró hacia Derek. La chica se sintió desfallecer.

Y después, su corazón se encogió de dolor al ver cómo él caía al suelo. Candice le había disparado a Derek y una sonrisa de triunfo marcaba sus labios. La mente de Elena se desconectó por completo y solo pudo correr hacia él, sin ser consciente de nada más. Ni siquiera escuchó los gritos de Caroline que gritaban su nombre a lo lejos, ni de los policías que comenzaron a apresar a Candice y a rodear la escena.

Elena no podía mirar nada más, no quería saber nada más. Sus rodillas derraparon junto al cuerpo de Derek tirado en el suelo. Sus ojos azules llenos de lágrimas ocupaban toda su visión.

—No, no, no... ¡Por favor, no! —sollozó Elena tomando la mano de él con fuerza.

Con cada segundo la vida se le escapaba a Derek, sin que ella pudiese hacer nada. Pensó en detener la hemorragia, sin embargo, la bala había entrado directo al corazón; necesitaba ayuda con urgencia.

—¡Una ambulancia, rápido! —Elena escuchó de fondo el grito de alguien y también sintió que se arrodillaban junto a ella, mas no perdió ni un segundo en

mirar hacia otro lado. Derek respiraba con dificultad y tan solo miraba a Elena, sintiendo cada vez más cerca la oscuridad.

—Elena, te amo... —su voz se quebró—. Perdóname, por favor, no podré cumplir la promesa... de estar siempre juntos... —su pecho ardía con cada palabra que al mismo tiempo perdía fuerza y volumen. Elena sentía las lágrimas caer en cascada sin control alguno. Apenas percibía los sollozos de alguien más y el alboroto que estaba a su alrededor.

—¿Ya viene la maldita ambulancia?! —gritó alguien cerca de su oído.

—No, Derek, no puedes rendirte. No puedes dejarme, te lo suplico, no me dejes... —rogó Elena con el corazón desgarrado.

Derek intentó sonreír para tranquilizarla, comprendiendo que la ayuda médica no llegaría a tiempo y que debía despedirse. Las lágrimas se amontonaron en sus ojos azules.

—Elena... Debes ser fuerte, debes... seguir adelante. Por favor, prométeme que... —las fuerzas eran cada vez menos, apenas luchaba por abrir los ojos— serás feliz...

Elena negaba con los sollozos desgarrándola por dentro, partiéndola en dos, como una daga atravesando su pecho cada vez más profundo sin piedad.

—No... —Elena le acarició el rostro moribundo—. No puedes despedirte porque... Seremos padres Derek, tendremos un hijo... —Elena rompió a llorar. Derek sonrió por un segundo y después sintió la agonía invadiendo su mente y su cuerpo.

—¿Recuerdas que mi amor es más fuerte... que la muerte? Estaré contigo... —él tan solo miraba esos ojos café profundos y tristes que amaba tanto y amaría siempre—. Los amo más que a nada, en este mundo...

La mano de Derek se desvaneció entre las de Elena y la muchacha lo miró llena de desesperación, viendo cómo él moría.

—O el siguiente... —susurró Derek antes de cerrar los ojos y dejar caer su cabeza hacia un lado abrazándose a la muerte.

—¡Derek, no! ¡Suéltame! —gritó Elena a la vez que sentía que alguien la tomaba en brazos y la apartaba, a pesar de sus intentos por luchar y quedarse junto a él; sintió un piquete en alguna parte de su cuerpo, después la oscuridad

inundó su mente y se perdió en ella con algo más que el alma rota y el corazón vacío.

Capítulo 30

Paleta de corazón

¿Cómo sacar el dolor cuando las lágrimas ya no son suficientes para calmar la herida lacerante?

Todo era tan frío.

Elena miró hacia su alrededor, todo estaba tan vacío. Ya no se sentía capaz de seguir adelante, toda su fuerza de voluntad se había ido y solo quedaba eso: una muchacha sin alma. Porque esta había partido desde aquel día.

Recordarlo hacía que el dolor en su pecho se acentuara más, hasta tal punto de casi impedirle respirar. Elena cerró los ojos sin contener una lágrima que resbalaba por su mejilla. Estas ya se habían convertido en sus mejores amigas, porque eran las que siempre la acompañaban.

—Quiero acabar con esto... —su voz se perdió en el solitario cementerio una vez más.

Tan solo estaba ahí, al lado de la tumba del que alguna vez fue su razón de vivir, con las flores aún resplandecientes y llenas de vida. La muchacha paseó su mirada por la lápida leyendo una vez más su nombre, quemándola por dentro en el proceso.

Derek Crowell.

Y otro latigazo de dolor; Elena apretó lo parpados para impedir soltar aún más lágrimas, sin embargo, era en vano. No había otra manera de poder apagar el fuego que ardía en su alma rota. Qué injusta era la vida con ella, pareciese que solo había venido a este mundo a sufrir.

¿Tan mal se había portado en su anterior vida? Si es que existiera la reencarnación. Elena suspiró llenando de aire sus pulmones antes de sacar el papel arrugado de su chaqueta. Era la carta que le había escrito y que quemaría, con lo que pretendía encontrar un poco de consuelo.

Con tan solo abrirla, su corazón sangró como si le hubieran dado una puñalada. Elena tragó saliva mientras su visión se volvía borrosa, impidiéndole leer. Suponía que tenía que acostumbrarse siempre a ese incómodo peso en el pecho, en su alma, durante todo el transcurso de su vida. Jamás podría volver a sentirse plena, completa. Y se sentía horrible, tanto, que ni siquiera desearía eso a su peor enemigo.

“Prometiste que siempre estarías conmigo. ¿Dónde estás?”,

se cuestionaba su mente. Elena había comenzado a creer que se había vuelto loca por completo; quería creer que al menos podría ver su alma, algo, lo que sea. Sí, estaba perdiendo la cordura, pero qué importaba. Ya nada importaba.

A excepción de la vida que llevaba dentro y por la cual seguía ahí, despedazada, pero, sin embargo, ahí estaba. Por su amor y por él. Comprendió entre toda la tristeza infinita de sus ojos que, si no fuera por el pequeño que crecía dentro de ella, ahora mismo estaría pensando en cómo acabar con todo el dolor.

De pronto, las nubes comenzaron a tronar y Elena, al alzar la vista, comprendió que vendría una tormenta. En condiciones normales, hubiera ido inmediatamente a cubrirse de la lluvia, aunque no fuera fuerte. Pero ahora, eso era lo menos importante.

Elena alargó la mano hasta tocar el frío de la lápida y acarició los bordes de las letras del nombre de él, grabadas en aquella piedra para siempre. Elena cerró los ojos y comenzó a recordar la época en donde había sido la mujer más feliz del mundo. Cada toque, cada momento, cada palabra dicha. Su sonrisa, su voz, su olor... entonces se descubrió esbozando una sonrisa. Casi se sentía ahí, en esa plenitud otra vez. Pero los cortos minutos de alivio tuvieron un alto costo, que no le importaba pagar, si eso sería lo que conseguiría con aquello.

Aunque con eso, Elena solo logró terminar llorando una vez más junto a la tumba del hombre que amaría siempre, partiéndose en pedacitos bajo las gotas frías de la lluvia.

Y así sería siempre, como una tormenta eterna.

Elena abrió los ojos con las gotas de sudor corriendo por su frente y se

incorporó en la cama de golpe. Otra vez, esa maldita pesadilla estaba torturando sus sueños. Su mirada buscó a Derek, que respiraba acompasadamente sin inmutarse por el repentino movimiento de la chica.

Había estado a nada de perderlo hace poco más de un mes, que le habían quedado serios problemas mentales. Las pesadillas eran uno de esos y también la absurda necesidad de saber que él estaba bien a todas horas. Se estaba volviendo una especie de esposa obsesiva. Sí, ridículo. Después de aquel fatídico día, Candice había ido a parar a un hospital psiquiátrico y según la policía, después pasaría a condena. Elena se había sentido un poco mal al saberlo, ya que el odio era el que había transformado en otra persona a la pelirroja, aunque de cualquier manera no lo ponía como excusa. Además se había enterado de que al final Thomas se había quedado con su hijo y al parecer estaba en planes de matrimonio con una joven.

—Derek... —susurró Elena moviendo el brazo del muchacho que rezongó con un gemido. Elena suspiró y decidió levantarse de la cama; cuando tenía esa pesadilla no podía volver a reconciliar el sueño. Era desesperante y últimamente estas se estaban intensificando.

Elena pensó que era normal, después de todo, había estado a solo un pelo de que Derek muriese, y de que la pesadilla se volviese una dura realidad.

—Pero no pasó. Elena, tienes que dejar de recordar ese horrendo día —se ordenó a sí misma caminando descalza por la casa para dirigirse a la nevera. Pronto se mudarían a Virginia donde vivirían, por lo que ya estaban empacando algunas cosas: las cajas a un lado de la sala lo evidenciaban.

Sacó del refrigerador una botella de agua que ingirió con rapidez, tenía mucha sed. Elena comprobó que eran apenas las nueve de la mañana y, aparte, era domingo, por lo que no tenía gran cosa que hacer. Generalmente estudiaba su especialidad entre semana y trabajaba también en esos días. Se sentó en una de las sillas del comedor y se perdió en los recuerdos, de hacía más de un mes:

La chica se mantenía cabizbaja en la sala de espera del hospital; sentía que alguien le tomaba la mano con fuerza, levantó la vista y entre sus lágrimas pudo ver el rostro de su hermano, que la miraba con compasión y ternura.

—Todo va a estar bien, Elena, confía en mí —le repetía su hermano por

milésima vez. Pero ella sabía que estaba mintiendo, los doctores estaban haciendo todo lo posible por salvar a Derek en la sala de emergencias, pero bien sabía que las probabilidades de que se salvase eran muy pocas.

—Si él no resiste... —su voz se quebró—. No sé cómo podré seguir viviendo —susurró Elena sintiéndose perdida.

Jordan se acercó a su hermana y la estrechó en sus brazos, dejando que las lágrimas de Elena mojasen su ropa.

—Están haciendo todo lo posible —dijo Jordan reconfortándola. Elena asintió queriendo creer en las palabras de su hermano y entonces recordó que todavía no le había dicho sobre su embarazo, pero decidió que ahora no se lo diría, para no preocuparlo aún más.

—Quiero estar sola, Jordan, ahora regreso —se excusó Elena levantándose del asiento para salir del hospital. El aire frío cortó su rostro haciendo revolotear sus cabellos.

El sonido de su celular interrumpió sus cavilaciones regresándola a la realidad. Era Jordan. Elena frunció el ceño y respondió la llamada; su hermano nunca le llamaba a esas horas de la mañana.

—¿Jordan?

—Hermanita, te tengo una gran noticia —dijo su hermano al otro lado de la línea—. Una muy grande.

—¿Qué pasa?

—Uh, ¿podrías salir al parque donde antes íbamos a correr?

Elena miró la hora en su reloj y al ver que Derek no tenía intenciones de levantarse todavía, decidió ir a averiguar qué quería su hermano. Tomó la chaqueta del perchero y salió del departamento para dirigirse al parque donde solía ir antes de niña con su hermano.

Elena respiró hondo cuando llegó al parque, buscando con la mirada a su hermano, pero él no estaba por ningún lado. Elena miraba para todos lados mientras caminaba por el parque con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

Cuando de pronto alguien le tapó los ojos con las manos, inmediatamente lo reconoció, era Jordan. Elena se rio a la vez que retiraba las palmas de su hermano de su rostro.

—Bueno, como al parecer tienes algo muy importante que decirme, ya que me has citado en este parque a esta hora, habla.

Jordan se rascó la nuca y miró nervioso a su hermana. Jordan le tomó la mano y la arrastró hasta una banca del parque.

—Bueno, yo...

Elena alzó las cejas impaciente. Jordan entrelazó sus manos y alzó la vista para mirar a su hermana, que todavía no entendía nada.

—Este... Quería que me ayudaras a pensar en la forma de cómo pedirle matrimonio a Chloe —confesó su hermano con el rostro rojo.

Elena formó un círculo con sus labios y después se lanzó a abrazar a su hermano.

—No sabes cuánto me alegra que por fin hayas sentado cabeza y te conviertas en hombrecito.

Jordan la fulminó con la mirada. Elena sonrió con burla, le encantaba la cara de cachorro enojado de su hermano.

—Olvida eso, solo bromeo —se excusó Elena con una sonrisa—. Pero... ¿Por qué recurres a mí para esto? Sabes que mi creatividad no es la mejor.

—La mía tampoco, y quiero que sea especial. Pero... Bueno, como tú eres mujer, pensé que algo se te ocurriría —se quejó Jordan esbozando una mueca.

—¿Y cuándo se lo vas a pedir?

—En tres días, ya que cumpliremos un año como novios —su hermano frunció los labios.

Elena paseó la mirada por el parque esperando que algo se le ocurriese.

—Mmm a Chloe le encanta lo sencillo, piensa en eso.

Jordan asintió.

—¿Derek cómo te pidió matrimonio?

Elena esbozó una sonrisa al recordarlo.

—En nuestro lugar favorito, un lugar especial que solo conocemos él y yo —

respondió Elena.

Jordan sonrió y sus ojos brillaron.

—Me acabas de dar una genial idea, ya sé que haré —dijo Jordan con la emoción grabada en su rostro.

—Bien, de nada.

—Gracias, enana; pero, por favor, no te atrevas a decirle ni una palabra a Chloe sobre esto. Jason es el único que sabe, pero no me preocupa que hable, ya que sigue allá en Virginia con su rubia.

Elena sacudió la cabeza. Ya se comenzaba a imaginar a su amiga en unos tres días, tan solo esperaba que no enloqueciera.

—Sí, sí... Pero a cambio tendrás que ayudarme con tu novia, estoy segura de que no me dejará en paz ni un segundo —Elena sonrió al imaginarse a su amiga comiendo mucho helado, siempre lo hacía cuando estaba demasiado feliz.

—Está bien, pero asegúrate de que no coma mucha azúcar.

Elena rio. Miró su reloj que tenía en la muñeca y se dio cuenta de que ya había pasado más de media hora y seguramente Derek ya habría notado su ausencia. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, mas descubrió que había dejado su celular sobre la mesa.

—Demonios, en quince minutos tengo que llegar al trabajo —dijo Jordan levantándose de la banca; se le había pasado el tiempo volando.

Elena negó con desaprobación, su hermano siempre llegaba tarde a todas partes.

—Vamos, ya vete.

—¿No quieres que te pase a dejar? Ya te hice venir hasta aquí caminando —ofreció su hermano con preocupación.

—No, gracias, yo me las arreglaré sola —le dedicó una sonrisa.

Jordan le dio un beso en la mejilla antes de correr hacia la moto que había estacionado cerca del parque.

Elena suspiró y comenzó a andar de regreso, cuando los columpios que estaban al terminar el parque le llamaron la atención. Ladeó la cabeza y los miró fijamente, por alguna razón le eran muy familiares, entonces, los recuerdos

llegaron a su cabeza como escenas de película.

Era el día de San Valentín cuando fue con Jordan y su padre a ese parque, y Elena recordó que ella llevaba consigo un oso de peluche; su padre le había dicho que se lo diera si conocía a un nuevo amigo ese día. Recordó al niño, más grande que ella, que traía consigo una paleta de corazón.

Elena, de seis años, se divertía en uno de los columpios mientras había puesto al oso de peluche en el otro columpio, que en ese tiempo era su mejor amigo. La niña sonreía feliz hasta que un niño más grande que ella llegó y quitó a su oso de peluche para columpiarse, y dejó a su mejor amigo tirado en el pasto.

Elena, con las mejillas infladas del enfado se acercó al niño, que para su mayor enojo, le encantaron sus ojos, por lo que se sintió celosa. Eran azules, pero de una tonalidad que nunca había visto.

—¡Oye! Ahí estaba mi mejor amigo, por favor, quítate.

El niño dejó de columpiarse y le sonrió con burla a esa niña vestida como princesa, con dos trenzas y un moño en cada una de ellas.

—¿Tu mejor amigo es un oso de peluche? Tú sí que estás loca.

Elena abrió sus ojos como platos y después apretó los dientes.

—Quítate —espetó la niña enojada, que aun así se veía adorable.

—No lo haré. ¿Qué harás, pequeña? —preguntó él haciéndole gestos de burla, que terminaron por encender a Elena.

—Hazlo o te quitaré tu paleta de corazón —amenazó la pequeña cruzando los brazos. El niño de los ojos azules soltó una carcajada y saliendo del columpio, se acercó a la niña.

—Nunca te daría mi paleta, y menos a una niña tan loca como tú.

Elena apretó los puños y miró con atención la paleta del niño. Con una sonrisa levantó la vista hasta toparse con los ojos azules del chiquillo grosero.

—Algún día me darás tu corazón —expresó.

—¡Derek! ¡Es hora de irnos! —la madre del niño lo llamaba desde lejos. Elena le sacó la lengua a Derek, como resultó llamarse.

—Adiós, niña loca —dijo Derek antes de correr hacia sus padres.

La pequeña le volvió a sacar la lengua cuando el niño le dio la espalda y

comenzó a alejarse. La niña se agachó para recoger a su mejor amigo, cuando su padre llegó hasta ella con una sonrisa.

—¿Encontraste un nuevo amigo, Elena?

La pequeña negó con la cabeza. Amigo, no; definitivamente usaría todo, menos esa palabra para referirse al niño que se había burlado de ella.

—Más bien un nuevo enemigo, por burlarse de mí y puh —dijo la niña todavía con la furia en su voz. Su padre se rio y, tomándole la mano a su hija, se alejaron de los columpios.

Elena mantenía el corazón precipitado en su pecho al terminar de recordar. Ya había llegado al departamento y una sonrisa enmarcaba sus labios. Ya había conocido a Derek, mucho antes de cuando tuvo el accidente en la moto hacía ya muchos meses. Y definitivamente ella pensó con diversión que había cumplido su promesa.

Derek dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio a su Elena entrar por la puerta. Se acercó hasta ella para tomarla de la cintura acercándola a él. Elena contuvo un jadeo al verlo, lucía tan sexy sin camisa, mostrándole su perfecto cuerpo.

—Estaba a punto de enloquecer. Cuando desperté no estabas y después llame a tu celular, pero estaba aquí en la mesa. ¿Dónde fuiste?

—Mi hermano me citó en el parque para pedirme consejos sobre cómo pedir matrimonio a su novia —sonrió Elena.

Derek cargó a Elena hasta depositarla encima de la mesa, las piernas de la chica se enredaron en su cadera, mientras él la besaba en el cuello y en el mentón.

—¿Ah, sí?

—Sí y Mmm... Recordé algo.

Derek paró de besarle el cuello y sus ojos azules conectaron con los de ella, la miró con interés. Elena se mordió el labio ocultando una sonrisa.

—No me has vuelto a llamar “niña loca” por tener como amigo un oso de peluche —dijo Elena como pista.

Derek desvió la mirada sin entender aún. El muchacho se quedó pensativo por unos segundos y después sus ojos brillaron con reconocimiento.

—¿Eras tú la niña loca que columpiaba a su oso de peluche? —preguntó él con diversión y con repentina alegría. Le gustaba que ya se hubieran encontrado antes cuando eran niños, de alguna forma, lo hacía sentir especial.

—Y tú, el niño grosero que no quiso darme su paleta de corazón, aunque espera.

—¿Qué?

—Te juré que algún día me darías tu corazón y mira. Incluso desde niña lo sabía —sonrió Elena recorriendo con la mirada el rostro perfecto de Derek.

—Bueno, en eso tú ganas. Pero seguiré pensándote como la niña loca —se burlo él riendo.

—La niña loca que robó tu corazón y no me refiero al de la paleta —afirmó Elena pasando sus brazos por la nuca de Derek acercándolo más a ella. Besó sus labios con lentitud, disfrutando de cada segundo.

—No sé qué hice para tenerte, pero sin duda es más de lo que merezco —susurró Derek antes de besarla con fuerza, incendiando la pasión en sus cuerpos, que seguían teniendo la misma reacción, como la primera vez.

—¿Derek? —preguntó Elena en medio de su beso.

—¿Sí?

—Te amo.

—Eso ya lo sé —ronroneo él antes de volver a besar sus labios y su alma. Que era lo más hermoso en su mundo y jamás se cansaría de amar.

Elena sonrió sintiéndose completa, sin ninguna fisura en su corazón. Comprendió que todo el dolor había valido la pena y que volvería a pasar exactamente lo mismo si al final estaría así, junto con Derek. Y también entendió que su amor había sido más fuerte que la condena infinita que estaba destinada a sufrir, al desear un amor prohibido.

—¿Qué se te ocurre para hacer hoy? —preguntó Derek mandando cosquilleos al cuerpo de Elena, al besar el inicio de su pecho.

—Algo muy bueno, como esto —susurró Elena desabrochándose su blusa.

Derek sonrió con los ojos brillantes.

—Estoy a tu merced.

Elena le devolvió la sonrisa a la vez que subía al cielo, de nuevo.

Epílogo

Cinco años después...

Las olas terminaban a los pies de Elena, Derek y su pequeño hijo David, de ya cuatro años. El niño jugaba al rededor de sus padres con la arena de la playa. Su cabello era castaño, como el de su madre mientras que sus ojos eran de un intenso azul, como los de su padre.

Ese día era el aniversario de Elena y Derek y habían decidido pasarlo en la casa donde tuvieron su luna de miel, en Cancún. La luz de la luna era la única que los iluminaba.

—Gracias, Elena —masculló Derek contemplando a su esposa con devoción, lucía hermosa como siempre, tanto, que la luna no podría compararse—, por regalarme la felicidad más grande del mundo, una que muy pocos logran tener y tú me la has dado, sin más.

Elena sonrió negando con la cabeza.

—Tú también has tenido mucho que ver. Aún no puedo creer que de verdad esté pasando esto, es mucho más de lo que imaginé.

David se arrastró hasta su padre y le aventó una bola de arena en su pecho, el niño estalló en risas al ver la expresión de su víctima.

—¿Quieres comenzar una guerra con tu papá? —preguntó Derek levantándose intimidando al pequeño.

David dejó de reírse al ver la falsa furia de su padre y se acercó a Elena.

—Mami, ayúdame a derrotar a mi papá, ¿sí?

Elena asintió y se levantó con su hijo tomándole la mano. David volvió a lanzarle arena sacándole la lengua. Derek alzó los brazos desafiante y con la mirada malvada empezó a correatarlos. Elena y su hijo comenzaron a correr por toda la playa intentando escapar de Derek, con las risas acompañando el sonido de las olas del mar.

Exhausto, el pequeño niño terminó rendido sobre la arena y Elena a su lado

con las manos en las rodillas intentaba recuperar el aire. Derek llegó hasta su hijo y lo alzó en vilo.

—Papá ganó —dijo con una gran sonrisa.

David esbozó un puchero y negó con la cabeza, los ojos se le cerraban. Recargó su cabecita en el cuello de su padre y, sin más, se perdió en el cansancio y se quedó dormido.

Elena se acercó a ellos mirándolos con amor. Ellos dos constituían su más inmensa felicidad, de la que ahora podía presumir. La castaña su puso de puntillas y, con cuidado de no despertar a su hijo, acarició los labios de Derek con los de ella. Todo era tan perfecto para ella: tenía consigo al hombre de su vida; a su hijo, que adoraba con el alma; a los mejores amigos que podría tener; a sus padres y a su hermano. Todo. Todo era su felicidad.

—No tienes idea de cuánto te amo, Elena, que ni siquiera la muer...

—No lo digas —interrumpió Elena.

—¿Por qué?

—La última vez que dijiste eso, no tuvimos tanta suerte —le recordó.

Derek sacudió la cabeza con diversión. Aunque de verdad agradecía al destino no haber muerto aquel día.

Los dos comenzaron a andar hacia la casa, llegaron hasta el cuarto de ellos y Derek depositó a David con cuidado en la cama sin despertarlo.

—Es hermoso —susurró Elena mirando a su hijo.

—Igual que su padre —se burló Derek.

Elena le pegó amistosamente en el hombro.

—Fanfarrón.

—Señora Crowell, ¿le gustaría darse una ducha conmigo? —preguntó Derek acercándose a ella con los ojos brillantes de deseo.

Él ya era consciente de que cada vez que hacían el amor, era tocar el cielo, como la primera vez. Sentía que la pasión y el amor entre ellos solo crecía, en lugar de disminuir.

—Estoy a tu merced —sonrió Elena repitiendo las mismas palabras que Derek en otra ocasión había dicho.

El fuego entre los dos se desató a la primera caricia y, una vez más, besaron el alma del otro.

Sin restricción.

FIN

Agradecimientos

Escribir esta historia fue aventurarme en un mar de emociones. Viví y me emocioné con los personajes más de lo que esperaba. Sin duda, Derek y Elena siempre serán especiales para mí, porque con ellos llegaron mis sueños más grandes, mis aspiraciones y mis metas que comenzaron a tener claridad en mi mente.

Quiero agradecer a mi familia en general por el apoyo que siempre me han brindado, en todo. Y por supuesto, un agradecimiento superespecial a mis lectores de Wattpad, ya que sin su constante apoyo no hubiera puesto punto final a esta novela. A Selección BdB por confiar en mí y en este sueño. Y finalmente, a ti lector, por dejarme mostrarte lo que existe en mi interior.

Si te ha gustado

Deseos prohibidos

te recomendamos comenzar a leer

El dilema de Elsa

de Begoña Gambín

Selección RNR

El dilema
de Elsa

BEGOÑA GAMBÍN



Romance Actual

Capítulo 1

Ashley apretó el botón de apagado del mando a distancia y sintió un frugal alivio por el silencio y la penumbra que se instauraron en la sala cuando el aparato de televisor se apagó.

Mentalmente repasó todos los pasos de su plan a pesar de haberlo hecho ya una decena de veces antes; solo le faltaba una cosa. Cogió su teléfono móvil y abrió la galería de imágenes. Reprimiendo un intenso sentimiento de tristeza, comenzó a borrar las fotos de sus padres y la de su hermano; por supuesto, no pensaba llevar teléfono móvil, pero no quería dejar atrás algo tan personal.

Una leve sonrisa curvó sus labios al ver las últimas fotos que se habían hecho juntos; habían pasado ya tres años. Desde que Seth se había hecho cargo de ella, solo había visto a su familia un par de veces y durante unas pocas horas; el saber que todo era por su bien no mitigaba en nada el sentimiento de añoranza y pérdida que experimentaba.

Convencer a sus padres de que accedieran a las condiciones de Seth había sido mucho más difícil. Los durstads habían tenido que emplearse a fondo para persuadirlos de no dejarlo todo en manos de la policía. Solo cuando fueron testigos de algunas de las capacidades sobrehumanas que poseían comenzaron a darse cuenta de que todo aquello no era el argumento de una película de ciencia ficción: el destino de la humanidad tal y como la conocían hasta ese momento estaba en las manos de Ashley. Si los khandishan daban con ella, todos lo lamentarían. A pesar de los hechos prodigiosos que habían observado, los padres de Ashley aún se negaban a aceptar algo así, pero tampoco podían arriesgarse a que fuese cierto y, por extraño que pareciese, el que toda esa historia fuese tan disparatada era lo que en cierta forma la dotaba de credibilidad. Podía existir una persona tan loca como para creer algo así, pero... ¿tantas? Esos durstads eran trece y todos parecían tan cuerdos como ellos mismos.

En ese momento, el dedo con el que estaba marcando las fotografías para

eliminarlas se detuvo. Los ojos color miel de un atractivo chico parecieron atravesarla: Dasyan.

No recordaba tener esa foto allí; de hecho, estaba segura de no haber guardado ninguna imagen suya... ¿Cómo era posible que hubiese aparecido justo en ese momento? Se alegró al comprobar que ya no sentía la punzada de anhelo que había experimentado durante casi todos y cada uno de los días que habían estado separados; siete años habían transcurrido desde aquel lejano momento en el círculo de piedras en el que los durstads habían decidido que lo más seguro era separarlos. Desde entonces no había sabido nada de él.

Los primeros meses había pensado que no podría soportar un solo día más sin tener noticias suyas; poco a poco había dejado de preguntarle a Seth si sabía algo de él. En ese momento, contemplar la imagen del sonriente chico del que se había enamorado solo le provocaba un leve regusto a resentimiento. Apretando los labios en un gesto inconsciente marcó la foto y la eliminó.

Sabía que no iba a ser nada fácil, pero estaba completamente decidida a tener una nueva vida: una vida normal. A sus veinticuatro años no estaba dispuesta a seguir recluida; Seth había elaborado un programa de entrenamiento que habían llevado a cabo con disciplina militar durante esos siete años y, aunque no poseía las habilidades sobrehumanas de un guardián, sabía que era capaz de defenderse... si su atacante era un ser humano, claro.

Disponía solo de una hora. Se levantó y buscó debajo de su colchón; durante tres años, justo después de la breve visita de sus padres, había comenzado a elaborar su plan. Había reunido las cosas que necesitaba y el dinero poco a poco para evitar levantar sospechas. Dominando su impaciencia y haciendo gala de una fuerza de voluntad que no sabía que tenía, había esperado hasta estar segura de tenerlo todo bien atado. Había llegado el momento.

Durante un instante sintió una punzada de remordimiento al pensar en la reacción de Seth cuando descubriera que se había escapado. La relación que habían mantenido había ido estrechándose hasta el punto de que ella lo considerara como un miembro muy querido de su familia, la única persona que siempre permanecía a su lado. Al principio él no se separaba jamás de ella; luego, conforme la confianza entre ambos aumentaba a la par de sus habilidades

de defensa, comenzó a ausentarse durante breves periodos en los que nunca le decía a ella dónde estaría o qué iba a hacer, solo la hora a la que regresaría, que cumplía con precisión suiza. Aún faltaban dos horas para el plazo que Seth había fijado para su llegada, pero Ashley esperaba ultimar todo en la mitad de ese tiempo para asegurar su huida.

Con frialdad observó los objetos y productos que servirían para eliminar su identidad y proporcionarle una vida nueva y, sin que le temblara el pulso, se puso manos a la obra.

La joven caminaba con paso rápido por las desiertas calles de Bartlesville. Sus zapatillas con suela de goma no hacían ningún ruido, daba la sensación de que, más que andar, se deslizaba en la quietud de la noche. Había elegido al azar esa ciudad tal y como podría haber elegido cualquier otra; la única razón que guiaba sus pasos era la de alejarse cada vez más.

Una vez resuelta su huida, no planificaba los pasos a seguir; se limitaba a moverse por instinto. Buscaría un lugar donde quedarse unos días, un motel limpio y barato donde permanecería hasta que se sintiera a salvo. Una vez que hubiese tanteado la ciudad, comprobaría si era un lugar seguro y, si era así, buscaría trabajo, algo temporal. Aunque tenía suficiente dinero guardado en el doble fondo de la enorme mochila que cargaba en su espalda, prefería reservarlo por si las cosas se torcían. Usar la tarjeta de crédito que le había facilitado Seth pondría a los durstads sobre su pista; la llevaba solo por si acaso, sabiendo que en el momento en que la usara ellos la localizarían.

Mientras caminaba, su mente se entretenía en cuestiones prácticas; había aprendido que debía vivir al día procurándose solo lo que necesitaba para cada momento; no podía permitirse pensar en lo que dejaba atrás, en lo que había sido su vida. Esos pensamientos eran un lastre, así que jamás sucumbía a la tentación de mirar la fotografía arrugada y algo desvaída de sus padres y hermano que llevaba en el fondo de la mochila junto al dinero. No tenía teléfono móvil y su documento de identidad era falso, una falsificación tan buena como la que

algunos años atrás les habían proporcionado los durstads a ella y a Dasyan. En su nueva identidad ella se llamaba Amy Starcry y era originaria de Columbus, en Ohio; conseguirla le había costado un buen puñado de dólares, pero los daba por bien empleados.

Ashley esbozó un gesto de disgusto al darse cuenta de que unos metros por delante de ella había un grupo de cuatro jóvenes haciendo ruido, bebiendo y fumando marihuana. Esperaba que no le causaran problemas. Su máxima era pasar lo más desapercibida posible y, aunque sabía que saldría airosa de cualquier enfrentamiento gracias a las enseñanzas de Seth, esperaba sinceramente no tener que ponerlas en práctica. No le gustaba la violencia; ya había visto demasiada en sus veinticuatro años de vida.

No tuvo suerte y, en cuanto estuvo a su altura, ellos comenzaron a darse codazos y a emitir estúpidas risitas.

—¡Oye guapa! ¿Te apetece un trago?

Ella negó con la cabeza y continuó su camino sin apenas mirarlos, rezando para que no insistiesen, pero el que se había dirigido a ella la tomó del brazo.

—Vamos, solo será un momento. —Su aliento apestaba a cerveza.

—Tengo prisa.

—Un traguito nada más —insistió, mientras las risas de sus amigos y sus gestos de expectación lo animaban—. No seas antipática...

Ashley se dio cuenta de que tratar de razonar con ellos iba a ser inútil, así que, dando un brusco tirón, se desasíó de la mano que la agarraba a la vez que lanzaba su pie contra la entrepierna del hombre. Luego, en un movimiento casi invisible por su rapidez, sacó la navaja automática que siempre llevaba consigo disimulada en lo que parecía la funda de un teléfono móvil.

—¿Alguno de vosotros quiere que la haga una cirugía estética?

Todos menos el que la había agarrado, que estaba retorciéndose en el suelo aullando de dolor, la miraron con los ojos y la boca abiertos por la sorpresa, preguntándose cómo la situación había cambiado de una forma tan rápida. Algo en la expresión fría y tranquila de Ashley les hacía comprender que no bromeaba.

—Coged vuestra mierda y largaos —dijo ella, señalando con la cabeza las

botellas que había por el suelo.

Los tres se apresuraron a hacer lo que les decía; uno de ellos cogió a su amigo del suelo y, caminando deprisa, se alejaron de allí. Ashley permaneció unos minutos parada en mitad de la calle. Solo cuando estuvo segura de que se habían marchado, guardó la navaja y continuó su camino.

Tuvo que caminar durante media hora más hasta que encontró una pensión cuyo aspecto le gustó, aunque quizá sería más adecuado decir que le disgustó menos que las demás que había visto desde que había bajado del autobús. Un cartel en la puerta la invitaba a llamar al timbre si quería una habitación. Llamó y, a pesar de que el mismo cartel anunciaba que estaban disponibles las veinticuatro horas del día, tuvo que esperar casi diez minutos a que le abrieran la puerta.

Un hombre de mediana edad con aspecto soñoliento y con el escaso cabello revuelto la miró de arriba a abajo. A Ashley no se le escapó la expresión recelosa de su cara mientras evaluaba la conveniencia de dejarla pasar o no. Ella soportó el escrutinio en silencio. Estaba acostumbrada a esas miradas de desconfianza. Sabía que su aspecto despertaba recelos.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre con voz brusca.

«El último best seller de Stephen King, no te jode», pensó ella con fastidio. En lugar de eso dijo:

—Una habitación.

Tras dudar unos segundos, el hombre asintió.

—Está bien, pasa.

Ella casi tuvo que reprimir un suspiro de alivio.

—Son veinte dólares la noche, pago por adelantado de la mitad de la estancia. No me gustan las drogas ni los líos. A la mínima te pondré de patitas en la calle, ¿está claro? —El hombre lanzó la retahíla mientras rebuscaba en un cajón una llave.

—Como el agua.

—¡Ah! Y el pago siempre en efectivo. —El gesto de suficiencia del recepcionista daba a entender que sus condiciones serían inaceptables para ella.

—Le pagaré una semana.

Él la miró con desconfianza.

—No estarás escapando de la policía, ¿no?

«Ojalá fuera tan sencillo como eso», pensó ella.

—No, aquí tiene mi documentación. —Sacó su carnet falso y se lo tendió. El hombre lo cogió y lo miró, detuvo la mirada en su rostro y volvió a mirar la tarjeta un par de veces, como si su aspecto pudiese cambiar en ese intervalo de tiempo. Por fin pareció darse por satisfecho y le tendió la llave que había estado buscando.

—Toma, el cambio de sábanas y toallas se hace cada cinco días; la limpieza es diaria.

—Perfecto. —Ella se permitió una sonrisa. Había estado en lugares que parecían auténticas pocilgas, lo de la limpieza diaria le parecía estupendo.

Ashley subió las escaleras hasta la segunda planta. Un pasillo abierto comunicaba varias habitaciones, pero solo en una de ellas le pareció distinguir el sonido de un televisor. Cuando llegó frente a la puerta marcada con el número doscientos diecisiete la abrió, soltó la pesada mochila y encendió la luz.

La habitación no era demasiado amplia, pero tal y como había esperado, se veía bastante limpia y era funcional. Cerró la puerta tras de sí y se entretuvo en revisarla minuciosamente. Probó las luces y el televisor. Abrió la puerta que comunicaba con el baño y esbozó una breve sonrisa, satisfecha. Olía a desinfectante, y las toallas eran de un blanco impoluto. Se lavó la cara y las manos, y observó su reflejo en el espejo. Ya había logrado acostumbrarse a su nueva imagen, aunque en un principio se sobresaltaba cada vez que se miraba, como si una extraña hubiese tomado su lugar.

Su largo cabello había desaparecido, sustituido por un corte radical. La parte derecha del cabello estaba cortada casi al cero, mientras que la izquierda lucía larga, casi hasta el mentón. Ya no era rubio, lo había teñido de negro, y el contraste con sus grandes ojos verdes era bastante llamativo. Ashley había probado ponerse lentillas de color marrón, tratando de pasar desapercibida, pero sus ojos no las toleraban. Lucía varios *piercings*, un pequeño brillante en la nariz y aros en las cejas y en las orejas. Se había tatuado el brazo derecho desde el hombro hasta el codo, un hada hermosa y triste que lloraba sobre un lago en el

que había reflejado un corazón roto. A todo color.

Vestía un pantalón vaquero tan apretado que parecía una segunda piel, camiseta negra de tirantes y cómodas zapatillas. Además de esto llevaba un ancho brazalete negro en el que escondía otra pequeña navaja.

Nadie reconocería en ella a Ashley Dawson, la popular estudiante que una vez había sido. A pesar de que solo habían pasado siete años, tenía la sensación de que había transcurrido toda una vida desde que había sido una despreocupada chica de diecisiete cuyo mayor problema era decidir qué ropa se pondría para salir con su chico.

Apretó los labios y desechó los recuerdos al sentir cómo la autocompasión la invadía; Seth se había encargado de protegerla, manteniéndola oculta, enseñándole y haciéndole comprender la verdadera naturaleza de la amenaza que la acechaba, pero en ese proceso la había despojado de la ilusión, de la esperanza y de la vida que había llevado hasta entonces. Cuando se dio cuenta de que prefería asumir el riesgo de ser atrapada por esas horribles criaturas en lugar de vivir cómo una prisionera, había comenzado a trazar su plan.

Por supuesto, antes había intentado convencer a Seth para que la dejara vivir con algo más de normalidad, pero él se había mantenido imperturbable y le había dicho que aún era demasiado peligroso. Por lo visto las nemheim continuaban su búsqueda.

«Son más fieles que Dasyan», había pensado con sarcasmo. Mientras se desvestía para ducharse, la imagen fugaz del joven de pelo castaño e increíbles ojos color ámbar cruzó por su mente, pero con la misma rapidez ella la expulsó. Le había costado mucho aceptar que él no volvería, que probablemente la había olvidado. Seth se limitaba a decirle que no era el momento. Lo repetía de una manera tan mecánica que Ashley había sabido que ni siquiera lo pensaba.

Dando un profundo suspiro recibió el chorro de agua tibia sobre sus cansados músculos. Al día siguiente volvería a preocuparse por el paso que debía dar a continuación y saldría a buscar trabajo, pero en ese momento solo quería disfrutar del pequeño placer del agua resbalando sobre su cuerpo y perderse en la ensoñación de que era una chica normal viviendo una vida normal.

La necesidad de buscar un trabajo la dictaba el hecho de ahorrar más dinero a

fin de no tener que recurrir a la tarjeta de crédito. Permanecería en esa ciudad hasta que algo la inquietase; la cualidad que la hacía tan especial para los khandishan la dotaba de un sexto sentido para olfatear el peligro que ellos suponían. Así que, si su cabello se erizaba sin causa aparente, si una pesadilla terrorífica la despertaba con el corazón acelerado o bien si notaba unos pasos a su espalda y al volverse no había nadie, cogería su pesada mochila y se largaría a otro lugar, sin importarle la hora del día que fuese o lo a gusto que pudiese encontrarse. Sabía que su vida dependía en gran medida de hacer caso a su instinto.